





REVISTA DE ANDALUCIA.



REVISTA DE ANDALUCIA.

PRIMER AÑO.—TOMO I.

DIRECTOR-PROPIETARIO

ANTONIO LUIS CARRION.

MALAGA.
REDACCION Y ADMINISTRACION

Granados, 4, bajo.

1874.



REVISTA

ANDALUCIA





CARTA

QUE PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO Ó PROEMIO

A LA

REVISTA DE ANDALUCIA.

Querido Antonio Luis: Te felicito y me felicito viéndote de nuevo entregado á tus tareas periodísticas; y por esta vez alejado del campo agreste y árido de la política, para recorrer otro mas ameno y fértil, y en cuya explotacion, sino posicion y riquezas, puedes obtener consideracion y aprecio, y lo que es maspreciado, paz para el espíritu y alguna mas seguridad para tu ya bastante asendereada persona. No es esto decir que crea te hayas apartado enteramente de la política activa, ni vuelto la espalda á tus compromisos y afecciones como hombre de partido: te conozco, y sé que no perteneces al número de los escépticos é indiferentes, que si fingen tener creencias, á ninguna rinden culto interno, y que, cuando mas, solo por el buen parecer tratan de la cosa pública, sin dársele en el fondo ni un ardite por los dolores ó por las alegrías de la pátria, sino en cuanto se relacionan muy directamente con sus intereses particulares.

Creo, repito, que no eres hombre de dar de lado á tus opiniones y creencias, ni para dejar de trabajar, con nobleza y lealtad se entiende, en pro de las mismas, por

juzgar que andando los tiempos han de venir en ayuda de los males de esta nacion sin ventura; pero no puedo dejar de creer á la vez, que la experiencia adquirida en estos últimos años de calamidades y desgracias sin cuento, producto no tanto de las ideas como de las pasiones de los hombres, debe haber influido mucho en tu modo de ver y de apreciar la situacion del país, y la especialísima de los partidos; ahuyentando el álito de la fria realidad muchas de las rosadas ilusiones que recreaban tu mente, y te hacian vislumbrar un próximo y risueño porvenir para España, fundado en los principios de libertad, de imparcial justicia y de severa moralidad en la administracion y gestion de los negocios públicos.

Por desgracia todo han sido desengaños, y hemos caido de una en otra decepcion. Muchas han sido las causas, pero no siendo lugar ni ocasion de tratar de ellas, te diré en resúmen, que á mi juicio, es que la gangrena tiene tan inficionado el cuerpo social, que puede temerse no hay ya órgano ni parte alguna de él que, en mayor ó menor grado, no esté dañado. Sin ser pesimista, figúraseme que en cuanto se relaciona con la política, con eso que se llama arte de bien gobernar á los pueblos, hemos descendido tanto, que no encuentro país que se califique de medianamente civilizado, con el cual podamos establecer parangon. Dejémosla, pues, á un lado, al menos en la parte de la lucha inmoral y corruptora de los partidos para asaltar el poder; y mientras, trabajen los buenos, que buenos hay todavia, para poner á los pueblos en condiciones de poder aspirar á otros elementos de paz, de prosperidad y de ventura.

Educar, ilustrar, moralizar al pueblo; llevar á todas las clases de esta atrasada sociedad multitud de conocimientos tan útiles como indispensables á la mayor cultura y bienestar de los pueblos modernos; indispensables tanto á la vida material, como á la intelectual ó del espíritu; crear con la educacion costumbres mas morigeradas, hábitos de sobriedad y templanza, aficion al trabajo; estirpando esa especie de *dolce far niente* que, por mas que se diga ser

propio de nuestra raza y efecto de nuestro clima, es, si bien se examina, producto solo de antiguas y perjudiciales costumbres, y de mas añejos y punibles errores económicos y gubernamentales; imbuir en las clases populares la gran suma de deberes que reclama de ellas la misma alteza de sus futuros destinos; tal debe ser la obra á que deben dedicar sus esfuerzos todos los hombres de buena fé, de intencion recta y corazon sano, durante la larga y penosa fusion de encontradas ideas é intereses, que se efectúa en ese inmenso crisol del mundo civilizado, y del cual debe salir la humanidad depurada, en lo posible, de la escoria acumulada en ella por tantos siglos de ignorancia, de bárbaras costumbres, y de sanguinarias y fanáticas preocupaciones.

Es un hecho lo mucho que se ha adelantado, sino en la verdadera educacion popular, al menos en la parte de ilustración que difunde la lectura. Que el periodismo ha contribuido poderosamente á este resultado es innegable; pero no lo es menos que el periodismo político, sobre todo teniendo en cuenta sus condiciones actuales, no basta á satisfacer esa grande necesidad social de enseñanza que se siente y es preciso satisfacer. Sin que sea mi ánimo entrar en la gravísima cuestion, que tantas otras engendra, de la mayor ó menor conveniencia de apartar á las clases populares del terreno en que, por mas que en contrario se diga, se ventilan sus futuros destinos é intereses, lo cual supone que en cierto modo no deben ser estrañas á él de un todo, juzgo que mas que bien reportarian mal, si el periódico político fuera, ya que no el solo, el mas factible medio de lectura y de enseñanza que pudiera proporcionarseles.

No existiendo verdaderos partidos políticos, y sí solo una porcion de agrupaciones ó banderías, separadas mas que por diferencia de ideas, por miras de ambicion y de dominio exclusivo; dispuestas siempre á dar el penoso y desmoralizador espectáculo de conciliaciones y de rupturas, á medida de sus cábalas é intrigas para llegar al poder; sustituyendo á los principios las individualidades, con sus

pasiones, con sus ódios, con sus mútuos agravios y venganzas; el periodismo político ha de ser por fuerza el reflejo de una situación tan anómala, tan perturbadora, tan ocasionada á toda clase de males, y que con conciencia ó sin ella del resultado de su triste misión, ha de ir sembrando por do quiera la perniciosa semilla de la desconfianza, del descrédito, de la venalidad, del egoismo, de todas las malas pasiones, en fin, que se están librando mortal lucha en el palenque ensangrentado de nuestras discordias, cada día mas enconadas y acerbas.

No quiero detenerme en este punto, que es solo para tocado de pasada, pues las consideraciones que sobre él pudieran hacerse habian de ser muy amargas y desconsoladoras, tanto mas cuanto que el estado del periodismo político, es, en una gran parte, espejo de nuestra sociedad. Basta por hoy á mi propósito lo que consignado queda, y es aseverar que el periodismo político no se halla en condiciones de satisfacer la necesidad de ofrecer al pueblo una lectura sana y á la vez instructiva, que abriendo nuevos horizontes á su inteligencia, desarrolle á la vez todos los nobles instintos del corazón, acallando la voz de las aviesas pasiones, ya que no sea dado al hombre hacerlas enmudecer para siempre.

Entregado, por completo, el periodismo político á esa lucha tenaz, implacable, ruda, de todos los días, que absorbe toda su atención, no puede tampoco dedicarse á otra clase de estudios, ni seguir con afán constante, con celosa asiduidad, los progresos y adelantos que en todo imprime el génio humano, para transmitirlo á la multitud, y sea sabroso pasto de todas las inteligencias. No es nuevo esto; así es que de tiempo atrás, otras publicaciones, también con el carácter de periódicos, pero de índole especial y adecuada al objeto, han venido llenando, en lo posible, el vacío que dejaba el periodismo político. Muchas de estas publicaciones, ora con el nombre de *Revistas*, ú otros análogos, han prestado servicios importantes, y se han hecho notables, adquiriendo renombre y fama.

Ocúrreme aquí una idea, y antes que se borre, ó se

evapore, quiero dejarla consignada. He sentado ya el hecho de lo que se ha estendido la aficion á la lectura, debido, sin duda, á las mayores facilidades que se han dado á todas las clases sociales para adquirir libros y periódicos, y sobre todo á la necesidad, cada vez mas viva y apremiante, que se experimenta por saber, por instruirse, por dilatar cada cual, mas y mas, el círculo de sus conocimientos. No será aventurado decir, que este movimiento, siempre progresivo, ha sido mayor desde la revolucion de Setiembre, revolucion tan mal iniciada como peor conducida, y que sea cual fuere su resultado, siempre dejará tras de sí algo fecundo en pro de la enseñanza futura del pueblo.

Sin traba alguna la libre emision del pensamiento, y libres tambien los medios de comunicarlo y propagarlo, la imprenta tomó un vuelo considerable, y con una actividad febril ha venido lanzando al mundo de la publicidad raudales de conocimientos en todos los ramos del saber humano, bajo la forma de libros, de folletos, de periódicos, de cartillas. Dicho se queda, pues no es posible que dejase así de suceder, que mucha de la lectura suministrada, mas que alimento sano y nutritivo, ha sido nocivo y demasiado fuerte para las débiles inteligencias que se apresuraban á tomarlo: pero propio es de la condicion humana esa mezcla del bien y del mal, y no por temor á éste debemos esquivar el trato del otro, cuando admitiéndolo, con las mismas armas que nos suministra, podemos combatir ventajosamente á su contrario. Todo veneno tiene su antidoto; y en el mundo de la publicidad es donde menos prevalecen los errores y extravios de las inteligencias pervertidas, ó simplemente extraviadas. Prescindiendo de todo otro medio, y los hay muchos y eficacísimos al efecto, hay siempre en el pueblo un fondo de buen instinto y de sentido comun, que le hace rechazar las teorías absurdas é insensatas, por mas que al pronto le halaguen por la brillantez con que les son presentadas.

Ahora bien, en ese movimiento estraordinario de la inteligencia y de la imprenta, verificado en nuestros dias, descuella y merece una mencion especial, la publicacion

de ese sin número de libros, si pequeños por su volúmen, grandes por los servicios que prestan, debidos al superior talento de hombres verdaderos bienhechores de la humanidad, y que van formando una biblioteca popular, digna de toda estima, al alcance de todas las fortunas, así como su comprension lo está al de todas las inteligencias.

Servicio inapreciable es el que prestan esas inteligencias elevadas, cuanto prácticas en el modo de hacer el bien, consagrando sus vigiliass á despojar á las ciencias todas, y con preferencia las que mas se relacionan con los intereses materiales, de toda la parte árida, seca, de todas las dificultades que habian de ofrecer á la comprension vulgar, presentándolas bajo un nuevo aspecto, tan atractivo como sencillo, y revistiéndolas con formas tan agradables, que debian cautivar la atencion, y despertar la siempre clara si bien no cultivada inteligencia popular, atrayéndola, como por encanto, al conocimiento de mucho de lo que hasta aquí le habia sido vedado. En historia, en geografia, en astronomía, en viages, en fisica, en química, en mecánica, en artes, en industria, puede la multitud, por medio de esos pequeños libros, hacer acopio de conocimientos, que, aun cuando no pasen de nociones, son bastantes á ir ensanchando el horizonte tan limitado que le rodea, y predisponer su espíritu á dar pasos mas adelantados en la senda que tan amena y llana han sabido abrirle Julio Verne, Mayne-Reed, Papillon, Hugues, Erckmann-Chatrian, L. Rousseau, Pizetta, Saco, Llanos, Souvestre, Jourdan, Alvarez Perez, y tantos otros cuyos nombres no recuerdo, pero que merecen ser de todos conocidos y apreciados.

Te recomiendo, querido Antonio, estes á la mira de las publicaciones que del género indicado se hagan, para facilitar su conocimiento y propagacion, por lo que interesa al noble y elevado objeto de excitar mas y mas la aficion á la lectura, y con ella la cultura del pueblo.

Volviendo á nuestro asunto, una Revista del género, carácter y dimensiones como la que anuncias, viene á llenar la falta que se siente de publicaciones de esta índole, que sin ser precisamente ni el periódico ni el libro, participa de

lo bueno del uno y del otro, sin los inconvenientes que, cada cual por separado, ofrecen esos otros medios de publicidad. No siempre el valor del libro puede ser sufragado por todos, y se necesitan adquirir tantos libros cuantas distintas sean las materias de que se desee tener algun conocimiento. Una Revista quincenal, por ejemplo, como va á serlo la de Andalucía, tiene del periódico no ser enteramente estraña al movimiento político, interesante siempre su conocimiento, y tiene del libro el tratar de multitud de materias, que aunque no ajenas de todo periódico, alcanzan en las páginas de aquella una vida que no pueden tener en las columnas del segundo. Así la Revista viene á ser con el tiempo una especie de enciclopedia, de grande utilidad para el pueblo, y á la cual el hombre mas ilustrado, hasta el sábio, no desdeña de concederle un puesto honorífico en sus bibliotecas.

Escaseando las publicaciones de este género, y reconocida su conveniencia, no es dudoso que la REVISTA DE ANDALUCIA sea bien recibida del público en general, como lo ha sido ya su anuncio, segun las comunicaciones que has recibido, de las corporaciones científicas, artísticas y literarias de las provincias andaluzas, y de los hombres de ciencias y de letras á quienes te has dirigido particularmente, y que, patrocinando el pensamiento, contribuirán á su egecucion con los productos de su claro talento y de su especialidad en los diferentes ramos del saber humano. La larga lista de los redactores y colaboradores, en la que figuran los nombres mas notables y conocidos en la república de las letras, no solo de la region andaluza, sino de toda España, es la mejor garantía que puede ofrecerse de la importancia que debe tener esta REVISTA, y del bien que está llamada á dispensar.

Otra particularidad de esta publicacion, que me place mucho, y que producirá excelente efecto y grandes resultados, es que no vá á ser el eco de ningun partido, de ninguna secta, de ninguna escuela, de ningun centro especial; que no va á profesar una opinion determinada y esclusiva en política, ni en ciencias, ni en literatura; que no va á

estar subordinada á influencia alguna; que no va á interponer su veto al producto de las inteligencias que por su medio quieran manifestarse, y que salvo el respeto que se merecen todos los hombres en estas lides del saber, y muy particularmente el que debemos á todo lo que sea bueno y justo, á los eternos é inmutables principios de la moral universal, en las páginas de la REVISTA DE ANDALUCIA hallarán fraternal acogida todos los escritos que tiendan á los fines que someramente quedan indicados.

Campo espacioso debe ofrecer la REVISTA DE ANDALUCIA á las inteligencias; espacio inmenso donde puedan remontarse á alturas infinitas, si quier á los de mas limitadas facultades no nos sea dado llegar á vislumbrarlas tan solo, ora porque se pierdan en las profundidades de una nebulosa filosofía; ó en arcanos aun inesplicables de la naturaleza; ó en los problemas intrincados de las cuestiones sociales que hay que resolver; ó en el oscuro seno de una metafísica incomprensible é indigesta, ó en teorías producidas en un delirio sublime, por la fiebre de una mente volcánica en erupción. Campo y espacio, sí, debe ofrecer la REVISTA DE ANDALUCIA á todas las ideas, á todas las opiniones, á todos los sistemas; pero levanta, querido Antonio, levanta en torno de ella una muralla impenetrable á las miserables querellas de los hombres, si á ellas los llevan móviles mezquinos; que dentro de su recinto todo nombre debe ser respetado, toda personalidad debe estar al abrigo de ataques siempre injustificados, si del terreno de las ideas se descende al de las individualidades.

La REVISTA DE ANDALUCIA, debe ser, y lo será, no lo dudo, un palenque de fácil entrada á todos los que se cobijan bajo los pliegues de la magestuosa bandera de las ciencias y de las letras, á todos los que militan en las cohortes sagradas de todos los ramos del saber humano, cualquiera que sea la graduación que ostenten, y el puesto que deban á sus merecimientos. En ese palenque habrá controversia, habrá lucha, pero con armas corteses y de buena ley, que no han de producir ofensa alguna, y en la que el vencido, si vencido puede haber, debe reportar

no pequeña parte de la gloria que pueda caber al vencedor. En las luchas y combates de la inteligencia, del saber, todos los contendientes alcanzan prez y honra; pues siempre, hasta el mas débil, puede llevar erguida su cabeza, que mas ó menos sobresale de las del comun de los hombres.

Pienso, pues, ver en la REVISTA DE ANDALUCIA sosteniendo sus ideas, esplanando sus pensamientos, lo mismo al libre pensador que al creyente fervoroso; al absolutismo, y al liberalismo; al espiritualismo y al racionalismo; al socialismo y al individualismo; á los partidarios de este y del otro sistema filosófico; pienso ver defendidos é impugnados todos los sistemas, todos los principios, todas las escuelas, todos los conocimientos; pienso ver la negacion, la duda, la fé; rendir culto y anatematizar por turno lo pasado, y por turno vituperar y ensalzar lo presente, y fundar temores y esperanzas en lo porvenir; pero tambien pienso ver destacarse del centro de todo eso una luz brillante, un núcleo de enseñanza; pues toda esa variedad, toda esa controversia, toda esa multitud de opuestas ideas, y ratiocinios ha de conspirar á un solo fin, que es el de estender la suma de conocimientos, y á medida y compás la ilustracion y cultura de los pueblos.

Consecuencia natural de esa reunion de las inteligencias en un campo neutral, que se cobijan bajo una misma tienda, recibiendo de un solo centro el poderoso impulso de la publicidad; siendo uno solo el conductor que ha de llevar y trasmitir sus ideas; consecuencia, repito, de todo eso debe ser tambien el mayor respeto á las diferentes opiniones y principios, el aprecio mútuo que deben profesarse cuantos trabajan á un fin desinteresado y noble, sin otra mira ni ambicion que la de contribuir á hacer el bien, segun su conciencia y su razon les dicta.

De desear sería que la publicacion de la REVISTA DE ANDALUCIA fuese un estímulo para que en todas las provincias, ó cuando menos en las diferentes regiones españolas, saliesen á luz otras análogas. Esto contribuiria al mayor desarrollo y bienestar de las mismas, porque la

difusion de conocimientos en las ciencias, en las letras, en las artes, en la industria, es lo que mas fomenta los intereses morales y materiales de las naciones.

Hora es ya de poner término á esta carta, vulgar y pesada como mia; pero antes debo dejar sentado que al hacerlo solo he cedido al cariño que te tengo, y en justa correspondencia á la prueba de cariño tambien y de respeto que has querido darme en esta ocasion, que estimo en lo que vale, pero que me pone en el penoso caso de que sea mi oscuro nombre el que primero figure en la REVISTA DE ANDALUCIA. Perdónenme por ello los ilustrados escritores que sucesivamente han de honrar sus páginas.

S. CASILARI.

LATINOS Y GERMANOS. (*)

Si existe entre los varios y fecundos temas de discusion, uno que verdaderamente deba atraernos, fijarnos y preocuparnos, con honrado interés, es el que á la secular contienda entre latinos y germanos se refiere. No basta con calculado ó inconsciente egoismo pretender esquivarlo. La lucha comenzada en los albores de la historia moderna, proseguida durante centenares de años, recrudecida en nuestros días, nos amenaza de nuevo, al parecer con una inminencia inevitable. Es una de esas fatalidades históricas, que respondiendo á algo ingénito y sustancial en el respectivo organismo, se impone á las voluntades mas refractarias, á los cálculos mejor conformados, á los mas generosos y humanitarios sentimientos. Porque si bien se mira, la contienda tiene en contra la razon y la ciencia, las ideas de cosmopolitismo y fraternidad que tan alto vuelo han cobrado en nuestros días; y sin embargo, diríase que algo íntimo, innato y pertinaz

(*) Nuestro ilustrado amigo el Sr. D. Francisco M.^a Tubino, actualmente ocupado en el Escorial en investigaciones profundas que han de servirle para su obra «Historia crítica de Castilla durante el reinado de Pedro I,» ha hecho lugar un momento para escribir este artículo, destinado al primer número de la REVISTA DE ANDALUCIA. El Sr. Tubino nos ha honrado con tan interesantísimo trabajo, no solo por responder á nuestra invitacion, sino por tratarse de una REVISTA que, segun nos dice, la cree destinada á fomentar la cultura de Andalucía, para él tan querida.

en la conciencia de los hombres la hace irremediable: todo el ahinco con que rindamos culto al principio de la humana solidaridad, con su amplitud dichosa, no basta á contradecir los empujes del patriotismo, que con ser mas subalterno se le anticipa y sobrepone. Vemos el negro abismo á que la lógica de los hechos nos arrastra; ya la fantasía adiestrada por una dolorosa cuanto cercana experiencia, píntanos la cohorte de horrores que á un nuevo encuentro en los campos de batalla, han de acompañar sin remedio, y no obstante esto, una fuerza superior á nuestro deseo llévanos hacia la misma terrible extremidad que tanto nos espanta. La contienda, pues, existe con todo su tremendo vigor; y en los instantes presentes los adversarios se preparan á reñir de nuevo uno de esos sangrientos torneos, que por luengos dias levantan en derredor de la palestra los inconsolables gemidos de las víctimas en ellos inmoladas, y de los que en la refriega perdieron, por desgracia, seres queridos del alma.

Repetimos que en esta controversia ha de mediar algun interés mas permanente que el interés pasajero de una dinastía, de un partido, ó de una forma de gobierno. Toda la historia deponen en favor de esta sospecha. Batallan los pueblos — amenudo con la clara conciencia de lo que hacen — conducidos á la matanza por errores de concepto, por preocupaciones dolorosas, por el egoista afan de los que se dicen sus guías y señores; empero llega un momento en que las armas se caen de las manos, y las ventajas de la paz sucede á los obstáculos innúmeros de la guerra. No se dá esta perspectiva en el caso que estudiamos. Entre latinos y germanos la enemiga es perenne, es constante, y entre ellos un periodo de paz debe traducirse por un periodo de guerra. Y es tanto mas de extrañar semejante coincidencia, cuando se reflexiona acerca de los orígenes comunes de unos y otros, bajo la relacion etnológica; cuando se recuerda y reconoce que germanos y latinos son á modo de ramas convergentes de un mismo, único y robusto tronco. Comprendemos, nosotros los criticos modernos, la inquina que apartó durante siete siglos á

cristianos y mahometanos posesionados de la tierra española parcialmente; nos explicamos las verdaderas guerras de razas de la antigüedad, de la Edad media y aun del Renacimiento; mas en este orden de reflexiones no se halla salida para la dificultad que ofrece el norte y el mediodia de la Europa culta, sosteniendo rudas campañas para mutuamente dominarse, cuando los pueblos que habitan en ambos lados, por su filiacion étnica, debian acercarse, fraternizar y de comun acuerdo dirigirse al cumplimiento de su superior destino.

Precisamente hemos escrito la palabra que, suscitando en nosotros nuevo caudal de reflexiones, puede explicarnos lo que ocurre: si hay explicacion posible, racional para la oposicion histórica entre latinos y germanos, hemos de buscarla en la manera como cada uno ha comprendido su total destino. Abarcado el germanismo en una grandiosa sintesis, prescindiendo de todo pormenor transitorio ó detalle geográfico, muéstrasenos como pretendiendo realizar en la vida práctica todo el derecho individual humano: nunca aspiró la Germania á lo universal absoluto, á lo trascendente y panteista, mas cuidóse de encerrar sus anhelos en los términos de lo relativo, tomando al hombre como punto de partida de todos sus cálculos y esfuerzos, y término tambien de sus esperanzas. No excluye esta doctrina práctica el puro concepto de lo sobrenatural y ultrahumano: siéntelo y compréndelo el germanismo; pero en la economía de la historia, aquello no queda supeditado á esto, ni nunca lo propio de la fé ó de la fantasía tiranizó á lo que descansaba sobre un ilustrado conocimiento de la positiva realidad.

Siguió el latino y aun sigue por veredas contrapuestas. Atribúyase en parte á los elementos que en su organismo —cual sociedad considerado— vienen á ingerirse desde los tiempos de Grecia y Roma; al influjo del clima, ó al predominio de ciertas doctrinas, es lo cierto que los pueblos que se denominan convencionalmente, no con rigurosa exactitud científica, latinos, tienden constantemente á lo universal y sintético, á lo absoluto y trascendente, sacri-

ficando, en épocas prolongadas, los derechos todos de la naturaleza y del individuo en aras de creaciones sobrenaturales, amenudo sin otra realidad que la fantástica que les otorgó el poder creador del estraviado entendimiento. No vaya á entenderse que por tales caminos, la gente latina afirmaba la idea religiosa con mas energía, eficacia y pureza que sus adversarios: mucho se equivocaría quien calculara arrancar del corazon germánico todo sentimiento piadoso. Existe allí la religion hoy y ha existido siempre; solo que la religion en el germano, es ante todo una necesidad afectiva que brota de la individual conciencia, y que levanta la razon hasta forjarse y admitir la noción de una causa primera, necesidad que coexiste al lado de otras necesidades no menos legítimas, mientras en los latinos la religion, si bien se mira, viene de fuera, es colectiva, impuesta y absorbe en totalidad las direcciones todas de la vida, subalternizando, anatematizando ó por lo menos cohibiendo aquellas que mas directamente miran á lo humano y natural. Derivase de este primer hecho una divergencia esencial en la manera de concebir el hombre y su naturaleza: en el germano, como antes indicamos, lo inmanente no es sacrificado á lo trascendente. Afírmase el hombre en la vida real, y cree y halla honrado el desenvolver todas sus facultades para alcanzar en la tierra toda la mayor plenitud de felicidad y primacía: el órden religioso no excluye el laico, antes se conciertan ambos, sin menoscabarse para labrar el ideal de la existencia, donde el individuo es el factor mas legítimo y considerable. Para los latinos debe ser la vida un tránsito rapidísimo que á otra parte les guia. Nada tan precario, mengüado y hasta indigno como la realidad histórica; lo hermoso, grande, sublime y eterno es lo trascendental, lo de ultratumba, y bajo este concepto, el total empeño del hombre, que desaparece, átomo imperceptible, en el oceano de la humanidad, como rebaño de ovejas considerada que el hierofanta apacenta, consiste en prepararse para la terrible evolucion que en el tránsito de la muerte se verifica. Y llega el misticismo hasta hacerle quebrantar cuantos lazos le unen

á la naturaleza — en nobilísimo aspecto vista — apartándole de padres y hermanos, haciéndole menospreciar los legítimos afectos del amor y de la paternidad, y cuando no sacrifica estas relaciones, colócalas, por lo menos, muy por debajo de las que califica de mas altas, precisas y superiores.

Esta propension secular del latinismo del lado de una metafísica peligrosa, ha debido ejercer imponderable y descomedida eficacia en su manera de ser histórica. Roto el equilibrio entre los dos polos de la razon, lo real y lo fantástico, natural era que se resintiesen todas las relaciones que atan al hombre á sus semejantes. En el fondo del estado político germánico al parecer mas arbitrario palpita siempre la idea pujante y nunca extinguida de libertad: el mismo feudalismo, con todos sus aparentes y eternos abusos, responde en sustancia á un recio sentimiento de individualismo que no modera el freno suave de la razon y del derecho. En cambio la mayor libertad latina encu bre siempre el fermento del absolutismo y de la tiranía, la torpe negacion del derecho individual. Doctrina fué acatada en nuestras escuelas por siglos, que el hombre forjado habia sido para la sociedad, y aun hoy mismo doctores existen que la sustentan: el germano pensó, en todas ocasiones, que la sociedad no era mas que un agregado de individuos, que aun siendo indispensable al sér racional para su cultura y perfeccionamiento, no le ahogaba ni suprimia en nombre de un poder abstracto, engendro caprichoso de la imaginacion estraviada, egoista ó delirante.

No hoy en que las corrientes liberales fecundan, por mas que se diga otra cosa, las raíces de las instituciones germánicas, mas en tiempos pasados, cuando la Francia de acuerdo con Roma restauraba la idea cesárea en su concepto absoluto y absorbente, el germano señalábase por su insaciable apetito de libertad. Ya lo expresó así un escritor cuyo testimonio debe de ser para todos muy autorizado. Juan Botero, publicista del siglo xvi, no halló inconveniente en decirlo, añadiendo que los latinos parecian gentes aparejadas para ser regidas por supersticion y religion. La

libertad individual con todas sus consecuencias legales, he aquí el objetivo de la vida en Germania, el principio que á la continua rige todos los movimientos. Entre nosotros la libertad es un episodio de la historia, que negado y cohibido afirmase siempre turbulentamente para ser sacrificado en holocausto de la autoridad. Y esta autoridad, mediante un raciocinio que no por ser mas arbitrario es menos potente, no se concibe cual enseña la misma etimología de la palabra: la autoridad en la metafísica latina no es la cualidad que se dá en el individuo gracias á su ancianidad, experiencia, moderacion, sabiduría, civismo y perspicacia; la autoridad para nosotros no se reconoce en el hombre mediante determinadas condiciones; es un ente de razon, un poder abstracto que adquiere el Estado, los que lo rigen y sirven por un misterioso proceso en que no entra por poco la supersticion y la fantasía. Latinos fueron los que idearon ó por lo menos extremaron y realizaron el dogma del derecho divino de los reyes; los que convirtieron á estos de regidores de la cosa pública, en monarcas absolutos y en lugartenientes de la Divinidad, cuyo representante en la tierra era el Pontífice. Tambien fueron latinos los que apesar de la division marcada en el Evangelio entre lo divino y lo humano, barajaron la religion con la política, perjudicando en no poco á la primera y trayendo sobre las sociedades europeas copiosos males y turbaciones.

El modo y manera de concebir el respectivo destino, hé aquí, en nuestro juicio, la razon de las oposiciones seculares entre latinos y germanos. Roma con su hegemonia efectiva, impone á la Europa latina principios de derecho político y civil que contradicen lo mas sustancial de la tradicion germánica: Roma estiende tambien por la Europa latina, gracias al apoyo con que Francia le secunda, sus peculiares procedimientos litúrgicos, que en Francia concluyen con las libertades de la primitiva iglesia galicana, en España con el rito isidoriano, visigodo ó mozárabe, y de invasion en invasion la Curia romana, —cosa harto distinto como reconocerán las personas ilustradas por muy piadosas que puedan ser, —llega á considerarse dueña absoluta de todos los rei-

nos, cuyos soberanos son feudatarios suyos que puede destituir á su albedrío.

Si dados estos antecedentes se quiere conocer cómo se manifiesta la antítesis de principios entre germanos y latinos en la historia, no hay más que fijarse en la cuestión de las investiduras, y en la Reforma protestante por lo que mira al pasado, en el *Syllabus*, en cuanto al presente atañe. Tan honda y ancha es la sima entre unos y otros que todo arreglo parece superfluo. Es una lucha á muerte entre dos briosos atletas que alternativamente pretenden señorearse de la Europa. Prescindid de sucesos secundarios, de aparentes contradicciones, lo que en claro resulta es que están enfrente el individuo y el socialismo autoritario, ó lo que es lo mismo la libertad y la autoridad, como se usan en la fraseología política. Ostenta Alemania en sus manos, en estos momentos, el estandarte del derecho humano con sus alardes racionalistas. Francia, casi sola ó poco menos, hace pujos de fortaleza, pretendiendo, sin unidad interior de pensamiento, ofrecerse como campeón juramentado del latinismo. De resfriarse ese sentimiento de amor pátrio, de orgullo nacional herido, de amor propio militar y diplomático menoscabado que en ella notamos, Francia contaría muchos naturales que simpatizaban con la Cancillería berlinesa en sus debates con los ultramontanos, pero esto no era de esperar: en los pueblos latinos predomina el sentimiento, la fría razón amenudo se le subordina, y Francia siente inflamarse su sangre recordando que Bismark la ha humillado en Sedan y en Metz, y que ahora pretende este ser, en Europa, el más genuino adalid de los dogmas que la Enciclopedia francesa proclamó por boca de la Convención en 1794.

Véase como nos acercamos de nuevo al conflicto sin poderlo eludir. Resucitaron güelfos y gibelinos, el Imperio y el Papado. Aun hallándose tan evaporada la fé en los ámbitos de la indiferencia, la guerra que nos amenaza tiene mucho de religiosa, y así se explica, como los campos no están en lo material perfectamente divididos. Los católicos de aquende y de allende el Rhin, sino son verdaderos y

consecuentes en sus creencias, hallan que lo primero es la sociedad religiosa y lo segundo lo civil: para ellos las fronteras internacionales son reparos transitorios, opuestos por el orgullo humano y las conveniencias temporales, á la comunión de todos los fieles: la patria verdadera del católico está en el cielo; en la tierra, no obstante, reconocen un centro que á todos los reúne, con sus preces y sus sufragios, sus donativos y sus esfuerzos. Este centro mancillado por la revolucion racionalista, ha de ser restaurado y á conseguir tan alto desenlace, en la crisis contemporánea se encaminan. De aquí la turbacion que nos agita, de aquí las nubes que ya oscurecen los horizontes de todos los pueblos europeos, porque enfrente de los católicos, levántanse los que sin renegar de sus creencias católicas rehuyen el entrar por las veredas despeñadas — que en su sentir — ha abierto el consabido *Syllabus*; haciendo aquellos causa comun con los cristianos, con los protestantes, con los indiferentes, con los filósofos, y para pronunciar la palabra alarmante, con los revolucionarios de todo linaje, que quieren conservar, no la tradicion antiliberal y antihumana, mas los conjuntos del humano entendimiento en sus naturales y progresivas evoluciones.

No pretendemos declarar quien obra con mas cordura, quien tiene de su parte mayor cantidad de justicia. Tan complicado aparece el problema, con diversidad de elementos, que fuera insigne indiscrecion proponer un fallo absoluto al criterio del apasionado; pero forzoso es convenir en que los procedimientos seguidos por los latinos — en cuanto quieren domeñar á sus contrarios — no parecen los mas racionales ni aun los mas acomodados á las leyes fundamentales que rigen al hombre. La confusion entre el órden religioso y el civil y político, trae escenas como las que presenta la contienda entre el Estado y el clero en Alemania, como los cuadros que dibuja con sangre al resplandor de los pueblos incendiados la insurreccion carlista. Llevamos nuestra tolerancia hasta no hacer responsables de lo último á los poderes religiosos, mas hay que convenir, á lo menos, en que ni la moral religiosa ni la legítima influencia que

en aquellos se señala, pudieron evitar las agruras y crueldades de una lucha que se distingue por lo bárbara, lo inícuamente sostenida, y lo que es mas grave, por lo inútil de su prosecucion.

Francia y el Vaticano, alentando, secundando y hasta fomentando la rebeldia en Alemania, Austria y España, contraen gravísima responsabilidad ante la historia. Quizá sin quererlo quebrantan y hasta paralizan en gran escala las fuerzas del latinismo, neutralizando á unos, arrojando á otros, sin remedio, en la alianza con la Prusia. Parece como si una ceguedad deplorable y funesta se hubiera apoderado de la sociedad francesa mas distinguida por sus antecedentes y encumbrada por su posicion. No calcula la Francia que auxilia material ó moralmente á los absolutistas españoles y á los ultramontanos alemanes, la imprudencia de un proceder que ha de aumentar sus enemigos cuando la guerra estalle. Fraccionar la Europa entre güelfos y gibelinos — y á esto concurren el Vaticano y Francia — tal vez facilitando las miras secretas de Bismark, es un error de bulto, que ó mucho nos engañamos, ó á de confirmar, por tiempo, la pos-tracion del latinismo. Por extremo, importaba quitar á la contienda todo carácter religioso: bien podian los franceses acharla ocasion de colocarse de nuevo en las márgenes del Rin, sin constituirse por esto en campeones avanzados de legitimistas, ultramontanos y reaccionarios, que todos se dan la mano. Mucho mas cuando la Francia moderna no es la Francia de Cárlo magno ni de san Luis, adalides obligados y sinceros de la Iglesia; mas la Francia de los diplomáticos que secundaban á los protestantes contra Cárlos v y Felipe II, la Francia del volterianismo de buen tono, de los doctrinarios de 1830 y de los Bonapartes del primero y del segundo imperio. Falta la fé, aunque sobra la pasion, que no es la mejor consejera. Por esto no faltan hombres de doctrina y de conciencia recta, que deplorando los males á que nos empujan, entienden que el latinismo llevará la parte peor en la contienda, porque le falta la unidad de pensamiento y de obra que tan altos triunfos hubo de otorgarle en pasadas centurias. Ni puede, despues de todo el lati-

nismo prescindir, en totalidad, de los emblemas que figuran en su estandarte. Si el latinismo tiene alguna consistencia — como entidad beligerante — es abroquelándose tras los dogmas arcaicos que constituyen su médula. Haced que los latinos sigan á los pensadores individualistas; ponedlos al lado de los obispos, doctores y sábios que se han opuesto al *Syllabus* y á la infalibilidad como dogma; entonces la revolucion contemporánea quedará consagrada: al derecho divino sustituirá el derecho humano; la Iglesia se apartará definitivamente del Estado; cada poder recobrará su legítima supremacía, y en el orden político se cerrará la puerta á las esperanzas restauradoras. Como se advierte, el problema es harto complejo para que nos lauzemos á desatarlo. Y cuenta que no hemos tenido presentes las múltiples complicaciones suscitadas por intereses subalternos, que en ciertos momentos adquieren descomedida importancia. Barajada la razon con las preocupaciones, lo individual con lo general, lo religioso con lo laico, la ciencia con la fantasía, el recto anhelo del bien con la malevolencia y el encono, tejen las mallas mortíferas de la red que nos aprisiona. Todos los europeos estamos embarcados en la nave: el oceano de las encontradas pasiones ruje en torno nuestro. El parcial ó temporal desenlace se aproxima y no nos parece despropósito, escitar á los hombres reflexivos á que piensen y elijan el puesto que les corresponde ocupar, para cumplir como buenos con su conciencia y con sus deberes.

F. M. TUBINO.

Escorial 22 Setiembre 1874.

NAPOLEON EL GRANDE.

¡Tolon! ¡Waterlloo! Ved aquí los dos nombres, las dos columnas sobre las cuales habia de levantarse el trono del primer capitan de nuestro siglo. Antes de Tolon se divisa ya el crepúsculo de la mañana, los albores de un dia esplendoroso; mas allá de Waterlloo solo se estiende el crepúsculo de la tarde, las sombras de la noche, de la nada.

Ha dicho Montesquieu que nunca falta una persona para una circunstancia determinada; y esto, que de los individuos dice el autor de *El espiritu de las leyes*, puede y debe aplicarse á las naciones. Asi como Roma llevó al antiguo imperio de Occidente la idea de la unidad social, y la Germania del siglo v la de la personalidad humana, Francia debia llevar á todos los ámbitos del mundo la idea de la revolucion del siglo xviii, la idea de la libertad y del derecho.

Necesitábase para tan alta empresa de un hombre nacido de las mismas entrañas del pueblo; de un hombre de corazon esforzado, de vasta inteligencia, de voluntad in-contrastable; de un hombre capaz de sobreponerse á todas las envidias, de contrarestar todos los intentos, de vencer todos los obstáculos. Y para tales fines manda Dios al mundo á Napoleon el Grande.

Alejandro es el descendiente de Filipo; Augusto el sobrino de César; Carlo-Magno el heredero de Pipino; Napoleon, de nadie hereda nada; es el génio que todo se lo debe á

sí mismo. Carlos Bonaparte y Leticia Ramorino, sus padres, no han podido legarle un cetro de príncipe: tan solo le han podido ofrecer una simple plaza de cadete en el colegio militar de Briena; mas ¿qué importa? Napoleon, precisamente porque nada debe á su cuna, dispuesto con la osadía del génio á conquistarse lo que el nacimiento concediera al discípulo de Aristóteles, al amigo de Mecenas ó al admirador de Alcuino, se propone con la punta de su espada hacer frente á los dos siglos que le salen al paso, imponerles silencio y asentarse entre los dos como su señor omnipotente.

Y todo lo consigue, porque Napoleon es el Benjamin de la fortuna. Sol cuya luz está destinada á eclipsar á los demas astros, desde Kleber, el génio de la guerra, hasta Constant, el génio de la jurisprudencia; desde Siéyes, el génio de la política, hasta Talleyrand, el génio de la diplomacia; desde Cambacéres, el génio de la gubernacion, hasta Fuché, el génio de la policía, no hay uno que no se rinda instrumento dócil á los designios del coloso. Solo así se comprende el instantáneo encumbramiento del que, sabteniente á los diez y ocho años, general á los veintiseis, cónsul á los treinta, emperador á los treinta y cinco, nos cautiva, nos embelesa, nos asombra, cual si su historia fuera el cuento de alguna hada ó el ensueño de una imaginacion calenturienta. Sólo así, sonriéndole por todas partes la viétoria, y el triunfo mas feliz coronando sus planes por doquiera, se concibe que el imperio del mundo sea su anhelo mas decidido, mas constante, como lo fué de los grandes capitanes de la antigüedad, como lo fué de César, su modelo.

Adórnanle cual á aquel un talento portentoso, un corazon ajeno al peligro, una ambicion sin límites y un génio emprendedor aun para las cosas mas audaces y levantadas. César es mas político que guerrero; Napoleon es, mayormente que guerrero, político. César, triunviro, dictador, cónsul, no descansa hasta que se ciñe la corona imperial; Napoleon, general, cónsul por diez años, consul perpétuo, no se detiene hasta coronar sus sienes con la

diadema del imperio. El vencedor de Farsalia, fija siempre la mirada en Roma, por mas que se halle de ella á muy luenga distancia, destrona reyes, subyuga pueblos, ora se llamen belgas, ora helvécios, ora españoles, ora galos, llenando el mundo con el estruendo de sus armas; Napoleon, ora piense en el imperio de Oriente, ora en el de Occidente, fija siempre la mirada en París, por mas que su cuerpo esté de él alejado, destrona reyes como César y como César subyuga pueblos, llevando hasta las regiones mas apartadas el pavoroso terror de sus ejércitos.

¿Quién se considerará con fuerzas suficientes para colocarse frente á frente del que, no reconociendo supremacia en la tierra, ve solo en Necker á un maniático, en madama Stael á una habladora, en Chateaubriand á un mentecato, en los oradores charlatanes, en los economistas soñadores y en los literatos comerciantes? ¿Quién será capaz de oponerse al que, precedido del terror y acompañado de la victoria, se pasea de Europa al Africa y de Africa al Asia, cual si se paseara por su gabinete? ¿Quién será osado á contrarestar el poder del que llega á escribir con su espada en el mapa del mundo los nombres de Montenote y Lodi, de Arcola y las Pirámides, de Marengo y Ulm, de Austerlitz y Jena, de Friedland y de Moscow, con la misma facilidad que si escribiese un artículo para su Código, un suelto para *El Monitor* ó una carta para el sábio Oriani?

Pero ¡ah! llega un dia en que la Providencia dice: «basta.» Y la nacion que habia vencido á Cartago en Sagunto, á Roma en Numancia y á Carlo-Magno en Roncesvalles; la España, que habia dado el ejemplo sin igual de ser durante ocho siglos el centinela avanzado de Europa contra la dominacion musulmana, despierta del letargo en que yaciera, y al grito de «¡independencia ó muerte!» humilla ante sus plantas en Bailen las hasta entonces invencibles huestes del tirano. Y el intrépido de Arcola, conducido por la fatalidad ante las llamas de Moscow, presagia desde las ventanas del Kremlin el instante en que el sol, que tan risueño se le presentara en el oriente de Austerlitz, le abandone triste en el ocaso de Waterlóo. Y el hombre,

cuya gloria condujera la trompa de la fama desde el fuego del Sahara á los hielos de la Siberia, el gigante, á cuyos piés habia, puede decirse, temblado el universo, descende como descienden todos los ambiciosos, como descienden todos los déspotas, desde la altura del Capitolio á la profundidad de Santa Elena, donde, encerrado como un criminal, hasta se le escatima el alimento. El vencedor de cien batallas, el conquistador de cien naciones, necesitaba para que su figura apareciera mas grandiosa á la posteridad que el infortunio le poetizase; y el infortunio le poetiza con las crueldades del tigre de Longwood, del inhumano Hudson. Ved de que manera llega á ser Napoleon afortunado en su desgracia.

Yo, que como hombre abomino al ambicioso cuyas glorias embriagaron al pueblo francés hasta el extremo de apartarle de la verdadera senda del progreso; yo, que como español no me canso de maldecir al falaz tirano de mi patria, bendigo siquiera una vez al que en París como en Milan, y en Milan como en el Kairo, cumple su destino religioso sustituyendo la tolerancia al fanatismo, y realiza su deber político ostentando por capitanes de sus huestes en Moscow una legion de príncipes y reyes, encadenados como esclavos al carro triunfal de sus conquistas.

ABDON DE PAZ.

LA COLONIZACION MODERNA.

Entre los grandes empeños y los hechos capitales que registra la historia de los tiempos modernos, bastaría uno para definirla y caracterizarla. Me refiero á la colonizacion.

No quiere decir esto que ponga yo por cima de todos los cuidados y todas las empresas en que haya podido comprometerse la Sociedad europea durante los tres ó cuatro últimos siglos, la obra difícil y trascendental de llevar á remotos y casi ignorados (ó completamente ignorados) países el espíritu y las costumbres de los pueblos-directores en aquella laboriosa y rica época de la Historia de la Civilizacion. Nada mas lejos de mi ánimo que entrar aquí en comparaciones y mas aun en el exámen detenido de cada una de las varias manifestaciones y formas de la actividad de los pueblos contemporáneos. Me basta con afirmar el valor de una de ellas — de la colonizacion, — sosteniendo que es por sí suficiente para dar color á una época y que, desde luego lo dá, al punto de que suprimida no se comprenderia la mayor parte de los fenómenos políticos á que entre asombrados y febriles asistimos en los dias que corren.

Tampoco pretendo con esto, que la colonizacion sea una empresa propia y exclusiva de la Edad que amanece con el descubrimiento de América y la navegacion de las aguas del Cabo de Buena Esperanza. La historia griega está ahí para demostrar elocuentemente lo contrario, aun tomando

la idea de la colonizacion en su sentido mas vigoroso y sus formas mas cumplidas.

Lo que tengo por cierto — y á ello acudo — es que jamás la colonizacion, asi en el movimiento greco-latino como en la evolucion latino-germánica, ha revestido una importancia ni logrado una trascendencia análogas á aquellas con que se ofrece á nuestra vista y escita nuestro estudio, en la época moderna.

Casi podria decirse que la cuestion religiosa y la cuestion colonial son los dos problemas que principalmente agitan y preocupan á Europa á partir del siglo xvi hasta bien entrado el xix. Y aun dentro de éste, antójaseme muy discutible si el problema colonial verdaderamente ha cedido su puesto al que en la vida interna de los pueblos contemporáneos se llama con alarmante énfasis y justificado respeto «el problema social.»

La gravísima cuestion del «equilibrio europeo»; la de la «libertad de los mares» y en fin, todas las teorías y prácticas relativas á la vida económica y mercantil del viejo mundo, se refieren de tal suerte al concepto que de la colonizacion se ha formado y mantenido en los tiempos próximo-pasados, que el hecho mas trascendental en la historia de la colonizacion moderna—la emancipacion de las Américas—ha sido el golpe mas récio que las antiguas doctrinas económicas han recibido y la causa mas influyente en la variacion, punto menos que esencial, del antiguo derecho público europeo.

Bien que si se medita un poco sobre lo que es, lo que vale, y lo que entraña la idea de la colonizacion, nada de cuanto acabo de escribir puede sorprender á hombres medianamente discretos. Una Colonia no es una Nacion estraña: ni tampoco una mera provincia de tal ó cual Imperio. Ocupando como ocupa un término medio, en ella confluyen las últimas consecuencias del derecho de gentes y los postreros reflejos del derecho privado. ¡Menguados, por tanto, aquellos políticos que, ora en la Metrópoli, ora en la Colonia, reducen sus esfuerzos á lo que llaman «política de asimilacion» tan contraria á los principios de la

ciencia, á los cánones del Derecho, y á las enseñanzas de la historia, como á la inescusable y abrumadora realidad de las cosas! ¡Y mas torpes aun los que atemorizados por la pesadumbre del problema colonial en nuestros dias, y por la complicacion que su inteligencia y resolucion pueden traer, y de hecho traen, á la marcha de la política española y al juego de los intereses de nuestros partidos, piensan que el problema puede desatenderse y creen que el olvido voluntario y siempre inmoral de las llamadas «cuestiones ultramarinas» ó atenúa su gravedad ó reduce su alcance, no permitiéndolas influir en la suerte de la Madre Pátria!

Siendo esto así, paréceme oportuno llamar (siquiera sea brevemente) la atencion de los lectores de esta REVISTA sobre la colonizacion moderna, merecedora siempre de cierta solicitud, ya porque se trata de la manera de haber traído á la vida de la civilizacion comarcas completamente alejadas de ella, y en cuyo porvenir nos cabe inmensa responsabilidad, ya porque la economía humana es tal que la accion de la Metrópoli sobre las Colonias, en un momento dado se obra sobre la Metrópoli misma, y fuera muy difícil — imposible quizá, sobre todo tratándose de España — conocer la vida y el desenvolvimiento político y social de la Madre Pátria sin haber apreciado sus modos de influir y de organizar las sociedades por su esfuerzo creadas ó á su sombra crecidas.

Solo que la colonizacion moderna abarca tres grandes períodos. El uno de cuatro siglos, que comienza en el décimo quinto bajo la influencia portuguesa y alcanza los primeros años del actual, en que se realiza la Emancipacion del Nuevo Mundo. El otro que desde este trascendental suceso se estiende hasta la gran insurreccion de la India en 1857, la guerra del Canadá y la abolicion de la esclavitud en las Antillas. El tercero que se está desarrollando á nuestra vista y que nos vá dando como modelos El Cabo, el Dominio del Canadá y la Australia: período de gran lustre y gloria para Inglaterra.

Claro se está que no he de acometer aquí — robando espacio á otros trabajos de mucho mejor desempeño — la

ruda tarea de examinar todos y cada uno de los periodos aludidos. Básteme por hoy reducir mi esfuerzo al primero, y aun con esto temo fatigar la atencion del lector.

Intento precisar los antecedentes de la colonizacion moderna: asistir á la realizacion de sus primeras empresas: estudiar sus primeras consecuencias.

I.

Ocho siglos necesitó Europa para encontrar su asiento despues de la gran irrupcion de los bárbaros y la ruina del Imperio de Occidente: siglos de lucha, de choques, de revueltas, de torbellino, de estremecimientos y nebulosas, en que á partir de la disgregacion mas peregrina de los antiguos elementos sociales, del atomismo mas perfecto, mas movable y al parecer mas irreconciliable, producido por el incesante golpear de los bárbaros sobre la corona de los Césares, se van condensando cada vez con mayor actividad y superior energía, todos los intereses y todas las tendencias, hasta encarnarse en tres grandes instituciones que con su agitacion, sus pretensiones, sus esfuerzos, sus rivalidades y sus batallas llenan el periodo que arranca del siglo x y se estiende hasta el décimo cuarto.

La Iglesia representando el triple interés, ora de la vida moral sobre la materialidad de instintos, la rudeza de relaciones y la brutalidad de movimientos que se apoderan del mundo á la caida del imperio de Occidente, ora de la unidad europea, sobre la division de los pueblos, el fraccionamiento de los intereses y la variedad é incertidumbre de las ideas (mediante el catolicismo de su doctrina y el cultivo delicado y escepcional de las ciencias y las letras —pátria comun de los espíritus— en las soledades del claustro), ora, en fin, de la vida comun, de la solidaridad de las existencias racionales y terrenas, de la intimidad de los afectos, las esperanzas, los goces, las penalidades, los actos y los deseos de la colectividad humana (por medio de la propiedad conventual, la *mano muerta*, el censo, la limosna y el *asilo*); el Feudalismo, representando, por una

parte, la vida familiar resucitada entre los escombros de aquel mundo romano, que referia al Estado toda la existencia social, sin tolerar ni comprender siquiera pretension alguna de vida propia, ni movimiento espontáneo ó ageno al órden general político, en las esferas estrañas ó inferiores de aquel gigantesco y poderoso organismo jurídico; y por otro lado, la vida extra-urbana y los intereses rurales tan desconocidos en la edad antigua, gracias al esclusivismo de la ciudad y al envilecimiento del trabajo rústico por la servidumbre encargada en aquellos tiempos de la produccion agrícola: representaciones entrambas defectuosas, exageradas, violentas, tambien esclusivas (y así entrañaron la primogenitura, los vínculos, los señoríos y otros errores), por ser una reaccion natural y una lógica protesta contra las exageraciones y la tiranía de la sociedad clásica; y en fin, el Municipio, el Concejo representando la vida local frente al cosmopolitismo de la Iglesia y la colectiva frente al individualismo de los Señoríos, la propiedad viva, trasmisible, individual y progresiva frente á la *mano muerta*, la industria frente á la agricultura, el trabajo frente al pietismo, la ley comun frente al privilegio, la vida secular frente al sacerdocio, la vida civil frente al órden feudal: ved ahí, las grandes entidades que llevan la voz en ese laborioso período de la civilizacion europea, cuya aurora coincide con las últimas escursiones de los bárbaros—no sé si rendidos ó hartos,—y los primeros estremecimientos de los milenarios; y cuyos postreros destellos alumbran el camino de los reyes y los vagos é informes perfiles de las nacionalidades modernas.

Yo no debo decir de que manera influyeron estas entidades en el modo de ser de la sociedad en cada uno de los siglos posteriores al siglo x; cómo la familia se constituye—esa familia que llega nada menos que á la revolucion francesa y al código de Napoleon;—cómo la propiedad—la propiedad inmueble siempre—se organiza, para que luego sobre ella se levante esta otra propiedad movable, ligera, que no tolera la tasa, ni el vínculo, ni las formas antiguas de opresion y desconfianza, poco aparente pero inmensa, inestable pero poderosa, que constituye toda la riqueza del

mundo moderno y que ha hecho posible la aparición de ese tercer factor que se llama el crédito y que está destinado á transformar todo el actual orden económico; cómo se esboza una nueva casta sacerdotal, cómo el pensamiento se forma, cómo se resquebrajan los muros del castillo feudal, cómo la caballería declina, cómo las tinieblas se esclarecen y el cuadrante de los tiempos marca la hora de que concluyan los terrores milenarios, las correrías de los señores y las empalizadas de los foreros, amaneciendo los días de la reconstrucción social. Si de esto hago aquí mención, es solo para llegar fácilmente al siglo xv, al comienzo de la edad moderna, pasando por el siglo xiv en que la monarquía poco antes naciente y tímida, firma las cartapueblas, pone el pié sobre los señores, sujeta la mano del sacerdote pródigo de excomuniones, y con la misma espada con que destroza el Fuero viejo, golpea los privilegios y abre el camino de los nuevos intereses y traza los límites de las incipientes nacionalidades.

¡Las naciones! he ahí el término de toda esta evolución; ¡las naciones! hé aquí los nuevos moldes en que cae hirviente la civilización formada en ese largo período de cristalizaciones, en que aparecen como hechos capitales y puntos salientes á cuyo alrededor se desenvuelve toda la Historia, las Cruzadas y la guerra de los albigenses; la Carta Magna y las Cortes de Castilla; las costumbres de Beauvoisis y las Partidas, Gregorio VII y la Liga Lombarda, el cisma oriental y las universidades de Occidente, el hundimiento del Califato cordobés y las victorias de Gengiskam, Abelardo y Santo Tomás, la caballería y los trovadores.

En el siglo xiv se presenta ya una sociedad delineada. Europa ha encontrado su asiento: los pueblos pueden mirar por cima de sus murallas: el Estado alienta: las necesidades de la vida tranquila aparecen: el comercio principia á moverse. En este momento suena la hora del siglo xv. ¡Miradle! en el dintel se levantan dos grandes figuras: el inventor de la imprenta y el descubridor de las Américas. No puede darse, de hecho no se dá en la historia fenómeno

mas sorprendente. Cuando el mundo antiguo vuelve á reunirse, cuando sobre la individualidad uraña de los siglos medios se alza una comunidad de ideas y de intereses, cuando la sociedad europea parece aquietarse, y la vida se encauza, y el orden renace, y el espíritu comienza á dominar el abigarrado y revuelto conjunto de hombres y de cosas, de instituciones y de doctrinas, de hechos y de aspiraciones, que bajo un cielo de pesadumbres y en una atmósfera apenas respirable, se nos ofrece en ese período de penumbras que se llama Edad Media, ved por qué maravilloso acaso, por qué acuerdo providencial se ensanchan los espacios y se dilatan los horizontes, surgiendo la nave que cruza las soledades de la mar en busca de nuevas playas, y el libro que atraviesa las tinieblas de la ignorancia y arrostra las tempestades de la preocupacion en busca de nuevas inteligencias. El mundo se dobla; el progreso fuerza la máquina; la humanidad da un verdadero paso de gigante. Tras el descubrimiento de la imprenta, podian venir ya, era lógico que viniesen, el Renacimiento, la Reforma, la revolucion inglesa y la emancipacion de Holanda. Tras el descubrimiento de las Américas, las peregrinaciones por el Pacífico, el comercio de alta mar y las grandes colonias de Inglaterra y de España. ¡Qué abismos de ayer á hoy! ¡Qué avance tan colosal! ¡Qué aumento de tierras y de ideas, de satisfacciones y de necesidades! ¡Podria decirse repetida la creacion!

Pero no nos distraigamos de nuestro objeto. Europa habia llegado á una síntesis al finalizar el siglo XIV, y estas síntesis son grandemente favorables para que una sociedad piense en exteriorizarse é intente difundirse; es decir, para los empeños de colonizacion. En el orden político Europa habia llegado á la monarquía, y en el orden social á las nacionalidades, esto es, á la muerte de todos los exclusivismos y la aparicion de necesidades generales, permanentes, posibles de preveer, que arrancando del movimiento ordinario de la vida revisten un carácter verdaderamente humano, y cuyo desenvolvimiento y satisfaccion son dables dentro de esas grandes agrupaciones sociales.

que al inaugurarse la Edad moderna comenzaron á vivir bajo el amparo y por la direccion de los reyes.

Desde aquel momento el caballero pudo abandonar seguro su campo, el ciudadano dejar la guarda de sus murallas y el comercio desarrollarse en Medina del Campo lo mismo que en las Ciudades anseáticas. Los hombres se vieron fuera del campo de batalla; se codearon con frecuencia; se escucharon y entendieron repetidas veces; antojóseles instantánea la *trégua de Dios*; pareciéronles pesada la espada de Roldan é insoportable la sagrada armadura del Cid: el fraile echó de menos algunas docenas de mendigos que antes vivian de la sopa del convento: el magistrado vino periodicamente á administrar justicia en nombre del rey, casi á la puerta de la Iglesia; sacó el judío la cabeza de su escondrijo; las *férias* inauguraron su historia: surgió la idea de la vida tranquila; comenzaron á ser gustadas las comodidades de la existencia ordinaria, y los campos, los caminos, las veredas y las encrucijadas fueron despo-blándose de los vestiglos, los enanos, los mágicos, las bestias, las cuadrillas y los caballeros hostigados por la Santa Hermandad, para dejar ámplio teatro á las inmortales hazañas de aquel soberbio peregrino de la Mancha, que con el yelmo roto, deshecho el lanzon, la espada mohosa, el caballo maltrecho, magullados los huesos, pero radiante el rostro y magníficos los ojos, escitaba la universal carcajada de la Europa moderna, sin mas que relatar ó repetir ya á deshora, los hechos que habian hecho eterna la *Tabla Redonda*, adorable á Amadis de Gaula, y grandes, nutridos y fecundos los tiempos de la Edad Media.—De aquí que el primer resultado del triunfo de la nacionalidad fuese una gran comunicacion social y un aumento de necesidades cada dia crecientes.

Pero á su lado, aunque con un carácter secundario, es preciso poner otro fenómeno—en parte consecuencia del anterior, en parte consecuencia de otros hechos mas antiguos que caracterizan en cierto orden al siglo décimo tercero;—fenómeno que es un accidente en la Historia universal, pero de notoria fecundidad en la esfera de nuestro

estudio. Quiero hablar de aquel espíritu inquieto y fantaseador que vaga por Europa en los comienzos de la Edad moderna, que encarna en ciertos grupos, y que no fué el menor obstáculo para la consolidacion de las monarquías; espíritu nacido de la contradiccion que naturalmente brotaba de la nueva y cada vez mas enérgica y general tendencia á la regularizacion de la vida y el afianzamiento del orden social, frente á la tradicion levantisca y la poderosa irregularidad de los tiempos medios; espíritu tanto mas tiránico cuanto que sus triunfos constituyen una escepcion y aparecen como una protesta contra las nuevas corrientes, y tanto mas palpitante cuanto que su nacimiento se verifica en los dias de aquella fiebre, de aquella exaltacion, verdaderamente nerviosa que sucede al siglo XIII (como antes habia sucedido otra análoga al siglo VIII) y que de tan poderosa manera influyó en los descubrimientos con que se inaugura la moderna Edad.

Pues bien, á estas circunstancias juntad el prodigio de la imprenta que lleva á manos de cualquier desocupado ó cualquier nervioso los sueños de aquella *Atlántida* de Platon, — («continente mas grande que el Asia y el Africa reunidas, situado frente al estrecho de Gades y en el que radicaban los diez reinos gobernados por diez hijos de Neptuno»), — ó aquella gran isla descrita por Diodoro y Pomponio Mela, situada al Sur de la Arabia, donde el fénix construia su nido sobre el altar del Sol, ó el vaticinio de Séneca

.....*Syphisque novos
delegat orbes, nec sit terris
ultima Thule,*

y sobre todo, las fantásticas relaciones de Marco-Polo el gran amigo de Cubilai y el infatigable viajero de la India y la China en el siglo XIII, asi como las inverosímiles descripciones de Juan Mandeville, servidor del soldan de Egipto por espacio de mas de treinta años, y que ya en el siglo XIV afirmaba la redondez de la tierra y la posibilidad de

darle la vuelta. Añadid, en seguida, el descubrimiento de nuevos caminos para ir á las Indias orientales y traer, sin la peligrosa cooperacion de los árabes, las ricas especies, entonces como nunca solicitadas en las Córtes de Luis XII, Enrique VII, Maximiliano y los Reyes Católicos. Agregad el hallazgo de las Américas, cuajadas de aquel oro que como en ninguna otra ocasion en aquellos dias, comienza á ser necesario, dada la frecuencia, variedad y estension de los tratos, mientras por otra parte ofrecian ámplios y vírgenes espacios para dar rienda suelta á todos los ímpetus y todas las estravagancias en Europa ya punto menos que imposibles.... Y despues dígase si no está explicado por el único hecho de sus antecedentes el fenómeno de la colonizacion moderna, llevada á cabo necesariamente bajo la tutela de los reyes, representantes de la gran forma social de aquellos tiempos, fenómeno del que, si son varios los caracteres relevantes, el prominente, el que mas acentuacion demuestra, el que, en fin, responde mejor al carácter general de la época, es el mercantil, el de explotacion.

Pero hay que cuidar de no atribuir solo al espíritu mercantil la empresa en que Europa se compromete al rayar la nueva edad: cuidado de no olvidar que todas las circunstancias de que he hablado con cierto detalle son meras condiciones, meras facilidades, meros antecedentes de la obra. El alma de la empresa está en la necesidad que los grandes pueblos, como las sociedades en general, tienen de exteriorizarse cuando han llegado á una síntesis, cuando han logrado su constitucion interior; cuando la vida no cabe ya en los límites materiales impuestos por el pasado. Entonces la vida desborda, y un génio invisible murmura en todas partes, al oido del hombre de gobierno, en el secreto del hogar, en medio de la plaza pública, ese ¡MAS ALLA! que ha lanzado al través de lo desconocido, á las grandes emigraciones. Si me pedís, en este momento, la explicacion de este fenómeno, yo no os la podria dar. Es una ley de la historia: sin ella la civilizacion se estancaria y seria una horrible mentira aquel reino de la fraternidad univer-

sal, en que reconociéndose la familia humana, ha de repetir con el poeta bíblico el hosanna á Dios, «sentado cada uno al lado de su vid y debajo de su higuera».

Pero lo dicho naturalmente no basta para formar exacto juicio respecto de lo que la colonizacion moderna sea en sí, y mas aun, en el curso completo de su total desarrollo. Porque en esta como en todas las grandes empresas humanas, hay que distinguir, primeramente los momentos, y luego pesar muchas y muy diversas consideraciones que afectan á los varios elementos y las distintas fuerzas que en cada uno de los períodos que corre la obra se presentan y ponen en juego.

¡Y quién lo duda! ¿Quién medianamente discreto y que tan solo haya saludado estos estudios, puede poner en tela de juicio que existen profundas diferencias entre el período de los descubrimientos y el que se debe llamar con exactitud período de la colonizacion propiamente dicha? ¿Quién que haya seguido con cierto espíritu el colosal empeño de nuestros mayores en la hermosa América, ó la série de extraordinarios esfuerzos de los ingleses en Asia y los holandeses en Oceanía, puede confundir dentro del primer período, la obra de los descubridores con la de los conquistadores; y dentro del segundo, la política de los primeros dias, la política de la dominacion con el esfuerzo continuado y reflexivo de la época siguiente, que puede ser caracterizada con el apellido de la época del gobierno? Y esto así, precisa que entremos en ciertos pormenores; fuera de que hablando de la historia de la colonizacion, no se comprendería que prescindiésemos de inquirir cuáles son las tentativas y los pasos con que esta comienza y que sirven, en cierto modo, de base á la constitucion de las grandes colonias del mundo moderno.

Los grandes viajes en direccion de las Indias comenzaron en el siglo xv, merced á la proteccion del infante D. Enrique de Portugal, aquel enamorado de Marco-Polo, fundador de uno de los primeros observatorios astronómicos de la moderna Edad, y de una academia de náutica, junto al promontorio de Sagres; espíritu atormentado del deseo de

pasar los horizontes conocidos en su tiempo, buscando nuevas tierras por la inmensidad del Atlántico; tipo admirable de aquellos príncipes y aquellos magnates de otros días para quienes el acaso del nacimiento que les había dado fortuna y honores, les obligaba estrechamente á prestar auxilio á los hombres de ciencia, y poner todo su valer en obsequio de esos grandes empeños que exigen recursos excepcionales; carácter fortísimo y el mas propio para hacer frente á las prevenciones del vulgo, temeroso cuando no enemigo de toda empresa que sale del círculo de lo ordinario, lo palpable ó lo interesado; grande servidor de la gloria de Portugal, en cuyos Anales figura con el nombre de *el Navegante*, y como el amigo y corresponsal de todos los sábios que por aquel entonces brillaban en Europa; y hombre, en fin, como dice uno de sus cronistas «de gran consejo y autoridad, avisado y de buena memoria; pero en algunas cosas, como distraído y vagoroso, ora fuera por su complexion flemática, ora por su voluntad, movida á *algun fin determinado no conocido de lo demás.*»

A sus escitaciones y sus directos esfuerzos, debióse que los portugueses inauguraran la época de las grandes empresas marítimas. El Cabo Nom, primero, y despues el terrible Bogador — objeto de las mas espantosas quimeras de aquellos tiempos — en las costas africanas, fueron el término de los trabajos con que principia este período, y la mira de las tentativas de nuestros vecinos, que antes del primer cuarto de aquel siglo, con Tristan Vaz y Gonzalo Zarco habian puesto el pié en la isla de Madera (embellecida, sobre los dones de la Naturaleza que habia hecho de ella la rival de Chipre y Malvasia, por una leyenda no menos tierna que la de nuestros *Amantes de Teruel*), y con Gil Yañez habian anclado en la costa de Guinea, de donde inmediatamente comenzaron á sacar oro y esclavos. A poco y merced á informes, exagerados cuando no falsos, de los habitantes de las tierras descubiertas, la preocupacion absorbente de los portugueses, fué dar con el famoso Preste Juan de las Indias, que en Africa debia estar, y cuya alianza debia valer al rey de Lisboa peregrinas ventajas para la explotacion de aquellos

países de infieles. Y con este fin, mientras que Pedro Corvilhan y Alonso de Payva acometían, en nombre del rey D. Juan II de Portugal, la obra de buscar á aquel renombrado personaje por el lado de Asia, corriendo las aventuras mas estrañas que registra la historia, Bartolomé Diaz, con una escuadra lo buscaba por la costa del Atlántico. Ni los unos ni el otro dieron con el Preste Juan, pero en cambio, y por uno de esos aparentes acasos de que está llena la historia de los descubrimientos modernos, Diaz dobló el Cabo de las Tormentas—tras el que se aseguraba que el aire no era respirable,—entreviendo el camino que muy luego y poco antes de comenzar el siglo xvi, habia de recorrer el ilustre Vasco de Gama con sus tres naves, *San Gabriel*, *San Rafael* y *Berrio*, para llegar á las Indias de Oriente y realizar una de las mas grandes aspiraciones de aquellos memorables dias.

En la agonía del siglo xv Colon comenzó sus viajes protegido tambien, mejor dicho, sostenido directamente por la monarquía, y en los primeros años del siglo xvi, haciendo un tercero y último viaje, puso el pabellon de España en el continente americano. Tras él llegaron Ojeda á Venezuela, Pedro Niño á Colombia, Ponce de Leon á la Florida, Córdova á Yutacan, Grijalva á Nueva España, Pinzon al Brasil y Solís á la Plata; y un poco despues de haber Balboa hollado la tierra de Panamá y metídose hasta la cintura en el mar Pacífico, proclamando en alta voz el imperio de España sobre todas aquellas tierras y aquellos mares, Magallanes con Sebastian Cano, (el primero que dió la vuelta al mundo) cruzó el estrecho que hoy lleva su nombre, atravesó bravamente el Grande Oceano y al fin descubrió el archipiélago filipino.

Todo esto pasaba antes de 1525. El segundo cuarto de siglo lo llenan con sus hazañas Cortés en Méjico, Pizarro en el Perú, Alvarado en Chile y Pedro Mendoza en la Plata. Hacia 1550 comienzan á tomar regularidad la gobernacion de las nuevas tierras y á ser frecuentes los decretos y ordenanzas reales que, á fines del siglo xvii, son coleccionadas y llevan el nombre de Leyes de Indias. Y así

termina el siglo décimo sexto, asentadas las bases de la gobernacion colonial del continente sud-americano, cerrado el período primero de la colonizacion, y asegurado el dominio de España en el Nuevo Mundo, ya por el esfuerzo de los descubridores y conquistadores en la vírgen América, ya por los oficios de nuestra diplomacia, que obtuvo del Papado,—que al principio y para estimular las empresas marítimas habia concedido indulgencia plenaria á los navegantes lusitanos que pudiesen en los viajes, y el señorío perpétuo de todas las tierras y países situados entre el cabo Bogador y las Indias orientales, al rey de Portugal—que conviniese en trazar la célebre línea de polo á polo, á las cien leguas de las Azores y de Cabo Verde, dando á España las tierras que se encontrasen mas allá de esta línea, ya en fin, por el ingreso en la gran monarquía española de la monarquía portuguesa, con todas sus colonias, con el Brasil, de que muchos años antes de 1581, en que se verifica la union ibérica, se habia posesionado Alvaro Cabral y los hermanos Souza, por estar dentro del espacio asignado al rey de Lisboa; con las Molucas, constantemente disputadas por Carlos V, y en fin, con todas las considerables posesiones con que el talento y el valor de los Arburquerque y los Almeidas habian enriquecido en Asia el poder de los monarcas de Portugal, mientras los nuestros guerreaban en Italia ó atendian esclusivamente á las Américas; grande y sorprendente hecho por el que pudo nuestra Pátria realizar lo que ningun pueblo ha realizado jamás, convirtiendo la inmensidad del Atlántico en un verdadero lago español, llevando á todas partes el acento de sus inmortales poetas y la voz de sus grandes legisladores, pretendiendo relacionar íntimamente todo el Universo y fundir todos los pueblos y todas las civilizaciones,—quiera esto por la naturaleza misma de tan colosal empeño pecase de implacable y tiránico,—reproduciendo, apesar de la dificultad de los tiempos, pero con mayor estension y energía, el espléndido espectáculo del gran imperio romano, eclipsando á Alejandro, venciendo á Carlo-Magno y evocando donde quiera, así en la nevada cumbre de los Andes

como en la ardiente arena del Indostan, así entre los bosques drúidicos de la Germania como entre los jardines eternos de la Florida, sobre el sagrado suelo de la madre Italia como ante las sombrías costas del Báltico y sobre el ensangrentado mar de Lepanto, el génio inmortal de su refulgente historia.

Por manera, que si el siglo xv correspondió bajo el aspecto que aquí nos ocupa, y hablando con cierta generalidad, á los portugueses, el décimo sexto nos toca á los españoles. Muy luego Holanda, emancipada del yugo de nuestros tercios, sustituye á unos y otros. Cornelio Hoohtman lleva la bandera de los Estados Generales al Asia: créanse muchas compañías mercantiles para sostener el tráfico con los pueblos independientes de aquella parte del mundo; establécense allí numerosas factorías y depósitos, y para resistir á España que con sus inmensos recursos se opone á semejante comercio, fúndense las diversas compañías hasta entonces existentes en una grande y poderosa, que había de llamarse la Compañía de las Indias Orientales, y que bajo los auspicios y la proteccion positiva del gobierno neerlandés, pero dirigida y sostenida por los primeros comerciantes de Amsterdam, echa las bases del imperio de Holanda en el vasto archipiélago oceánico. Las guerras de Holanda con España, dan á la primera muchas de las colonias españolas y portuguesas; y el poderío colonial de la pátria de Warwick y de Ruyter, se afianza, organiza y desarrolla en todo este siglo, mediante las instrucciones de 1617 y 1632, y muy singularmente la de Abril de 1650, sobre el gobierno de Java, verdadera espresion del carácter y sentido de la colonizacion neerlandesa.

Mas luego dos potencias de primera fuerza se deciden á seguir el camino trazado por los navegantes y colonizadores españoles y holandeses. La una Francia, que con Cartier y Champlain se establece en el Canadá, con La Salle é Iberville, descubre y se posesiona de la Luisiana, merced á Caron entra en la India y por conducto de Colbert compra unas cuantas islas de América, descubiertas y pobladas por particulares. La otra, Inglaterra que muy

luego toma el cetro como gran nacion colonizadora, llevando á un tiempo su atencion y sus ambiciones al Mundo primitivo y al Continente recién descubierto.

Vulgar es ya de puro repetido, y á pesar de las constantes protestas de los escritores franceses, que Francia nada ha hecho serio en materia de colonizacion: cosa á primera vista sorprendente, dado el carácter expansivo y cosmopolita de sus revoluciones, y fenómeno hasta cierto punto comparable con el menos extraño que ofrece la historia de la moderna Italia, de todo punto infecunda, en este particular de la esteriorizacion y propaganda del carácter y las ideas de un pueblo por medio del descubrimiento de nuevas tierras, la fundacion de factorías y colonias, la conquista y reduccion de tribus independientes y la reforma de antiguas sociedades separadas de la corriente general de la civilizacion.

No quiero hablar de la indiferencia con que en Francia se vió siempre la organizacion del Canadá, cuya primera Carta, debida á Colbert, llevó al otro lado de los mares la organizacion feudal de la vieja Europa, no tampoco, del punto de vista estrecho y el interés puramente de momento con que Law pretendió dar importancia á la Luisiana ya por aquel entonces disputada por los ingleses. Me basta traer á la memoria las perspectivas magníficas que en la India se abrieron á los franceses por los esfuerzos de Martin, el fundador de Pondichery, á fines del siglo xvii, y muy especialmente de Dupleix y Labordonnais; y como la falta absoluta de todo sentido colonizador en la Metrópoli, la carencia de todo espíritu de continuidad en la mayoría de los colonizadores, las rivalidades y luchas intestinas de los gobernantes de Asia, su poca aptitud para el trato de los indígenas y otros defectos por el estilo, de que se hizo, tal vez injustamente, viva representacion á aquel infortunado Lally, que segun propia frase, trajo *á Paris su cabeza y su inocencia*, dieron al traste en menos de cincuenta años con todas las esperanzas y todos los intereses que en aquel continente se habian fundado en honor y provecho de Francia.

De suerte, que no parece sino que el empeño de la raza latina de llevar á todas partes con su espíritu el hilo de la civilizacion, ha sido encomendado, á partir del siglo xvi, á estos pueblos de la estremidad occidental de Europa, lanzados sobre los abismos del Océano, ante las inmensas perspectivas del Atlántico, quizá para que nada entorpeciese la realizacion de tan trascendental empresa, y todo instase á la comision de aquellos actos necesarios para la comunicacion de los pueblos, el avicinamiento de los continentes, la relacion de las civilizaciones, la influencia mútua de las sociedades, y el progreso general del mundo.

¡Grande estudio seria el que tomando en cuenta este fenómeno y considerando el carácter de nuestra raza, tuviese por objeto encontrar cómo dentro de un sentido determinado, dentro del sentido latino, trabajan por la diffusion de sus principios y de su espíritu, España y Portugal de un lado, atravesando los mares, creando colonias y educando mundos que han de servir de teatro al porvenir; de otro, Italia y Francia con el renacimiento del arte y la revolucion de 1789, que atraen la mirada de todas las gentes, constituyendo un foco de inextinguible luz y un centro en cuya contemplacion los espíritus se levantan y depuran, y los pueblos descubren el principio de vida armónica y universal!

Pero no nos distraigamos de nuevo con este detalle, que solo prueba la fecundidad de las especulaciones á que nos venimos consagrand. Reconocida la insignificancia (relativa se entiende) de las tentativas de nuestrosvecinos del Pirineo, fijémonos en los esfuerzos de Inglaterra.

Inglaterra, habia comenzado las tentativas de colonizacion ya á fines del siglo xv. Gaboto antes de servir á España, sirvió al rey Enrique VII y hasta se asegura que en esta época le cupo la gloria de poner el pié en el continente americano dos ó tres años ántes que el inmortal genovés. En el siglo xvi Gilbert, trató de posesionarse del Norte de América y especialmente de Terranova, á nombre de la Reina Virgen, y el fantástico Walter Raleigh pretendió echar los fundamentos del futuro Estado de Virgi-

nia, que junto con el de Nueva Inglaterra, ha sido el punto de partida de la gran República de los Estados-Unidos.

Pero la colonizacion como un empeño sério y una obra de perseverancia y continuidad por parte de la poderosa é infatigable Albion, no comenzó en el Nuevo Mundo hasta el siglo xvii, realizándose ora por las turbas de emigrantes protegidos por el Estado, pero escitados, conducidos é instalados allende los mares por compañías que residian en Lóndres, ora por la emigracion espontánea de sectas religiosas ó partidos políticos imposibles en Inglaterra, dada la legalidad vigente en este país, refugio despues de todos los hambrientos de justicia y todos los perseguidos por el absolutismo monárquico ó teocrático del continente europeo; ora por la accion irregular de los aventureros que por sí, á su costa y á todo riesgo tomaban posesion de aquellas comarcas y solo reconocian la alta, pero lejana, soberanía de la madre pátria, quedando ellos dueños del terreno que pisaban. Asi se poblaron las Antillas inglesas y la mayor parte de los que despues fueron Estados de la República norteamericana.

Casi al mismo tiempo ponía Inglaterra su atencion en Asia. Habia tenido á raya, por mucho tiempo, á aquellos inquietos insulares, el poderío de España y la audacia de Holanda, pero al cabo las susgестiones del amor propio, el espíritu de aventuras y mas que todo la ambicion que no cabia, ya por aquel entonces, en los estrechos límites de las dos grandes islas del Norte europeo, quebrantaron todas las resistencias determinando en 1600—en los dias de la reina Isabel—la constitucion de aquella «Compañía de los negociantes de Lóndres para el comercio de las Indias Orientales» que abrió al Reino-Unido las puertas del vasto Imperio en cuyo seno corren las aguas sagradas del Ganges, é hizo posible en el curso de los tiempos, que en aquellas remotas tierras un dia regidas por la sabiduría de Akbar y cuya imperfecta descripcion habia exaltado á los aventureros de la Edad Media, se demostrasen los grandes talentos y la virilidad de carácter de Roberto Clive, del mismo Warren Hastings y de toda la pléyade de gober-

nadores y generales que lograron afianzar el imperio británico en la India, mientras á su lado se deshacia por falta de espíritu y de constancia en sus sostenedores, la obra que á despecho de su raza habia levantado en honor de Francia aquel Dupleix, que como casi todos los grandes hombres, estuvo á punto de recoger el pago de sus servicios en el patíbulo y de hecho los vió recompensados con la miseria mas irritante y la indiferencia pública mas escandalosa.

Desde el momento en que Inglaterra se lanzó á la conquista de las Indias, sus tentativas no tuvieron número ni sus aspiraciones límite. Tras aquel paso vinieron las guerras marítimas de los siglos xvii y xviii, y tras las guerras el ensanche del imperio colonial de la Gran Bretaña á costa del poderío de España, Holanda y Francia, así en América como en Asia. A este período, que puede llamarse de *consolidacion* pertenecen el Acta de navegacion de Carlos II (1663) y los bills de Jacobo II y Jorge I sobre las Colonias de América, el Acta de fusion de las dos compañías orientales de 1768, la Regulating Act de 1773 y el Bill de las Indias de Pitt.

Y no digo mas porque estas ligeras indicaciones bastan á mi propósito. Hora es ya de apuntar algunas observaciones que se desprenden de la rápida reseña que acabo de hacer ó que son necesarias para su exacta inteligencia.

RAFAEL M. DE LABRA.

LLEGAR Á TIEMPO.

ANÉCDOTA.

Hace algunos años existia en la calle de Toledo, en Madrid, una tienda en cuya muestra se leia: «A Sedan; almacen de paños de la viuda de Garcia.»

Una preciosa jóven, como de diez y ocho años, alta, esbelta, rubia y blanca como una alemana, solía estar sentada á un lado del mostrador, ocupada en alguna labor de costura, mientras que su madre, activa, servicial y amable, despachaba á los compradores, no sin dirigir una mirada cariñosa ó bien alguna palabra á su hija Magdalena.

Una mañana, los vecinos de la viuda, vieron con asombro que las puertas de la tienda permanecian cerradas, y cuando estaban entregados á las reflexiones y comentarios que les surgeria acontecimiento tan extraordinario, vieron llegar un grupo de gentes, entre las que se encontraba Magdalena, y un jóven gallardo y elegante.

—Antonia, Antonia, ven acá mujer, exclamó Ramon, cuyo comercio de lienzo se encontraba situado á la derecha de la casa que ocupaban madre é hija.

—Calla, añadió: es Javier, el hijo del notario de la plaza de la Cebada... ¡cuanto va que se casó con ella... y yó que la queria tanto!

—¿Y por qué no la pediste con tiempo? y una muger

como de treinta años, fresca y regordeta, se apoyó en el hombro de Ramon, al pronunciar estas palabras.

—¡Ay! qué quieres hermana, nunca me figuré que ese mequetrefe se adelantase.

—Pues ya sabes, hay un refran que dice, *mas vale llegar á tiempo que rondar un año*.

Efectivamente, la viuda de Garcia, habia efectuado el matrimonio de Magdalena, y como la veia feliz, se consideraba la mas dichosa de las madres.

Despues de la comida de boda, fueron los nuevos esposos á ocupar una casa nueva de la calle del Duque de Alba, y con asombro de la vecindad, rehusó la buena pañera, el acompañar á su hija y habitar bajo un mismo techo.

—El deber y el cariño debian decidir á V., Tomasa, le decia algunos dias despues, Antonia, la vecina de la derecha.

—No, no, yo amo á mi Magdalena, como á mí misma; pero ahora no debo vivir con ella.

—¿Por qué?

—Dígame V., ¿cuántos meses permaneció V. al lado de su hijo Jacobo, cuando se casó?

—Cuatro, vecina; pero si V. supiera lo difícil que era hermanar el cariño hacia mi hijo, con el carácter celoso de mi nuera....

—Pues... porque no supo V. llegar á tiempo.

—Pero vecina, lo mas extraño es que desde que me separé de mis hijos viven como dos tórtolas, cuando antes parecian el perro y el gato.

—Ahí verá V., es preciso acudir cuando nuestra presencia les sea necesaria.

Y Tomasa, firme en su propósito, no accedió á ruegos ni á ofertas, y permaneció en su tienda, cuidando desde lejos de los recién casados.

Su bienhechora influencia se estendia hasta lo mas pequeño, de tal modo, que al cabo de algunos meses, sus hijos conocian que les hacia una falta inmensa, y que era preciso fuese á ocupar el sitio preferente, en su hogar.

Pero todo fué inutil. Tomasa se empeñó en no traspasar su tienda, aplazándolo para mas adelante.

Pasó un año, y la víspera del aniversario del enlace de Magdalena, ésta invitó á su madre fuese á pasar el día siguiente en su compañía, añadiendo que se dispusiera á permanecer hasta por la noche, á fin de ayudarla á preparar algunas cosas necesarias.

Tomasa, se levantó de madrugada, asistió á la primera misa en san Isidro, y despues se encaminó á casa de sus hijos.

Magdalena, manifestaba la mayor alegría, y Javier la contemplaba y sonreía.

La vinda, preocupada con los quehaceres de la casa, no se fijó en la actividad extraordinaria que se notaba, ni en las miradas de inteligencia, que se cruzaban entre sus hijos.

Pronto llegó la hora de comer, y Tomasa ocupó el sitio de honor que le estaba destinado.

La satisfaccion brillaba en las fisonomías, y ya en los postres, Javier alzó su copa y dijo:

—A la salud de la abuelita.

El mas vivo rubor coloreó las mejillas de Magdalena, y la viuda, interrogando con la mirada á los dos esposos, lo comprendió todo, mientras que las mas dulces lágrimas se deslizaban por su rostro.

—Venid, venid madre mia, vereis los cambios que se han efectuado en la casa, pues Javier desea tener todo preparado.

—Así debe ser, hijos mios...

Y la buena madre, apoyada en el hombro de su hija, se dirigió hacia una puerta que todo el día habia permanecido cerrada.

—Abrid, querida madre.

La viuda levantó el picaporte, y al penetrar en aquella habitacion lanzó un grito de sorpresa.

Era una copia de la que ella habitaba; su lecho, su Purísima Concepcion á la cabecera, el Crucifijo colocado sobre una mesa, ante la cual recitaba sus oraciones al acostarse, en fin todo lo que la era familiar.

Nada faltaba; además una preciosa cuna blanca y azul, y un retrato de Magdalena, con el traje de novia.

La viuda tendió las manos á sus hijos, y no pudiendo resistir tan grata emocion, cayó en una silla sollozando.

—¿Y ahora nos dejará V., madre mia? preguntó Javier, con voz trémula.

—¡Oh! no, hijos míos, no; ahora soy yo necesaria, antes hubiera sido enojosa.

Pocos dias despues, un nuevo dueño ocupaba la tienda de paños, y Tomasa, querida y respetada, habitaba con sus hijos.

Pasáronse algunos años: la abuelita seguía siendo el ángel tutelar, y cuando rodeada de sus nietos les referia historietas, para entretener sus ócios, á menudo solia repetir:

—No se debe olvidar en el trascurso de la vida, que lo principal es no imponerse, sino saber *llegar á tiempo*, de ese modo se pueden evitar disgustos y tal vez malas consecuencias.

LA BARONESA DE WILSON.

AGRICULTURA.

CULTIVO DEL OLIVO.

Todas las obras de agricultura contienen observaciones encaminadas á mejorar el método que generalmente se sigue para cultivar el olivo, como planta importante en produccion y en valores.

Rozier en su útil y completo diccionario aconseja el modo de conseguir la multiplicacion, por medio de sus frutos, ramas, renuevos y raices. Al considerar el olivo ya criado, hace notar los abusos que se cometen por los taledores ó podadores, que sin conocimiento, y á veces por interés, cortan despiadadamente las principales ramas que lo constituyen. Y sin embargo, admite como útil y conveniente la tala ó poda, hecha con inteligencia.

Estando nosotros en la conviccion, que nos ha producido la experiencia, de que la tala ó poda del olivo es altamente perjudicial á su conservacion, y de que con este sistema desastroso se aminoran los productos, vamos á ocuparnos de la cuestion, con la brevedad consiguiente al corto espacio que nos proponemos ocupar hoy en la REVISTA DE ANDALUCIA, con el objeto de demostrar la exactitud de nuestras opiniones é influir en el ánimo de nuestros agricultores, hasta hacerles comprender la necesidad que hay de abolir por completo el sistema de talas ó de podas.

Sabido es en las provincias donde se egecuta la poda

ó tala, que esta operacion consiste en echar por tierra un tercio del olivo. La razon en que se fundan para obrar de esta manera, consiste en afirmar la vulgar creencia, sostenida por la rutina, de que el olivo debe considerarse dividido en tres tercios, aunque lo constituyan cuatro ó cinco ramas, á fin de que uno se encuentre en producto, otro criándose, y el tercero en condiciones de ser cortado.

Para demostrar con claridad un error de tanta trascendencia, nos haremos cargo de los motivos que consideraran suficientes para sostener y defender la poda ó tala, y los que existen para probar los perjuicios que de su ejecucion resultan siempre.

El olivo, por su naturaleza, es planta de larga vida, y al desarrollarse lo hace de una manera armónica, permítasenos la frase. La mano del hombre podrá corregir, en ciertos casos, el vicio de la planta; podrá mejorar sus condiciones; pero de esto á intentar una esencial reforma, destruyendo las ramas principales que los constituyen, existe una distancia inmensa.

Formado el olivo encima de su tronco con tres ó cuatro y á veces hasta cinco ramas principales, presenta generalmente una forma mas ó menos redonda y acopada; pero siempre equilibrado el peso de las unas con las otras, recibiendo por consiguiente los jugos nutritivos con regularidad y en cantidad bastante á dar igualmente vida á todas las ramas que lo forman.

Los que siguen el sistema de tala ó poda se desentenden de estas circunstancias, sin considerar que todas ellas constituyen la completa naturaleza del olivo. Creense, equivocadamente, que al verificar la tala inician la renovacion, por medio de la cual los olivares envejecidos, de productos escasos, se convierten en nuevos que en poco tiempo puedan aumentar los rendimientos. Esta deduccion, que como digimos constituye la base de sus opiniones, es tambien inexacta.

Sucede casi siempre, que los olivares que no están bien cultivados, al pasar á manos nuevas sufren inmediatamente

una sangrienta tala, consiguiéndose despues que las renovaciones aparezcan lozanas y se distingan por su color y su frescura del aspecto que presentan las ramas que no fueron cortadas. Esta mejora se atribuye á los efectos de la tala, y la ceguedad de sus partidarios impide que puedan apreciar con acierto la causa verdadera que produce la renovacion parcial en los olivos.

Cuando los olivares, al variar de dueño, sufren la poda ó tala, experimentan á la vez un cultivo esmerado. Generalmente se aumentan en ellos las labores, rompiendo sus terrenos por medio de cavas ó de triples rejas. Se remueven los obstáculos que han venido impidiendo que fruteen, y se egecuta al mismo tiempo la limpia por medio del calabozo. Todas estas operaciones y los abonos de estiércol, colocan el terreno en nuevas condiciones, resultando un poderoso medio que influye directamente en la renovacion relativa del olivo, para que presente en pocos años la lozanía, la verdura y el producto que ya dejamos indicado.

Ahora bien: ¿la renovacion, la lozanía y el producto conseguidos, son debidos exclusivamente al beneficio de la poda ó tala? De ninguna manera: estos beneficios resultan precisamente del abono y labores practicados en la tierra. Ellos aumentan los alimentos de que viven las raices; constituyen la abundancia de los jugos que nutren á la planta, y como el tronco de la rama cortada conserva los conductos trasmisivos de la sávia necesaria á mantener todo el ramaje que la constituia, los renuevos la absorven, y de aqui su notable y creciente desarrollo en sus primeros años.

Para probar evidentemente estas verdades, aconsejamos á nuestros agricultores que separen un pedazo de olivar que contenga veinte pies por ejemplo, y diez de ellos se entreguen al talador mas inteligente para que proceda á la corta de las ramas que considere necesarias, sin que al mismo tiempo se elabore el terreno; y la otra mitad se atiende con la labor de tres hierros ó una cava ó pala de hazada, prévio el abono de estiércoles bien hechos, limpiando los olivos con el calabozo para que desaparezcan las parásitas, los secos y los chupones, sin cortar una sola de sus ramas;

y resultará positivamente que los olivos talados sin labrar no podrán sostener los renuevos, y la parte vieja aparecerá endurecida, dando muy pocos frutos, cuando por el contrario los no talados, pero si bien labrados, aparecerán á los tres años renovados de un todo y dando grandes productos.

Demostrado que la tala por sí, considerada como mejora del olivo, no influye en poco ni en mucho en el mejoramiento de la planta, vamos á enumerar los perjuicios positivos que aquella operacion produce. Cortado el tercio del olivo, conforme al método de que nos hemos ocupado, resulta: primero, la pérdida de la tercera parte de la produccion. Segundo, el desequilibrio en su formacion natural con todas sus consecuencias. Tercero, el peligro de que la reproduccion no se realice. Cuarto, el que aunque nazcan las nuevas ramas puedan perderse despues. Quinto, que el corte de la rama, por mas perpendicular que se haya hecho, tiene que sufrir la accion directa de las aguas, los hielos y las nieves, hasta el caso de que los centros leñosos se pasmen y se descompongan, dejando el tronco completamente hueco.

Todos estos efectos son palpables para el agricultor que observe sus olivares en las condiciones diferentes en que los hemos presentado, y para aquel que se fije en el estado del olivo que nunca fue talado, comparándolo con el que presenta el que ha sufrido las consecuencias de la tala. Es una ilusion el creer que un tronco viejo y sin vida pueda criar ramas nuevas de robustez, de duracion y de productos.

Hemos cumplido nuestro popósito de probar lo desastroso y perjudicial que es el sistema de talar los olivos. En el artículo siguiente fijaremos el método que, segun nuestras creencias, puede ofrecer resultados positivos y beneficios seguros á la conservacion de nuestros olivares y al aumento de sus importantísimos productos.

RAFAEL ATIENZA.

REVISTA POLÍTICA.

En momentos difíciles y extraordinariamente delicados abrimos esta seccion de nuestra REVISTA, con el propósito, ya conocido, de que la mas severa imparcialidad mueva nuestra pluma al dar cuenta de la situacion política del país, sin que el estrecho interés de partido, ni una determinada tendencia venga á influir en nuestras apreciaciones.

Sin salirnos del círculo en que debemos girar, dada la situacion que la prensa atraviesa, y pasando como sobre áscuas por determinadas cuestiones, nos concretaremos á tener al corriente á nuestros lectores del estado en que la guerra civil se encuentra, asunto que llena el pensamiento de todos los buenos españoles; á señalar los diferentes movimientos de las, por desgracia, numerosas agrupaciones políticas en que nos encontramos divididos; y á lamentar el tristísimo estado financiero de nuestro país, abrumado por tanto y tanto sacrificio como viene soportando de muchos años á esta parte.

¿Debemos ocultar que el estado de la guerra es cada dia mas grave? ¿Es patriótico negar que la insurreccion carlista toma alarmante vuelo, y que los últimos movimientos de las huestes del absolutismo exigen prontas y acertadas y enérgicas determinaciones? Nosotros entendemos que la nacion debe saber la verdad entera, por desconsoladora que sea; que cuando llegan instantes tan supremos para la vida y la libertad de los pueblos, el conocimiento del peligro cercano levanta los caidos espíritus, y hace que todos se esfuercen por conjurar la catástrofe. Nosotros entendemos que todos deben saber la importancia de los acontecimientos, para que todos concurren con su gota de agua á apagar el incendio.

Cuando el espíritu de nuestros dias tiende á la tolerancia y á la libertad; cuando la España del último tercio del

siglo décimonono quiere vivir la vida de la paz y de los adelantos, los partidos absolutistas de toda Europa—olvidando enseñanzas de la historia, olvidando que en esta tierra clásica de la libertad no puede hacer asiento la tiranía, ignorando que su ingerencia en nuestros asuntos y la cizaña que fomentan entre hermanos irrita y acentúa el esfuerzo de los que luchan por el progreso y por las conquistas de la civilizacion,—coaligados contra nuestro pobre país, acuden á dar vida á la causa de D. Carlos. Y los partidarios de éste se sostienen tenaces en las provincias del Norte, no pierden terreno en Cataluña, invaden algunos pueblos de Aragon y de Asturias, realizan sus últimos desmanes en las provincias del centro, y salvan las lindes de Andalucía, señalando en todas partes su presencia con incendios y actos crueles, indignos de los que, fanatizados ó ciegos por la pasion política, al fin son españoles como nosotros.

El Gobierno,—que hoy comprende la necesidad de que los pueblos sepan el verdadero estado de la guerra, para que estén prontos á la defensa y no regateen los sacrificios necesarios en hombres y dinero,—no oculta la gravedad de la situacion, y procura llevar grandes refuerzos al ejército, y discute nuevos planes de campaña, y aun parece que el Sr. Presidente del Poder Ejecutivo desea ponerse otra vez al frente de nuestros soldados.

Mucha actividad, mucho tacto, mucha fuerza se necesita para que los peligros se conjuren y tenga término la guerra que nos empobrece y nos aniquilla; pero, ¿deben ser unicamente procedimientos de fuerza los que se empleen para que el carlismo sucumba y la paz se haga? Nosotros creemos que mucho contribuirían á este fin ciertos actos políticos á que deben acudir los gobiernos cuando se dicen liberales y luchan contra la tiranía; actos políticos que anonadasen á los amigos de los poderes absolutos, reviviendo el muerto espíritu de esta nacion, tan postrada por la torpeza de los unos, por las ambiciones de los otros, y por las locuras de todos.

Los grupos políticos en que se dividen y subdividen los partidos españoles, se mueven estos dias extraordinariamente; se discute con calor en los círculos, y se tocan en la prensa delicadas é importantísimas cuestiones.

Los que sostienen, como imprescindible necesidad para hacer frente al carlismo, la restauracion en la persona del joven D. Alfonso, trabajan activamente, aunque sin salirse del círculo de la legalidad, que es fuerza reconocer no han roto desde que se hizo la revolucion de Setiembre. Sus es-

peranzas aumentan á medida que el actual Gabinete extrema los procedimientos conservadores; y empiezan á declararse las respectivas posiciones de los mas importantes hombres del alfonsismo; y los periódicos de este partido unen voluntades y publican embriones de programas futuros; y aun se habla de una importantísima reunion que deberá celebrarse en breve plazo para tratar de la mayoría de edad del ex-príncipe de Asturias y de su proyectado casamiento.

La division entre los radicales se acentúa mas cada dia, y la reciente llegada á Madrid del Sr. Ruiz Zorrilla acabará de marcar los campos, poniéndose los unos definitivamente al lado de su antiguo presidente, y aceptando otros la gefatura de D. Cristino Martos.

Con la fraccion que este señor capitanea, parece que se fusionará muy en breve la que inspira y dirige el señor Castelar, habiéndose verificado ya varias conferencias con este objeto, no dándose por terminada la union de esos dos grupos á causa de la ausencia del antiguo y elocuente propagador de las ideas federalistas.

Por su parte, los radicales que aceptaron con sinceridad la República, que fueron estraños al golpe del 3 de Enero, y que francamente están con el Sr. Ruiz Zorrilla, no ocultan sus simpatías hacia el grupo que reconoce como gefe al Sr. Salmeron. No creemos difícil que estas dos agrupaciones se entiendan y muy pronto lleguen á formar una sola.

El elemento mas exagerado del partido republicano, cuyas impaciencias y cuyas locuras tanto contribuyeron á precipitar sucesos de funesta recordacion, como si quisiera hacer olvidar sus pasados extravíos, se muestra sensato y deja marchar los acontecimientos, sin provocar nuevos conflictos ni oponer obstáculos á la gestion de los actuales gobernantes, que se esfuerzan por salvar lo apurado de la situacion mientras que todos los partidos, por patriotismo y por el afan de ver sofocada la insurreccion carlista, hacen cuerda y templada oposicion para que nunca pueda acusárseles de intolerantes, si como es de temer viniesen nuevas desdichas y nuevos dias de conflicto para la patria.

La excitacion producida en nuestros caracteres independientes por la sospecha de que estrañas intervenciones viniesen á influir en los futuros destinos de España, se han calmado algun tanto con las declaraciones de los mas autorizados órganos del Gabinete, que han ofrecido con digna franqueza, que los actuales gobernantes arrostrarán todos los peligros antes que aceptar procedimientos que no sean españoles para acabar con los males que debilitan y postran al país.

La Iberia ha dicho que si no le fuera dable al Gobierno dominar la insurreccion, que por efecto de las circunstancias continúase en aumento, los hombres que hoy se hallan al frente de los destinos del país dejarían el poder en manos mas hábiles ó afortunadas. De esta importante declaracion se han apresurado á tomar acta los periódicos de todos los partidos.

Mientras la guerra civil se enseñorea en muchas de nuestras provincias, y mientras las fracciones políticas maniobran, tomando campo y preparándose á reñir nuevas batallas, el país que sufre y trabaja, las clases productoras, arrastran la vida miserable de la intranquilidad y la duda. El comercio, agobiado por impuestos y por trabas, no puede desenvolverse: las industrias, faltas de brazos y de consumo, sufren fatales contratiempos por la interrupcion en las comunicaciones y por la inseguridad que oculta los capitales: yace olvidado el arte: el vértigo político se sobrepone á todo, apartando privilegiadas inteligencias de la ciencia y de los estudios literarios; y la agricultura se encuentra en completa ruina, sin que la renta ni el trabajo baste á cubrir las cargas que pesan sobre el atribulado labrador, el cual no puede acudir de cerca á la vigilancia de sus faenas agricolas, pues las comarcas no invadidas por las facciones son presas del bandolerismo, que tiene aterrados los ánimos con repetidos secuestros y salvajes asesinatos.

Grandes sacrificios soportan estas clases con acrisolado patriotismo; pero por lo mismo que los pueblos no se muestran avaros ni de su sangre, ni del producto del trabajo, ni de su capital, los que tan dignamente obran tienen derecho á que sus esfuerzos no sean estériles, tienen derecho á exigir que el Gobierno, al cual conceden todo cuanto pide, les dé la paz de que tanto ha menester esta desventurada y empobrecida nacion.

ANTONIO LUIS CARRION.

CIENCIAS, LITERATURA, ARTES.

Cada dia son mas interesantes las reuniones de la *Sociedad Malagueña de ciencias físicas y naturales*. Las últimas, celebradas en los dias 14 y 30 del pasado, han sido de las mas provechosas y animadas.

El Sr. D. Domingo de Orueta, digno presidente de la *Sociedad*, tuvo á su cargo la sesion del 14, dando lectura á un concienzudo y erudito trabajo sobre la constitucion geológica de nuestra provincia. Los estudios presentados por el Sr. Orueta llamaron extraordinariamente la atencion de la entendida concurrencia, pues ellos revelan la gran suma de conocimientos que posee su autor, su incansable laboriosidad, y los grandes sacrificios hechos para reunir datos tan curiosos como importantes.

Estamos seguros de que al ser conocido el último trabajo del Sr. Orueta por las sociedades científicas de España y del extranjero, empezará á recibir felicitaciones de los hombres mas ilustrados del mundo, como ya las ha recibido en diversas ocasiones con motivo de otros trabajos análogos.

La *Sociedad*, deseosa de manifestar á su presidente la gran estima en que tenia su último trabajo, acordó hacer una publicacion del plano y cortes geológicos presentados, para que sean repartidos cuando se imprima su discurso.

La sesion del 30 fue consumida por el Sr. D. José M.^a de Sancha, que dió lectura á un extenso y bien meditado estudio sobre las causas del aterramiento de nuestro Puerto, su importancia y remedio. Este trabajo, de gran oportunidad en las actuales circunstancias, fue escuchado con el mas profundo interés, siendo perfectamente recibidas las apreciaciones de su ilustrado y competente autor.

En esta memoria se hace una relacion del estado actual del Puerto y un estudio de las causas que lo han producido: entre ellas, las que ocasionan los aterramientos son objeto de un exámen, en que se demuestra la razon de su accion y la importancia de ésta. Se hacen algunas consideraciones sobre su influencia relativa, y un cálculo de los volúmenes de arenas y fango que introducen anualmente,

según los datos que han servido para los proyectos facultativos de limpia. Después de demostrar el Sr. Sancha el incremento que anualmente tienen estos depósitos, calcula el costo de su extracción por medio del dragado, que es de la mayor consideración, hasta el punto de creer casi imposible, económicamente, la empresa. Estudia los distintos medios con que puede combatirse el efecto de los aterramientos y deduce la necesidad de una reforma completa en el Puerto y de obras accesorias ó provisionales que eviten los daños considerables que hoy son de temer; añadiendo que entre éstas son de la mayor importancia las del Guadalhorce y Guadalmedina, los espigones para contener el arrastre de las olas y un dragado parcial. Termina esta memoria ponderándose el grande interés de los trabajos espresados y la necesidad que reclama su pronta ejecución, pues el estado actual del Puerto es de gravedad suma y de mayor peligro cada día.

Reciba nuestros plácemes la *Sociedad Malagueña de ciencias* por el creciente interés de sus provechosas sesiones, y muy particularmente por los señalados triunfos que en las últimas reuniones obtuvieron los Sres. Orueta y Sancha, á quienes también enviamos nuestras felicitaciones, no estendiéndonos en alabanzas de los estudios que nos ocupan, por no lastimar la exagerada modestia de sus autores.

Hemos sabido con satisfacción que se va á honrar la memoria del Sr. D. Antonio de los Rios Rosas, haciéndose una lujosa edicion de todas sus obras. Aplaudimos esta determinación, que seguramente dará á conocer muchos trabajos inéditos de gran importancia, que sabemos hizo en los últimos años de su vida el hombre honrado que, ya con su palabra, ya con su pluma, ha dado tanto honor á la provincia de Málaga.

El día 1.º tuvo lugar la apertura oficial del curso de 1874-75 en este Instituto Provincial. El acto fué solemne, pronunciando un elegante discurso el Sr. D. Eduardo M.^a de Jáuregui, director del establecimiento.

La Srta. D.^a Josefa Ugarte-Barrientos, nuestra ilustrada amiga y colaboradora, ha dado á la prensa un libro que contiene diferentes leyendas escritas en verso. Este volumen, que constará de mas de trescientas páginas, se publicará muy en breve, destinándose sus productos á un objeto altamente humanitario.

Oportunamente nos ocuparemos de los trabajos de la inspirada poetisa malagueña.

Nuestro amigo D. Emilio Ocon, cuyas marinas son tan estimadas por los inteligentes, ha obtenido un nuevo premio en la exposicion de Viena. Reciba nuestros plácemes el estudioso artista, que en España no tiene rival en su género, y cuyos adelantos honran mucho á Andalucía, y muy particularmente á la ciudad de Málaga.

En el teatro de Cervantes se prepara una buena temporada. Ya ha circulado la lista de compañía en la cual figuran artistas de reconocido mérito.

El domingo se verificaron los exámenes de los alumnos que asisten á las clases sostenidas por la *Sociedad Filarmónica* de Málaga; quedando los concurrentes muy satisfechos de los grandes adelantos que alcanzan los jóvenes que se dedican al estudio de la música bajo la acertada direccion del maestro Ocon. Esta sociedad reanudó sus sesiones en el nuevo local el 28 del pasado, celebrando un magnífico concierto.

A. L. C.

La Redaccion de la REVISTA DE ANDALUCIA saluda afectuosamente á sus compañeros los Directores y Redactores de la prensa local, ofreciéndoles las páginas de esta nueva publicacion, por si alguna vez se dignan honrarlas con sus ilustrados trabajos.

El mismo ofrecimiento hacemos á todos los escritores españoles, y muy particularmente á las Redacciones de los periódicos andaluces, los cuales se ocuparon con interés de nuestra REVISTA al aparecer el prospecto, contribuyendo con su aprobacion y sus plácemes á la realizacion de una idea que hace mucho tiempo veniamos acariciando.

Apesar de haber anunciado que la REVISTA DE ANDALUCIA veria la luz pública el 1.º y 15 de cada mes, hemos creido mas oportuno publicarla los dias 10 y 25.

Para el próximo número de nuestra REVISTA contamos con trabajos no menos interesantes que los publicados en este primer cuaderno, originales de ilustrados literatos de esta ciudad y de los mas conocidos escritores de Madrid y de las provincias andaluzas.

En ese número insertaremos la primera de una série de *Cartas* que, con el título de *La Filosofía y la cultura popular*, ha tenido la bondad de dedicar á nuestro Director el Sr. D. Nicolás Salmeron y Alonso.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

El ilustrado escritor D. Rafael M. de Labra, ha publicado recientemente un interesante libro con el título de *La Abolición de la esclavitud en el orden económico*, el cual ha sido leído con avidez por los amantes de esta clase de estudios. Esta obra forma un volumen de quinientas páginas, planteándose y resolviéndose en sus capítulos las mas difíciles y delicadas cuestiones.

El Sr. Labra, que tan ventajoso puesto ocupa entre nuestros primeros economistas, ha demostrado en esta obra hasta donde alcanzan sus conocimientos en la nueva ciencia y los concienzudos estudios que ha hecho de las numerosas y variadas materias que su libro abarca.

Véndese al precio de 20 reales, en toda la península. Se encuentra en todas las librerías y en la administracion de *El Abolicionista*, Valverde, 27, Madrid. En Puerto-Rico, en casa del Sr. Marieu; y en la Habana, librería de Chaus. —Se admiten sellos de correo y libranzas del giro mútuo.

El jóven abogado de este colegio, D. Francisco Galwey y Mongrand, ha publicado una obrita que titula *El Matrimonio civil*, breves esplicaciones de las disposiciones legales vigentes sobre la celebración de este contrato.

Este oportuno y bien meditado trabajo, que su autor dedica á las clases populares, tiene por objeto instruir las en la materia que el título expresa, y las esplicaciones que contiene son breves y sencillas, al alcance de las mas limitadas inteligencias. Se vende en todas las librerías de Málaga, al módico precio de real y medio ejemplar. Los pedidos de fuera se harán á D. Salvador Postigo, calle de Granada, 19.

Un nuevo libro ha escrito y publicado el laborioso literato D. Manuel Ossorio y Bernard que titula *Viage crítico al rededor de la Puerta del Sol*.

Esta obrita consta de diez capítulos, hechos con mucha facilidad y gracejo. Se vende, al precio de 6 reales, en las principales librerías; y en Madrid, calle de Lavapies, 13, principal, haciendo los pedidos al autor.

LA FILOSOFÍA Y LA CULTURA POPULAR.

El filósofo es un loco pacífico, en paz consigo y con todos; mas su locura de hoy para el mundo, es la razón de este mundo mañana.

SANZ DEL RIO,

Sr. D. Antonio Luis Carrion.

Querido amigo: al recibir la invitación de V. para que colaborase en la REVISTA DE ANDALUCIA, que, apenas restituido á su hogar y á la libertad relativa de que hoy gozamos los españoles, ha querido V. fundar para servir al noble propósito de difundir la cultura por esa hermosa región de España, donde la rica idealidad del Espíritu no cede á la prodigiosa fertilidad de la Naturaleza, concebí el pensamiento de exponer con la sencillez y llaneza de la forma epistolar algunas ideas sobre el tema que encabeza estas líneas, inspiradas en el sentido de la bella sentencia con que respondió nuestro sábio maestro á las injurias y persecuciones que, si precipitaron su muerte, honrarán por siempre su memoria.

Como á la amistad de V. debo la ocasión de prestar este trabajo, á V. lo dedico pagándole la deuda de su afecto en el precio que mas estima: el servicio á la causa del pueblo, por quien V. viene sufriendo los rigores de la arbitrariedad y las inícuas ofensas del poder y de los poderosos. ¿Qué mejor medio de quitarnos de unos y de otras

que despertar y arraigar en las sencillas gentes del pueblo la conciencia de la justicia, para convertir la pasión y el despecho, que á las veces su triste condicion engendra, ó la apatía y el servilismo que en su ignorancia se origina y sustenta, en un claro conocimiento, en una convicción firme, en una voluntad perseverante y enérgica para conquistar su derecho sin la violencia, cuyos triunfos son efímeros, y mantenerlo por la razón, cuya fuerza va siendo cada día mas incontrastable? Ni, ¿qué tributo pudiera yo prestar á este noble fin mas en armonía con mi oficio, desde el cual deben servir todos los hombres á la sociedad y al Estado en que viven, que mostrar cómo contribuye y debe contribuir la Filosofía al ennoblecimiento y mejora de las clases populares?

Inveterados y por demas extendidos prejuicios reinan sobre el carácter y valor de las llamadas especulaciones filosóficas. Bien será que paremos mientes en ellos para no dejarnos arrastrar por la corriente, ni caer del lado opuesto en vanas alucinaciones: que en esto como en todo sienta bien subordinar la pasión á la razón, y la justicia manda proceder sin afección ni saña.

Por de comun sentir y casi universal asenso pasa la afirmación de que la Filosofía sobre cosa abstrusa y recóndita, que solo á fuerza de ingenio y á puro de cabilar puede entender el hombre, es una vana idealidad que de nada sirve, antes estorba en la vida. Y así oímos, sobre todo en nuestro pueblo, donde la *ignava razón* tantos absurdos, tantas preocupaciones mantiene y alimenta, decir á cada paso: «esas son filosofías»; «esas son abstracciones»; «esas son extravagancias de un filósofo, que vive en las nubes», y tantas otras frases con que ya los discretos y bien intencionados estadistas, expertos repúblicos; ya los cultos literatos, celosos guardianes de las bellezas de la lengua; ya los doctos de oficio, afamados académicos, y hasta los sesudos jurisconsultos que ilustran el foro ó mantienen la augusta severidad de la magistratura, condenan y vituperan á porfía, echando el peso de su honorable representación oficial, las *nebulosas* concepciones de la inviolabilidad de la vida, de la abo-

licion de la esclavitud y de toda servidumbre, del libre organismo de la igualdad humana, á que deben aspirar las sociedades modernas, de la correccion del criminal, de la supresion de las penas perpétuas é infamantes, de la negacion del infierno, de la libertad de las Iglesias y la igualdad de todos los cultos ante el Estado, sin otro límite que el necesario á sancionar la moralidad pública y amparar el derecho contra las violencias, abusos, y aun perversiones posibles y efectivas de las religiones positivas, y otras ideas á este tenor con que no podrian producirse los salvadores golpes de fuerza, ni engendrarse las dictaduras, ni imponerse á los pueblos la arbitraria majestad del poder, para conservar los privilegios que enriquecen é ilustran á las altas clases sociales y las ponen al abrigo de las invasiones de la plebe.

Tengo para mis adentros, querido amigo, que no habría de ser tal ni tan grande la malquerencia y aversion á la Filosofía por parte del vulgo oficial (llamémosle así por el número que todavia forman sus gentes y el imperio que ejercen) si la Filosofía quedase con efecto allá en las nubes y no enviara su calor y resplandores á la tierra. Obra humana es al cabo; y bien que por su fin propenda á las elevaciones ideales, á concepciones que trascienden de este modesto planeta y de las terrenas relaciones de la vida presente tiene aquí su punto de partida, y aquí convierte su atencion al fin para ver de modelar esta vivienda nuestra por el plan de la universal que contempla en la razon. Y como no siempre halla en este mundo las cosas dispuestas y concertadas de suerte que satisfagan á las exigencias de las ideas, tiene sus puntas y remates de *reformadora*, no diré de revolucionaria, que nunca lo es en el sentido usual de material violencia: ni provoca pasion, ni concita ódios, ni aconseja venganzas, ni excita á la concupiscencia, ni mueve el brazo para herir con estruendo y saña; antes inspira moderacion, impone concordia, preceptúa la paz, obliga á la templanza y solo mueve al hombre á destruir el mal presente para labrar el bien futuro. Anticipa, es verdad, con su vista de águila, el juicio irrevocable de lo que

está condenado á muerte, del mal histórico que debe sucumbir, del error que impera en las conciencias, de la preocupacion que perturba las almas, del egoismo que pervierte los corazones; pero solo asi pudiera cumplir su sagrada mision, advirtiendo y previniendo á tiempo á los hombres para que pongan mano en hora oportuna á la obra de las reformas que suave, gradual, pacíficamente pueden realizarse.

Culpa es de los que gobiernan y dirigen las sociedades—hasta ahora con raras excepciones, sacerdotes y militares—si desoyen su voz providencial; y empedernido su sentimiento por el incentivo del interés, ú oscurecida su mente por añejas preocupaciones, retienen ó restauran principios caducos, instituciones gastadas: entonces ¡ah! entonces, la revolucion sustituye á la reforma; porque es fuerza que se renueve la sávia de la vida, y de necesidad irremisible que el progreso se cumpla en la historia de la Humanidad. Culpa es, sobre todo, de la incultura de los pueblos que, ignorantes de su derecho y desconociendo su fuerza, en vez de mantener el uno y ejercitar la otra con discrecion y perseverancia, pasan súbitamente de la indiferencia á la passion, de la servidumbre á la rebeldia; y como iluminados por la violenta y tenebrosa luz de un relámpago, que no por la clara y serena del sol de la razon, se agitan y revuelven en las tormentas revolucionarias, destruyendo á veces sin tino ni medida no solo los obstáculos que debe con efecto remover la fuerza, mas los propios resortes y los médios mismos que á la consumacion de la nueva obra hubieran de servir. Por esto han dicho los mas puros y hasta ahora los mas conscientes revolucionarios, con una verdad desconsoladora que hace retroceder á los débiles en médio de su camino: «que la revolucion devora como Saturno á sus propios hijos.»

Bien es cierto que no puede culparse al pueblo de su propia ignorancia. Responsables de ella son en primer término, y aun casi exclusivamente, las clases superiores que intencionadamente la mantienen para explotarla. Miopes egoistas! Temen la instruccion popular, porque el pueblo ilustrado haria imposible el monopolio que egercen;

y no ven que habla la pasion cuando la razon enmudece; quieren, estólidos, poner diques á la corriente, acumular masas enormes de fuerza ciega en vez de dirigir su curso por suave y anchuroso cauce. Forman el monstruo que ha de devorarlos.

No quiero, mi buen amigo, descender en estas inocentes y pacíficas cartas al áspero y peligroso campo de la política palpitante; dejemos á los salvadores de la sociedad que prosigan su obra de redencion, y que acaben de restablecer el orden y afirmar el imperio de la ley por el médio providencial de la dictadura: que así alcanzarán fama singular y eterna si logran tan honrado propósito, que hasta ahora no ha tenido éxito durable y feliz en la tierra, pues jamas se ha visto llegar por el camino de la arbitrariedad á consolidar la justicia entre los hombres. Pero á nuestro fin importa consignar aquí un hecho reciente que comprueba mi anterior aserto. No ha muchos dias propuso un ilustrado Consejero de instruccion pública una importante reforma en la primera enseñanza: queria que se apliaran los conocimientos que se ofrecen á las clases populares; y para mejor servir á las exigencias del tiempo, y buscando sólidas garantias para la paz y progreso del Estado, pretendia que entre otras enseñanzas se diese la del derecho, indispensable á formar dignos y virtuosos ciudadanos. Expresion de escándalo y de horror—que en una junta de la plebe se apellidára gritería—produjo en aquella docta y respetable Asamblea semejante extraño proyecto, sin discusion apenas rechazado por perturbador y demagógico, adoptándose el saludable y conservador y sapientísimo acuerdo, de que bastaba á los hijos del pueblo aprender las *cuatro reglas* y el *catecismo*, con que seguirian siendo temerosos de Dios y fieles siervos de los legítimos poderes constituidos. Tocó la honra de mantener y recabar este prudente consejo á un antiguo magistrado, quien, por lo visto, ha tenido ocasion de aprender cuanto aprovecha á la salud de las sociedades la ignorancia del derecho.

Volvamos de esta digresion poco edificante al tema que nos ocupa.

Que la Filosofía engendra las utopías y en pos de ellas vienen perturbadores y demagogos á soliviantar las masas populares, enardeciendo sus pasiones y perturbando su flaca inteligencia con calenturientas ideas y descabellados propósitos, cosa es tambien que diariamente se repite; y aun por reos de tal delito no falta, entre nuestros sesudos conservadores, quien, si pudiera, proscibiria de la república á los filósofos, ó mejorando aun este procedimiento que Platon aconsejaba para con los poetas, los recluirla en una casa de Orates para librar del funesto contagio el buen juicio de las gentes. Y no es mera suposición, ni siquiera exageracion mia; que no há mucho tiempo un diario grave y docto, ó al menos dotado de la presuncion supina necesaria para alcanzar fama de ello, proponia semejante recurso como medida de bien público contra un diputado que habia osado enunciar la utópica teoría del derecho del criminal á la pena, con lo cual padecian las sanas ideas de la vindicta y del talion, que debe mantener la sociedad para exterminio de los delincuentes, ya que no para la extincion del delito, ni para el restablecimiento de la justicia.

Tan torpes é infundadas acusaciones como esta, provienen ó de una crasa ignorancia ó de una diabólica malicia. En primer lugar, no es responsable la Filosofía de los errores del filósofo, como no es la religion de los horrores con que la intolerancia de la fê ha ensangrentado la tierra. Utopías ha concebido y concebirá sin duda el humano entendimiento; mas ha caido precisamente en ellas por haberse desviado de la Filosofía, por no haber seguido con recta atencion y puro ánimo la divina luz de las ideas, por haberse impresionado hasta la pasion de los males presentes y haberlos querido curar con tópicos remedios. Las ideas radican en la naturaleza de las cosas, en su esencia fundamental y eterna; son las mismas sobre toda diferencia de tiempo y de lugar. Cambian los conceptos y las representaciones que de ellas se forman los hombres, segun su grado de cultura; y cuando sin el bastante discernimiento se toma la representacion por la idea, entonces sobre degenerar ésta en ídolo, sobre caer en la idolatria el espíritu, proyecta como ideal práctico de un

determinado tiempo sus concepciones subjetivas. Asi declina en la utopia, la cual contiene pues un doble elemento: el *ideal puro*, que en sí es siempre verdadero y bello y divino, y que persiste idéntico é invariable ante la contemplacion de las infinitas generaciones que pasan en el tiempo; y la *representacion sensible de un ideal práctico* que puede apartarse de la fundamental y eterna realidad de las ideas y encarnarse en parciales, exclusivas y falsas relaciones, con que se hace *irrealizable*, utópico, por lo *irracional* que envuelve. ¡Desdichado del que rechace ambos elementos confundiendo con la escoria el preciado metal! Porque mengüado quedaria el hombre sin la luz, sin el calor, sin la divina inspiracion de las ideas; y haríase la vida imposible convertida en mecánicas rutinas. No, no es todo degeneracion y vileza y delirio en las utopias: á traves de ellas y con ellas ha progresado la humanidad y ennobleciéndose la condicion de los pueblos. ¿Qué otra cosa son que utopias de ultra-tumba todas las hasta ahora fantásticas representaciones de la inmortalidad de las almas. ¿Y, quién se atrevería á negar la poderosa y aun divina influencia que han ejercido en el curso de la civilizacion? Esto, sin contar con que se tienen por utopias muchas verdades no alcanzadas aun por el límite de los tiempos, y que pugnan con las preocupaciones ó intereses torpes y bastardos mantenidos á la sombra de un imperfecto estado social. El filósofo que las descubre y revela es tenido por loco; «mas, su locura de hoy para el mundo, es la razon de este mundo mañana.»

Así pues, aun á riesgo de esta censura, y honrados con la noble compañía de tantos visionarios de ayer y sábios maestros del presente, seguiremos desenvolviendo nuestro tema, mientras V. otorgue en su REVISTA benévola hospitalidad á estas pobres, pero bien intencionadas cartas, y haciendo punto por hoy para no cansar al lector, ni robar espacio á otros mas sabrosos y útiles escritos.

N. SALMERON.



NADA.

I.

Si la nada es nada, nada se podrá decir bajo el epígrafe que acabo de estampar, deseoso de corresponder á la galante invitacion que recibo de la REVISTA DE ANDALUCIA. Y sin embargo al estampar el epígrafe, y al reflexionar sobre el tema que elijo para llenar una página, sin duda la mas modesta de esta publicacion, voy á tener la oportunidad de explicar una multitud de ideas que vagan por mi mente y que apenas si me es posible, con extraordinarios esfuerzos de abstraccion ó de meditacion, encarrilar por algun sendero que me satisfaga en el terreno de la ciencia. Yo que por todas partes veo la nada y que cuanto someto al examen de los sentidos, que es todo lo que se puede decir, me parece nada, no tengo sin embargo idea de la nada, porque si del puro nada pudiera tener idea, seria algo, y habria por consiguiente, contradiccion en los términos. Y sin embargo, vivimos en la atmósfera de la nada, y somos la imperfeccion, la negacion, la limitacion, en que entra la nada como una condicion ó como un elemento indispensable. Pero la nada á la vez no puede ser elemento ni condicion de cosa alguna, porque entonces seria algo, seria ese elemento, esa condicion, y ello es que no puede ser nada, porque es el antítesis del ser, es el no ser, y no se puede definir diciéndose «la nada es esto ó es lo otro», porque no es esto ni lo otro, sino puro nada, y como imposible de descomponer,

ó de dividir, ó de explicar, debiendo versar toda explicacion, toda division y toda descomposicion sobre algo, no es susceptible de ninguna definicion la nada.

Hijos de la nada somos, la nada misma en cuanto finitos, siendo Dios solo la plenitud del Ser, y entrando la nada por absoluta necesidad en todo aquello que sea distinto sustancialmente de Dios mismo, y estamos en la mas soberana ignorancia de lo que nos es tan familiar como es la ignorancia misma, que tambien es la nada. Bueno será por lo tanto discurrir sobre estos arcanos, sin que nos arredren las dificultades de la materia; no se eluden estas ó se resuelven, volviéndoles la espalda; ni es tan despreciable la enseñanza que podremos sacar de nuestro estudio; ni las materias fáciles tendrían mucha novedad ó aliciente para el insaciable espíritu filosófico de la época; ni en fin hemos de abandonar el camino por escabroso hasta llegar á convencernos de que se nos hace del todo intransitable.

II.

A los que hayan podido maravillarse de algunas apreciaciones que llevo consignadas diciendo que estamos envueltos en la atmósfera de la nada, que todo lo invade y lo satura, que de ella somos hijos y en ella estamos en cuanto limitados y finitos, debo en primer lugar una aclaracion, y en segundo lugar algunas reflexiones que sirvan para demostrar ó confirmar mis ideas. La aclaracion es que no alcanzando el pobre lenguaje humano hasta las esferas de la abstrusa metafísica y mucho menos al campo de lo infinito y de lo absoluto en que hay que entrar para hablar aunque no sea mas que por exclusion, de la nada, es imposible la palabra exenta de obgeciones, ó de contradicciones mas ó menos aparentes, porque no desconozco que la nada no puede ser atmósfera, ni saturar nada, pero tampoco hay manera de decir cómo esta idea, si es idea, de la nada, sea fecunda, y entre de algun modo en nuestros conocimientos, y sea á la vez la condicion precisa de la materia propia del entendimiento del hombre. Hay que conformarse con la estrechez del idioma, aun siendo el nuestro de los que nada

tienen que envidiar en riqueza y galanura, virilidad y fuerza y elegancia.

Respondo ahora á la estrañeza que pudiera suscitar, que seguramente suscitará, mi apreciacion de la generalidad de la idea de la nada, proponiendo el ejemplo del language mismo de los hombres en que es generalísima la aplicacion que de la palabra se hace, y cuando de la nada habla todo el mundo, y cuando la nada vá incluida en toda negacion, en toda privacion, en toda limitacion, ha de ser visto que los hombres tienen de ella alguna idea. Tienen con efecto los hombres idea de la nada, que es el no ser, porque tienen idea del ser, del ente, la idea mas simple, indeterminada y fecunda, la idea de *esencia* que es la materia propia del entendimiento, y el mundo no seria lo que es sino concibiéramos la nada. Para no concebir la nada, ó para que la nada no entrase como condicion ineludible del humano conocer, se necesitaria no conocer mas que la esencia divina, plenitud del ser, con exclusion de todo no ser, y por consiguiente la nada está con nosotros en todas partes y á todas horas, siendo todo lo que se refiere al hombre, limitado y finito. Por eso la idea de la nada es generalísima y está siempre con nosotros, y se mezcla en todo nuestro language, y, como antes dije, nos envuelve y satura. El mundo es finito, el mundo no es Dios, el error panteista no está destinado por su propia monstruosidad á hacer prosélitos: luego el limite que es el valladar de la nada entra necesariamente en la idea del mundo: dejaría el mundo de ser lo que es, sin la nada.

Habiendo el Todopoderoso criado al mundo de la nada, ella es nuestra madre, y entra en todo lo finito como ineludible condicion, porque nada de lo creado es creado de la esencia divina, no siendo aquella soberana esencia comunicable, y no siendo nosotros Dioses por consiguiente. Seguramente que Dios es todo lo que nosotros somos y cuanto es el mundo corpóreo y el mundo de los espíritus, porque es el Ser por excelencia, el Ser absoluto, y de todas las maneras de que se puede ser, pero nosotros tenemos mezcla de no ser, privacion, negacion, límite, finidad, si así

es lícito decirlo, y en tal sentido somos la nada y el mundo es la nada. ¿Qué extraño es por lo tanto que el lenguaje comun de los hombres sea el continuo barajar del ser y del no ser, ó lo que es lo mismo una afirmacion ó una negacion imprescindible?

¿Y por qué se ha de maravillar nadie de este modo de expresar ideas que tal vez no haya idioma en que poderlas expresar genuinamente? Yo bien conozco que tampoco las ideas y aun prescindiendo ahora de las palabras, pueden compaginarse satisfactoriamente, porque ya hemos visto que ni la nada se puede definir, que probablemente ni de la nada se puede tener idea, que la contradiccion de las palabras no pocas veces es tambien contradiccion metafísica y confusion intelectual; pero siendo todo esto muy cierto, es que tal vez la dificultad de la materia excede á las fuerzas humanas, probándose así una vez mas que somos y estamos en la nada; ignorantes somos: somos nada: en la ignorancia estamos: agitámonos en el vacio. Asi, y todo, la nocion de la nada, ¿entra en el orden de la inteligencia como una abstraccion de toda necesidad, y sin la nada no podriamos en nada adelantar un paso mientras estamos en el mundo. La piedra angular, ó mejor dicho la base y fundamento de todos los conocimientos humanos, es el llamado principio de contradiccion: *impossibile est simul esse et non esse*: es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo. No existe el mundo intelectual, no existe el mundo moral, no puede tampoco existir el mundo físico, si una cosa á la vez puede ser y no ser. Destruido este primer principio, se desploma, digámoslo así, todo el universo, y porsupuesto cuanto hay de ciencia y de conocimiento en el hombre. Pues ahora bien: este principio fundamental no se puede construir, por decirlo así, como no contemos con la nocion de la nada; en él entra la idea del no ser con tanta necesidad como la idea misma del ser, y la necesidad, la posibilidad, ó mejor dicho la imposibilidad ontológica, es el fundamento de toda ciencia, de la única ciencia posible en este mundo.

III.

En el mundo físico, veamos algo de la nada, lo cual no quiere decir que no vamos á ver nada, pues lo que vamos á ver es que no vemos, y esto es lo mismo que decir, lo persuadidos que saldremos de que es para nosotros un puro nada cuanto nos rodea, no sabiendo nosotros de ello, nada. ¿Qué es el mundo, qué son los cuerpos, qué son los fenómenos sensibles? Ello podrá ser todo lo que se quiera, y seguramente que Dios con un conocimiento infinito, comprensivo, que todo lo penetra en su íntima esencia, sabe profundamente lo que es todo; pero nosotros no sabemos mas que esto: sabemos que necesariamente Dios lo sabe, y que nosotros no sabemos nada: nuestra afirmacion es una negacion, es el conocimiento íntimo de nuestra ignorancia.

Como el tránsito de lo subgetivo á lo obgetivo es de difícilísima sino imposible explicacion, ha sido este el asunto de largos estudios y discusion entre los filósofos de todos los tiempos. Los escolásticos discurrieron la teoria del entendimiento agente, especie de tabla entre ambas riberas de lo sensitivo y de lo intelectual; pero aparte de lo gratuito de la hipótesis, tantas son las dificultades que se levantan contra la teoria, que no merece por cierto la pena: no compensa el sinnúmero de los escollos que es preciso salvar, la poca utilidad que resulta del hallazgo del entendimiento agente. El tránsito pues á lo obgetivo y á lo sensible continua siendo un enigma. Comprendo yo hasta cierto punto el escepticismo que consiste en negar la existencia del mundo real, porque la ciencia no lo explica, no lo puede explicar, no lo explicará probablemente nunca. Lo que no comprendo es que haya escuelas, á manera del cerdo, encenagadas en el materialismo, y de tan obtusa inteligencia y corta mirada que toma la corteza de los fenómenos sensibles como entidades reales, y de esta realidad material hace su torpe Dios, y del egoismo y del materialismo su filosofía y su Iglesia. Esto ya es demasiada degradacion en el espíritu humano, degradacion de que está inoculada la Sociedad mo-

derna, á lo cual atribuyo sus profundos males, como en otra ocasion no será imposible que me ocupe de demostrarlo.

Comprendo, repito, que pues no se puede explicar lo obgetivo, el hombre pensador que está íntimamente persuadido de su existencia intelectual, que solo vive de sí y para sí, que de sí sabe mucho, pero que del mundo real no sabe nada, sea escéptico en achaques de materialismo. Todo es espíritu; á su imperio se domeña el universo entero; donde el espíritu no reina, reina la muerte, y por tanto se puede ser espiritualista, sin chocar con las bases fundamentales del raciocinio. Pero esto mismo lo que nos está probando es el imperio de la nada en el mundo físico, nada para nosotros.

¿Qué es con efecto la materia? De su esencia íntima nada conocemos, y mis lectores comprenderán que no me he de detener á considerar las calidades negativas: una afirmacion es lo que importa, y lo que se necesita, una afirmacion: dígasenos lo que es la materia, lo que son los cuerpos que nos rodean, esplíquenos su naturaleza. Nadie lo puede hacer y como nadie lo puede hacer, resulta que no sabemos de eso nada. Lo que sabemos es que dentro del hombre hay representaciones, figuras, si así puedo decirlo, intuiciones, pasividad del alma, segun las impresiones que parecen recibirse del exterior por el intermedio de los sentidos corporales. Pero ¿estamos seguros de que esas sensaciones del alma humana corresponden exactamente á las calidades intrínsecas de los seres corpóreos? ¿ni sabemos siquiera por las sensaciones si son seres? ¿ni se puede esto explicar ó demostrar? ¿ni tenemos sobre ello seguridad ninguna? La única seguridad que cabe en ello es el testimonio de la conciencia, nuestro sentido íntimo que nos dice que en el alma humana se experimenta la sensacion, y esto es verdad, la verdad subgetiva; y ademas inferimos que Dios, autor Supremo, infinitamente veráz, infinitamente bueno y santo no habrá querido que el hombre viva en perdurable ilusion ó en perdurable engaño; de donde laboriosamente deduciremos que á esa corteza de los fenómenos sensibles corresponderá una realidad. He aquí todo lo que sabemos del mundo físico.

Pero si queremos penetrar en las cosas como ellas son, ó queremos discernir sus cualidades, ó darnos cuenta de los fenómenos que en las cosas se verifican, ya no adelantamos nada, ó nos encontramos con que todo debe acontecer de muy distinto modo de como nos imaginamos.

Veámos por ejemplo si la materia es simple ó compuesta, y diremos: simple no puede ser, porque la simplicidad es atributo de la espiritualidad, y porque en esto parece consistir la naturaleza de los cuerpos, en que sean un agregado de partes, y por lo tanto un compuesto, en que sean los puntos extensos y materiales, y compuestos por consiguiente. Pues digo yo ahora, repitiendo la observacion de los filósofos: si los cuerpos son un compuesto de partes serán divisibles, y esta divisibilidad deberá ser hasta lo infinito no concibiéndose como una parte deje de ser divisible, siendo á su vez compuesta; pero añado en seguida que hasta lo infinito no puede ser divisible la materia, porque nada infinito se puede afirmar de lo contingente y variable, á menos de decir que hay muchos infinitos ó muchos Dioses, ó que la materia es Dios, atrocidades tales, y blasfemias y absurdos de tal magnitud, que espantan y horrorizan; de modo que es preciso inferir todo lo contrario, á saber, que la materia, es simple é inextensa, pues se ha de formar de puntos inextensos é indivisibles, no siendo ella divisible infinitamente. Pero si es inextensa, ó se forma de puntos inextensos, y no pudiendo ser simple, lo que hay de verdad en todo ello es que no sabemos lo que es la extension, que no podemos saber como de lo inextenso se engendra lo extenso, y en una palabra que no sabemos nada ni siquiera de esta dureza que hay entre mis dedos estrechando la pluma con que escribo, y que me parece sin embargo lo mas cierto de todas las cosas de la vida. Así es el mundo físico, pura ilusion tal vez, pura ignorancia nuestra, y por consiguiente, para nosotros los que militamos entre abrojos y miserias, nada.

El fenómeno del tiempo, y si no es fenómeno, lo que quiera que el tiempo sea, es otro escollo en que inmediatamente vamos á zozobrar. ¿Quién sabe lo que es el tiempo? Digo de él, lo que antes decia acerca de la esencia de los

cuerpos, que se puede señalar lo que no es tiempo, aunque en punto á afirmaciones sea mas necesaria la reserva. El tiempo ciertamente no es un ser, una entidad distinta y separada de los cuerpos mismos. Podrá parecernos, ó parecer vulgarmente una série, una sucesion, una duracion, una prolongacion, una capacidad en que se verifican las cosas, ó algo así, pues voy luchando siempre con las dificultades del language, pero empléese la palabra que se quiera, esa palabra en cuanto pretenda significar el ser, es una palabra, y tendrá siempre que ser, vacía de sentido. El tiempo no es nada distinto de los cuerpos mismos, y si no es un ser, es nada. Será el tiempo una relacion, una expresion del paso del ser al no ser, en el concepto de los sábios mas consumados; y entonces el tiempo no es la medida de nada, ni nada puede ser medida del tiempo. O de otro modo, el tiempo es la nada, puesto que es la expresion del no ser. Con el principio de contradiccion es como se puede formar alguna idea del tiempo, diciéndose que de la imposibilidad del ser y del no ser resulta el tiempo, conviene á saber, que es imposible que una cosa sea y no sea, *simul*, es decir, sin que inmediatamente resulte el tiempo. Al dejar de ser lo que ha sido, surge el concepto mental del tiempo, concepto que no es de tiempo futuro ni pasado, pues estas expresiones carecen de sentido, concepto no mas que de tiempo presente en cuanto corresponde á la idea de la existencia, que es la del ser, ó su paralela, concepto en fin que no tiene realidad externa por que es el concepto de los seres mismos, y por consiguiendo nada distinto de ellos. Luego los seres son los seres y en cuanto finitos son el tiempo: luego la idea del tiempo es una pura abstraccion, un fantama, un nada, y digo otra vez que el tiempo es nada, porque no vale la pena el decir que el tiempo son los seres mismos, no siendo esto lo que por ahí se cree y no siéndonos conocida tampoco la esencia de las cosas, de cuyo conocimiento resultaria el conocimiento del tiempo, estando en ellos sustancialmente la razon de su contingencia.

¡Oh mundo corpóreo, mundo de las representaciones sensibles que así hechizas y cautivas á las almas superficiales!

¡y cuán ignorantes somos de tus arcanos! Aquí debo notar que precisamente de lo que vemos y palpamos todos los días es de lo que nada sabemos: la nada siempre envolviéndonos y atestiguando la pequeñez, la insignificancia de ese presuntuoso saber con que nos ufanamos. El geómetra tirando líneas de pura ilusión, el astrónomo paseando la atónita mirada por la inmensidad de los mundos siderales, el matemático haciendo cálculos sobre el infinito y multiplicándolo y partiéndolo, no saben lo que hacen ó hacen el absurdo, ó traen entre manos lo que absolutamente desconocen. Todos operan sobre los fenómenos, sobre las representaciones y no mas que tenemos dentro del alma, todos están en la corteza de las cosas, todos ignoran la esencia, todos discurren sobre lo contingente cuando la ciencia, si existe, es solo en lo necesario.

Háblesenos todo lo que se quiera del espacio, de la extension, de la impenetrabilidad de los cuerpos, de la fuerza, de la gravedad, de la distancia, del movimiento, y siempre tendremos razon sobrada para humillarnos, reconociendo la nada que está en nosotros como una enfermedad incurable que es nuestra ignóranza, porque no sabemos lo que todas esas palabras significan, y en verdad ó no significan nada, ó significan muy diferentes cosas de las que les atribuye la efímera y vana sabiduría de los hombres. Las distancias no existen, y decir que una cosa dista de otra es pronunciar una frase vacia de sentido: la distancia es una pura relacion entre los seres. El movimiento es otra relacion y no mas de los cuerpos entre sí. La fuerza no es cosa diferente de los cuerpos mismos, no existiendo la entidad especial que se llame fuerza. El espacio no existe como capacidad ó como un continente en que pueda hallarse el contenido, el espacio no es nada, el espacio no es cosa tampoco diferente de los cuerpos mismos, porque no existe la entidad espacio. La impenetrabilidad, la gravedad, las cualidades, todas que atribuimos á la materia, serán la ilusión que de esas cualidades nos formamos, pero en la realidad serán un puro nada que no sabremos explicar, como no explicamos la esencia de las cosas mismas.

En el mundo físico, pues, campea soberanamente, campea para nosotros la nada.

IV.

No puedo apetecer que levante este language tempestades, y no puedo menos de confesar que en mi espíritu mismo las levanta, porque yo me pregunto: si el ser es solo susceptible del conocimiento, si la nada deberá considerarse no mas que como una abstraccion, si de los seres y no de otra cosa se pueden hacer afirmaciones, si aun para probar que no tienen sentido las palabras de cosa vacia, de cosa distinta, del espacio nada, del tiempo como entidad independiente de los seres, etc., tenemos que acudir á la certeza de la plenitud, á la impotencia, para toda explicacion, de la vacuidad ¿cómo es que de la idea del ser, que es la existencia diseminada al parecer por todo el universo, hemos sacado unas consecuencias tan contrarias, yéndonos derechamente á la nada? Yo no quiero, pues, como se está viendo, atenuar las dificultades de la materia: me propongo á mí mismo estas dificultades, y sin embargo veo que todo lo que he querido decir (y no pongo todo lo que he dicho porque dudo muchísimo de haberme expresado con propiedad) veo que todo lo que he escrito anteriormente es y debe ser necesariamente verdadero, ó claudican los resortes del entendimiento mismo. Aunque el ser esté difundido y sea el objeto del entendimiento, ¿no es contingente el mundo? y siéndolo ¿no puede no ser? ¿no entra el concepto de nada de un modo necesario en cuanto nos rodea? Pues esto es evidente. ¿Andamos confusos? ¿no sabemos que palabras usar? ¿nos asalta la duda y la contradiccion? Pues ya sabemos desde el principio la dificultad del asunto en que nos ocupamos y sus tremendas complicacion y escabrosidades.

Es lo cierto que á medida que en cualquier materia sometida al conocimiento del hombre se eliminan calidades del ser, vamos sumergiéndonos en tinieblas; y por el contrario, concibiendo el ser, y apartando limitaciones del ser hasta cons-

truir la plenitud del ser, sin mezcla del no ser, llegamos á la idea de Dios, al infinito, por mas que no podamos comprenderlo con nuestra pobre vista intelectual como es. Combinada, pues, como dice nuestro ilustre D. Jaime Balmes, la idea del ser con la del no ser, surge una fecundidad, porque aparece la distincion, el número, la multiplicidad, la determinacion, la mudanza, y nada de esto nos seria posible sin la negacion, ó sin la nada; luego no es la nada la esterilidad pura, al menos en el estado del hombre en esta vida mortal. Se dirá que el número es limitacion, que la determinacion es limitacion, que la multiplicidad y la mudanza es limitacion, que la distincion es limitacion, en cuanto incluyen la idea del no ser, puesto que es evidente que solo lo infinito es uno é inmutable, sin distincion, sin multiplicidad, sin no ser que es la idea incluida en toda finidad; pero por lo mismo que el concepto de la nada entra en todo lo humano y finito, por eso mismo tambien en el orden intelectual, á mas de suceder igualmente por lo tocante al mundo físico, la nada, siendo nada, entra como una condicion precisa de nuestra naturaleza.

Por lo demas, algun motivo he tenido para dejar expuesto que segun nos acercamos al ser se aclara progresivamente nuestra inteligencia. Este motivo es para mí la contemplacion del mundo intelectual, y de la espiritualidad de nuestra alma. Si el hombre como espíritu está mas cerca del ser que pueda estarlo la materia bruta, su conocimiento es mas completo en todo lo que respecta á las facultades y potencias del alma humana. La nada continúa enseñoreándose del mundo psicológico, pues todavia somos nosotros mismos y nuestro entendimiento la limitacion y la finidad, si puede este vocablo emplearse, pero hay en el orden intelectual por decirlo así, menos no ser, y aquellas densas tinieblas que observábamos en el conocimiento del mundo físico, aquel no saber nada de la esencia de las cosas ni de sus cualidades, ni de su naturaleza, ni de los fenómenos sensibles, ni del espacio, ó del tiempo, ó del movimiento, ó de los volúmenes, ó de las distancias, etc. etc., aquel fondo tenebroso en que no es dado al alma humana penetrar, porqu

todo ello es la limitacion por excelencia y la nada, aquello no es lo mismo que podemos ahora considerar en el órden de la inteligencia, porque en el órden de la inteligencia estamos viendo que nuestra alma es simple, es sustancial, es permanente, es inmortal, porque es espiritual, es activa, es inteligente, ó lo que es lo mismo, conocemos su esencia, sus facultades, sus destinos.

Largos discursos necesitaria yo ahora, si traspasando grandemente el propósito de este breve estudio, me hubiera de detener á explicar psicológicamente, estos conceptos generales que doy por demostrados porque para mí lo están del modo mas incontestable. Que todo esto y mucho mas que solo en gruesos volúmenes podria explicarse, que todo esto sea el alma humana, ciertamente está en la conciencia de los amables lectores que se hayan servido acompañarme en esta peregrinacion difícil del estudio de la nada, y por consiguiente, me puede ser permitido concluir en esta parte, que puesto que en el mundo intelectual poseemos esta certidumbre, y en su consecuencia alguna ciencia, la nada sigue campeando desventuradamente, que tal es nuestra suerte derivada de nuestra imperfecta naturaleza hominial; pero campea en menos espacio, se dibuja en algo mas la plenitud del ser, nos vamos aproximando al espíritu, á la fuente de toda vida, se van despejando las embarazosas brumas, y casi nos asaltan deseos vehementes de despojarnos de esta tosca corteza terrenal, de esta nada en que estamos envueltos, de esta privacion, de esta limitacion oscura é indigente, para volar á las inefables regiones en que están nuestra pátria gloriosa y nuestros inmortales, altísimos destinos.

¡Oh mundo del espíritu, puras y serenas regiones de lo ideal! ¡y cuán amables sois, y cuánto nos sois mas familiares y conocidas, y cuán adecuado presentais y hermoso horizonte á la inteligencia del hombre!

Por eso la nobilísima y vehementísima aspiracion del alma humana á Dios, espíritu puro, plenitud del ser, y por eso, sabiendo el hombre que el Todopoderoso es el ser, es el que es, es el infinito, sabe mas de Dios que de cosa ninguna,

pues no se mezcla la nada en este conocimiento. ¡Sublimes armonías! ¡elucubraciones sublimes!

Por eso las escuelas materialistas se envuelven en las tinieblas, en la nada, y en la muerte.

V.

La nada entra en el orden moral como una necesidad no menos demostrada de la naturaleza del hombre.

En el orden moral, en las esferas del bien y del mal, en cuanto un acto implica conformidad ó disconformidad con la voluntad divina, en la órbita de lo justo y de lo injusto, en cuanto concuerda ó no con la santidad de Dios, hay, á semejanza del orden ontológico, el si y el no, la duplicidad de polos opuestos, la tesis y la antítesis, el ser y el no ser, base y fundamento de todos los conocimientos humanos. De consiguiente, en el orden moral está campeando siempre la nada, que es asimismo la negacion, á saber, la injusticia, el pecado, la infraccion voluntaria de los eternos principios grabados con indelebles caracteres en los corazones.

Cualquiera que contemple las miserias morales de la humanidad, cualquiera que examine el modo de obrar de la inmensísima mayoría de los hombres, podrá decir si es aventurada la proposicion de que nos envuelve y nos satura la nada por do quiera en asuntos morales. *Homo, hominis lupus*, ha escrito una escuela descreida. Como principio de que se derive un sistema, esta frase es de refinada maldad. Como expresion de la corrupcion moral que nos rodea, la frase es por desgracia verdadera. De la humanidad en general, la frase puede aplicarse, como alguien ha escrito, definiendo el *negocio*, lo que llaman el *negocio* los hombres de negocio, el acecho, el atisbo, la emboscada, la arremetida, la celada al dinero ageno, y como este es en tesis general el *negocio* en nuestros dias, bien se puede decir de la humanidad lo que de la triste España en particular se ha dicho, que es un presidio suelto. No pretendo yo sacar al desnudo un cuadro de podredumbres, ni me he de perder en hondas

lamentaciones, pero hago notar que todo este cieno es la nada, esa nada, asunto de nuestro estudio; y al remover la nauseabunda sentina, lo que estoy haciendo es tratar del consabido tema. ¿Podrá haber quien dude de la certeza de esta nada, de esta perdurable negacion del bien y de la justicia, ó se creará exageracion, ó pura hipótesis injustificada mi aserto? Vuelva cualquiera la vista ya que hemos hablado del *negocio* particular, al *negocio* público, en que el cinismo y el escándalo andan en competencia con el negocio privado. Yo no necesito decir si se administra bien á nuestro pueblo, si los redentores de sus miserias son otros miserables explotadores de su ignorancia, mas perversos mientras mas blasonan de moralidad y son mas instruidos, si hay pureza ó se mueve un papel ó se pronuncia tal vez una palabra que no lleve un fin villano de negocio injusto. Corramos aquí el velo, y conténtese el que no sea de tal calaña con huir del mundanal ruido,

siguiendo la escondida
senda por donde han ido
los pocos sábios que en el mundo han sido.

¿Es acaso que nuestro siglo carece de las nociones del bien y del mal? Aunque agravados por divina permision los males presentes, no es esto: es que siempre en el mundo está la antítesis al lado de la tesis, y nosotros en este momento estamos examinando la síntesis. El mal existe, el pecado, el delito, la negacion del bien, la mudanza en el orden moral, porque solo el Eterno es inmutable en el bien, la nada en fin; pero no menos existe el bien, el ser, la justicia, las virtudes. Siempre ambos polos, el ser, el no ser, el finito, el contingente, como tiene que ser, como es preciso que sea, dada la humana imperfecta naturaleza. La síntesis pues, consistirá en el complejo del bien y del mal, de virtud y vicio de cinismo y de arrepentimiento, síntesis que antes vimos en el orden físico, diciendo que la nada es fecunda y el fundamento de todos los conocimientos humanos combinados el ser y el no ser, y en el orden intelectual haciendo surgir de la idea de la nada las ideas de *número*, de *mu-*

danza, de determinacion, en consorcio el ser y el no ser; pero imposibles de existir tales ideas sin el concepto de la negacion, ó de la nada.

Que no parezca por consiguiente paradógico y aventurado lo que desde el principio vengo repitiendo, de que á mis ojos salta la nada en cuanto nos rodea. Viéndolo estamos así, y yo podria entrar ahora en otro linage de reflexiones si no se fuera prolongando este escrito ya mas de lo que desde luego me propuse. Pero no dejaré de hacer notar que la nada surge aun de las mismas afirmaciones generosas de la virtud, que es el bien, que es el ser y que por consiguiente excluye al no ser, ó sea al pecado ó al vicio, con cuyo motivo entro otra vez en nuevas confusiones y cavilaciones, perdida mi mente en abstrusas y recónditas dificultades que á mí mismo me propongo. Porque, ó estoy en error profundo, ó es cierto que de la nocion de la nada surge la nocion de la virtud, en cuyo sentido pudo escribir la insignísima española Teresa de Jesús en sus *Moradas*, que la humildad es la verdad, esto es, la nada misma que somos. Creo efectivamente que esta es una buena y famosa definicion de la modestia y de la humildad, que con ser la verdad misma anda tan escasa por el mundo. Somos nada, polvo miserable, hijos de la nada, que es el error y el pecado, pasto de la muerte, leve arista que el viento arrastra, vil fango, por coruscantes y deslumbradoras que parezcan las encumbraciones á los ojos de los necios; y como en verdad no somos sino esto, el que está en la humildad juzgándose pobre, efimero y pecador é indocto, está en la verdad, que es su propia nada, su propia imperfeccion ó sea la negacion de las perfecciones absolutas. He aquí surgiendo de la nada el concepto de la virtud, he aquí otra vez la fecundidad de la nada, porque es constante que si no hubiera *nada* no habria humildad, virtud, en nuestro ejemplo, siendo todos los hombres perfectísimos. A no estar encarnada la santidad de Dios en el género humano, preciso es que haya escándalos, y escrito está que los ha de haber, aunque ¡ay! del que escandaliza, que mejor le fuera no haber nacido. De consiguiente no siendo el hombre santo ni perfecto, aunque

en todo tiene el destello de la divinidad de quien es criatura á su imágen y semejanza, es preciso el mal y el vicio, y de la antítesis se afirma lógicamente la tesis; es decir, que de la nada surge el concepto del ser, y del concepto del vicio surge el concepto de las acciones meritorias.

Por otra parte, cualquiera puede observar la nada que le rodea, la nada que es el pecado mismo y la injusticia. De mí puedo decir, y lo mismo sucederá á la mayoría de los mortales, que la prevaricacion, la estafa, la falsedad, el cohecho, las injurias, el homicidio, solo revisten formas de negacion y de nada, y aunque en los pecadores determine el castigo como necesaria reparacion del órden moral vulnerado, al menos para mí, puedo afirmar que son nada, que lo perdono todo, y este es otro aspecto de la nada, que sufro paciente la voz infame de la calumnia, *verbi gratia*, persuadido de que es preciso perdonar al alevé á la hora de la muerte y nada hago adelantando el plazo, y penetrado tambien de que es un puro nada la falsa gloria y los honores del mundo, razon tambien que me asiste para alejar el incensario cuando alguna vez llegan en torno mio los humos de la lisonja.

Nuestro bueno de Jorge de Manrique escribia hace mucho tiempo:

¿Qué se hizo el Rey D. Juan?
 ¿Los Infantes de Aragon qué se hicieron?
 ¿Qué fué de tanto galan?
 ¿Qué fué de tanta invencion como trujeron?

Y parece que el poeta se contestaba irremisiblemente, nada, nada: todo fué pura *nada*.

Otro poeta contemporáneo sumido en semejantes reflexiones dijo:

Hoja en que escribo mi nombre,
 tú me sobrevivirás.
 ¡Ay! ¿qué vale el ser del hombre
 cuando un papel dura mas?

¿Qué vale? Y parece que el poeta se responde: nada en este mundo.

Escrito está: *pulvis et umbra sumus.*

Escrito está: *vanitas vanitatum et omnia vanitas.*

VI.

Con estilo llano, tal como lo acostumbro emplear en los usos diarios de la vida, he querido exponer estas ideas al examen de los amables lectores de esta REVISTA, y sobre todo con buen intento y sano deseo de circular las que juzgo buenas y salvadoras doctrinas, que ojalá, digo yo, ojalá estuviesen sumamente generalizadas. Con estilo llano, si, pero algunas veces confuso é impropio, segun las sospechas que me embargan, porque para desenvolver un tema de esta naturaleza ha sido menester subir hasta las ideas universalísimas con pobre ingénio, espigando á menudo el campo de la ontologia. Que me perdonen ó que tengan paciencia, los soberbios adoradores de lo físico y material, si el language de la verdad les ofende, cuando he dicho que su ciencia bien puede ser vana y fútil hojarasca, no sabiendo ellos probablemente lo que traen entre manos. He acudido á la fuente de las ciencias, á la Metafísica general, á la sávia vivificante de todas la ciencias, para discutir un tema que es de sus dominios. Culpa no es mia ciertamente, sino exigencia del asunto mismo discutido, y notorio debe ser á cualquier hombre imparcial, que la ontologia, segun explica nuestro insigne don Ceferino Gonzalez, honra y préz de la pátria española, lustre del saber en nuestro país, obispo dignísimo electo para esta Diócesis, que tanto espera de su alta sabiduría y grandes prendas, que la ontologia *ex genere suo*, es la mas noble y perfecta de las ciencias humanas, teniendo un objeto mas elevado y universal, incluyendo en la universalidad de su obgeto los obgetos de las ciencias inferiores, las cuales tienden á buscar su unidad en la ciencia superior ó mas universal, y conteniéndose en ella los principios fundamentales de las ciencias inferiores; y esto es así porque *circa maxime intelligibilia versatur* porque *primas rerum causas considerat*, segun las profundas palabras de Tomás de Aquino, el Sol del humano saber, astro lucidísimo cuyos resplando-

res continuando en la prolongacion de los siglos acompañarán á la humanidad hasta extinguirse su postrero aliento.

Por lo demas, yo no he pretendido enseñar á nadie, hallándome necesitado de aprender á toda hora. Me basta con que estas líneas, trazadas ligerísimamente y en medio de prosáicas ocupaciones diarias, merezcan una hospitalidad honrosa en la REVISTA DE ANDALUCIA, que será una publicacion, á mi juicio, muy interesante, destinada á llenar un vacío y á ser el eco del saber de estas regiones de la amada patria, REVISTA por cuyo auge y prosperidad y brillo, hago fervientes votos.

MANUEL M.^a PALOMO.

Málaga 27 Setiembre 1874.

SOBRE LA MORALIDAD

DEL

CLERO DE AQUELLOS TIEMPOS.

COLOQUIO. (')

—No me tengo por hipócrita, pero no comprendo la ciencia sin fin moral.

—Buen comienzo para tratar de la moralidad del clero de *aquellos tiempos*.

—Tanto abundaban los monasterios de monjas y de frailes; tanto los beaterios y casas de penitencias, y tanto los curas, capellanes, hermanos, cofrades, etc., etc., que no es

(*) Estas cuartillas forman parte de un libro que con el título *AQUELLOS TIEMPOS!!!*, está escribiendo nuestro ilustrado amigo don Miguel Morayta. Propónese en él comparar, en forma de diálogo, sostenido por dos amigos, gran católico el uno (D. Benito), y libre pensador y republicano el otro; «*aquellos tiempos*», con estos tan tristes que corren; y así mostrar, que aun cuando estos son muy malos, aventajan por todos conceptos á los tiempos que fueron. A este fin el autor examina y compara, la ilustracion, la moralidad, la riqueza, el bien estar, todo cuanto constituye la cultura; para demostrar con documentos y testimonios irrecusables, las inmensas ventajas de estos sobre «*aquellos tiempos*»; trabajo hoy de importancia, porque la ignorancia de lo que fué la antigua sociedad española contribuye en gran parte al deseo de restaurar lo que pasó, en cuyo nombre se sostiene la actual guerra carlista. Este capítulo, nos ha sido facilitado por el autor, antes de haber dado la última mano á la primera parte de su obra, que aun tardará algun tiempo en publicarse.

de extrañar que en aquel numerosísimo rebaño hubiese alguna oveja descarriada.

—¿Ya se cura V. en salud, amigo D. Benito?...

—Como que me acuerdo del confesor de las monjas de San Plácido!

—Pues aunque V. lo escuse, como no hay ciencia sin fin moral, una vez que de la ciencia de aquel clero hablamos, precisa estudiar su moralidad.

—Bastante digimos ayer!

—Nada, nada; ó dése V. por vencido ó hablemos de las virtudes de aquel clero.

—Hablemos.

—Pues digo: apesar del interés que necesariamente existió para ocultar cuanto á este particular se refiere, y aunque abundaban medios para conseguirlo, consérvanse datos sobrados para demostrar, que el clero contemporáneo, aunque dista de ser un modelo de virtudes, aventaja en muchas leguas en moralidad, al clero de aquellos tiempos.

—No es V. poco terminante!...

—Allá ván las pruebas. Comenzaba el reinado de Felipe II. El monarca estaba en Londres y la gobernadora de España le escribía el 26 de julio de 1557: «En lo de »las legitimaciones de los hijos de los clérigos, aunque »acá se había propuesto y publicado generalmente, incluso »yendo hidalguía sin distincion de que fuesen sus padres »hidalgos ó no, fasta agora no ha habido despacho alguno. »Entiéndese no ser muchos los que tienen facultad grande, »y estos y los que no la tienen, no les faltan otros »medios y remedios de que usan, y así aunque se había »significado que se haría en moderados precios, y comen- »tándose á personas en los lugares y villas deste reino, ca- »bezas de partido, para que con mas facilidad y comodi- »dad la pudiesen tractar, no se tiene esperanza de pro- »vecho.»

—Elocuente por demas es el tal documento!...

—Ya lo creo! Como que á propuesta de las Cortes y como arbitrio de consideracion se ofrecia á los eclesiásticos

la legitimacion de sus hijos y agena á ella, y por supuesto por dinero, el primer grado de nobleza, cosa que los clérigos no aceptaban por tener muchos medios de conseguir el mismo resultado por menos dinero.

—Ciertamente!

—Y á propósito; ¿cree V. que nuestro buen amigo Pedregal hubiera hecho materia de impuesto los balcones y ventanas, si solo hubiese dos ó tres en toda España?

—Sé que los amancebamientos de los clérigos, por lo comunes y generalizados, merecieron ser objeto de varias leyes.

—Y que leyes! Aqui está el título xvi del libro xii de la Novísima. Vea V. la ley iii, dictada por los Reyes Católicos: «Deshonesta y reprobada cosa es en derecho que los »clérigos y ministros de la Santa Iglesia... ensucien el »templo consagrado, con malas mugeres teniendo mancebas públicamente»... La vi, de los mismos Reyes comienza: »Por quanto muchas veces acaesce, que habiendo tenido algunos clérigos algunas mugeres por mancebas públicas, des- »pues por encubrir el delito las casan con sus criados ó con »otras personas tales, que se contentan con estar en casa »de los mismos clérigos que antes las tenian, de la manera que antes estaban...

—¿Serian estos los medios y remedios de que hablaba la gobernadora de España al Rey?

—Y merece notarse que estas mancebas hallábanse despues de todo tan respetadas por la ley, que la casa de su clérigo era un sagrado donde solo en casos muy escandalosos se las podia prender. Es mas, necesitaba reincidir hasta por tres veces para sufrir cien azotes, cuando á quien decia *pese á Dios ó por vida de Dios*, se le horadaba la lengua con un clavo.

—Verdad.

—Por otra parte, la justicia se repartia con tanta equidad, que en el siglo xvi Guillermo Franco, que tenia la desgracia de que su muger tratase ilícitamente con un clérigo dijo: «bastante purgatorio tengo yo con mi muger»: súpolo la inquisicion y le castigó, pero absolvió al clérigo

y á la muger... Juan Gascon, cura de Moratalla, salió á un Auto por sostener que la cópula con parienta soltera, si ella consentia, no era pecado grave... Sebastian...

—Comprendo que podria V. alargar indefinidamente el catálogo de casos particulares.

—¿Y los casos generales de alumbrados, convulsionarios y jorquinas, que comprendian todo un monasterio y aun un país entero?

—La inquisicion los castigaba. Ademas, ¿cómo desconocer que en muchos de estos casos, unos y otros se dejaban llevar de un sencillo y fervoroso, aunque mal dirigido, sentimiento católico?

—Convenido; como V. á su vez convendrá, en que por estos motivos, eran muchos los que se servian de su sagrado ministerio, para lograr la satisfaccion de sus torpes y ruines apetitos.

—No tanto.

—¡No! Vea V. lo que consigna este libro: *Tratado del Papa y de su autoridad, colegida de su vida y doctrina y de lo que los doctores y concilios católicos antiguos y la misma sagrada escritura enseña*. «Los eclesiásticos de Sevilla (corria el año 1563), requerian de amores á sus hijas de confesion. Ante el temor de ser delatadas al Santo Oficio, muchas cedian. Público el proceder de aquellos santos varones, la inquisicion determinó procesarlos. Ordenó que todas las mugeres solicitadas, acudiesen á delatarlos al Santo Tribunal, pena de escomunion en caso contrario. Diose para ello un mes de plazo, pero aun cuando habia dos secretarios tomando continuamente declaraciones, hubo que conceder otro mes de próroga; tan grande era el número de querellantas que acudia, y que iban rebozadas en sus mantos para no ser conocidas de sus padres y maridos. El escándalo hizose grande y «los inquisidores, viendo con la »esperiencia el gran daño que á toda la Iglesia romana resultaria, pues que los eclesiásticos serian menospreciados »y mostrados con el dedo, y el sacramento de la confesion »seria no tan preciado y estimado como antes, no quisieron ir mas adelante en el negocio... y asi ningun con-

»fesor fué castigado, ni aun aquellos cuyas bellaquerias suficientemente se habian probado.»

—Como eso lo escribe Cipriano de Valera, luterano declarado, la noticia debe ponerse en cuarentena.

—Quizá haya exageracion; ¿mas por qué negar el hecho, cuando á nosotros ha llegado, que respecto á abusar de su ministerio en servicio de su lascivia, eran parejos inquisidores y confesores?

—Esas son preocupaciones á que dió origen el Carlos II el Hechizado de D. Antonio Gil de Zárate.

—Antes creo que aquel Claudio Frollo ó Padre Fr. Froilán existió en el mundo antes que en el famoso drama del docto Director de Instruccion Pública. Vea V. la prueba: Miguel de Monsarrate en su rarísimo libro *In Cena Domini*, dirigiéndose á los inquisidores les decia: «¿cómo no »teneys vergüenza ni honra?; que despues de aver gozado »las mugeres y donzellas que entran en vuestro poder, des- »pues de averlas gozado, las entregais al fuego?» Y Valera en su libro antes referido escribe: «hubo inquisidor »que por gracia y donayre dixo de otro compañero suyo, »que no se contentaba con aporrear el pulpo, sino con comerlo; porque habiendo hecho azotar á una hermosa moza. »que estaba presa por judia, durmió despues con ella, y »luego la quemó.»

—No olvidemos que Valera profesaba el luteranismo y Miguel de Monsarrate era un judío del siglo xvii!

—¿Habian de consignar estos hechos, los católicos á quienes dañaban, y que á mayor abundamiento tenian que habérselas con el Santo Oficio?

—La verdad es que no hay crimen imposible á la humana naturaleza!

—Cierto; y por eso no es floja ventaja la de que por no existir la inquisicion, no sean hoy posibles estas infamias.

—Convengo en ello. Pero mire V. que eso es hilar demasiado delgado.

—No tanto, cuando sirvió para arrancar á V. tan importante confesion.

—No soy entusiasta del Santo Oficio.

—Pues si los curas andaban como dicho queda; ¿no marchaban acaso las monjas, por la misma senda?

—Ya hablamos ayer de algunos casos particulares.

—Pero es que eran tan generales, que apenas hay novela que no refiera escalos de conventos, profanaciones de monasterios y escándalos monjiles; y los pocos libros anedócticos que se conservan, muéstrannos que la novela reproducia fielmente la historia. Qué más, amigo D. Benito, el galantear monjas constituia la profesion de muchos caballeros.

—Algo de eso dijo Góngora y mucho mas Quevedo.

—Recuerda V. el *Memorial de las indulgencias á los devotos de monjas*, que escribió Quevedo por mandato de aquella academia á que presentó su donosa solicitud? Y por cierto que en este manuscrito de *Varios*, que guardo con cariño entre mis libros, despues de la *Perinola* y del *Memorial* y de las *Indulgencias*, se encuentran las *Indulgencias que ganan las monjas por sí solas*, obra á no dudar de Quevedo, desconocida para D. Aureliano Guerra y Orbe, pues no la nombra en su edicion príncipe y que no la he visto publicada, ni mencionada en parte alguna.

—Una obra de Quevedo inédita!...

—Por tal la tengo.

—Leámosla.

—Es brevísima y dice: «INDULGENCIAS QUE GANAN LAS MONJAS POR SI SOLAS.» La Santidad mínima de la desengañada prudencia concedió por un breve largo á todas las devotas que siendo pretendidas, digeren ser aquella la primera devocion que han tenido, remision de toda verdad y quince años de falacia.

«Todas las devotas, que á sus galanes dieren camisas, calzoncillos, pañuelos, ó calcetas, ganan sin confesar ni comulgar, todas las indulgencias é indultos que tiene incluidos en sí la bolsa de su engañado devoto. Cualquiera devota que siendo llamada de su amante, le digere que aquel dia no hay grada, que venga al siguiente, alcanza el que juzgue de ella que otro viene, y gana veinte años de evidente sospecha. Cualquiera devota que liberalmente

»hiciere de la camisa babador, ganará todas las gracias é
»indulgencias que consignent aquellos de quien se rien todos
»y á la que arrojaré besos á su galan se le conceden, y
»otras muchas; y últimamente participan de todas las gracias
»concedidas arriba á los devotos, por comision; y adviértese
»que para ganar estas gracias se requiere que las devotas
»no tomen bula.

—Por lo picante y desenfadado declara á voces el nombre de Quevedo.

—Y que viene de perlas á mi objeto, pues á no estar muy generalizados los amorios monjiles, el Señor de la Torre de Juan Abad, no los habria hecho obgeto de su sátira. Tanto, que acudiendo á la historia, muéstrase hasta que punto exigia enmienda este particular. Las Cortes de Valladolid de 1537, las de 1552, las de 1558 y las de 1570, entre otras varias, pidieron al Rey que se recomendase á los prelados que no consintiesen que las monjas fueran visitadas por clérigos, frailes y seglares dentro de sus conventos, sino que las hablaran por la reja. El escándalo creció tanto, que Felipe II, comisionó al corregidor de Zamora, Licenciado Fraga, para que con gran destreza, secreto y disimulacion averiguase cuanto hubiera; y así le decia: «por la relacion que irá con esta vereis la que se me ha
»hecho de la soltura y excesos de las monjas de tres monasterios que ay en esa ciudad de la tercera regla de
»Sanct Francisco... y para que no solo no se ofenda nuestro
»Señor, ni se escandalice el pueblo de tan mal egemplo de
»personas dedicadas al culto divino...

—No lea V. mas.

—Y entrando en otro órden de consideraciones, ¿quién no conoce la simonía de aquel clero, su inmoderado afan de riquezas, su poco escrúpulo para allegarlas, las estratagemas que usaba para heredar á todo el mundo y las intrigas que ponía en juego á fin de alcanzar los mas lucrativos cargos de la Iglesia y del Estado? Las constantes reclamaciones de las Cortes y las cortapisas que la ley impuso, son pruebas concluyentes de la existencia de aquellos vicios.

—Seré á V. franco: estos y muchos otros de que hablamos en dias anteriores, no podian menos de existir dadas las circunstancias de la época. Los mayorazgos vinculaban en el hijo mayor el nombre y las riquezas de la casa, y como habia pocas carreras abiertas á la actividad humana, el segundon no tenia otro recurso que hacerse cura, ni la hija mejor porvenir que meterse monja. Cuando tantos y tantos abrazaban la estrecha carrera de la iglesia sin verdadera vocacion, ¿cómo no ser muchos los desórdenes? Además, aquello de convertir de golpe y porrazo, un seglar en canónigo, obispo ó cardenal, ocasionaba que muchas dignidades estuviesen mal desempeñadas, y aun peor representadas. De aquí se seguian las intrigas mundanales, las rivalidades de religiones, y cien otros vicios de la época. Cómo nó, si al terminar el reinado de Carlos II, habia en España 9.000 conventos y 70.000 frailes, 32.000 de ellos dominicos y franciscanos. Años antes los obispados de Pamplona y Calahorra, contaban mas de 24.000 clérigos seculares. Asi eran frailes, monjas, curas, beatos, ermitaños, de la órden tercera y ligados con voto de castidad, la cuarta y aun la tercera parte de los españoles.

—Además, amigo D. Benito, desde el momento en que la carrera de monja ó de cura, no pasaba de ser otra cosa que un *modus vivendi*, la religion se materializaba tanto, que aun los mas beatos tratábanla como los sacristanes y monacillos tratan al templo del Señor: como cosa suya; que no merece especiales consideraciones. De aquí se siguió el completo y absoluto olvido del espíritu de la religion cristiana, que cedia ante el apego á las exterioridades del culto. El rosario, el Pecado Mortal, las procesiones, los cirineos, los diciplinantes, las penitencias públicas, el ayuno, la vigilia, lo eran todo para aquellas gentes; que consideraban pendia su salvacion de mostrar á los demás su religiosidad y fé firmísima.

—Cierto; pero no veo los inconvenientes de estos males.

—¿No?... ¿pues no cree V., que pendiendo todos de las exterioridades, habia de propagarse grandemente la hipocresia?

—Como si hoy no hubiese hipócritas!

—Si que los hay, pero es oficio desacreditado y que apenas dá para comer. Qué diferencia entre hoy y 1729, cuando D. Fulgencio Afan de Rivera, «preocupado, son sus mismas palabras, por haber vivido muchos años entre un grandísimo atajo de bribones y bribonas. que hacen trato de la virtud, unos para *comer*, otros para *gobernar* y otros para *suponer*, sacó su navaja, cortó la pluma y escribió su *Virtud al uso y mística á la moda.*» Los xx documentos de que consta, son otras tantas alhajas para comprender los embustes, estratagemas, y tunanterias de que se valian tantas gentes, para hacer vida regalona, sin poner de su parte otra mortificacion, que la de aparecer en público, tan sufridos, religiosos y devotos, como eran en privado holgazanes, regalones y viciosos. Aquel hermano Carlos del niño Jesús, y aquellas crédula devotas que le regalaban y creían, son perfectas fotografías que acusan multitud de originales.

—Leí ese curioso trabajo cuando Rivadeneyra le publicó en su tomo xxxiii, y recuerdo que su lectura me hizo pensar en mas de un hermano Carlos contemporáneo.

—¿Cómo no recordar tambien, aunque en opuesto sentido, aquellos abates, resultado de la educacion francesa, importada por los Borbones y de la necesidad de un confesor, que aconsejase en todos los momentos de la vida? Sin la menor idea de lo que el padre espiritual debe ser, aquellos ministros del Señor empleaban el dia en visitas y asistian al tocador de sus hijas de confesion, para ponerlas con su misma mano el arrebol y el lunar postizo, y entretenerlas murmurando de los sucesos del dia, de modas, de los escándalos cortesanos y de los cortejos de las amigas, ya que no enseñándolas á decorar versos licenciosos ó á bailar las mudanzas mas dificiles del minuet. Respecto á la moral que predicaban aquellos curas petimetres ..

—¿Verdad que se semeja algo á la de aquellos poetas provenzales objeto de las persecuciones de la Iglesia?

—No vá V. descaminado. Pero noto que se pasa V. á mi campo.

—¿Porque reconozco los abusos, donde los abusos existen?

—Pero como vá V. aceptando todas mis conclusiones.

—No tanto, amigo mio, no tanto. Pero ya es tarde hasta mañana.

—Hasta mañana; y que conste...

—Que aquel clero era demasiado pecador! Hasta mañana.

MIGUEL MORAYTA.

PÁTRIA Y FAMILIA.

Hay horas que ruedan sobre la existencia de los pueblos como pesada atmósfera de pesado aire, que oprime el pecho y embarga el cerebro: horas de cansancio, de insomnio social en que deliramos vertiginosos cuentos y amedrentados oímos mugir la tempestad vecina preñada de peligros; momentos de angustia y de elaboracion, tan tristes como la duda, tan pavorosos como el acaso.

Y como lo incierto es fantasma que escapa á nuestro contacto, que huye á toda afirmacion y es padre de todo ateismo, giramos incesantes al rededor de nuestra inteligencia pobre, demandando soluciones, ampliando criterios y haciendo un cotidiano apéndice al día que se fué, para pedir á Dios una esperanza que brille en el día venidero, en ese mañana que perseguimos, enardecidos hoy, al son de la marsellesa ó de la marcha real, vestidos con el luto de la pátria.

Hay una fibra que produce idénticas vibraciones en todas las almas, que responde á un sentimiento levantado mas alto que las miserias de la vida, porque tiene su asiento en la region mas noble del organismo y no depende su imperio de las funciones de la existencia material.

Es sentimiento fundamental, que surge de la primera agrupacion, del patriarcado, del pueblo nómada, de los ancianos de las tribus; sentimiento, que pasando sobre los siglos y sobre las razas, constituye su primogenitura íntegra é inalterable en todos los individuos de la especie

humana; de tal manera, que saturándose en una sola filosofía de tan grande síntesis, vemos unidos los tiempos, mezclados los pueblos y escribiendo todas las generaciones sobre la puerta de oro de la existencia estas magníficas palabras: «Familia y Pátria.»

Estos dos inmensos poemas del hombre, son gemelos en nuestra inteligencia, brotan hermanos de un mismo seno generador y se manifiestan á un compás unísono y á una medida idéntica, como palpitan y funcionan el corazón y el cerebro, elaborando con el licor de la vida la sávia de nuestras organizaciones.

Si tales aspiraciones fueron promesas de la Omnipotencia, présagos, tal vez, de nuestra lucha para obtener el futuro premio; si son acaso gérmenes que se desarrollan por una fuerza instintiva de intuición ingénita, por una corriente de conservación y de amparo, por el amor que germina en las reproducciones ó por el misterioso lazo con que la naturaleza ha hecho esclava á la materia que se quiebra del espíritu que prevalece, es lo cierto, que hullen en nuestro ser estas síntesis queridas, como antorchas que alumbran el camino de lo bueno y de lo justo y de todo aquello que entre los arcanos del alma velamos en un santuario que no se profana jamás con hálitos impuros.

Pátria y familia, primeros vajidos de nuestra existencia, principios generadores de toda unión, de toda sociedad, de todo este mundo lleno de luces y de armonías, que nos cobija con sus oropeles, nos arrastra en sus vértigos, y devora en pavorosa avalancha pueblos y reyes, crímenes y glorias.

Familia y pátria, caracteres de todas las creaciones, de todas las razas; palabras esculpidas desde las cortezas prehistóricas de la tierra, hasta la rueda cuyo diente conmueve el monte; desde el vapor humillando en los mares su principio genérico, hasta el pastor del desierto de Hus que con un carrizo en los labios cantaba las homilias de sus antepasados y de su cabaña.

Pátria y familia, escribieron en sus pechos los mártires, cuando abrian sus entrañas las fieras del Circo: pátria y

familia, grita la matrona romana despidiendo sus hijos para el combate: pátria enardece al soldado que entre los pliegues de su bandera espera sereno su muerte; familia solloza alegre la madre al ballir en su seno su maternidad querida; pátria y familia clamó en sus divinas frases la víctima santa de la Cruz, al doblar su cabeza en la cima del Calvario.

Y sobre esos inmensos cataclismos, sobre esas sublimes hecatombes que estremecieron los ejes de este globo que gira en los espacios; sobre esas historias, sobre los vencedores, sobre el hierro y el fuego y el altar y la pira; sobre las creencias y los laureles y las arpas de oro, se alzan esas dos ideas, como bandera de trégua, palabra de paz, padron de venturas y pasto del espíritu; como fuerza intercesora, nervio de potencia, palanca del génio; como vigilante custodio que guarda el escudo de nuestra defensa, como ángel que cobija bajo sus alas blancas el sueño del niño que se adormece al tibio calor del ósculo materno.

.....

Rompamos la pátria; abandonemos al hombre á su propio instinto, dejémosle vagar sobre el árido desierto; soltadle al mundo abandonado y solo, alejadle de su frontera, de su cabaña, de su raza y de su altar, enmudeced su corazon y le oiréis en un solo eco bañado en lágrimas el poema de Job, lamentarse con Jeremias y secar su esperanza al traspasar con Dante la horrible puerta del infierno de la vida. Dadle en cambio su valle, sus aguas, sus cisnes y su aldea, y le vereis volver los ojos humedecidos al blanco penacho de humo que brota de su cabaña, donde le esperan para reposar, al declinar la tarde, los brazos de la esposa, la conseja de la abuela, el amor de la lumbre y las caricias del hijo.

Dad al guerrero el arnés que el olvido enmohece, dadle su bandera, llamadle con el clarín de la batalla; veréisle sacudir el sueño, montar en el inquieto potro, blandir la nudoza lanza y arrojar al usurpador que traspasó, miserable, el dintel de sus solares.

Dad al poeta su arpa y os cantará las glorias de su pátria, trovando historias, leyendas, y héroes. Dad una nave

al marino y os contará á su vuelta, que en ignota tierra escribió su nombre sobre un árbol, sobre un cráter, sobre una montaña de eternas nieves y dejó flotando á los aires la bandera de sus mayores.

Ved á la sombra del fardo de los camellos, bajo la vetusta encina, al anciano de la tribu, de barba blanca y luengos cabellos, rodeado de su pueblo yindicar derechos, dictar leyes, establecer instituciones, amontonar con su callosa mano la tierra que bendice, sobre la linde de su pátria.

Romped la familia y levantareis el crimen: soltad al hombre en el bárbaro desenfreno de sus pasiones libres y le vereis escupir blasfemo á toda creencia positiva y manchar los blancos cendales de la pureza, con el mas asqueroso incesto y el mas hediondo sensualismo.

. Lanzadle solo al torbellino de la existencia y vedle, paloma sin nido, árbol sin fruto, flor sin aroma, buscar ansioso el regazo materno, para depositar en él su primera sonrisa, su lágrima postrera.

Vedle sin familia vagar en el espacio como estrella errante, como atleta enervado, como misero prisionero en la cárcel de su pecho, deseando despojarse del arnés de la vida, que le fatiga en la lucha y le pesa en la velada.

Familia y pátria, esencias de esas filosofías no reveladas, intuitivas de todo ser creado: familia y pátria, enseñas de victoria, nuncios de triunfo que detienen tembloroso al temerario invasor y rompen como miserables aristas las vocinglerías del réprobo que con daño en el corazon y veneno en el lábio, en aras de un ruin materialismo, pretende escribir con la tea incendiaria y el puñal fratricida el lema funerario de las sociedades modernas.

Ay del hombre, ay del pueblo, que sobre el frontispicio de sus instituciones, de sus leyes y de sus costumbres no esculpe con caracteres de eterna vida:

«Pátria y familia.»

F. RANDO Y BARZO.

Málaga 2 Octubre 1874.

NOCION DE LA LIBERTAD POLÍTICA.

Agita el fondo de los estados políticos de nuestra época la discusion de los principios fundamentales de la sociedad, y entre las luchas que se provocan resalta en primer lugar, por su violencia, la de la libertad con el poder; si bien es cierto que esta lid constituye la historia de la Humanidad políticamente hablando.

Estudiándola históricamente, sin que necesario sea dirigir la mirada mas allá de los últimos años del pasado siglo, presenta campo suficiente para que á su meditacion se alcance con facilidad á fijar las tendencias contradictorias, que en el terreno político y real encarnan esos dos principios, constituyendo los términos de un problema cuya solucion práctica ha sido y es objeto de la preferente atencion de los publicistas, sin que en definitiva aun lo hayan logrado.

El poder, organizado por medio de instituciones de diversa índole, tiende á imponer por la fuerza las formas, las maneras de vivir socialmente á los pueblos. La libertad, protestando contra la fuerza, trabaja por emanciparse tambien por la fuerza, y pretende ser por sí, conduciéndose bajo las formas que á sí misma se dé.

Tales son las condiciones determinantes que caracterizan las tendencias que en sus profundos choques alientan y encarnizan esa lucha, en aras de cuyos contradictorios principios tan ilustres génios se han sacrificado. Hoy la solucion de ese problema, que afecta á los fundamentos de toda Carta constitucional, presta frecuente ocasion á la

prensa de todos los partidos políticos, que con su variada division gangrenan la salud de los estados de la mayor parte del mundo moderno, para suscitar controversias en las que, unas veces elevándose á investigar una fórmula filosófica, otras descendiendo al terreno de las aplicaciones, sin una fórmula fija porque la ciencia no lo ha anunciado, presenta el cuadro del desacuerdo mas completo.

Reclámase por unos ¡libertad! evidenciando así lo limitado de su apreciacion, puesto que dan á conocer que solo ven una faz de la cuestion, la *libertad eterna*, ó mas filosóficamente la *libertad objetiva*, no alcanzando su juicio mas allá de pensar que la libertad es vivir socialmente el hombre, como puede hacerlo un tigre en las selvas, sin que de la parte de afuera, sin que del mundo que le rodea y en que habita venga ningun motivo que le determine ó fuerce á obrar contra su voluntad, capricho ó antojo: criterio digno de desprecio por lo mezquino, de odio por lo disolvente y que sirve hoy de base á la propaganda de los hombres ardientes, y tanto mas en él se afirman cuanto mas declamado es su patriotismo. Y no solo reclaman libertad, sino que la exigen del poder; como si el poder que tiene por mision la realizacion de la justicia únicamente por la fuerza, hubiera de hacer algo en obsequio de la libertad, cuya funcion se dirige á la práctica de la justicia por medio de la personalidad humana.

Al relampagueo de esa propaganda, sublevada la pobre conciencia de otros, llamando anárquicas esas doctrinas, esclaman, despues de pintar la libertad como un mónstruo, tan inmenso como horrible, que vá á devorar la sociedad: *¡Esa es la libertad degenerando en licencia!* alarmando asi la multitud de inteligencias meticulosas que se aterroran ante la idea de un cataclismo.

La licencia degeneracion de la libertad: hé aqui una proposicion tan manoseada como una moneda, y que, sépanlo los que la sostienen, á pesar de todas sus declamaciones, es una vulgaridad insigne por lo absurda, que no mereceria los honores de ser mencionada, si por desgracia no influyera escitando á la tiranía. Creyéndose mejor ini-

ciados nos hablan de una *libertad bien entendida*, con lo que tácitamente suponen una division radical de la libertad en *bien* y en *mal entendida*, dando de este modo un testimonio solemne de la insustancialidad de su doctrina. Predicarnos sobre una libertad degenerada en licencia, es lo mismo que decirnos de una justicia degenerada en iniquidad. Toda teoría que propende á poner trabas á la libertad merecerá por lo insensata la admiracion de la posteridad.

¿Deberemos consagrar aquí un recuerdo á los que ante esta notabilísima lucha resuelven todas las dificultades, destruyendo con una palabra la personalidad humana y declarando al hombre incapaz de poder conducirse por sí, y que por una sublimacion dé ellos mismos se creen descarnados de la naturaleza de hombre, y capaces no solo de obrar como niegan á todo ser racional, sino de suplir, sin lo que juzgan imposible el orden social, la supuesta incapacidad de los demas? Para estos hombres que se divinizan, los pueblos no son hombres, son manadas de bestias manejables solo por el látigo de su torpe despotismo. La ilustracion de nuestro siglo desprecia semejantes supercherias, gracia á las conquistas de las revoluciones modernas.

En resúmen, todos los partidos que de antiguo viene dividiendo la conciencia pública, menos los teocráticos y absolutistas, ofrecen en sus programas pomposamente decantados, darnos libertad; mas para cumplirlo nos exigen el poder. No tratamos ahora de hacer relacion al egoismo individual que constantemente implica todo acto humano; mas como estamos perfectamente penetrados de que desconocen la solucion teórica y práctica, se nos hacen sospechosas tan halagüeñas promesas. Concedido á esos rendedores el poder, y reconocida la libertad, sancionada la facultad de obrar cada uno á su manera, admitida la *libertad esterna* en su estension mas completa, ¿qué habremos adelantado? ¿Se habrá conseguido al fin con solo garantizar la libertad en el sentido *objetivo*, que la personalidad humana por cada uno y la totalidad de los individuos realice la justicia, colocando el movimiento de la vida social den-

tro de la esfera del orden mas armónico y sublime? ¿Se habrá alcanzado á hacer con tan poca cosa de cada hombre un justo? Figurémonos que la mitad, y es poco, de la sociedad es una casa de orates, y que abriendo las puertas la lanzais sobre la otra mitad: he ahí lo que habríamos hecho.

Por otra parte, no deja de ser digno de atencion que se quiera el poder para ejercerlo en destruccion de él mismo. Seguramente les ciega la ignorancia ó la ambicion, puesto que olvidan que la historia tiene muy acreditado que cada triunfo de la libertad importa una disminucion del poder.

Por qué en la historia aparece que á cada grado de desarrollo de libertad corresponde una disminucion del poder, salta á la vista: si el poder tiene por obgeto la realizacion de la justicia en la sociedad, cada vez que un estado político se eleva á mayor libertad, es decir, que la suma de individualidades se haga mas capaz de conducirse por sí, mediante un desenvolvimiento mayor de su *libertad interna ó subjetiva*, la Carta constitucional será reformada restrictivamente para el elemento del poder, porque lo que antes tenia que ser atribucion de éste, hoy será obra de los pueblos. Siendo imprescindible en toda existencia social la realizacion de la justicia, puesto que es el fin á que se encamina, y no habiendo mas medios para conseguirlo que, ó el poder por la fuerza, ó la libertad por la personalidad humana, cuanto mas avance la libertad, tanto retrocederá el poder, por que se hace innecesario, atendido á que si la personalidad humana practica por sí sin ningun estímulo externo la justicia, no es menester que intervenga la fuerza. Si posible fuera que una sociedad de hombres, de la noche al dia apareciese compuesta de entidades libres, el poder bajo cualquier forma de gobierno dejaría por el mismo hecho de ser la accion de la fuerza, porque la razon social de aquel estado político seria la libertad, y este poder no requiere la fuerza para la consumacion de la justicia; pero esto no deja de ser una bellísima idealidad, de la que nos coloca distante hasta lo infinito el exámen algo detenido de la actualidad social de nuestra época,

Todo ser humano lleva en sí el gérmen de la libertad;

bajo este punto de vista el hombre es una potencia libre, pero esa potencia no se presenta desenvuelta igualmente en todas las edades, ni en todos los individuos, ni en todos los pueblos.

Si bien todo hombre tiene virtualmente la capacidad de ser libre, no todo hombre se eleva al ejercicio de la libertad, por mas que todos en distintos grados lleguen á usar de esa facultad tan santa como sublime. La libertad, como la inteligencia, como todas las facultades humanas, están sujetas á desenvolvimiento, porque son virtualidades de un ser que nace, vive y muere.

El hombre puede ser libre *interna* ó *subjetivamente* y no ser libre, porque una fuerza exterior obligue su actividad en un sentido determinado.

El hombre puede ser libre *externa* ú *objetivamente* y no ser libre, porque carezca de personalidad y de conciencia.

En el primer caso, y para mas fácil comprension, puede compararse á un génio encerrado en un maniquí que maneje la arbitrariedad de un charlatan: en el segundo, á un loco á quien se le deja hacer lo que le plazca.

Un pueblo puede considerarse, y es, la suma de individualidades humanas que componen aquella sociedad política, y haciendo la libertad relacion á toda actividad racional, la libertad de un estado será, pues, la conformidad, la identificacion recíproca de su libertad *subjetiva* con la *objetiva*. Hé aquí á nuestro ver resuelto el problema de la libertad en sentido político: saber el grado de desarrollo del espíritu de libertad de un pueblo, y darle instituciones adecuadas: en otros términos, saber hasta qué punto puede conducirse por sí, y dejarle obrar hasta ese punto sin intervencion de la fuerza del poder.

La cuestion prácticamente depende del estudio histórico de la época y de la aplicacion de los verdaderos principios, ó lo que es igual, de la alianza del dogmatismo con la historia: sin embargo pocas veces, por no decir ninguna, consiente voluntariamente el poder en mutilarse, por que, semejante al anciano ama todo lo que ha estado identificado con las glorias de su virilidad, aunque ya cadu-

que, rechazando abiertamente toda modificacion que un espíritu nuevo y mas perfecto, por el hecho de serle posterior en la evolucion social, tienda á realizar. Asi se esplica que cada triunfo de la libertad haya sido debido á la fuerza. El poder vive por la fuerza, y el pueblo que al sentirse libre, se vé oprimido, si al protestar se halla con que se le tiraniza, es de rigor que oponga á la fuerza de los gobiernos despóticos la fuerza de las revoluciones, que la fuerza solo se vence por la fuerza; pero no queda aqui; las revoluciones por su propio desarrollo aniquilan el poder mas allá de los límites correlativos al grado de libertad del pueblo que las verifica, provocando así una reaccion en favor del poder, que si bien se reconstruye, al recomponerse pierde un estenso campo donde enseñoorea su victoria un pueblo mas libre. Tal es en nuestro sentir la ley histórica de la libertad en su constante lucha con el poder. Recuerden los gobiernos despóticos al *buen* Luis XVI de Francia, y no olviden los revolucionarios disolventes á Napoleon el Grande.

Antes de concluir este ligero apunte, nos proponemos consignar una idea, aun á riesgo de que la ilustracion de los políticos y publicistas estimen ser una vulgaridad, y nada menos que tratándose de hallar el camino que mas directamente nos conduzca al mayor desenvolvimiento de la libertad en los pueblos. Lo diremos en dos palabras: «*educacion é instruccion.*» En vano dareis instituciones libres á un pueblo cuyos individuos sean groseros, ineducados é ignorantes: las mas miserables pasiones le arrastrarian á tumultuosas discordias. No está dada á los poderes políticos la virtud de hacer de un pueblo esclavo por sí mismo una sociedad libre. Sean los pueblos libres por sí mismos, y ante el imperio de esa divina facultad que eleva al hombre á la mas alta cumbre de su dignidad, será cosa de poco momento el caer rota y deshecha para siempre la iniquidad de las arbitrariedades políticas.

EDUARDO J. NAVARRO.

RECUERDOS DE SUIZA.

INTERLAKEN Y BRIENZ.

I.

El tren invierte cerca de una hora en recorrer la distancia que hay entre Berna y Thun, y la via atraviesa una de las regiones mas florecientes de Suíza.

Thun es una antigua poblacion, situada á orillas del rio Aare. Sus edificios acusan la fecha remota de su origen, y se identifican perfectamente á los pinos que visten de románticos y oscuros matices las colinas de los alrededores.

El viejo castillo, construido hace setecientos años, ocupa una eminencia y surge arrogante, apesar de su decrepitud, entre la iglesia y el presbiterio.

A poca distancia de Thun y á orillas del rio, se halla la estacion de Scherzlingen, término del ferro-carril.

El vapor, fondeado frente á la estacion, iba á marchar para Neuhaus.

Nos embarcamos y el buque, libre del cable que lo retenia, azotó con los brazos de sus duras ruedas las aguas azules.

El rio ensancha á medida que nos acercamos al lago. Luego quedan atrás sus encantadoras orillas, y el lago de Thun se presenta á nuestros ojos con toda su hermosura.

Caia la tarde.

Las ráfagas del viento levantaban grueso oleaje y las aguas estrellábanse contra los costados de la nave; rom-

píanse en espuma y nos enviaban una lluvia de menudas y frías gotas.

El horizonte estaba cubierto. Las nubes descendían por las vertientes de las montañas como negros, imponentes y lúgubres sudarios, y solo á veces, rota la masa de vapores, veíamos las poblaciones de las orillas, los bosques y las praderas.

¡Qué hermoso estaba el lago! ¡Qué solemne tristeza pesaba sobre las olas, los montes y los caseríos!

Cada lago de Suiza tiene su distintivo, su sello particular. El de Ginebra es luminoso; el de Zug romántico; el de Lucerna selvático; el de Zurich espléndido; el de Brienz poético; el de Thun agreste.

¿Cuál merece ocupar el primer puesto en la gerarquía de su mérito y de su valer?

Yo no sabría decirlo.

Las orillas del Léman, sembradas de pueblecitos, encantan. Las atrevidas montañas que van á caer en el lago de Thun, impresionan de un modo extraño. Las selvas de pinos y los profundos tajos que adornan las orillas del lago de Lucerna, causan admiración. Cada lago, pues, inspira una idea, y en todos se *siente* la belleza.

Cuando llegamos á Neuhaus era de noche. Llovía, y algún que otro relámpago iluminaba con fugitivos fulgores las cumbres medio escondidas entre las nubes.

¡Qué aterradores aparecían entonces aquellos colosos de piedra, indiferentes á la lucha de la tempestad!

No hay duda que las montañas ofrecen ante las miradas de quien las contempla, el sublime espectáculo que no se vé, pero se adivina, de una obra eterna de construcción y destrucción.

El movimiento, el trabajo de la naturaleza es constante en esas moles que cubren la superficie de nuestro planeta.

De un lado las fuerzas subterráneas de esa misma naturaleza hacen nacer las montañas, y de otro los grandes hielos y el ímpetu de la chispa eléctrica, aniquilan aquel esfuerzo y desbaratan mas tarde las enhiestas cimas.

II.

El ferro-carril que recorre en quince minutos el trayecto de Neuhaus á Interlaken, es una obra de lujo y nada mas. Antes de su apertura habia ómnibus que en breve tiempo conducian al viajero de uno á otro punto; pero sin duda pareció *anticuado* aquel medio de locomocion, y como las condiciones del suelo permitian realizar una reforma sin desembolsos considerables, llegó un dia en que horadado por la industria del hombre un fragmento de montaña y tendido un puente sobre las aguas del lago Thun, cerca de su orilla derecha, el túnel y el puente facilitaron la marcha de la locomotora con su séquito de carruajes.

Estos carruajes son en extremo elegantes y constan de dos pisos: el primero lujoso; el segundo sencillito. Una escalera en espiral establece las comunicaciones entre ambos departamentos, de los que el superior goza la ventaja de la altura, que permite ver desde sus primorosos balcones mayores espacios, en el panorama deslumbrante del lago y las montañas.

Se cuenta que una jóven de Gsteig (Suiza) exclamó al contemplar por vez primera el lago de Thun desde las cumbres de Æschí:

—«Padre mio; un cielo á mis piés, un cielo por encima de mi cabeza, y todos los árboles cubiertos de manzanas: ¿no es este el paraíso?

III.

Interlaken es una de las poblaciones donde la *moda* ha ejercido mayor influencia. Verdad es que la moda, al fijar sus ojos en Interlaken y al esclavizarla, por último, procedia con cordura. Hace pocos años Interlaken era un pueblecito humilde, encantador como ahora, aunque sin recelar que sus bellezas habrian de ser explotadas. Tenia el tipo especial de las aldeas suizas, y vivia sencillamente, bendiciendo á Dios que le habia dado una situacion tan privilegiada.

Los lagos de Thun y de Brienz le regalaban sus brisas; los valles que se estienden á su frente eran gratos

retiros, apenas visitados por otras personas que los habitantes de la localidad; y la magnífica montaña la Jungfrau (*la Virgen*) no habia tenido la desgracia de figurar en las *guias* ni en los anuncios de los hoteles.

Después, la industria comprendió todo el partido que podia sacar de Interlaken y surgieron las fondas, el alumbrado de gas, los jardines elegantes, los coches de plaza, los camareros de frac, los establecimientos de lujo, las músicas en el Kursaal y el obligado elogio de las montañas, de los écos, de los *glaciers*, y de los mil tesoros que ofrecen los alrededores de Interlaken.

Desde entonces, Interlaken es el punto de cita de los viajeros que vienen á Suiza: es el Versalles de este pais; el *non plus ultra* de la sociedad de buen tono.

¿Ha ganado en la transformacion?

Para las gentes que miran los viages por el prisma de la *comodidad*, la metamórfosis merece aplausos; pero desgraciadamente no sucede lo mismo para el escaso número de amantes de la Naturaleza; de esos hombres que arrostran impávidos las molestias y los peligros, por el placer de contemplar un hermoso punto de vista. Para esas almas sensibles y privilegiadas, representan una decepcion las innovaciones que tienen por obgeto alterar el primitivo carácter de la belleza, ya corresponda éste á un paisaje, á un monumento ó á cualquiera de las manifestaciones que hablan al espíritu.

Después de todo, cuando sentado en el comedor del *Gran hotel Victoria* admiro mientras almuerzo las formas bellísimas de la Jungfrau, no puedo menos de disculpar la idea reformista que ha transformado á Interlaken en un pequeño París.

Por la mañana y bajo la influencia de los rayos del sol, resplandece la Jungfrau como una pirámide de plata bruñida. Por la tarde á la hora en que el sol va á ocultarse, modifícase aquel matíz espléndido y se destacan las nieves como un formidable muro de color de rosa, pálido y suave.

El brillo de los *glaciers* presta luz al horizonte, y luego que el crepúsculo ha terminado, y ya en plena noche la luna comienza á derramar sus tintas sobre las cumbres, entonces los rasgos de la Jungfrau se confunden y borran.

Sus grandes hendiduras, sus líneas tenaces, sus abismos y sus mil ondulaciones se debilitan poco á poco; pierden su rijidez, y la magestuosa *Virgen* surge del horizonte azul, como una mole compacta, como una masa descolorida y sublime, envuelta en un sudario de inmaculadas y puras nieves. A sus lados, otras montañas casi negras, contrastan con la blancura de la Jungfrau. Diríase que son titánicos sepulcros erigidos en la soledad.

¡Qué engañosa es la luna! En apariencia aquellos vecinos son desolados fantasmas ó inhospitalarios montes; y sin embargo, yo he visto sus ricas vertientes cultivadas y sus verdes praderas, sus bosques de pinos y sus pintorescos *chalets*.

IV.

Por la mañana á las diez nos dirigimos en un carruaje á Brienz. El día estaba hermoso. A la salida de Interlaken cruzamos el Aare sobre un puente y costeamos desde aquel momento la orilla derecha del lago. La ruta es deliciosa.

Tan pronto se deslizaba el vehículo á través de fértiles praderas, como por enmedio de frondosos bosques de nogales, cuyas ramas opulentas, mecidas por los soplos del viento, dejaban ver, al separarse en ondulaciones intermitentes, la superficie del lago de Brienz.

Diferentes aldeas y multitud de *chalets* aumentan la animación de estos lugares, y el camino desarrollándose en subidas y bajadas, en curvas y líneas rectas, nos permitía gozar de encantadores panoramas.

La primavera hacia ostentación de sus galas. Las nieves se desbarataban, figurando cintas plateadas, encages primorosos, y arroyos y cascadillas que bajaban en saltos por las vertientes de los montes. ¡Cuántas armonías en esta naturaleza enmudecida, quizá, el resto del año! ¡Cuántos rumores, ya suaves, ya violentos! ¡Cuántas notas musicales que formaban una melodía inimitable! Diríase que un ejército aprisionado en los alcázares de hielo había recobrado su libertad y volvía á su patria entonando himnos sublimes.

En los caminos de Suiza hay palos terminados por tablas

y en éstos letreros que marcan con claridad y exactitud la direccion ó punto á donde conduce cada ruta.

No se ven mendigos ni personas harapientas. El trabajo, la actividad y las acertadísimas disposiciones del Gobierno contribuyen á que pasen así las cosas.

Nadie pide limosna y á lo sumo sale al paso del viajero algun muchacho que en silencio le ofrece un racimo de fresas ó un ramo de flores, ó lo invita á comprar juguetes de madera fabricados durante las noches de invierno.

A las once y media de la mañana llegamos á Brienz y ví las barcas de su lago tripuladas por vigorosas mugeres, que así manejan el remo como el timon y la escota.

La fotografia ha reproducido algunos de esos tipos; y si en general nada presentan de notables, los hay tambien dotados de hermosura y de gracia.

El oficio es impropio del sexo femenino. La muger trasformada en un ser enérgico y viril y luchando con las tempestades, es una triste anomalia, por mas que fácilmente muda de opinion el viajero, cuando en las noches de verano llegan á su oido los cantos nacionales que las bateleras entonan á bordo de sus embarcaciones iluminadas con antorchas y fondeadas frente á la cascada de Giessbach.

Las voces del coro, el resplandor de las antorchas, el misterio de la noche, el rugido de la cascada, todo conspira á sumergir el ánimo en una fantasía profunda.

Si entonces nos preguntasen nuestro parecer acerca de la profesion de batelera, de seguro responderiamos: es trabajo impropio de la muger; pero los conciertos son tan encantadores!.....

El carruage recorrió al trote del caballo la calle principal de Brienz.

Nos detuvimos frente al embarcadero de los vapores. Tomamos pasage en el vapor *Oberland* y en menos de quince minutos que emplea el buque en cruzar la anchura del lago, llegamos á su orilla izquierda, desembarcando al pié de la cascada de Giessbach.

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA.

El *Liceo de Málaga*, que en su larga vida ha contribuido mucho al desenvolvimiento de las ciencias, de la literatura, del arte y de las industrias en esta ciudad, con sus numerosas exposiciones y certámenes, va á abrir nuevo campo á nuestros artistas é industriales.

El proyecto de *Exposicion Permanente*, que inició hace tiempo nuestro ilustrado amigo el Sr. D. José M.^a de Sancha, al fin vamos á verlo realizado, pues la comision nombrada al efecto ha terminado su trabajo, el local se está concluyendo de preparar, y aprobado ya el reglamento, dentro de muy pocos dias se publicará la convocatoria, empezándose á recibir objetos para hacer la inauguracion inmediatamente. Aunque el primer pensamiento se limitaba á la exposicion de pinturas, despues se ha ampliado, acordándose que se admita todo lo que comprenden las bellas artes y la industria.

Al amparo de la *Exposicion Permanente* hay tambien el pensamiento de formar una Asociacion de *Amigos del Arte*, cuyo objeto sea la proteccion de los artistas y el fomento del arte en Málaga, siendo de esperar que los interesados acudan al llamamiento; y aun puede presumirse con razon que esta idea contribuya á crear una escuela malagueña de pintura, esperanza que alimentamos dado el desarrollo que en pocos años ha tomado esta aficion entre nosotros y el plantel de jóvenes artistas que continuamente nos sorprenden con los productos de su aplicacion y su talento.

Deseando que en breve plazo se abra la *Exposicion* de que nos ocupamos, base de todas estas aspiraciones, enviamos nuestros plácemes á la celosa Junta directiva del *Liceo*, como igualmente al Sr. Sancha y á sus dignos compañeros de comision los Sres. Marra Lopez, Casado, Casilari, Ocon, Lopez, Berrocal, Rando, Gutierrez de Leon, Muñoz, Jaraba y Sanchez Caballero, que con tanta actividad y acierto han cumplido su encargo.

Al fin va á darse principio á la construccion del monumento sepulcral del laureado poeta don Manuel Quintana.

Se ha adoptado el proyecto del jóven arquitecto Sr. Coel, que fué el que obtuvo el número primero entre los diez y nueve que se presentaron en el concurso celebrado al efecto.

Bajo la direccion del conocido literato D. Enrique Rodriguez Solís, ha empezado á publicarse en Madrid una revista semanal, con el título de *Gaceta de Teatros*. El objeto principal de esta publicacion es regenerar al artista por medio de la asociacion; elevar el arte por medio de los esfuerzos combinados de todos los artistas, y crear la «Sociedad artistica de socorros mútuos» sin ningun desembolso por parte de los actores. Nos parece oportuno el pensamiento, y deseamos que el nuevo cólega alcance su propósito.

A la convocatoria hecha recientemente por la *Sociedad Filarmonica de Málaga*, han respondido muchos jóvenes, deseosos de ingresar en las clases que esta sociedad fundó hace tiempo y sostiene, prestando señalado servicio á los que desean dedicarse al estudio de la música.

Hay establecidas clases gratuitas y de pago, estudiándose en ellas solfeo, violin, violoncello, contrabajo, flauta, oboe, fagot y canto. Las clases están á cargo de los inteligentes profesores Sres. Ocon, Martinez, Corzánego, Haas y Adames.

Los resultados que obtienen los jóvenes que concurren á esta Escuela no pueden ser mas satisfactorios, segun los exámenes verificados recientemente.

Lo mismo que aplaudimos en su dia á los señores que formaban la Junta directiva cuando se fundaron estas clases, aplaudimos hoy la cuidadosa atencion que la Junta actual dedica á su mejoramiento y progreso, facilitando honrosa carrera á muchos jóvenes que ven logradas sus aspiraciones sin tener que hacer ningun sacrificio.

Reciban nuestro sincero parabien todos los señores que contribuyen al sostenimiento de estas clases, y muy particularmente su director el ilustrado artista nuestro amigo D. Eduardo Ocon, que tanto trabajó para que se establecieran y á cuya actividad y grandes conocimientos se deben tan provechosos resultados.

Hemos recibido el prospecto de la *Revista Occidental*, que va á publicarse en Lisboa, escrita en portugués y español, colaborando en ella los mas distinguidos escritores de ambos paises.

Sus directores son los señores Quental y Batalha Reis,

estando la direccion de la parte española á cargo de don Ricardo Luis Fors.

La temporada en el Teatro de Cervantes ha empezado con bastante animacion, acudiendo numerosa concurrencia á las primeras funciones. La compañía de zarzuela trabaja con buena voluntad y hace esfuerzos por obtener los favores del público.

Hasta ahora solo se han presentado algunas obras del repertorio conocido. Parece que van adelantados los ensayos de *Sueños de Oro*, en cuya zarzuela hará su salida la triple cómica D.^a Adelaida Montañez, tan estimada en Málaga.

Tambien se abrirá muy pronto el Teatro Principal, habiéndose empezado á hacer algunas importantes reformas en el local.

Segun nos dicen han sido contratadas compañías de declamacion y baile.

Un nuevo centro científico, literario y artístico se ha fundado en Andalucia: el *Ateneo de Jaen*.

El dia 11 del corriente se verificó la sesion inaugural en el paraninfo de aquel Instituto, pronunciando un oportuno discurso el Presidente D. José Moreno Castelló.

La creacion de esta sociedad ha sido un acontecimiento para Jaen, que vé en ella la base de futuras prosperidades, un estímulo para que la juventud estudie y aprenda, digno palenque donde se manifiesten los adelantamientos de aquella culta ciudad y su amor á la ciencia, á la literatura y al arte.

ANTONIO LUIS CARRION.

Damos las gracias á nuestros compañeros en la prensa y muy particularmente á los periódicos andaluces, por la afectuosa acogida que han dispensado á nuestra REVISTA, haciendo grandes elogios del primer cuaderno y alentándonos con sus plácemes.

Tambien estamos muy reconocidos á los ilustrados escritores que nos han felicitado por la fundacion de la REVISTA y por los trabajos publicados en el primer número. Reciban las gracias, como igualmente cuantas personas concurren con su apoyo al sostenimiento y progreso de nuestra publicacion.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Elegantemente impreso se ha publicado el discurso leído en la Universidad de Madrid, en el acto de la apertura del curso académico de 1874 á 75, por el Sr. D. Francisco de P. Canalejas.

Toda la prensa ha hecho justicia al magnífico trabajo del ilustrado catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, que en la referida solemnidad obtuvo un señalado triunfo.

Está llamando mucho la atención el libro que con el título *La Walhalla*, acaba de publicar el doctor Fastenrath, ilustrado escritor alemán, muy estimado en los círculos literarios españoles.

Ya tenemos en nuestro poder, y publicaremos en uno de los próximos números, un interesante trabajo que sobre esta obra ha escrito uno de nuestros colaboradores.

Con el título de *Archivo Latino-Americano*, está publicando en Lisboa D. Ricardo Luis Fors, una colección de manuscritos sobre descripción, descubrimiento, conquista, colonización, independencia é historia particular y general de los países de la América-Latina, sacados de los archivos y bibliotecas públicas y privadas mas notables de España, Portugal, Inglaterra, Holanda, Francia é Italia.

Esta obra, que entendemos es de suma utilidad para los aficionados á estudios históricos, se publica por trimestres, en volúmenes de doscientas cuarenta páginas. Los pedidos deben dirigirse al administrador del *Archivo Latino-Americano*, rua Nova dos Mártires, 3, Lisboa.

DIRECTOR-PROPIETARIO,

ANTONIO LUIS CARRION.

LA COLONIZACION MODERNA. (*)

II.

Lo que desde luego habrá aparecido á los ojos del lector en el anterior artículo es la exactitud de lo que dije respecto á la gran diferencia que existe entre los diversos periodos de la colonizacion; diferencia que se advierte en la historia de todos y cada uno de los pueblos que he citado. Y se comprende.

En el periodo de los descubrimientos y las conquistas—que es el primero—todo ha de ser anormal y en una buena parte producto de la casualidad, entrando, por tanto, mas ó menos en el círculo de lo imprevisto y lo indeterminado. La idea del descubridor rara vez ó nunca se precisa, como el empeño del guerrero difícilmente se sujeta á un plan seria y maduramente ordenado. En esta época la reflexion ocupa un lugar muy subalterno—si alguno ocupa—y todo lo hace la espontaneidad, el ímpetu, el amor de la aventura, la fé ciega en un destino que confusamente se entrevé, pero que nadie comprende y mucho menos razona y explica. Por esto seria un error incomparable que cualquiera que al estudio de la historia colonial se dedicara se fijase en este periodo, para inducir ó deducir, segun los casos, de sus rasgos capitales ó de sus menudós pormenores, el

(*) Véase el número 1.º de la REVISTA.

espíritu, la tendencia y, en una palabra, el carácter de la colonización de este ó aquel pueblo.

No por esto se entienda que el exámen de semejante época deja de tener su importancia. La tiene porque siempre el origen de una sociedad y las condiciones que acompañan al nacimiento de un pueblo influyen, y hasta cierto punto viven, en el desenvolvimiento de éste; y tratándose de la colonización indudablemente no puede ser la misma la suerte de las colonias segun que el espíritu y la conducta de sus fundadores hayan sido mas ó menos pacíficos y razonables, mas ó menos nobles y desinteresados, mas ó menos decididos y perseverantes.

Siempre que en estos estudios me engolfo pláceme mucho establecer una comparación de que no puede menos de sacar un gran consuelo el ánimo, educado á la luz de los principios de una sana moral: la comparación de los hombres de ideas y de los hombres de fuerza. Grande es sin duda la figura de aquel hidalgo extremeño, cursante de leyes, de capa tan rota, como pensamiento altivo y larga espada, á quien su pobreza y su fantasía llevan á la Española de donde pasa á Cuba, apenas conocida, y menos estimada, y que con menos de setecientos hombres, á quienes infunde un respeto inexplicable y una confianza de que solo se dan casos en los momentos mas críticos y en las empresas mas temerarias de la Historia, arrostra la enemiga del gobernador Velazquez, desatiende la voluntad régia, se lanza al mar como un navegante, busca entre las brumas y las tormentas un imperio como los héroes clásicos buscaban en su tiempo un reino de ciclopes ó un antro de dragones, salta con denuedo á la playa, quema sus naves para cerrarse la retirada, y fiándolo todo en su corazon y en su brazo penetra en la sagrada tierra de los Aztecas, derrota ejércitos, destruye fortalezas, abate seculares dinastías, esclavisa millones de indios, embellece su leyenda con dulces amores, y despues de haber realizado en período brevísimo lo que hubiera hecho la empresa de toda una Edad en el mundo antiguo, vuelve á España vencido por los años y por la nostalgia de lo imposible, para detener un día,

pobre, roto y achacoso el carro del emperador Carlos V, y antes de morir tristemente olvidado, grita al que habia de ser el monge de Yuste: «Señor, yo soy el conquistador de Méjico; soy el que os ha dado mas provincias que ciudades habeis heredado de vuestros abuelos.»

Grande es sin duda aquel bastardo, porquerizo de Trujillo, soldado de Italia, génio discolo y espíritu un tanto torcido, á quien su rudeza y sus belláquerias llevaron á América, y que con poco mas de cien hombres y en barcos apenas dispuestos para correr sobre un rio, se mete mar adentro sin pensamiento ni rumbo, y tras el fracaso y la burla repite su tentativa, y llega al Perú, desafía á los Incas, arrolla sus ejércitos, destruye de un modo que parece sueño un colosal imperio y levanta sobre mares de sangre y maravillas de terror el nombre de aquel Carlos V que en Europa era objeto de todos los temores y para quien la conquista de las Américas era asunto por extremo baladí. Soberbias se presentan—yo no lo niego—estas dos figuras; dignas son entrambas—guardando siempre la distancia que las separa—de estima, aplauso y aun admiración; pero no menos cierto, que dan á la una sombra la memoria de Guatimoziñ y los dolores de Marina, y á la otra la empañan el recuerdo de Atahualpa y las horribles crueldades que dieron al héroe de Trujillo en sus mismos dias, el mote de *verdugo*; tristes sombras, reparos terribles, cortejo fatal de ódios, desconfianzas, lágrimas y quebrantos que hubieran bastado por si solos para dar al traste con toda la obra de Cortés y de Pizarro si tras ellos no hubieran venido los hombres de gobierno, los legisladores de Indias y todos los egrégios varones que aquende y allende los mares tomaron en sério y como una empresa tan meritória como trascendental, la de consolidar el poder de España en el Nuevo Mundo, declarando que aquellas colonias no eran meras dependencias, si que parte integrante de la nacionalidad española.

En cambio, poned al lado de estos hombres á aquel marino de Génova, caballero de Plasencia, navegante de las costas africanas bajo la bandera portuguesa, grande cul-

tivador de los estudios astronómicos y geográficos, amigo de Toscanalli, émulo de Behaim, que en la práctica de sus correrías marítimas y la profundidad de sus especulaciones científicas descubre la posibilidad de atravesar el Atlántico, y al cabo, demuestra, con la evidencia de los hechos, la existencia de grandes y hermosas tierras hasta entónces solo esbozadas en la fantasía de los poetas: espíritu privilegiado que en medio del entusiasmo no pierde un momento el dominio de la realidad, y que revolviéndose entre la leyenda y la ciencia, la ilusion y el deseco, la contrariedad y el éxito, jamás sustituye con las visiones del soñador ó las ánsias del aventurero la imponente serenidad y la perseverancia reflexiva propias del que tiene fé en la razon humana y cree en los destinos armónicos de la humanidad; carácter de acero, que resiste por cerca de treinta años, en medio del hambre y de la fiebre, así las repulsas de los reyes de Portugal y de Inglaterra, y la indiferencia de las dos repúblicas marítimas de Italia, así la enemiga de los teólogos de Salamanca, como la frialdad del rey católico D. Fernando, así las risas de aquellos soldados que rodeaban al pobre loco genovés al pié de Granada ó en la intermediacion de Málaga, cuando Colon, sin mas amparo que el de Fray Juan Perez, ni mas esperanza que una mirada de la gran Isabel, seguia á los ejércitos españoles para sorprender la hora de su triunfo y de su gloria, como, en fin las iras de la muchedumbre alarmada y las prevenciones de los marineros de Palos, asustados del proyecto de cruzar el Océano y resistentes á montar aquellas tres inolvidables carabelas cuyos nombres constituirán eternamente una de las mas brillantes páginas de la historia moderna; génio probado y demostrado tanto por el completo aislamiento en que vivia y la indiferencia, cuando no el desprecio, que le inspiraban los hechos de verdadera aunque inferior importancia que á su rededor se desenvolvian, como por las peripecias que ofrecen los tres viajes del gran navegante á las Lucallas, á la Española y al continente americano, como en fin, por aquellas cadenas con que Bobadilla envió á España la vez segunda, al inmortal piloto de la *Santa Maria*,

y el proceso abierto por el rey católico, apenas muerto aquel, olvidado, miserable y maltrecho, para negar á Colon la gloria de su maravilloso descubrimiento.

Y agregad á aquel padre Las Casas, que nacido en el regaso; educado en Salamanca por la esplendidez de su padre, uno de los «que habian pecado mas en la Española»; hecho de muy temprano y en la misma Europa á la vista de la esclavitud que le recordaba á todas horas un indio que tenía á su servicio; favorecido grandemente por el ilustre Almirante, á quien acompañó en su segundo ó tercer viaje al Nuevo Mundo, por los gobernadores de la revuelta Santo Domingo y los capitanes la bella Cuba; entusiasta de las expediciones y de los descubrimientos que con sus sorpresas y sus prodigios llenan la agonía del siglo décimo quinto y la aurora del décimo sexto; y en fin, dotado así de una inteligencia poco comun de las letras divinas y humanas, como de una inquebrantable rectitud de espíritu y una invencible fuerza de voluntad..... se consagra al sacerdocio, renuncia las pingües *encomiendas* de indios con que habia sido obsequiado en la grande Antilla, desatiende los consejos y las advertencias del gobernador Velazquez, desafía las iras de los mas brutales explotadores de la tierra recién descubierta, abraza la religion de los dominicos, con ellos acomete aquella grande y meritoria campaña en favor de la libertad de los indios consagrada al cabo por las célebres *Leyes Nuevas* de Carlos V; cruza cuatro veces el Atlántico (y la última á los setenta años muy cumplidos) para confundir en pública discusion al esclavista Ginés de Sepúlveda, y defender la teoría de la libertad en la junta de Valladolid, y hacerla triunfar en el concilio de Méjico y llevarla á su mayor grado de esplendor en el Obispado de Chiapa, que á la postre recibe solo por servir tan santa idea; acomete con raro éxito, del propio modo que luego lo intentaron Irala en la Plata y Coharte en el Brasil, la colonizacion de Centro América y de la costa de Paria solo por medios pacíficos, sin la presencia de un solo soldado, que repugna y estigmatiza, y al fin, vuelve, rendido por los años, pero aun no seguro de

haber realizado todo aquello á que le obligaban el haber vivido «cuarenta y nueve años en las Indias viendo el *mal hecho* y treinta y cuatro estudiando el *derecho*», á concluir sus dias á mediados del siglo décimo sexto, dejando un rastro de luz inestinguible: un ejemplo insuperable de piedad, perseverancia y sana política que será constantemente uno de los mas preciados timbres de la brillante Historia de nuestra hermosa Pátria.

Y luego comparad, comparad las representaciones, las circunstancias, los hechos, los hombres. La diferencia es enorme, sin duda, bajo el punto de vista de la moral; pero no lo es ménos considerada en lo que toca al carácter y los resultados de las colonias fundadas por el esfuerzo de unos y otros hombres. Donde los conquistadores pusieron la planta, se impuso tambien una política enérgica, de recelos, de rigor, de intolerancia y hasta si se quiere de violencias, lo mismo respecto de los indígenas, si los habia en las comarcas dominadas, que de los inmigrantes que á estas habian ido, creando allí intereses, con ánimo de permanecer algun tiempo lejos de su pátria, pero á la sombra del pabellon de la metrópoli: política cuyos rasgos capitales y cuyo espíritu sobrevivieron indudablemente á los dias de su iniciacion, produciendo á la postre los resultados funestos que la fuerza erigida en sistema tiene que dar de sí, y de que es una prueba constante la historia del Perú. Donde los descubridores habian plantado su tienda ya con ánimo de fundar un pueblo, ya con la mira de buscar la amistad de las tribus salvajes ó de traer dulcemente á la obediencia (*reducir* se llamaba entonces) á las sociedades independientes de los países descubiertos, allí se iniciaba una política de atraccion, de concesiones, de tolerancia, de benevolencia, de que dieron señaladas pruebas los españoles que penetraron en el interior de la Plata y los ingleses de alguna que otra colonia del Norte de América, como Providencia y Pensilvania.

Pero sobre estos esfuerzos siempre obró la política del segundo período, del período de la reflexion y de la organizacion, destinado á corregir los estravios de la época pri-

mera y á dar cierto carácter de estabilidad á la empresa colonizadora, para pasar en seguida (y esto á su vez era la base de una nueva subdivision) á atar todos los cabos, á dictar ordenanzas y leyes de un modo regular, á fijar las bases definitivas de la gobernacion de la nueva sociedad y á disponerlo todo de manera que la colonia respondiese al fin que caracteriza en la historia á la colonizacion moderna. Esto es lo que significan, por ejemplo, las *Leyes de Indias* de España, y la *Ordenanza* de 1650 de Holanda para Java.

Este fin—ya lo he dicho—no es otro que el de la explotacion, que en aquella época reviste las siguientes formas: monopolio de los productos coloniales por la metrópoli; reserva del mercado colonial para los productos de ésta; negacion á las colonias del derecho de producir artículos similares á los de la madre patria; imposicion de tributos especiales á la sociedad colonial y reserva por parte de la metrópoli, entre otros derechos, del de hacer el comercio y el de proveer los empleos de la administracion de aquellos pueblos en los nacidos en el seno de la sociedad colonizadora.

Pero es de notar, de cuan diversa manera se realiza este fin por cada uno de los grandes pueblos que sobre sí toman, en los cuatro siglos de que voy hablando, el empeño de la colonizacion, lo cual nos trae como por la mano á la segunda consideracion que se desprende del rápido exámen que he hecho de las tentativas y los esfuerzos que registra la historia moderna.

Hase visto, como sucesivamente se han ido pasando la gloriosa pero difícil mision de llevar por todo el mundo, y mediante el descubrimiento ó la dominacion de nuevas tierras, el caudal de ideas, costumbres é intereses, que forman lo que se llama la *civilizacion*, los grandes pueblos encargados de hacer la historia moderna; y con todo pensamiento me he fijado en los siglos que la llenan para mostrar cómo en cada uno de ellos predominaba esta ó aquella nacion europea. No se hace, pues, en esta época la colonizacion de un golpe; y ahora debo observar que si

bien todos los pueblos que sobre sí toman estas empresas las realizan dentro de las condiciones generales de su tiempo y con el fin comun de que antes he hablado, en su práctica y desenvolvimiento hay diversidad de matices y aun de tendencias. Esto se demuestra considerando de un lado á Portugal y España, y aun si se quiere á Francia, y de otro á Holanda é Inglaterra.

En las primeras, cuando la monarquía no tomó la iniciativa de las expediciones lejanas, dió siempre los recursos á los descubridores y conquistadores, y sentó desde luego el principio de que al Estado correspondia el dominio de los paises descubiertos ó conquistados y la intervencion directa en su organizacion y gobierno. Y esta intervencion del Estado en la obra colonizadora se llevó hasta el punto de que en nuestro pais, por ejemplo, se constituyeran á raiz del descubrimiento de las Américas de un lado el Consejo de Indias, presidido por el célebre padre Fonseca, arcediano de Sevilla, á quien desde Colon hasta el último aventurero tuvieron que dar cuenta detallada de los progresos de su empeño; y de otra parte, la célebre Casa de Contratacion de Sevilla, directora de todo el movimiento mercantil ultramarino.

El Estado, pues, que habia hecho todo género de sacrificios, y asumido una buena parte, cuando no toda la responsabilidad de aquellas tentativas, debia naturalmente—y mas aun dadas las ideas corrientes de la época—preocuparse de la explotacion de los paises descubiertos en provecho del Tesoro, pero al mismo tiempo atender á la conservacion del orden interior de la colonia, por el concertado movimiento de sus internos organismos y la fácil disposicion de sus menudos detalles, pues que en el éxito de aquella empresa estaba directamente comprometido. De aquí, el 50 por 100 sobre los productos de las minas, de aquí el rigor del diezmo, de aquí la preocupacion de los sobrantes, de aquí las condiciones impuestas al comercio ya en las famosas fériás ultramarinas, ya en la navegacion en convoy de los buques particulares protegidos por las escuadras del Estado. De aquí por otra parte, la extension

á Ultramar de los principios y las instituciones que constituian la vida política y social de la metrópoli, y la reserva para ésta de la facultad de dirigir las cosas de aquellas tierras hasta en sus mas delicados pormenores.

Otra cosa sucedia en las colonias de Holanda é Inglaterra. Allí el Estado habia puesto relativamente poco en la obra de la colonizacion, y ésta se habia llevado comunmente á cabo, á cuenta y riesgo de aventureros y comerciantes. Sin duda el Estado se reservaba la soberanía de los países descubiertos por sus súbditos, toda vez que segun las doctrinas de la época, el súbdito se debia al Estado, aparte de que éste siempre protegía ó garantizaba las empresas de aquellos con el poder de sus escuadras; pero de esta garantía á la participacion directa ó la iniciativa tomada por los gobiernos de España ó Portugal en obras análogas, va una inmensa distancia. De aquí que el Estado, en los países de que voy hablando, cuidasen mas del orden económico que de la vida política de las colonias por ellos creadas, siendo posible el abandono, en mayor ó menor grado, de la gestion de los intereses sociales, ya á los mismos colonos, como sucede en una buena parte de los Estados ingleses de América, ya á las compañías mercantiles ó á los señores y los aventureros que á su costa habian acometido la tarea de colonizar las Antillas inglesas y reducir el antiguo imperio de la India. De aquí que los gabinetes de Lóndres y Amsterdam, cuidasen de asegurar el monopolio del mercado colonial y los pingües rendimientos que las colonias daban, no precisamente al Tesoro, si que al país colonizador bien en general, bien en participacion con las sociedades que se habian hecho cargo de este peligroso negocio.

No necesito indicar siquiera las consecuencias de esta diversidad de modos de colonizar, como tampoco debo decir muchas palabras para demostrar que aun dentro de las dos tendencias, antes señaladas, hay tambien sus grados y colores, hijos del carácter particular de cada pueblo. Así, por ejemplo, en la colonizacion portuguesa predominó cierto espíritu militar, y en la española el elemento civil, hasta

el punto de hacer de la religion un instrumento político, pagando ambas tributo á una vigorosa intolerancia. Holanda llamó á la explotacion de una parte de sus Indias á los extranjeros, supuesta la condicion de que el tráfico no se hiciese fuera de los puertos neerlandeses; é Inglaterra, merced á la clasificacion de los géneros *ennumerados* y no *numerados*, permitió á sus colonias el libre cambio de ciertos productos. Todo esto dió sus resultados en el curso de los tiempos; todo se reconoce aún hoy mismo en la vida de los pueblos que un dia fueron colonias y gozan ya de la independencia; y por eso importa tenerlo muy en cuenta, así por lo que á las colonias hace, como por lo que importa á las metrópolis.

Todavía otra consideracion se desprende de lo que tan ligeramente vengo analizando; y es que, á partir de la Edad moderna, la colonizacion no se limita á crear factorías ó poblar lugares desiertos, si que tambien comprende la empresa de *reducir* pueblos ya existentes. Por manera que en las colonias modernas, con mucha frecuencia, entra un factor nuevo—el elemento indígena—que el colonizador no trata de estirpar ó de espulsar, sino que con él cuenta, y, segun le estima y considera mas ó ménos, así realiza con mayor ó menor éxito su gran empeño civilizador, su difícil cuanto gloriosa tarea. De este modo, se dán dentro de cada colonia razas diversas y civilizaciones diferentes y hasta opuestas, con lo que si los obstáculos para el colonizador crecen, se centuplican las ventajas para la causa de la civilizacion.

De esta suerte se llega á la agonía del siglo décimo octavo. Un ruido extraño sorprende á aquella sociedad. Los unos creen que es el estertor de un gran rey; los otros, el crugido de algun poderoso elemento que se resiente; otros, el vagido de un génio... Despues de la Enciclopedia no cabian los terrores milenarios; pero la inquietud es inmensa. En el fondo de los campos algo se mueve; en las últimas capas sociales algo palpita. Acaban de morir reyes que pretendian de filósofos. Las palabras de Voltaire y Montesquieu parecen esculpidas en el frontispicio de la

Academia y en el palacio de los viejos Parlamentos. La atmósfera se hace cada vez más densa; la incertidumbre crece; los ánimos se preparan, como advertidos por un terrible presentimiento..... Luego la mina estalla: el mundo se ilumina, y entre un pavoroso centelleo y la gritería del universo asombrado, brotan, sobre un mar de sangre, la *Declaracion de los derechos del hombre*, y entre un religioso hosanna la primera *Constitucion de los Estados-Unidos*. A nueva época nuevas ideas. Estos grandes sucesos no podrán menos de ejercer su influencia en la colonizacion, y así es en efecto. Un período comienza con la emancipacion de las Américas y bajo la influencia de la revolucion francesa: período que se estiende hasta mediado nuestro siglo.

Pero la emancipacion de las Américas, puede y debe ser considerada de dos maneras. La una como influencia general en el movimiento colonizador que se inicia en el siglo décimo quinto. La otra, como resultado, distinto en cada uno de los pueblos que intentan y consiguen su independencia desde 1776 á 1825, de los modos especiales de su colonizacion y de las circunstancias mas ó menos diferentes, que trabajaron en cada uno de ellos para conseguir el hecho comun de la emancipacion.

Esta última manera de estimar el asunto en realidad debe formar parte de todo estudio que tenga por objeto la primera época de la colonizacion moderna, ya porque se refiere á hechos verificados en este período de tiempo, ya porque los sucesos á que principalmente se contrae son la consecuencia natural de los principios afirmados al comienzo de la empresa colonizadora, y parecen como la perfecta demostracion, en el terreno de la práctica, de la excelencia ó de la maldad de aquellos principios.

El movimiento emancipador se inicia en las colonias que Inglaterra poseia en la América del Norte. Como antes he dicho, para el Gobierno británico sus colonias eran sobre todo un mercado. De aqui aquella peregrina desatencion de los asuntos políticos y de las cosas interiores de sus *dependencias*, entregadas al espléndido disfrute de una

libertad casi sin rival; y aquella tirantez y entrometimiento en todo lo que se refería á su comercio, oprimido y agobiado por el Acta de Navegacion. Pues bien, por este camino vino la protesta de las trece colonias inglesas, y tras la protesta su emancipacion despues de siete años de lucha, del sitio de York-Town y de los infructuosos esfuerzos de lord Cornwallis y sir Henry Cliton, y merced al apoyo de Francia, á las raras virtudes de Washington y á la energia, la persistencia, la prevision y el valor de aquella pléyade de oradores, escritores, abogados y estadistas que se llaman Franklin, Otis, Henry, los dos Adams, Jefferson, Hamilton y tantos otros que, como lecciones vivas de resolucion y patriotismo, guardan los anales de la República norte americana.

Mas discurriendo sobre la emancipacion de las trece colonias que firmaron el pacto de 1776, hay que tener en cuenta la razon—el pretesto—y la causa ocasional de este suceso.

La razon estaba en la incompatibilidad de las condiciones intrínsecas de un pueblo que, merced á circunstancias especiales habia adquirido un gran desarrollo político, se habia acostumbrado á gobernarse, y cuya poblacion, dedicada al trabajo y con abundantes recursos para ello, era dueña de una energía y una independencia muy superiores á las de la masas de Europa, con el régimen estrecho que habia presidido á su venida al mundo, esto es á la creacion de la colonia y á su explotacion sin medida por parte de Inglaterra.

El pretesto consistió en un Acta en cuya virtud se creaba el nuevo impuesto del té; impuesto cuya legalidad podia defenderse hasta cierto punto, toda vez que Inglaterra se habia reservado siempre la regulacion del comercio, los aranceles y las aduanas, y como traba comercial se estimó el impuesto referido; pero por cima de este detalle estaba el sentido general del movimiento americano que, comenzando por protestar contra los Writs of Assistance de 1761, resistir los proyectos de Townsgend de 1763 y las reformas de Granville (señaladamente el impuesto del timbre de

1765), una vez derogado este salta por cima de la «declaracion de supremacia» del Gobierno ingles, que habia acompañado á la derogacion del Acta de Granville, y despues de las reuniones de las salas Faneuil y de Apolo niega en puridad la soberanía al parlamento de la Gran Bretaña, afirmando principios completamente opuestos al régimen colonial, y que hacian indispensable la separacion de las colonias ó el completo sacrificio de sus libertades.

Por último, la causa ocasional estuvo en el estrecho pensamiento de algunos estadistas ingleses de obligar á las colonias al pago directo de una parte de los gastos de las grandes guerras, que tienen efecto en la segunda mitad del siglo décimo octavo: en la avaricia y la pequeñez de los comerciantes de la metrópoli, que no contentos con el monopolio del comercio colonial, instaban sin tregua para que cumpliéndose rigurosamente el Acta de Navegacion, se vedase á los norte-americanos el tráfico que abusivamente sostenian con las Antillas; en la soberbia de la madre Pátria tan injusta con Franklin, tan ciega con lord Nortn; y en la imprudencia del Gobierno británico de acudir á meros recursos de fuerza en aquellas críticas circunstancias, pretendiendo terminar el conflicto con el Acta del puerto de Boston, la suspension de la Constitucion de Massachusetts, el envio de alemanes *contratados* para que formasen la base del ejército ingles en las colonias, y la fracasada intentona de lord Nortn de dejar á un lado, por cierto tiempo, en Inglaterra el *habeas Corpus*, á fin de que no cudiese que Chattam decia en pleno Parlamento que «el espíritu que animaba en aquel conflicto á los americanos, era el mismo que habia sostenido á sus padres los ingleses para rechazar los empréstitos, las larguezas reales y las contribuciones sobre los navíos»; ni Burke esclamaba: «si en un pueblo de dos millones de almas no teneis partidarios, cambiad vuestro plan de gobierno ó renunciad para siempre á vuestras colonias»; ni, en fin, Fox se hubiera decidido á contestar con amarga ironía que «no podia decir que los Ministros británicos en este trance estaban á sueldo de Francia, porque le faltaban pruebas para tan grave afir-

macion; pero que si podia asegurar que merecían estar pagados por los enemigos de Inglaterra.

Por lo demas, toda la insurreccion americana está esplicada, de un modo clarísimo y concluyente, en dos documentos célebres, de que no debieran apartar los ojos en estos instantes nuestros Ministros, nuestros hombres de Estado, y en fin, cuantos se preocupan, con justísimo motivo, de nuestros asuntos coloniales: me refiero primeramente al chispeante cuanto sustancioso folleto de Franklin titulado «De como de un gran imperio se puede hacer un Estado pequeño»; y luego, á la solemne «Declaracion de Independencia» firmada por los «Representantes de los Estados-Unidos de América reunidos en Congreso el 4 de Julio de 1776.»

De un papel á otro van dos años. El primero es la exposicion de agravios: el segundo la sancion del derecho; ambos, como he dicho, toda la Revolucion americana.

Franklin habia escrito, con aquella finísima ironía y aquella sencillez que tanto caracterizan y tanto valor dan á sus producciones literarias y políticas, notables así por su brevedad como por la riqueza de su contenido:

«Para que la separacion de las provincias del gran Imperio sea *siempre* posible, tened mucho cuidado de que las provincias lejanas nunca sean *incorporadas* á la madre Pátria; no les deis el derecho comun, ni los privilegios de vuestro comercio; gobernadlas por leyes mas severas, hechas *por vosotros*; no les concedais participacion alguna en el nombramiento de los legisladores»...

Y luego seguia:

«Cualquiera que sea el modo pacífico que vuestras colonias hayan tenido de someterse á vuestro gobierno, cualquiera que sea el afecto que tengan á vuestros intereses, cualquiera que sea la paciencia con que hayan soportado sus cargas y desgracias, *suponed siempre que quieren rebelarse* y tratadlas en consecuencia...

»Sabeis que la fuerza de los gobiernos depende de la opinion de los pueblos y que esta opinion depende mucho del mérito de los que gobiernan. Si envais á las colonias gentes discretas y honradas, que estudien el interés de la

plantation y favorezcan su prosperidad, los *plantadores* creerán que el Rey es sábio y bueno y que desea el bienestar de sus súbditos. Si enviais jueces instruidos y rectos, los colonos creerán que el Rey es amigo de la justicia... *Evitad todo esto*. Si encontrais pródigos que se hayan arruinado, jugadores que lo hayan perdido todo sobre el tapete verde ó en la Bolsa... ahí teneis escelentes gobernadores: ahí tendreis gentes rapaces que provocarán al pueblo con sus violencias. Y si añadís abogados, leguleyos ignorantes, testarudos, insolentes... todo marchará á maravilla».

«Si se os habla del disgusto de las colonias no admitais nunca que este disgusto sea general y menos que vosotros podais ser la causa. No pongais jamas remedio; no revoqueis medida alguna que perjudique á los colonos. No les hagais justicia sobre un solo particular, que esto equivaldria á alentarlos para reclamar la reparacion de otra injusticia. No concedais jamas peticion alguna justa y razonable por miedo de que no se os dirija otra que sea injusta. Sobre el estado de las colonias no digais mas informes que los de los gobernadores y los oficiales enemigos de las *plantations*... Suponed siempre que las quejas populares son invencion y obra de un puñado de demagogos y que si pudierais atrapar y colgar á estos facciosos todo quedaria tranquilo. Coged á algunos y ahorcadlos. Ah! la sangre de los mártires hará milagros para llegar á donde señalan vuestros deseos»...

Y asi continuaba riendo Franklin, en los momentos en que podia evitarse la guerra; y asi escribia cuando viviendo en Lóndres abogaba sincera y honradamente, entre las calumnias de los patrioteros, por la reforma colonial; y así gritaba dirigiéndose «á todos los ministros que tienen grandes territorios para gobernar, lo cual es fatigoso porque la multiplicidad de los negocios no les permite tiempo para dedicarse á tocar el violin.»

De esta suerte el ilustre representante de las colonias cerca del Gobierno británico, ponía de relieve todo lo que los *patriotas* de Inglaterra querian que se hiciera y

conseguian que se practicara en las *dependencias* de América.

Han pasado dos años y el Congreso de *rebeldes* reunido en Filadelfia decia solemnemente, y para que quedase para siempre, lo que sigue:

«Miramos como incontestables y evidentes por sí mismas las siguientes verdades: Que todos los hombres han sido creados iguales: Que han sido dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables: Que entre estos derechos se debe poner en primer término la vida, la libertad, y la persecucion de la felicidad: Que para asegurar el goce de estos derechos, los hombres han establecido los gobiernos cuya justa autoridad emana del consentimiento de los gobernados: Que siempre que una forma cualquiera de gobierno se convierte en destructora de los fines para que ha sido establecida, el pueblo tiene el derecho de cambiarla ó abolirla, y de instituir un nuevo gobierno, estableciendo sus fundamentos sobre aquellos principios, y organizando sus poderes en la forma que le parezca mas propia para procurarse la seguridad y el bienestar. La prudencia dirá que por ligeros motivos y causas pasajeras no se deben cambiar gobiernos establecidos de mucho tiempo; y asi mismo la experiencia de todas las épocas demuestra que los hombres están mas dispuestos á sufrir, en tanto son soportables los males, que á hacerse justicia por sí mismos, destruyendo las formas á que están acostumbrados. Pero cuando una larga série de abusos y de usurpaciones, tendiendo invariablemente al mismo fin, patentiza el propósito de reducir á un pueblo al yugo de un despotismo absoluto, este pueblo tiene el derecho y está en el deber de derrocar aquel gobierno y de proveer por medio de nuevas garantías á su seguridad en lo porvenir. Tal ha sido la paciencia de estas colonias en medio de sus males; tal es hoy la necesidad que les fuerza á cambiar su antiguo sistema de gobierno.»

Y siguiendo en este tono severo y con esta frase precisa, señalan los protestantes una por una las trasgresiones cometidas por el Rey de Inglaterra, y añaden sentidamente:

«No hemos escaseado los respetos para con nuestros hermanos los bretones. Les hemos advertido, en todas las ocasiones, las tentativas de su Legislatura para estender sobre nosotros una jurisdiccion que nada podia justificar. Les hemos recordado las circunstancias de nuestra emigracion y de nuestro establecimiento en estas comarcas. Hemos apelado á su natural justicia y á su elevacion de alma, conjurándoles, por los vínculos de la sangre que nos unen, á desaprobear aquellas usurpaciones que romperian inevitablemente nuestras relaciones y nuestro actual comercio. Tambien ellos han sido sordos á la voz de la justicia y del parentesco. Debemos, pues, ceder y consentir en la necesidad que ordena nuestra separacion y que los miremos como al resto del género humano: enemigos durante la guerra: amigos durante la paz.

«En su consecuencia, nosotros los Representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso general y apelando al Supremo Juez del Universo que conoce la rectitud de nuestras intenciones, publicamos y declaramos solemnemente, en nombre de la autoridad del buen pueblo de estas colonias, que estas colonias-unidas son y tienen derecho á ser *Estados libres é independientes*: que están dispensadas de toda obediencia á la corona de la Gran Bretaña; que toda union política entre ellas y el Estado de la Gran Bretaña está y debe estar enteramente roto, y que como Estados libres é independientes tienen plena autoridad para hacer la guerra, concluir la paz, contraer alianzas, establecer el comercio y hacer todos los demas actos y las demas cosas que hacen los Estados independientes. Y llenos de una firme confianza en la proteccion de la Divina Providencia, comprometemos mutuamente al sostenimiento de esta declaracion nuestra vida, nuestros bienes y nuestra felicidad.»

Tal fue el término de aquella política inglesa tan condenada por el ilustre Chattam y cuyas consecuencias habia previsto el gobernador Pownal, con no menos talento que el demostrado por nuestro conde de Aranda al querer preparar la separacion condicional de nuestros antiguos reinos de América.

El ejemplo de Inglaterra debia ser concluyente para los que todo lo esperan de la fuerza. No lo fué, empero, como tampoco lo fueron el de Santo Domingo y el de las colonias españolas. El Gabinete británico al cabo cedió todo; pero era tarde. La independencia americana, que habian resistido tanto sus primeros soldados y sus grandes directores, que al principio no reconocieron todo el alcance de aquel movimiento, estaba hecha.

De aquí resultaron dos cosas. La primera la aparicion de la República de los Estados-Unidos en el círculo de las grandes personalidades políticas del mundo moderno, en el concierto de las naciones independientes. Este gran pueblo se levantaba sobre un principio magnífico y fecundo: la iniciativa del individuo como base del orden social; sobre un gran crimen: la esclavitud como elemento considerable del orden económico; y sobre dos errores capitales; el uno la exageracion de la vida política local, que en sí entrañaba el peligro del separatismo, y el otro el régimen proteccionista, como reaccion contra el monopolio de la industria inglesa y como medio de levantar la industria nacional, siquiera hubiese de producir los conflictos que ahora mismo estamos viendo en la gran República sajona.

Véase pues, de que manera quedaron resueltos, por dos largos siglos de preparacion, los problemas interiores que en una colonia se dan desde el primer dia de su aparicion en el mundo.

Mas por lo que hace á la política general-colonial, aquel suceso fué de gran trascendencia. Inglaterra comprendió que debia irse con pulso en los sacrificios que una colonia exigia y en las pretensiones que sobre ella podia poner la Metrópoli. Reparó tambien que la ley del mundo es la solidaridad; y echó de ver cuántas mayores ventajas reportaba ella de los Estados-Unidos ya libres, que de las antiguas trece colonias sometidas á una explotacion verdaderamente insoportable. Y de aquí resultó la libertad como base de la colonizacion, la autonomia colonial como condicion de su progreso, y la *prudencia* como circunstancia precisa de su superior gobierno.

Tales fueron las consecuencias generales de la emancipacion de las trece colonias británicas.

Mas repárese bien la naturaleza del motivo que determinó este trascendental suceso. Era un motivo del orden económico: era una condicion particular que afectaba, sin embargo, directa y esencialmente á la existencia, al derecho y al bienestar de la mayor parte de la comunidad. Para Inglaterra lo importante de sus colonias era su capacidad de ser explotadas. En cambio, para la mayoría, para la casi totalidad de los colonos, dueños de su vida política perfectamente y al abrigo de la ley civil, porque la esclavitud era una excepcion, aunque formidable en aquel orden social, lo pesado, lo terrible, lo insoportable era esa explotacion de que la Metrópoli cuidaba con tan cariñoso afán. Pues bien; la cuestion económica fué, como no podía ménos de ser, el motivo inmediato de la resistencia al Gabinete británico y de que se abriesen las puertas de la independencia á los Estados-Unidos.

Y bien: otro hecho de importancia análoga, aunque en otra esfera; otra cuestion que afecta directa y esencialmente á la mayoría de la poblacion, es el motivo que inmediatamente determina la emancipacion de la única colonia francesa que en América goza de vida independiente. Hablo de Santo Domingo. El motivo es la cuestion social—es decir, lo que en América se llama la cuestion social: la servidumbre de los negros.

Ninguna cuestion mas grave; ninguna mas interesante; ninguna merecedora de mayor atencion por parte de mis lectores, no ya por su valor puramente histórico, no ya por su importancia en el orden general de los estudios á que venimos dedicando estas líneas, si que por ser antecedente preciso de uno de los problemas mas pavorosos de la política española en los tiempos que vivimos, y que pesa con inmensa pesadumbre sobre nuestra conciencia, á la cual debiéramos volver los ojos, recordando las grandes expiaciones de la historia y las catástrofes de los pueblos malditos, para preguntarle si la tremenda crisis porque nuestra pátria atraviesa, desgarrada por el vandálico car-

lismo, conducida á la bancarrota, expuesta en la barra de la civilizacion, y entregada á todos los delirios y todas las brutalidades de la fuerza, no tiene su razon de ser en alguno de aquellos grandes pecados que no se redimen con la indiferencia y el olvido, cuanto mas con el goce presuroso é irritante de los provechos y resultados del crimen.

Santo Domingo es la eterna amenaza que la vulgaridad ó la mala fé tiene en los lábios para amedrentar á los tímidos que abogan por la abolicion de la esclavitud. Hablais de Cuba, donde en efecto el problema es sério: hablais de Puerto Rico, donde la esclavitud era un accidente, pero al cual se queria dar bulto y confundir con la servidumbre de Cuba, para que la grandeza, la enormidad del crimen dificultase ó imposibilitara la obra de la justicia.....; hablais, digo, de cualquiera de nuestras Antillas preparadas para la emancipacion de sus esclavos, tan favorablemente como nunca, absolutamente nunca lo estuvo colonia alguna del mundo, pues estad seguros de que algun improvisado historiador, algun estadista de nuevo cuño, algun *sentimental* de esos que guardan todas sus lágrimas y todos sus lamentos para los poderosos amenazados, para los *reos* felices, para los explotadores en la hora de las liquidaciones, alzará la voz llamando demagogos y llorando en vuestra presencia, á fuer de patriotas y de gentes de juicio, las ruinas de aquellas islas, joyas preciosas de la antigua corona de Castilla, condenadas á ofrecer el horrible espectáculo de Santo Domingo y á ser tristes víctimas de hombres como..... *Toussaint L'Ouverture*, como el gran mártir, el gran político, el gran soldado ¡¡*Toussaint L'Ouverture*!!

A estos gritos, es necesario oponer nuestra serenidad; á esas declamaciones, nuestra crítica; á esas calumnias, nuestro *mentis*; y en fin, á esa ignorancia la inquebrantable verdad de la Historia.

RAFAEL M. DE LABRA.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA.

I.

De las muchas plagas que vienen afligiendo á la humanidad, á poco de su origen, ninguna mayor que la de la Guerra. Ella las reasume todas: furia preñada de toda clase de males, á su alumbramiento arroja sobre la tierra el hambre, la peste, la desolacion. Precédenla la confusion, el miedo, el espanto; acompañañanla el fuego, el homicidio, la rapiña, la venganza: abren y ahondan sus huellas charcas sangrientas; esterilizan campos feraces; aquí lanza el incendio; allí todo lo demuele; su álito infecta la atmósfera; y solo deja á su espalda ayes de angustia, gritos de dolor, alaridos de desesperacion, lágrimas y amarguras, miseria y horfandad.

II.

La Guerra es un crimen en todo tiempo y lugar. No puede venirse á tan terrible estado, sino por el dominio de las malas pasiones: por la ambicion desmedida, por el dolo, por la iniquidad. Se dará el caso que la razon del derecho, que la necesidad de repeler la agresion, de poner coto á tiranias horribles y á punibles acciones, fuerze á los amantes de lo justo y de lo bueno á alzarse en son de guerra; pero legitimada ó no, el crimen será su causante, y una vez emprendida, crímenes y solo crímenes dará de sí. El invasor, el tirano, el malvado, que por el crimen ha declarado la guerra, ó la ha promovido, no se detendrá en la senda, sino que la marcará mas en su punible

empeño; y no siendo posible limitar la accion de la lucha y del combate, de la guerra y sus consecuencias á lo estrictamente necesario á la defensa del buen derecho, y á la represion del malo, el crimen pasa de uno á otro campo, se apodera de los diferentes combatientes, viniendo todo á obedecer á su satánico influjo y á caer bajo su atroz y repugnante dominacion.

III.

No obstante ser la Guerra el crimen, como es el producto de las pasiones de los hombres, han ido, en su orgullo, hasta á divinizarla, como divinizar han querido tantas otras cosas simplemente naturales y hasta vulgares, pretendiendo á fuerza de ilusiones engañarse sobre la triste realidad de lo deleznable de su ser, y de cuanto á su ser material se relaciona.

Lejos de apartar á los hombres del culto del ídolo sanguinario de la Guerra, hubo desde el principio empeño de revestirlo de formas y aparatos bastantes á desvanecer de la mente el horror que naturalmente habia de inspirarles. Los sacerdotes de ese ídolo, en su deseo de oprimir á sus semejantes, de entrar en posesion de las mejores partes de la tierra, haciéndolo todo depender de la fuerza, y sometiendo á ella toda razon y derecho, cuidaron mucho de alhagar el orgullo, la vanidad, la codicia y el inmoderado afan que el hombre siente por alzarse sobre el nivel comun, no solo creando trajes y distintivos guerreros, sino poniendo en juego las artes mas propias á fomentar y avivar sus instintos belicosos. Al lado de la Guerra se elevaron nuevos ídolos: la vergüenza y la ignominia, el desprecio para los vencidos; la victoria, el honor para los vencedores. La esclavitud fue la herencia de los primeros; la libertad, el dominio absoluto, el dote de los segundos.

IV.

Desde la mas remota antigüedad se cuidó de pñer en todo el sello de la crueldad y de la barbarie; en todo la

marca de la fuerza y de la guerra. Las leyes, las costumbres, los hábitos, todo participaba de ese color sombrío, de ese tinte feroz, que daba al cuadro de aquellas sociedades un conjunto de horrores, que apenas se concibe haya podido formar un tiempo el modo de ser de la humanidad. Hasta la religion participaba de ese carácter, si es que ya no le daba tono. Dioses de sangre y de venganza regian desde su alto asiento los destinos de los hombres, marchando al unísono en la senda de matanza y de esterminio, de guerra sin tregua y sin fin. Allí donde como compensacion á las faltas y delitos se decia: ojo por ojo, diente por diente, miembro por miembro; allí hasta donde á la divinidad se la encargaba el cuidado de hacer desaparecer de la haz de la tierra millares de seres racionales, no era posible que se elevaran sentimientos de humanidad, de caridad, de amor; no era posible que la Guerra dejára de ser el árbitro de los destinos de los pueblos.

V.

Podia creerse que la Guerra, no ya en la acepcion mas limitada que hoy le damos, sino en la estensa que comprende una lucha sin tregua ni descanso, era el patrimonio de los hombres, por ser ley ineludible de la naturaleza: la muerte para la vida; la vida para la muerte. Podia creerse que en esto no habia diferencia entre los seres racionales y los brutos. ¿En efecto, no existe una guerra perpétua entre los animales de la tierra, entre las aves del cielo, entre los peces del mar? ¿No se devoran los unos á los otros, no habiendo, puede decirse así, entre ellos ni antipatias repugnantes, ni ódios hereditarios de razas, ni resentimientos que satisfacer, ni ultrages que vengar? Y sin embargo, en las laberínticas oscuridades de los bosques, en los abismos del océano, como en las ondas invisibles de los aires, á cada momento se libran combates, y cada instante de tiempo se marca con la desaparicion violenta de millares de seres. ¿Por qué los hombres se habian de exceptuar de la ley universal?

VI.

Error crasísimo sería el del que creyese que el estado de guerra era propio de la naturaleza. ¿Por ventura no hay diferencia entre la guerra que se hacen los hombres, y la guerra entre los animales? ¿Obran por un mismo principio, obedecen á causas iguales? No ciertamente: y en la distincion que por fuerza hay que establecer, no está la ventaja á favor del ser racional. La guerra entre los brutos no pasa los límites del derecho de la propia conservacion. Obedecen á una ley natural: matan para vivir, y solo llevados por la necesidad. ¿Qué diferencia entre los hombres! No ha sido la necesidad de vivir, no el sentimiento de la propia conservacion, lo que desde un principio excitó sus instintos sanguinarios hasta el punto de sobreponerlos á todo otro. Satanás alzándose soberbio contra Dios: he ahí el espíritu de la guerra. Elevarse unos hombres, dominar, ser superiores á los demas; no reconocer otra ley que su voluntad, humillar á sus plantas las multitudes. Soberbia y orgullo en vida; soberbia y orgullo póstumos, si es permitido decirlo así; y á esas malas pasiones se hacen sacrificios de millones de víctimas, y se vierten rios de sangre! ¿Qué mar tan inmenso podria formarse de toda la vertida de las arterias de los hombres, y por mano de los hombres!

VII.

Una es la guerra, sean las que fueren sus causantes. Una es la humanidad, no obstante la diversidad de razas que la constituyen, las diferencias que las distinguen, el lugar de la tierra que ocupan. La guerra es, pues, contra la humanidad: la humanidad es la víctima de la guerra. He aquí lo que vé el filósofo en absoluto. Y sin embargo, reconociendo la exactitud del raciocinio, no podemos dejar de admitir las clasificaciones que de la guerra se hacen en guerras de conquistas, civiles y religiosas: es mas, com-

prendemos y tocamos las diferencias que las distinguen, por su carácter y efectos; así como se comprende que los males de la guerra, como todos los males y todos los bienes de la tierra, sean tenidos en mas ó en menos, segun mas ó menos directamente afecten á las agrupaciones del gran todo humanidad.

Propio es de nuestra débil naturaleza que así sea. Llámese egoismo, costumbre, hábito, lo que se quiera, el hecho es que para el hombre la familia es primero que la asociacion mas estensa con quien está en contacto, y ésta antes que las mayores que solo conoce de nombre, ó por relaciones efímeras, viniendo á ocuparle en último término la humanidad, de la cual muchos apenas saben concebir la idea. Por la misma razon, el hogar es para el hombre antes que la ciudad en que radica, y ésta la prefiere á la pátria, y la pátria ó su nacionalidad, á otras nacionalidades.

Admitiendo, pues, los hechos establecidos, así como solo vemos el crimen en la guerra, así comprendemos las clasificaciones que de la guerra se han hecho, por mas que se aparte del criterio filosófico.

VIII.

Las guerras de invasion y de conquista son un conjunto de crímenes espantosos. Analizando con recto criterio y lógica severa, con la verdad, en suma, es imposible hallar en su espíritu y en su desarrollo otra cosa que ese cúmulo de acciones que, para garantir á las sociedades, han merecido ser consignadas en códigos de criminalidad y penalidad. Dejemos á un lado la cuestion moral: la moral en estos casos no entra para nada: se esconde horrorizada al ver hollados bárbara é impiamente sus principios mas santos, sus preceptos mas sublimes.

Merced á un conjunto de circunstancias, cualesquiera que ellas sean, llega un hombre á verse al frente de un pueblo, y disponiendo de sus destinos en árbitro y señor.

Un dia llega á estender su vista mas allá de los límites á do alcanza su imperio, y antójasele hacer suyas las tierras en que hasta entonces no se habia fijado. No puede alegar

sobre ellas ley ni derecho alguno; pero las codicia para sí ó para los suyos, y basta y sobra su voluntad para poseerlas, toda vez que se juzga bastante fuerte á conseguir su intento. Por un escrúpulo, acaso, de respeto á la opinion universal, si es que no por hipocresia, ó por farsa, antes de la invasion armada recurrirá á la superchería, al dolo, á la traicion, á todas las malas artes en fin; pero si estas no le sirven, entonces llegará el caso de la fuerza, é invadirá el pais codiciado, seguido de sus legiones y cohortes y de todos los medios destructores de la guerra. ¡Ay de los pueblos invadidos, si se oponen á la marcha del invasor! ¡Ay de sus habitantes si resisten! ¡Ay de sus esposas, de sus hijos, de sus propiedades! Asesinados los unos, violadas las otras, saqueadas, incendiadas, arrasadas sus haciendas, robados sus tesoros; he aquí lo que los pueblos invadidos obtendrán por premio á su patriotismo, por haber usado del derecho legítimo y natural de la defensa y de la propia conservacion. Triunfa el invasor, y no importa á costa de cuantas víctimas, horrores y miserias, logra estender sus dominios, enseñorearse sobre ellos, y distribuirlos, como propiedad legítima entre sus allegados, favoritos y capitanes. Despues del robo y del saqueo, viene el repartimiento del botin: es ni mas ni menos, aunque en una grande escala, repetida la escena del gefe de bandidos que asalta en los caminos á los viajeros pacíficos é inofensivos. Y sin embargo, el mundo apellida al invasor coronado y triunfante el Grande, el Magno, el Conquistador; y le rinde tributos y párias, y le adula, y le ensalza, y le pone casi al nivel de la divinidad. Pero la augusta y severa voz de la verdad nos dice que las acciones del llamado Conquistador y de sus huestes son reprobadas y punibles; que en la esencia es un gefe de bandidos, que si como ha podido disponer de ciento, de doscientos mil hombres siervos, esclavos ó mercenarios, solo hubiera tenido doce ó veinte, y hubiera sido un camino en vez de un pais el teatro de sus crímenes, la corona de mentida gloria se hubiera trocado en corona de infamia, digno premio á sus maldades; que la maldad y el crimen no pueden adulterarse, mistificarse por con-

sideraciones á lugares, ni á tiempos, ni á la condicion de quienes los cometan.

IX.

Ningun sentimiento digno preside á la guerra de invasion y de conquista. Se desea simplemente poseer lo ageno; cueste lo que cueste. Si al conquistador no le importan las vidas de los suyos, que espone, por cálculos ambiciosos; por soberbia, si no por perversidad, á todos los males y peligros de una guerra, ¿qué puede importarle nada de lo que acontecer pueda á los que de antemano ha señalado como su presa? Las vandálicas hordas que le siguen ¿qué otro aliciente tienen mas que las depredaciones y el pillage? Con resistencia, pues, ó sin ella, las guerras de conquista son el azote de los pueblos que las sufren, que no pueden librarse de la muerte, del saqueo, de la devastacion, de la miseria, de la esclavitud. Inventen la adulacion, el miedo á los poderosos tiranos de la tierra, los nombres con que quiera desfigurar sus odiosos hechos; digan que le acompaña la victoria, que le sigue la gloria, que la fama publica por todas partes sus hazañas, y su valor; no por eso será menos cierto ante la conciencia pública que podrá callar pero no aprobar; ante la moral universal que aunque aparezca indiferente, tiene de antemano escrita la condenacion de todas esas acciones, no será menos cierto, repetimos, que todas ellas pertenecen á la categoría de crímenes atroces, y los nombres de sus autores deben inscribirse en el catálogo de los grandes atormentadores y verdugos de la humanidad.

X.

Si terrible es el cuadro de horrores que ofrece á la consideracion la guerra invasora y de conquista, mas terrible y sombrío es, si cabe, el que representa la guerra civil. A su aspecto estremécense todas las fibras del corazon; anégase el alma en un mar de amargura y desconsuelo, y la mente atribulada, confundida, duda de la realidad de

los hechos que observa, por mas que se le muestren en todas sus gigantescas proporciones.

En efecto; en la guerra de conquista no une al invasor con el invadido, al verdugo con la víctima, otro lazo que el azas deleznable, por desgracia, de la humanidad. ¡Cuán distinto es en las guerras civiles! No son ya solos los hijos de una misma pátria, los que esgrimen sus armas unos contra otros; no es el homicidio el que se alza vengativo y sanguinario. Es el aterrador fratricidio! Son los hijos contra los padres, los padres contra los hijos; son los hermanos, son los parientes, son los amigos; son los que siembran unos mismos campos; los que respiran el mismo aire; los que tienen iguales costumbres y hábitos; los que viven en los mismos pueblos; los que se cobijan bajo el mismo techo; los que sienten idénticas afecciones, y hablan un mismo idioma: son los que ayer se estrechaban las manos, se daban el ósculo del amor, del cariño, de la amistad; los que se prestaban mútuos servicios, se ayudaban, se socorrian en sus cuitas y necesidades; son los que sufrían y gozaban, lloraban y reían juntos! He ahí lo qué eran ayer los combatientes de hoy. El espectro de la discordia, imponderablemente horrible, se ha alzado ante ellos, produciéndoles vértigo, llevándolos hasta el delirio y la locura. A su vista, llenos de pavor han huido del pecho de los fratricidas todos los sentimientos tiernos, los dulces afectos, las nobles pasiones, ocupando el vacío sentimientos de aversion y de odio, la venganza, el esterminio, la sed insaciable de sangre. Una idea fija embarga su mente, y á su consecucion todo lo sacrifica: vencer, no importa cómo ni á qué precio.

XI.

Las guerras civiles son á la vez de bárbaras, estúpidas, si es permitido decirlo así: el cúmulo inmenso de males que originan cae indistintamente sobre los partidos en armas: no hay siquiera la impía satisfaccion del daño que se hace, pues solo se obtiene á costa de la cruel pena del daño que se recibe. En la guerra de invasion y con-

quista sufre el pais que es reputado como enemigo; pero en las civiles, ¿no es el teatro de los combatientes la misma tierra, el propio hogar? A la terminacion de ellas ¿quién podrá llamarse vencedor, y ostentar con el mentido lauro de la victoria, el botin, la ganancia obtenida sobre el vencido? Las lágrimas por éste derramadas, los dolores sufridos, las pérdidas de seres queridos, de objetos apreciados, no han sido tambien amargos lotes que han cabido en suerte al vencedor?

XII.

Pudiera creerse paradoja, y hasta opuesto á simples leyes naturales, que los ódios que engendran las guerras civiles sean mayores en sus efectos no solo mientras aquellas duran, sino por largos años despues, á los ódios que promueven otras guerras. Sin embargo, el hecho es cierto, y se comprende. En las guerras con el extranjero, puede decirse que la animosidad, la aversion, el encono es pasajero; que casi terminan con ellas; porque con ellas desaparecen á largas distancias los reputados enemigos; y á medida que pasa tiempo, y se borran las huellas del mal causado, bórrese tambien de la memoria la penosa y cruel impresion producida por el contacto y las violentas relaciones á que diera ocasion el estado de guerra. El recuerdo necesita de incentivos, como necesarios les son á nuestras afecciones, á nuestras pasiones, á nuestros actos: en las guerras civiles, permanece mas vivo por largo tiempo el recuerdo de los males causados porque siguen estando presentes los autores y causantes de ellos. El olvido, ese don celeste y providencial dado á la criatura para apartarlo de la desesperacion, para amortiguar los quebrantos, y endulzar las amarguras de la vida; el olvido, tan necesario que sin él la existencia casi se haria insoportable, tarda tanto en venir en pós de las guerras civiles, porque todo lo contraria, que á veces los ódios por ellas engendrados se transmiten en las familias por mas de una generacion. No es fácil aborrecer á las colectividades; ni como vengarse de

ellas! Pero cuán fácil es el ódio entre las familias y los individuos! Cuán fácil satisfacer entre estos la venganza!

XIII.

La guerra es el crimen. Y por una gradacion asombrosa dentro del crimen, como si fuera posible hubiese nada mas allá peor, es lo cierto que la guerra civil los engendra y alumbra mas que las de conquista; y aun mas que las dos, la guerra religiosa, ó por causa de religion. Acaso en sus efectos no se diferencien gran cosa; pero segun son las causas que las promueven, así parece que las malas pasiones obran mas enérgicamente sobre las ideas, sobre las acciones: en las guerras civiles y mas aun en las religiosas, que suelen participar tambien del carácter de aquellas, se buscan los hombres con mas afán, se acercan con mas encono, luchan con mas ferocidad, y como que parece que no se satisfacen sino á medida de los mayores tormentos que se hacen sufrir: no basta la muerte del enemigo que lucha con las armas en la mano; se ansía mas: se quieren horribles hecatombes de familias, de pueblos enteros, de todos los sectarios que profesan la religion opuesta que quiere imponerse por la fuerza. ¡No hay nada mas allá en el ódio! Así como nada hay mas allá en la aberracion!

XIV.

En las guerras de conquistas, en las guerras con estrangeros y en las civiles se pelea por la posesion de nuevos dominios, por el ánsia de engrandecerse y de enriquecerse, ó bien por ofensas y agravios, que reparar, ó por la posesion de un poder que se ambiciona, ó por variar la forma de gobierno establecida, ó por alcanzar nuevos derechos, ó destruir leyes, y estirpar abusos que se juzgan perjudiciales. Ciertó es que en estado ya de guerra, las malas pasiones preséntanse tumultuosas y dominadoras, y arrastran al hombre á los excesos que son consiguientes. Si las nociones del bien no son olvidadas, quedan al menos oscurecidas por algun tiempo: se ha salido de la vida or-

dinaria; se ha entrado en una situacion excepcional; su causa es el mal, y el mal impera en todo. Sin embargo, queda fuera de lucha algo que el hombre tiene siempre en mucho, y es el espíritu en sus relaciones mas íntimas con ese mas allá de su estancia transitoria sobre la tierra, con ese mas allá que si no en su forma corpórea, en otra que aunque no comprenda cual haya de ser, ha de proporcionarle alcanzar la suprema aspiracion de toda su terrestre vida, que se traduce en la inmortalidad. La vida eterna del alma, sobre todo tratándose de las multitudes, está, por la fé, tan solo siguiendo la religion positiva en que nace el hombre y en cuyas creencias debe permanecer, sosteniéndolas y defendiéndolas hasta el martirio, toda vez que fuera de ellas no hay salvacion, no hay ese mas allá de vida perdurable. Pues bien, únanse á todos los horrores de la guerra, los producidos por el fanatismo religioso, excitado hasta lo sumo por las controversias, por las predicaciones, por los ataques, por los insultos, por las injurias; únase la parte, por demas activa, que en la contienda toma la mujer, y apenas podrá concebirse en toda su terrible realidad, lo que llegan á ser las guerras por causas de religion.

XV.

Dígase lo que se quiera acerca de la naturaleza del hombre; pónganle los materialistas en el último grado de la escala de la creacion, como animal mas perfeccionado; aduzcan argumentos para probar que eso que se llama alma en el hombre, no es mas que el resultado de lo perfecto de su organismo mientras funciona, pero no en realidad algo superior, incomprensible que sobrevive á la materia, es lo cierto que en la criatura racional hay ese algo de sobrenatural, y de divino, que la eleva tanto del comun de la creacion animal, que no es posible hacerlo depender de una organizacion material superior, por perfeccionada que se la suponga. Basta á probarlo esa aspiracion de su ser á lo desconocido, á lo ideal, á lo que se aparta y con nada se relaciona de la creacion, á un porvenir de ultratumba superior á todo lo

conocido, por mas que la razon le muestre hasta la saciedad que del ser creado solo memoria queda en el mundo, no pudiendo distinguir un átomo siquiera del que fue. Pero si esto no bastára, hay tambien en el hombre algo que no se relaciona precisamente con la materia, con su ser fisico, algo que no es solamente producto de la voluntad, ni del libre albedrio, ni de las sugestiones de una razon bien ordenada y dirigida, y es la repulsion hacia la injusticia y la violencia, y la vehemente aspiracion á que sea respetada su conciencia. Sabe, no por enseñanza, no por medio externo, sino intuitivamente, que su conciencia es un santuario en el que solo tiene derecho á penetrar la divinidad, y solo es de ella el pedirle cuenta de lo que se elabora en el interior de ese santuario. Sabe que no dependiendo en nada de los hombres, por mas que en contrario se pretenda, ese mas allá superior que el ser racional sueña, no es á ellos á los que debe someter su conciencia religiosa, ni de ellos recibir imposicion; y por lo tanto no hay para él tirania mas espantable, que la que se egerce en nombre de una religion dada al pretender imponerle sus creencias, sus dogmas, su culto. Toda tirania se repele, se rechaza por instinto; pero la que quiere obrar sobre la conciencia, sobre lo que no pertenece á los hombres, sobre lo que no le es dado legislar, pues su legislacion será de forma y nula en su esencia, mientras la conciencia la rechaze; toda tiranía que apartándose de la materia quiera obrar sobre el espíritu, esa, por fuerza, ha de conmover profundamente todas las fibras del corazon, ha de excitar hasta lo sumo todos los sentimientos, y sublevar á una toda clase de pasiones en su contra. Hé aquí por qué las guerras de religion han sido siempre las mas terribles, y las que por desgracia de la humanidad, y mengua de los siglos que pasaron, han sido las mas largas, las mas sangrientas, las mas pródigas en suplicios, en horrores, en maldades de todo género.

S. CASILARI.

(Se continuará.)

EL PERIODISMO.

SUS ORÍGENES Y PROGRESOS.

A medida que la razon adquiere preponderancia crece en poder la opinion, porque con la razon nace la ciencia, y el exámen encuentra un asilo en la opinion cuando no basta la observacion y el análisis.

La opinion, ya se concrete al individuo, ya se generalice en la sociedad, impera en todos los dominios y en todas las regiones, ora en los de las ciencias y en los de la revelacion, ora en las de la historia, de la filosofía, de la literatura, de la moral, y mas particularmente en las de la política, haciendo las constituciones y las leyes, guiando á los legisladores y gobernando á las naciones.

Todas las variedades del pensamiento social, todos los matices diversos de la opinion pública, encuentran su expresion en el periódico, y de aquí la importancia del periodismo, que, como la historia ó la filosofía, se encamina determinadamente á la instruccion de los pueblos, constituyendo á la vez el medio por el que se manifiestan las ideas, los sentimientos, las aspiraciones de las sociedades.

El periodismo, por tanto, aunque parezca de nuestros tiempos, se remonta á los mas antiguos, publicándose desde inmemorial dos periódicos en la China, uno de ellos la *Gaceta del Gobierno*, que diariamente se dá á luz en Pekin.

Citado el estacionario celeste imperio, en el que á des-

pecho de sus preocupaciones y de la vanidad de su gobierno, han de penetrar las doctrinas evangélicas y los adelantos de la razón, por no interrumpir la costumbre, no muy acertada, de fijarse en este país al estudiar la historia de los descubrimientos, comencemos á investigar por la Grecia.

Si la filosofía fué ilustrada por los mas grandes génios de los tiempos en que floreció la raza helénica, si la elocuencia tuvo su cuna en Atenas, el espíritu político habia de presidir necesariamente en los escritores griegos y por igual debia dominar en aquel pueblo, y prueba de ello se encuentra en el carácter eminentemente político de su comedia, que fué en rigor el complemento de las instituciones democráticas de los atenienses.

La comedia griega formó la opinion pública y á las alusiones de Esopo siguieron los escritos anónimos y políticos, á estos los pasquines, no tardando en aparecer el folleto, gérmen del periódico.

La organizacion de los poderes públicos en Grecia, donde el pueblo era un soberano absoluto, donde las asambleas se reunian en las plazas públicas, y donde la nacion era una ciudad, impidió, sin embargo, el desarrollo del periodismo, por no necesitar los griegos de este elemento para sostener la vida política.

Si por las razones espuestas, á las que se une la de no haberse inventado por entonces la reproduccion tipográfica, el periodismo no se desarrolló en toda su estension en Grecia, no podia suceder de esta manera en Roma.

El pasquin fué el origen del periódico en la ciudad universal, y tan necesaria era esta manifestacion del espíritu público en Roma, que se cuenta que habiendo faltado durante un año las caricaturas ó epigramas que se fijaban sobre la estatua del *Pasquillus*, especie de hojas periódicas, aparecieron reunidas al cabo de aquel tiempo, cerradas en una odre, sobre la famosa estatua.

Roma debia realizar una mision histórica, y no podia durar el interregno de paz que sostuvo el monarca inspirado de la ninfa Egeria, segun tradicion sabina, y de cuyo reinado decia Plutarco que «parecia que todas las ciudades vecinas

habían respirado el álito saludable de un viento dulce y puro que les venia de Roma.»

En el reinado del sucesor de Numa, las señaladas victorias sobre los fidenates, los latinos y veyetanos, enseñaron á Roma cual era su destino. Los egércitos conquistadores necesitaban cronistas, exigian la existencia del periódico, que llevase por el país la noticia de los sucesos, de las victorias y de las conquistas.

Los literatos que solian reunirse en las casas de los libreros publicaron el *Diurnum* ó Gaceta de Roma, en la que se empezaron á noticiar los sucesos de cada dia, y á poco, á creer lo que dice el abate Perier, se dieron á conocer los anales pontificios, los juicios de los magistrados, las actas del Senado y los registros de los censores.

El pueblo romano, crédulo consintiendo el reemplazo de la monarquia por la república, abandonó con igual falta de instinto político al amigo de Espúrio, y el cónsul Cásio espizó con la muerte su animosa empresa en favor de los derechos populares.

Las leyes casianas contribuyeron poderosamente al progreso de las ideas democráticas, y las licinias debieron hacer comprender al patriciado romano que no habia de tardar en completarse la revolucion iniciada en los montes Sacro y Aventino: con la rogacion de Publilio Filo se levantó en Roma un templo á la Concordia.

Desde que las instituciones públicas dejaron de ser en Roma la representacion de una casta, la vida política exigió que se multiplicaran los medios de la publicidad, y el periodismo adquirió grande incremento.

Si se examina, con Saint-Marc-Girardin, los periódicos romanos se diferenciaban en poco de los que ahora se escriben. Publicaban aquellos periódicos los procesos y defensas notables; los enlaces, divorcios, defunciones y entierros de algunos personajes; los casos de longevidad, de bancarota, y fenómenos extraordinarios; la reseña de las sesiones del foro y los juicios criticos de sus oradores; y hasta contenian una seccion recreativa, llamada, como hoy, *gacetilla*.

Los Orsini y los Caronitas fueron lanzados del Senado,

y sobre las ruinas de la libertad romana únicamente subsistió el hipócrita poder de Augusto.

En tiempos del imperio se conocieron en Roma, como en nuestros dias, periódicos *ministeriales*, de los que el gobierno se servia para sus fines políticos, principalmente en los reinados de Tiberio, Cómodo y Neron.

Mayoriano pretende reanimar las costumbres y la gloria antigua de Roma, y sus nobles esfuerzos demostraron solamente que era invencible ya la impotencia de los degenerados romanos, bastando cincuenta años para que los bárbaros, que habian salido de sus desconocidas regiones, se repartiesen desdeñosamente los miembros cadavéricos de la nacion que habia sido la señora del universo.

Con la irrupcion de los pueblos de allende el Rhin todo saber é inteligencia se borraron poco á poco, pero de la ignorancia y de la rudeza de aquella época supo sustraerse en parte el estudioso clero: la Iglesia católica fué el custodio de las luces, sentó los primeros fundamentos de esa vigorosa democracia que debia llamarse mas tarde la clase media, y con los cronicónes ó efemérides que escribian y cuidaban los monges, continuó, en la forma propia de aquella edad, la vida y las tradiciones del periodismo.

En la época moderna el periódico debia brotar con vigor inusitado.

Los siglos xv, xvi y xvii son siglos de investigacion, de polémicas, de descubrimientos, de escritores y de reformas, y los sacudimientos políticos comenzados en el xviii, que todo lo conmueven y todo lo rebullen, regocijan á los pueblos, y hacen presentir á los filósofos el reinado de la razon universal.

En la edad moderna el periódico era mas necesario que nunca, y como en la antigua, le precedió en su nuevo desarrollo el folleto.

Sieyes, Constant, Courier, Chateaubriand, Lamennais, en Francia; Fóé, Dryden, Abdisson y Swift, en Inglaterra; San Miguel, Larra, Jovellanos en España, con sus folletos, fueron los precursores del periodismo en su vida moderna, como Aristófanes, Ciceron, San Gerónimo, San Cirilo y San Gregorio Nazianceno, lo habian sido en los tiempos antiguos.

El folleto, precursor casi siempre del periódico, prospera aun en nuestros dias, pero no es bastante á llenar las necesidades de nuestra actividad política y literaria, y solo subsiste como una obra de circunstancias.

Hay quien cree que el periódico moderno se inició en Italia hácia principios del siglo xvii, publicándose en Venecia, llamada por los enciclopedistas el asilo de la libertad, una hoja semanal cuyo precio de lectura era una *gazetta*.

Se estremó tanto en el mismo siglo la aficion por los periódicos, que en 1692 Jungker imprimió su «Tratado histórico de los Diarios de los sábios publicados en Europa.»

En el siglo xviii, en el que, segun se ha dicho sin pugna con la verdad, Dios permitió torrentes de ideas que iluminaran á Europa y torrentes de sangre que la hicieran fértil; en este siglo, que corrigió los desórdenes de Luis XIV de Francia y el fanatismo de Cárlos II de España, el periodismo se desarrolló en las proporciones que correspondia á los tiempos en que se reconoció, ya que no se inventára, *el movimiento continuo* de la ciencia.

Al *Diario* de Sallo y al *Mercurio galante* de Visé, á las *Memorias de Trevoux*, hay que añadir el *Diario de los sábios*, dirigido por los frailes de Santa Genoveva, la *Biblioteca universal de Leclerc*, el *Diario enciclopédico de Bouvillon*, la *Década filosófica*, el *Diario cristiano* y el *Gacetero enco-razado*, entre los numerosos periódicos que aparecieron ya al servicio, de todas las ideas, de todos los partidos, de todas las clases de la sociedad.

En nuestros dias la multitud de periódicos, así políticos como literarios, que se publican, no permite hacer su enumeracion, porque seria tarea mas que difícil para nosotros enfadosa para el lector.

Fama han alcanzado en Francia *Los Debates*, *El Siglo*, el *Almacen pintoresco*, el *Museo de las familias*, la *Ilustracion*, la *Revista de ambos mundos*, el *Diario teológico* y el *Journal du Dimanche*; la *Biblioteca británica*, el *Espectador inglés*, el *Tait's Edimburg Magazine*, el *Times*, el *Daily News* y el *Express*, en Inglaterra; como en Italia, la *Antologia romana*, las *Efemérides de Roma* y el *Diario de Niza*;

las *Actas de los eruditos*, la *Gaceta Universal de Ausburgo*, los *Anales europeos* y la *Minerva*, en Alemania.

En América se han multiplicado tambien los periódicos políticos, observándose, sin embargo, en su redaccion menos fuerza y unidad que en los de Europa, y no habiéndose estendido tanto como en este viejo continente el literario.

Contrayéndonos, no obstante, á España, encuéntrase como primera muestra de nuestros periódicos la *Gaceta de Madrid*, publicada bajo el reinado de Felipe IV.

El *Duende critico*, del bien nacido fraile carmelita Manuel Freire de Silva, hizo fácil y aun preciso el paso del folleto al periódico.

En 17 de Enero de 1758 otorgó Fernando VI privilegio en favor de D. Manuel Ruiz Uribe y compañía, para publicar un *Diario* curioso, erudito, comercial y económico, apareciendo el primer número el 8 de Febrero con noticias de interés general, á lo cual se añadió desde el 19 de Marzo la vida del santo del dia en la primera página, práctica piadosa que siguieron despues muchos periódicos. Dejó de publicarse en el mismo año de su nacimiento, y reapareció en 1786, bajo la direccion de Santiago Tesvin, auxiliado de los acreditados escritores Santiago Salanova, Alvaro Guerrero, Antonio Cacaá y Manuel Casal, siendo tan numerosa su suscripcion, que de los ingresos de ésta su director entregaba anualmente 120,000 reales á los establecimientos de beneficencia,

En 1762 se publicó *El Pensador*, por privilegio que concedió Carlos III á Alvarez de Valladares.

En 1781 nació el *Correo literario de la Europa*, anunciándose seguidamente la *Biblioteca periódica anual* y el *Memorial literario instructivo y curioso de la corte de Madrid*.

Por entonces el periódico que mas se distinguió fué el *Censor*, dirigido por el abogado Cañuelo, colaborado por el jurisconsulto Pereira, honrado por Jovellanos, notable por su espíritu reformador y prohibido como sospechoso de enciclopédista.

Al *Censor* siguió el *Correo de Madrid*, mas literario que

político, aunque se distinguia por sus tendencias reformistas, y que contaba entre sus suscritores á los miembros de la familia real, á muchos de la nobleza, y á no pocos del clero.

El *Apologista universal*, el *Semanario erudito*, el *Corresponsal*, el *Semanario económico*, la *Estafeta*, el *Cliente*, el *Juzgado casero* señalan, á mas de los citados, la marcha, en estos primeros años, del periodismo español.

El régimen representativo inaugurado en España á principio de este siglo, creó la necesidad de los periódicos políticos, y desde esta ya antigua fecha las publicaciones periódicas se han multiplicado en vez de ser restadas en nuestra patria, alcanzando el periodismo, bajo el doble carácter político y literario, su mayor preponderancia desde el día en que Fernando VII ocupó una tumba del Escorial, dejando la libertad la suya para resucitar en el palacio de Madrid.

Eugenio Tápia publica el *Museo literario*, Bartolomé José Gallardo el *Criticon*, Bravo Murillo el *Boletín de jurisprudencia y legislacion*, Salas y Quiroga, *No me olvides*, Alcalá Galiano, Lista, Pidal, Martinez de la Rosa, Donoso, Santisteban la *Revista de Madrid*, San Miguel la *Revista militar*, Bermudez de Castro, el *Iris*, Moron y Carbonell la *Revista de España y del extranjero*, Mellado el *Museo de las familias*, Hartzembusch la *Revista literaria del Español*, Fernandez de los Rios la *Revista Española de Ambos Mundos*, la sociedad económica matritense *El amigo del pais*, periódicos literarios y científicos, y en cuanto á los políticos Galiano publica el *Observador*, Olivan y Quinto la *Abeja*, Donoso, Bravo Murillo y Lopez Pelegrin el *Porvenir*, Balmes el *Pensamiento de la nacion*, consiguiendo el *Fray Gerundio* popularizar la política en nuestro pais, cosa aun no obtenida por el *Tribuno*, la *España*, el *Clamor*, la *Esperanza*, la *Epoca*, el *Diario Español* y las *Novedades*.

Y el gusto al periódico literario y la necesidad del periódico político cunde en las provincias, y Barcelona tuvo su *Diario*, Granada su *Alhambra*, Valencia su *Fénix*, Zaragoza su *Aurora* y Málaga su *Avisador*.

El periodismo cuenta sus doctores y sus mártires, y

concretándose á nuestra península, hay que respetar entre los primeros á Casal, *Alvarez de Valladares*, Alcalá Galiano, Pidal, Martinez de la Rosa, Balmes, Lopez, Larra, Olózaga, Pacheco, Rios Rosas, Gonzalez Bravo, Sartorius, Cánovas del Castillo, Alvarez Lorenzana, Borrego, Salmeron, Castelar, Mañé y Flaquer; y cuando se consulta la no interrumpida série de los segundos, siempre se recuerda con pena al animoso P. Antonio Correa Gorzao, á quien Pombal hizo perecer en un calabozo y á quien la posteridad ha llamado el Horacio lusitano.

La importancia del periódico es hoy extraordinaria y decisiva su influencia. El periódico literario sintetisa el bien del teatro, la utilidad de la novela, la ventaja de la crítica, la enseñanza de la historia; y el político egerce grande influjo en las costumbres y alta autoridad en los pueblos y en los gobiernos, decidiendo á veces los destinos de unos y otros, conforme testimonia la Francia de 1830. El periódico, político y literario, forma en los años el inventario de los siglos.

Honrosa es la mision del periodista, y no es cosa llana su desempeño. El 21 de Abril de 1787 el *Correo de Madrid* la esplicaba, aludiendo al periodista, con esta exactitud y elocuencia: «Todo autor digno de este nombre siente vivamente la injuria que se hace á su semejante: los escritores son los vindicadores de la causa pública, y la opresion que hoy experimenta el vecino mañana será personal. Este es el motivo que les obliga á levantar la voz... El que se consagra á las pesadas obligaciones de escritor es preciso que antes haya sondeado la fuerza de su alma y que esté asegurado de poder resistir con firmeza á los asaltos de los sucesos... Se le exige tambien que fortalezca su voz contra todo aquello que hiere y envilece la humanidad.»

LUIS MARTINO.

Málaga 17 Octubre 1874.

AGRICULTURA.

CULTIVO DEL OLIVO. (*)

II.

En el artículo anterior nos ocupamos de los perjuicios que origina al olivo la tala ó poda, desviándonos de las teorías de Rozier respecto á una operacion tan desastrosa. Hoy trataremos del cultivo que corresponde á la planta y al terreno en que vive, proponiendo las reformas que conceptuamos eficaces al mejoramiento de los sistemas que generalmente se siguen.

Ya indicamos la importancia que reconocemos en el cultivo de las tierras pobladas por olivos. En este sentido enumeraremos las labores que sucesivamente deben practicarse durante el año, tomando como punto de partida la que sigue á la recoleccion del fruto.

Rozier aconseja que se procure atender al terreno que plantado de olivos se destina á la siembra de granos, para evitar se pase el año sin que reciba cultivo. Respecto á la labor que debe recibir la no sembrada dice: «En otros países dan una labor cruzada inmediatamente despues de alzada la cosecha, resultando de esto, además de las ventajas de estas labores relativamente al suelo, que el fruto del árbol se aprovecha de ellas tanto como el árbol mismo. Algunas veces retarda por un momento esta labor la sequedad de la estacion: asi conviene aprovecharse de las primeras

(*) Véase el número 1.º de la REVISTA.

aguas; y si tardan en caer, no se labrará, porque se ocasionará evaporacion muy fuerte que dejará la tierra escaldada.» Conformes con tan razonada teoria, creemos conveniente que tan luego como la tierra esté en condiciones, despues de hecha la recoleccion, se proceda á darle dos hierros cruzados. Si por influencias del tiempo se adelanta la recoleccion de aceitunas, debe esperarse para hacer esta labor á que llegue el mes de Enero, en razon á que consideramos esta época la mas conveniente, fundados en que por este tiempo han terminado las siembras de los granos, y es mas fácil practicarla á los agricultores que tienen yuntas propias, y mas económico á los que utilizan las arrendadas. Nos fijamos en Enero porque pasada la otoñada se destruyen con los arados todas las plantas nacidas, evitándose por consiguiente la sustraccion de los jugos que deben percibir los olivos; y además porque en este mes es casi seguro que hayan caido las aguas necesarias al buen resultado de la operacion.

El tercer hierro debe darse en todo el mes de Marzo, ó principios de Abril, para acabar de limpiar el terreno de las yerbas que hayan podido nacer durante el período que media entre una y otra labor.

En los terrenos apropiado, sería utilísimo el uso de arados de vertedera, por las ventajas que proporcionan; mas en los muy accidentados y pedregosos, solo se pueden utilizar los árabes, que son á la vez fuertes y manejables.

Las labores hechas por medio de cavas serian ventajosísimas para la tierra y el árbol, mas consideramos su excesivo costo, y solo debe practicarse indispensablemente cuando los terrenos han estado privados por algunos años del cultivo natural y necesario y se encuentran encepados de raices, de gramas y de otras yerbas del mismo género. Cuando la construccion baja del olivo y su mucho ramage impidiera que los arados pudieran aproximarse á sus troncos, quedándose por romper la tierra que los rodea, tambien debe procederse á la cava de los piés.

Terminadas las labores de ara, que son las fundamentales del cultivo del olivo, nada hay que hacer en las tierras

hasta los meses de Setiembre y Octubre, en que tiene lugar la operacion del roso. Su práctica consiste en cortar las plantas ya secas y las caretas de los piés, las cuales se reunen en pequeños montones, que generalmente se suelen quemar en los claros que resultan entre los olivos. Este procedimiento admitido, ocasiona muchas veces perjuicios de consideracion, toda vez que los trabajadores encargados de su egecucion no guardan las precauciones necesarias á impedir que se queme el ramage. Para evitar un mal tan positivo, y un peligro tan grave, estimamos conveniente y útil al mismo tiempo, que los montones del roso se cubran bien de tierra, en la forma que lo hacen los carboneros con sus hornos, y de este modo ademas de evitarse el peligro de que el árbol se queme, se obtiene un buen abono, estendiendo las cenizas producidas, mezcladas con la tierra calcinada que las cubria.

El beneficio del estiercol contribuye directamente á mejorar las condiciones generales del olivo, y al aumento de sus frutos. Muchos agricultores lo utilizan depositándolo en piletas abiertas apropósito al rededor de la tronca, cometiendo un grave error, pues sus resultados son nulos, y se pierden los valores correspondientes á la compra y conduccion. Nosotros practicábamos la operacion de aquel modo, siguiendo la vulgar rutina, enemiga siempre de los verdaderos adelantos; mas advertidos por un entendido agricultor (*) procuramos justificar su teoria, y á presencia del mismo descubrimos una piqueta y encontramos el estiercol en la misma disposicion en que estaba cuando fué depositado en ella, hacia mas de cuatro años. Con tan terminante prueba, nos hemos convencido de que para obtener el verdadero abono, debe estenderse en la superficie del terreno; como se practica en las tierras que se siembran granos, dejando al rededor de la tronca un claro sin estercolar, de dos ó tres piés de ancho. Debe procurarse que se cubra por el estiercol todo el círculo determinado por la corpulencia del olivo, á fin de que sus raices perciban el beneficio.

(*) Nuestro sentido amigo el Sr. D. Francisco J. Linares

Rozier fija el mes de Octubre para hacer esta operacion; mas no ha tenido presente que la recoleccion del fruto tiene lugar en el mes de Diciembre y algunas veces en el de Enero, resultando que el estiercol queda estendido sin enterrarse mas de tres meses, sufriendo la accion del sol que lo descompone, sin beneficio para la tierra. Si para evitar este perjuicio se procede á dar un hierro, resultará que la tierra recién arada, dificultará la cojida de la aceituna, y por mucho cuidado que se tenga se mezclarán los terroncillos con el fruto, lo cual es sumamente perjudicial para la elaboracion del aceite. En vista de las anteriores observaciones, juzgamos provechoso que el abono del estiercol se haga pocos dias antes de comenzarse á arar los olivares.

El cultivo del árbol se reduce á una sola operacion: la limpia por medio del calabozo. Esta importantísima operacion consiste en la corta anual de las parásitas que tanto le perjudican, de las taramas y los secos que impiden el desarrollo de las ramillas inmediatas, y de los brotones verticales, vulgo chupones, que no dan fruto y roban el jugo á las ramas fructíferas. Si la lozania del olivo produce aglomeraciones de follage, es necesario aclarar los centros á fin de obtener ventilacion y que el aire y la lluvia puedan penetrar por sus ramages.

Para terminar debemos hacer constar la conveniencia de que no se permita en los prédios de olivares la entrada del ganado de rumio, pues es indudable el daño que origina. Las ovejas por el contrario benefician el terreno, y mucho mas todavia si se les prepara la dormida dentro de redes, de las que usan los labradores, que deberán mudarse de lugar cuando se considere conveniente.

La esperiencia nos ha demostrado las ventajas positivas que se obtienen observando el método sencillo que acabamos de exponer, para el cultivo del olivo. Si algunos labradores lo aceptan, y los resultados prácticos justifican nuestras opiniones, tendremos la satisfaccion de haber contribuido en algo al mejoramiento de nuestros olivares.

LA LITERATURA DRAMÁTICA.

I.

El Teatro es el monumento vivo de todas las generaciones, el resumen de la Historia, la sombra de los siglos, el espíritu de todas las edades, el depositario de todas las civilizaciones, el profesor eterno de la moral, y el eterno catedrático de las costumbres.

La ciencia, la industria, las letras y las artes, flores que de consuno embalsaman, sublimándolo, el pensamiento del hombre, que se eleva al infinito, nacen, viven, crecen y se desarrollan en el invernáculo de la inteligencia humana, en las regiones ideales de lo increado; aportan indistinta y respectivamente su contingente á la Escena, y forman *ese todo* armónico, variado y bello que constituye el ARTE DRAMÁTICO. La Escena es el crisol donde se funden los sentimientos, las pasiones, las aspiraciones y las ideas de todo un pueblo; por eso el Teatro, en todas las épocas, es el fiel reflejo de la sociedad que le da vida; el trasunto exacto de sus grandezas ó de sus miserias; el barómetro inflexible que marca con severa verdad los grados de civilizacion y de cultura que alcanzan las razas y las naciones.

Sentadas estas ideas y examinado el estado actual de nuestro Teatro, preciso es confesar, aunque sea con dolor é hipotéticamente, que la moral pública de nuestros dias es una moral peligrosa, endémica, siendo su carácter distintivo el hastío y la indiferencia.

¿Quién no cree, viendo invadida nuestra Escena por el género *bufo* y por el *can-can*, espectáculos groseros y repugnantes que aplauden con verdadero frenesí públicos numerosos, que el arte dramático ha decaído notablemente? ¿Quién, aun prescindiendo de esos espectáculos, no abraza la misma creencia examinando las obras que se escriben expresa y exclusivamente para los teatros llamados de segundo y tercer orden, y aun para teatros importantes algunas veces, y en cuyas obras, ligeras é insustanciales por punto general, se prescinde casi siempre de las reglas del arte y en no pocas ocasiones de la moral y del buen gusto?

Que el Teatro atraviesa una laboriosa y profunda crisis, fuera está de toda discusion. ¿El decaimiento del Teatro, significa asimismo el decaimiento de la generacion presente? Si hacemos esta concesion, de consecuencia en consecuencia vendremos fatalmente á parar en el convencimiento de que la actual sociedad se halla al borde del abismo para dejar paso á otras civilizaciones mas viriles y robustas, encargadas de realizar, conforme al destino providencial del hombre, la mision histórica del último tercio del siglo XIX. ¡Desgarradora idea que debemos valerosamente rechazar, buscando el mal y su origen en otras causas, si no independientes por completo de la voluntad del público, corregibles al ménos por los que tienen la sagrada mision de guiarle!...

Los poetas, los autores dramáticos, han sido siempre, en todas las épocas, los centinelas avanzados de la civilizacion; han formado la vanguardia del progreso, han desempeñado el alto cometido de ingenieros sociales por cuyos planos han tenido que modelarse, en círculos concretos y determinados, todas las ideas y todas las costumbres de los pueblos.

El autor dramático, para ser escuchado con atencion y con justicia celebrado; para que sus obras se impongan á la multitud y causen admiracion en su ánimo, preciso es que esas obras se eleven sobre el nivel de la pública inteligencia, señalando una senda por recorrer y apuntando una idea por analizar. Por eso el autor dramático, si aspira á llenar su mision con aplauso de su siglo, ha de verter en sus producciones el sentimiento tierno y profético del poeta,

las verdades y la esperiencia del filósofo, la ciencia y la pasion del hombre político, porque político, filósofo y poeta es el pueblo que ha de juzgarle, recogiendo sus ideas y sus impresiones. De lo contrario; diciendo al público lo que el público sabe, y menos aun, éste, hastiado con la vulgaridad y la repeticion, se estravia, pierde el gusto artístico y busca esos espectáculos ligeros é insustanciales que hablan á la materia sin interesar para nada el espíritu, y en los cuales se prescinde en absoluto de la honestidad del arte, de la severidad de la propaganda y de las exigencias de la moral. El público asiste á esos espectáculos y los aplaude, sin analizarlos, porque no encuentra otros que le interesen verdaderamente.

«La humanidad—ha dicho un ilustrado escritor—entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida: infancia, virilidad y madurez; admiracion y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexion y exámen en la tercera.»

Que la sociedad presente se encuentra en el período de la reflexion y el exámen; que han pasado las épocas de la admiracion y el contento, del entusiasmo y la fuerza—por mas que la fuerza se siga empleando, como una necesidad, contra todo el torrente de la civilizacion—es incuestionable. La generacion actual, siguiendo las últimas tendencias de la pasada, ha ido destruyendo uno por uno los errores que sancionaron la inexperiencia, el fanatismo y la ignorancia de los primeros tiempos. Hoy, gracias á la jamás interrumpida marcha del progreso humano, la razon y la ciencia han venido á ocupar el lugar que llenaban la *fé* y la *fantasia*.

Aunque al Teatro no deben llevarse las cuestiones candentes y palpitantes de la política, fuerza es reconocer que el movimiento político, sobre todo en los tiempos presentes, lleva á todas partes, principalmente al Teatro, su avasalladora influencia. Los autores dramáticos, como decimos mas arriba, no deben llevar á la escena las cuestiones políticas del momento; pero sí deben recojer la sávia de las ideas dominantes en la mayoria, porque esas ideas constituyen

estado social, analizarlas, mezclarlas, por decirlo así, con las ideas del porvenir que el poeta verdadero presiente siempre, é imprimir en sus obras el sello de la *realidad* y de la *novedad*, patentizar las exageraciones y los errores, é ir allanando el camino á los elementos sanos de la sociedad, á esos elementos que buscan con avidez la buena senda.

Como el rio que se desvia de su cauce natural, tiene que perderse necesariamente en la inmensidad de la llanura ó sepultarse por entre las grietas de las rocas, el Teatro, al desviarse del sentimiento de la generacion que le dá vida, se pierde *fatalmentz* en el erial del mal gusto, y el arte se prostituye viniendo á caer en los mas oscuros é insondables abismos.

Si es verdad que nuestra raza se halla postrada, como dicen algunos—sin que nosotros lo creamos;—si es cierto que nuestro siglo ha caido en el escepticismo de la duda, como afirman otros, no es el Teatro el que se aparta de la sociedad, sino la sociedad del Teatro.

Procuraremos aclarar esta duda en artículos posteriores, echando una rápida ojeada sobre la historia de nuestro Teatro y sobre el modo de ser de la sociedad presente.

FRANCISCO FLORES Y GARCIA.

Madrid, 1874.

REVISTA POLÍTICA Y LITERARIA.

Desde que escribimos la última revista, ningún acontecimiento notable ha venido á cambiar la situación de nuestro país, que sigue arrastrando difícil y azarosa existencia, consumido por la guerra civil y por la insurrección cubana, desencantado ante las divisiones y la completa descomposición de los partidos políticos, abrumado por las cargas que tan trabajosamente viene soportando hace mucho tiempo.

Algo ha mejorado el aspecto de la guerra en el centro desde la derrota de Lozano, cuya osada expedición ha sido tan funesta para las provincias de Murcia y Albacete; viéndose, con la prisión de este cabecilla, los pueblos andaluces limpios de las partidas carlistas que por un momento penetraron en nuestro suelo, con admiración de todos los que conocen el carácter y el espíritu levantado de la libre Andalucía.

Sentimos no poder decir lo mismo con respecto á Cataluña, donde la guerra no pierde su importancia; ni sobre las provincias del Norte, cuna y baluarte de la insurrección, cuyos fanáticos hijos, tan amantes de su libertad y de sus fueros, sostienen tenazmente la guerra, empeñados en dar á España un rey absoluto que les conserve á ellos los privilegios y las libertades, que hace tiempo debieran haber perdido, por su ingrata deslealtad que tantas tribulaciones, tanta ruina, tanta sangre ha traído sobre nuestra desventurada patria.

La otra guerra—la de Madrid,—la que sostienen enconadamente los numerosos grupos en que se dividen las parcialidades políticas, tampoco pierde importancia, librándose cada día nuevos y reñidos combates en las tertulias y círculos, en las redacciones de los periódicos y en las mesas de *Fornos* y del *Suizo*.

Las mismas ambiciones, los mismos apetitos de mando, los mismos rencores, la misma falta de patriotismo de que nos hemos lamentado tantas veces, entre los que hacen política menuda y del día, en vez de contribuir á formar

grandes agrupaciones con pensamiento determinado, que si no llevasen al poder inmediatamente, reconstruyeran lo descompuesto, teniendo una idea y afirmaciones concretas para lo porvenir.

No carece de importancia en estos momentos la última circular dirigida á los gobernadores por el Sr. Sagasta.

Este documento viene á confirmar cuanto tenemos dicho acerca de la deplorable situacion en que se encuentra nuestro pobre pais, empeñado en dos guerras que son nuestra ruina, perdido el asiento de esta revuelta sociedad, rotos ó quebrantados los resortes del poder público, pervertido el sentido moral en todas las esferas. Y como si esto no bastara, la circular del Sr. ministro nos anuncia que, aun conociendo su impotencia, hay gentes que se agitan para turbar materialmente el orden público.

Con este motivo, al recomendar el Sr. Sagasta á los gobernadores que vigilen á los enemigos del reposo público, y que usen con ellos cuantos medios les conceden las disposiciones vigentes, les aconseja que no empleen peligrosas benevolencias para unos ni crueles ensañamientos para otros, que cree inútiles rigores que desprestigian la autoridad.

El Gobierno declara su propósito de que cuanto antes pueda entregarse el pais al uso de todas las libertades, funcionando la máquina de nuestras instituciones y muy especialmente las Cortes; pero añadiendo que para que la voluntad de la nacion se manifieste es preciso acabar antes con la insurreccion carlista ó reducirla á exiguas proporciones.

El estado financiero del pais cada dia es mas afflictivo, y los españoles—que segun declara el Sr. Sagasta en la circular de que acabamos de ocuparnos, han puesto á disposicion del Gobierno cuantos recursos en hombres y dinero se les han pedido—hacen sus últimos esfuerzos para soportar las cargas que los agobian.

El labrador saca á la tierra sus últimos productos, que ya no alcanzan á la altura del impuesto; el comercio, entorpecido por la guerra en su gestion y su movimiento, castigado por repetidas y forzosas quiebras, cae mas cada dia y no puede soportar las crecidas contribuciones que les reparten; los artistas yacen abandonados; las industrias están perdidas.

Esta, por desgracia, es nuestra verdadera situacion económica. Este es el estado deplorable á que nos han traido, tanto los que obstinados sostienen sin esperanza de triunfo una guerra fratricida, como los que buscando el mejoramiento y el medro personal, se despedazan en mezquinas luchas

de partido, olvidando que ha sonado la hora del acuerdo entre todos los hombres honrados y de buena voluntad, que no sean escépticos ni indiferentes ante los gravísimos peligros que en estos tristes días corren la libertad y la patria.

Hemos sabido con satisfaccion que la Academia de la Historia ha nombrado académico corresponsal en Málaga á nuestro estimado amigo y paisano D. Francisco Guillen Robles, el cual remitió en su día á la referida corporacion un ejemplar de la *Historia de Málaga y su provincia* que con tan buen éxito ha publicado.

En el próximo número insertaremos la segunda de las Cartas que con el título *La Filosofía y la cultura popular* ha tenido la bondad de dedicarnos nuestro querido amigo el ilustrado filósofo D. Nicolás Salmeron y Alonso.

La primera Carta ha llamado extraordinariamente la atencion y la segunda es esperada con gran impaciencia.

El Sr. Salmeron nos ha ofrecido honrarnos todos los meses con uno de estos interesantísimos escritos.

A la lista de nuestros redactores y colaboradores hemos añadido el nombre de uno de nuestros primeros y mas distinguidos literatos. El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, hijo ilustre de Málaga, nos ha ofrecido favorecernos con algunos de sus importantes trabajos, que seguramente vendrán á dar honor y vida á la REVISTA DE ANDALUCIA.

El jóven literato D. Joaquin Madolell Perea, no conforme con las ideas emitidas por nuestro estimado amigo D. Manuel M.^a Palomo en su artículo *Nada*, publicado en el número anterior de la REVISTA, nos ha remitido un escrito sobre el referido trabajo, proponiéndose presentar en otros varios artículos las razones en que funda su impugnacion.

Plácenos esta clase de polémicas, y en el número inmediato comenzaremos la insercion de los artículos del señor Madolell Perea. El primero que nos ha remitido está escrito, como esperábamos, delicadamente.

Las armas que esgrime el articulista son corteses y de buena ley—como deseaba el ilustrado autor de la Carta que sirvió de Prólogo á nuestra publicacion,—únicas á que dignamente se debe acudir en los templados y serenos combates de la inteligencia.

ANTONIO LUIS CARRION.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

La *Revista Europea* ha entrado en el tercer tomo de su publicacion con el número 36, que acaba de dar á luz, y que es uno de los mas interesantes de la coleccion, pues contiene un gran estudio del célebre catedrático aleman, Bois-Reimond, titulado: *Los límites de la filosofía natural*; una nueva novelita de Alarcon, *La última calaverada*; un artículo científico-industrial del Sr. Vicuña, examinando la importante cuestion de los riegos y de las norias, bombas y máquinas que deben usarse; un estudio sobre el suicidio por el P. Sommervogel, de la Compañía de Jesús; un interesante trabajo del Sr. Garrido Estrada acerca de las poesías de Sor Juana Inés de la Cruz; tres artículos, titulados: *La Tierra Francisco-José*, por W. de Fonvielle; *La temperatura del Sol*, por M. J. Violle; *Las creencias de los Indios*, por A. P. Reid; y varias noticias útiles, y reseñas de las sesiones de las sociedades y academias científicas.

Hemos tenido el gusto de recibir el primer número de un nuevo semanario satírico y literario, que con el título de *El Florete* ha empezado á publicarse en esta ciudad, bajo la direccion del laborioso y aplicado jóven nuestro amigo D. José M.^a Jaramillo. En esta publicacion se darán caricaturas y retratos de nuestros mas célebres hombres. El primer número trae una buena caricatura y el retrato del Sr. Rios Rosas. La parte artística se halla á cargo del dibujante Sr. Neddermann.

DIRECTOR-PROPIETARIO,

ANTONIO LUIS CARRION.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA.

(Continuacion.)

XVI.

Pese á los esplendores y magnificencias de las llamadas antiguas civilizaciones, la humanidad durante una larga noche de siglos, yace en la abyeccion y en la barbarie. Allí donde imperaba la esclavitud; donde el destino de la criatura venia marcado desde el nacimiento; donde una repugnante division de castas abria un abismo entre los hombres, y estos, en su inmensa mayoría, se reputaban cosas, teniéndose en menos, en muchas ocasiones, al ser racional que á la bestia; no podia haber mas que miseria y degradacion en el fondo, y al lado de la mas altiva de las soberbias, la humillacion mas abyecta, sin que imperar pudiera otra cosa que la fuerza, y siempre la sin razon y la injusticia y el capricho del mas fuerte.

XVII.

Por dicha de la mayor y de la mejor parte de la humanidad esclavizada, en medio de esa larga noche de barbarie aparece una aurora riente, precursora de un dia que promete á los hombres consuelos infinitos, y les deja vislumbrar horizontes desconocidos y lejanos, pero de grande hermosura y radiante luz. Nace Jesus, y á su nacimiento cuéntase que pueblan los aires voces de sin igual dulzura, y traen á los oidos humanos palabras tan misteriosas

como nuevas, é impregnadas en tanta d6sis de amor, que los corazones se estremecen en santa esperanza. ¡Gloria á Dios en las alturas! Paz al hombre en la tierra! asi publican esas voces. ¡Paz al hombre en la tierra! ¡Cuándo se habia dicho cosa igual? ¡No era esto el anuncio de una nueva era de amor y de caridad, y por consiguiente de la terminacion de tantos y tan atroces males como venian afligiendo á los hombres? ¡No era la desaparicion de la odiosa servidumbre, principio de la libertad del ser racional? ¡Paz al hombre en la tierra! ¡Oh dicha inefable! ¡Oh ventura sin igual!

XVIII.

Da principio Jesus á la grande obra y á hacer prosélitos. No son estos los poderosos de la tierra, sino los desheredados; no los que gozan sino los que sufren; no los fuertes sino los humildes; no los hombres de guerra sino de paz. Jesus condena la fuerza, anatematiza la violencia, acrimina la avaricia, la ambicion, la soberbia: «Amaos como hermanos; amad á vuestros enemigos; bendecid á los que os maldicen; orad por los que os calumnian; lo que quereis que hagan con vosotros los hombres eso mismo haced vosotros con ellos; perdonad y sereis perdonados» La boca del divino Redentor solo se abre para verter á torrentes palabras de consuelo, de alivio, de paz y de esperanza. Ya en la cruz esclama: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen.» El perdon, la clemencia, la paz hasta para sus verdugos!

No puede darse mas allá en la senda de la caridad y del amor; no puede darse mas allá tampoco en la condenacion de la fuerza, de la violencia, de la tiranía; nada mas allá aun para la consagracion de la paz, de la fraternidad entre los hombres.

XIX.

Los fuertes y poderosos de la tierra meditan sobre las palabras de Jesus: recházanlas però tiemblan interiormente:

los débiles y oprimidos acójenlas sin meditarlas, porque son mas que la espresion de los dolores y sufrimientos de la humanidad, la esperanza en mejores dias para ella.

La doctrina de Jesus predicada por los Apóstoles halla eco en los corazones de las muchedumbres, porque en ella está el remedio á sus largos sufrimientos; y los privilegiados hasta entonces la resisten porque ella es la condenacion de sus acciones, de su modo de ser social. Y porque esa doctrina viene á cambiar la faz de la humanidad en beneficio del mayor número, victima de los menos, se estiende solo por la fuerza de la palabra, con la persecucion y con el martirio; y contra ella se embota el hierro de las lanzas, y el filo de las espadas, y se destrozan los instrumentos del tormento, y se cansan los brazos de los verdugos. Derrúmbase, al fin, la sociedad pagana, y sobre sus ruinas álzase el cristianismo con todas sus santas promesas de paz, de amor, de caridad.

XX.

Hagamos de paso una reflexion importantísima. Ninguna idea se ha presentado en el transcurso de los siglos mas destructora que lo fué el cristianismo para el modo de ser de la sociedad de aquellos tiempos. No venia á combatir solamente algunos privilegios, no á desterrar algunos abusos, no á variar las condiciones de algunas clases: venia á hacer la revolucion mas radical de que pueda formarse idea; era una triple revolucion política, religiosa y social, que iba á cambiar leyes, á derribar altares, á variar hábitos y costumbres, á atacar y á destruir derechos que se reputaban sagrados, á dar la libertad á los oprimidos, á condenar á los opresores, á hacer iguales al siervo y al señor, hermanos al tirano y á la victima, en nombre todo de una nueva doctrina de amor y de paz. Larga fué la lucha, tenaz la resistencia, porque eran grandes los medios de represion y de fuerza de que disponian los que se creian perjudicados y amenazados; pero todo fué inútil. La

nueva idea, aparte de su origen, era alta, sublime, salvadora; y debía imponerse y se impuso mas que por la fuerza material, porque de ninguna podia disponer en un principio, por su bondad intrínseca, porque respondia á una gran necesidad social. He ahí el secreto de la fuerza inmensa de las ideas. Cuando son beneficiosas al mayor número, y por eso se les da acceso, en vano es que se les opongan muros y toda clase de resistencias. La idea al fin todo lo avasalla, y domina en absoluto. Asi ha sido, asi es, asi será.

XXI.

Facil es de concebir el estado permanente de guerra en los siglos de hierro que pasaron, en los que el derecho de la fuerza era la razon del derecho, y en los que la guerra, y cuanto á ella se relaciona, era la sola ocupacion de la ínfima parte privilegiada de la humanidad, en contraposicion de la inmensa mayoría, sujeta á una servidumbre inícuca y á condiciones serviles. Cuerpos de bronce, corazones de piedra, cabezas de hierro impenetrables á las ideas y sentimientos, productos de épocas mas civilizadas, la guerra era para millares de hombres lo que es hoy para el mayor número las artes, la industria, el comercio, el trabajo, en fin: era su única ocupacion; la satisfaccion de sus necesidades, de sus ambiciones, de sus ódios, de sus venganzas, y hasta, puede decirse sin temor de parecer paradógico, la satisfaccion de placeres y de goces; que goces sentian aquellas feroces y rudas naturalezas por los golpes que daban y recibian, entre los ayes y clamores de los vencidos, y los salvajes gritos de los vencedores.

Y si esto sucedia á esa parte que podemos llamar militante, la multitud que á las grandes guerras y en ocasiones iba en seguimiento de sus príncipes y señores, sino participaba de sus sentimientos guerreros, le animaba otro que influia no menos favorablemente en las cuestiones sangrientas de aquellos tiempos: el indiferentismo á la vida, el desprecio á la muerte, producido por su estado y condicion miserables. ¿Qué le importaba al infeliz siervo

recibir el golpe de gracia? ¿Qué lazo, doloroso de desatar, de romper, le unia á la tierra? ¿Y que le daba dejar de ser al mercenario que vendia sus servicios para matar y ser muerto? Todos tenian en menos una existencia que puede decirse no les pertenecia de derecho, sino que era prestada, y en condiciones tan deplorables que no merecia la pena de esforzarse para conservarla.

Pero si todo esto se concibe dado el estado de aquellas sociedades, parece que es legítima la sorpresa que causa el ver cuan tarda y lentamente la nueva civilizacion cristiana combate y procura estirpar la obra del génio del mal, que tiene su mas viva representacion en la guerra; y como consecuencia en la servidumbre de los pueblos, y en la conservacion de los mas indignos y repugnantes privilegios y abusos señoriales.

XXII.

Poco cuesta desarraigar el tierno arbolillo, pero la vieja encina, resiste el ímpetu del viento huracanado, que solo á fuerza de violencia puede dar con ella en tierra. El edificio que levantan los siglos, solo los siglos pueden derribarlo: tal se arraigan las creencias, las costumbres, el modo de ser de las sociedades, los intereses que se han ido creando y fomentando. La obra pues de centenares de siglos, anteriores al cristianismo, no podia ir desapareciendo sino en el trascurso de los siguientes. Emperadores, reyes, magnates, señores, vasallos, todos abrazaron el cristianismo; y sin embargo la doctrina de Cristo, propalada por los lábios, era rechazada por el corazon de los poderosos de la tierra, y los débiles no tocaban los beneficios á que por ella tenian un derecho. La odiosa servidumbre, y los mas odiosos y repugnantes privilegios, continuaron imperantes, y la fuerza y la guerra hollando todo derecho, toda razon, todo principio humanitario, ensangrentando la tierra, y vilipendiando al Dios que se pretendia adorar y rendir culto esterno y fastuoso.

Pero la semilla del cristianismo debia fructificar y ha

fructificado. Siglos de luchas incesantes, de convulsiones horribles, de tormentos y martirios, entre opresores y oprimidos, entre privilegiados y desposeídos; siglos de controversias, de disputas, de difusión de ideas y de principios; la luz del saber pugnando por abrirse paso al través de las tinieblas de la ignorancia; la cultura en noble empeño contra la barbarie; la razón pretendiendo establecer su imperio sobre la fuerza; el bien, en suma, oponiéndose siempre al mal; siglos enteros de trabajos indecibles, de esfuerzos inauditos de la sana razón, contra los errores y el fanatismo de todos los tiempos, han sido necesarios para que el hombre entre en la plenitud de su ser, de su dignidad; para establecer la posible igualdad que debe haber entre todos; para dulcificar las costumbres, para establecer hábitos de cultura, imbuir sentimientos humanitarios; para ir, en suma, preparando al hombre á conocer bien la alteza de sus destinos, y al advenimiento de la fraternidad y paz universal por medio de las puras y sencillas prácticas del cristianismo.

XXIII.

Las dificultades y las mayores dilaciones de toda obra están en los principios. Para construir un edificio, es menester concebir el proyecto, formar los planos, acopiar materiales, abrir cimientos. Todo esto necesita mucho tiempo pero no se tiene en cuenta, y solo parece que la obra se inicia y marcha desde que empieza á elevarse de la superficie de la tierra, porque hasta entonces no han podido apreciarse materialmente los adelantos. Ved una locomotora; es una masa inerte, pasiva: sin embargo, arde ya en ella el fuego, se calienta el agua y gradualmente se pone en ebullición: es que se está elaborando el agente del movimiento. Llegó el instante dado; la masa inerte se estremece, ruge, se agita, lenta al principio, pero á poco se lanza á través de los campos con una velocidad increíble. El edificio de la civilización moderna, la locomotora, el espíritu del progreso de la humanidad, han necesitado siglos de preparación; pero cuán rápidamente se adelanta en

la construccion y en la marcha! Mas de diez y siete siglos posteriores al cristianismo, se han invertido en la preparacion ignorada, lenta, pero segura, de la grande obra; y en poco mas de un siglo el edificio aparece ya si no terminado, dejando conocer y apreciar toda su belleza, toda su grandeza, toda su magestad.

XXIV.

No es nuestro ánimo presentar el cuadro de la civilizacion del siglo xix, comparándolo con la multitud de los siglos que le han precedido. El progreso de la humanidad es tan visible, son tan palpables los adelantos hechos en pró de la misma, que no puede haber razon sana que lo ponga en duda. Basta á nuestro propósito lo que queda consignado en relacion con el pensamiento que nos ocupa: la Guerra. He aquí lo que ha quedado mas prepotente de los tiempos que fueron: he aquí lo que resiste todavia y promete seguir resistiendo al espíritu de concordia, de fraternidad. No nos sorprende: la guerra, la fuerza bruta han sido el alimento principal con que se han nutrido los siglos; la fuerza, la guerra han sido el fundamento principal, la base de las sociedades que pasaron. No nos sorprende, que aun se deje sentir esa grande iniquidad; y que el aterrador fantasma continúe visible, infundiendo recelos y temores. Triste es por demas, que cuando lo juzgamos sino cadavérico, desfalleciente, lo veamos levantarse erguido y sañado, con todo su séquito de horrores, y recorrer provincias y reinos, llevando siempre á todas partes la desolacion y la muerte: triste es por demas, que cuando cansado mas no harto, acaso, de sangre y de esterminio, se retira á sus antros, no se pueda todavia alimentar la esperanza de que no ha de volver á presentarse por largo tiempo, ya que no perderse por siempre, y haya que vivir bajo la pesadilla funesta de ver á la Guerra preparada siempre á intervenir en los destinos de los pueblos, para resolverlos á medida de sus bárbaros caprichos y furoros.

Pero el porvenir es de la Paz; porque los amigos de la paz acrecen y se multiplican; y multiplicándose ellos van desapareciendo los medios de accion de que puede disponer la guerra. ¿Quién se atreve ya á mostrarse partidario de la guerra, solo por la guerra? ¿Quién á rendirle culto ciego y fanático? Los mismos que hoy profesan el egercicio de las armas, son invensibles, por ventura, á los goces, á las delicias de la paz? ¿No participan ya de las mismas ideas en este punto que los demas hombres? ¿No van á la guerra, puede decirse, con sentimiento y para cumplir solo con un deber, y al ir no hacen votos por la mas pronta y feliz terminacion de lo que se reputa como un mal inmenso, como la mayor de las calamidades?

XXV.

Puede creerse que ya no nacen conquistadores, que se ha estinguido la raza. Ademas las conquistas de hombres y de pueblos, solamente por el afan de conquistar, de aumentar el poder, el dominio de un hombre, se dificultan cada dia, y á medida que adelante el siglo se iran haciendo imposibles. ¿Quién sabe si andando los tiempos Alejandro, Cesar, Pompeyo, el mismo Napoleon, y tantos otros capitanes y guerreros reputados grandes, serán tenidos por mitos, si es que su nombre no se borra, gracias á la historia? Pero seguramente otro será el juicio, el concepto que las generaciones venideras formarán de la valía de los que tiñendo en sangre la tierra legaron su nombre á la posteridad. Hoy mismo todos esos nombres famosos, apenas si se presentan á la mente, y pese á la aureola de gloria con que se ha venido rodeándolos, aparecen tan borrados y oscuros que es de temer se estingan de un todo. Otros de la misma remota antigüedad, porque no es la antigüedad la causa de su decadencia, permanecen cercados de luz, que será para ellos eterna: Sócrates, Platon, Aristóteles y otros de siglos lejanos; y Colon, Guttemberg, Galileo, Newton, Franklin, Jenner y ciento y ciento de edades mas cercanas, y cientos mas de nuestros mismos dias, des-

nudos de poderío, de mando, de grandezas, pero ricos, poderosos en ciencia, y vertiéndola á raudales, y con las ciencias y los maravillosos adelantos de la industria, del comercio, del trabajo libre y por lo mismo fecundo, preparando cada dia mas el advenimiento, el reinado de la paz sobre la tierra; todos esos nombres serán los que de generacion en generacion irán trasmitiéndose, bendecidos, para no borrarse jamas; porque de hoy mas no se computará para medir la valía del hombre, ni su poder, ni su grandeza, ni su valor, ni su dominacion, sino los mayores bienes que con su ciencia, con sus sacrificios, con sus trabajos, con su caridad, con su amor hayan dispensado á la humanidad. Y en medio de esa pléyade de nombres verdaderamente grandes, verdaderamente ilustres, verdaderamente imperecederos, descollará el gran nombre de Jesus; que la figura del Cristo, aunque quisiera prescindirse de su origen divino, siempre será la gran figura de los siglos, porque su doctrina ha sido el manantial inagotable de que brotan los sentimientos de paz, de amor y de caridad, que tan ávidamente absorben todos los grandes pensadores, todos los que se consagran á la consecucion de la grande obra de la civilizacion, todos los partidarios de la libertad y del progreso, por mas que muchos ni aun sepan darse cuenta ó desconozcan el móvil poderoso que los impulsa.

XXVI.

Juzgando racionalmente, todo se auna para hacernos creer que la época de las guerras por espíritu de conquista y de dominacion ha pasado para mas no volver, al menos por lo que toca á las naciones civilizadas.

Bastaba en lo antiguo la voluntad de un hombre para la guerra de conquista; bastaba el capricho de este ó del otro señor para encender la guerra contra otros príncipes ó señores, y llevarlo todo á sangre y fuego. Hoy es necesario contar con los pueblos, con las nacionalidades, y no son los intereses de los poderosos los que por la guerra han de ventilarse, sino los intereses generales de los res-

pectivos paises. Y estos intereses, merced al poderoso influjo del trabajo libre, se van mancomunando hasta el punto de confundirse en uno. El comercio y la industria, y la casi fabulosa facilidad de las comunicaciones, acercando cada dia mas los hombres, crean multiplicadas y fraternales relaciones y hábitos de cultura, y avivan mas y mas los sentimientos humanitarios, ahuyentando, hasta que lleguen á estirparse de un todo, las injustas prevenciones de nacion á nacion, de raza á raza, que aun puedan alimentarse; prevenciones que en tiempos no muy lejanos todavia se traducian por aversion y odio.

Si, cada dia que pasa se acercan mas los diferentes pueblos de la tierra, y estrechan sus relaciones y amalgaman sus intereses; cada dia mas, la civilizacion moderna estiende su influjo benéfico á todos los lugares, y puede decirse que hasta en los mas apartados y recónditos refleja su calor, su luz que es á la vida de la humanidad, lo que el astro rey á la creacion. Toda esa mancomunidad de afectos y de intereses entre las naciones civilizadas, imposibilita, á no dudarlo, la invasion y la conquista. A poco que se fije la atencion en el estado de las relaciones mercantiles, industriales, financieras, que hay entre las diferentes nacionalidades, se comprenderá que son otros tantos obstáculos casi insuperables para la guerra de conquista, porque esos múltiples y cuantiosos intereses son centinelas vigilantes, salvaguardias de la concordia y de la paz.

No queremos ocuparnos de las antiguas invasiones de pueblos bárbaros y desconocidos, con relacion á nuestra época. ¿Dónde existen hoy? ¿Y si existen dónde sus medios de accion para intentar la conquista de pueblos civilizados?

XXVII.

Hay conquistas, habrá conquistas; pero no serán las conquistas de la fuerza bruta sobre el derecho, sino las del derecho sobre la fuerza; serán las conquistas de la civilizacion sobre la barbarie y la ignorancia; de la razon sobre el fanatismo y las supersticiones que aun puedan

existir. No serán los instrumentos de esas conquistas, legiones guerreras y armas mortíferas y destructoras, sino pacíficas é inteligentes cohortes de viajeros, de artistas, de comisionistas, de navegantes atrevidos, de naturalistas, ávidos de arrancar nuevos secretos á la naturaleza, de sábios ansiosos de propagar sus conocimientos y de adquirirlos mayores, de trabajadores, de misioneros, recorriendo toda la tierra, siendo sus armas y medios de combate y de lucha, el comercio, la industria, el arte, las ciencias, el vapor, la electricidad, el libro, el periódico, la biblia, el breviario, la Cruz!

Esas son las invasiones, esas las conquistas de preveer y de esperar para adelante; esas las luchas sublimes y soberbias que debe haber entre los pueblos; luchas de inteligencia, de adelantos, de inventos, de progreso en todo lo bueno, en todo lo beneficioso; luchas que tiendan á consolidar los lazos de fraternidad, de paz que deben unir á todos los hombres en siglos venideros, como compensacion debida, justa á los cruentos dolores y sacrificios de la humanidad en los siglos que han sido.

XXVIII.

El espíritu de libertad y de tolerancia, fruto preciado del árbol de la civilizacion moderna, y producto de la ilustracion y de los incesantes esfuerzos de la inteligencia para elevar la condicion del hombre, haciendo comprender lo que hay en él de superior á las ideas y preocupaciones y conveniencias sociales de los diferentes tiempos, y por lo mismo privativo de él é independiente de todo otro poder y voluntad, ha venido igualmente á poner un fuerte freno á las guerras religiosas. Ciertó es que tiene por contrario al monstruo del fanatismo y de la supersticion, que defiende tenazmente su ya por demas vacilante poderío, pero en vano se opone á la magestuosa y progresiva marcha de la tolerancia, de la libertad religiosa. Si el hombre no es respetado en su conciencia, ¿dónde están la libertad, la dignidad humana? Pero en este punto casi no es permitido ali-

mentar la duda. Podrá haber todavía algun sacudimiento doloroso, alguna lucha pasajera, por cruda que sea, pero no es permitido creer en un eclipse tan profundo y prolongado de la razon, en una tamaña abdicacion de la conciencia humana, que la tierra vuelva á ser teatro de las guerras religiosas que en tiempos pasados la cubrieron de sangre y de luto.

S. CASILARI.

(Se continuará.)

N A D A

I.

En el número segundo de esta REVISTA apareció un artículo, en el cual bajo el mismo epígrafe que coloqué al frente de estos mal pergeñados renglones, se desarrollaba larga serie de consideraciones encaminadas, si no á demostrar la existencia negativa de los seres, al menos á indicar la necesidad de admitir la *existencia de la nada*, dado que *la esencia pura y la plenitud del ser solo radican en Dios*.

Entre difusas premisas é ilógicas conclusiones, se proponía el articulista evidenciar que en lo finito entra la *nada* como elemento integrante, y como consecuencia de esto apuntaba la idea extravagante de que acaso cuanto constituye la Creacion sea pura ilusion de nuestros sentidos, sea para la razon, simple resultado de una pura determinacion subgetiva, sin que nada obgetivo y real le ocasione las modificaciones que ella experimenta al funcionar comparando y afirmando, esto es, al formar juicios.

Doctrina es esta que ya ha tenido sus defensores en el campo de la filosofía y que ante la critica severa de una lógica inflexible ha tenido que sucumbir, arrastrando por el suelo el nombre de aquellos que la sostuvieron.

Yo que no pretendo poseer criterio de plena verdad sobre cuestion tan seria y trascendental, y que estoy muy lejos de cobijarme bajo la bandera que levantan aquellas escuelas modernas que orgullosas niegan la existencia de Dios y defienden como incontrovertible la preexistencia del *cosmos* y la *generacion espontánea*, me propongo en el presente

artículo emitir algunas consideraciones que vengan á demostrar la tésis contraria, y al calor de mis creencias católicas, reconociendo la necesidad de un Dios infinito, omnipotente y onnipreciente, sentar algunos conceptos enderezados á demostrar la perfecta armonía que existe entre la existencia increada del Ente absoluto y la existencia de una *creacion*, de una sustancia real, que brotando del caos al soplo de aquel divino Arquitecto, tomó variadisimas propiedades y se dividió en multitud de seres distintos por accidente, para constituir los distintos órdenes de cuerpos que pueblan el espacio.

Conozco que es difícil tarea desenvolver esta tésis, afirmando en frente de una negacion absoluta, autorizada por el nombre de un hombre tan ilustre como el que firma el mencionado artículo; pero es el hecho que si esto es difícil, muy difícil es tambien acallar la voz de la conciencia y reprimir los impulsos de la razon cuando aunadas se rebelan contra una aseveracion que carece de fundamento y que viene á echar por tierra la creencia mas firme, el mas sólido juicio, el raciocinio mas elevado que aquellas guardan en su seno.

La *nada no existe*. La nada fué antes que el espíritu divino animara el caos y entre portentosos *fenómenos* ocasionara el *fenómeno* maravilloso de la *Creacion*. A la manera que la mente humana elabora una idea y al extrinsecarla, la encarna en una materia, Dios, el Infinito, concibió el universo-mundo y al darle forma-sustancial, al encarnarlo en una esencia, trasformó el caos, la nada en *sustancia*.

Esa sustancia al ser ocasionada por una creacion gigantesca, por un *parto* admirable y sublime tuvo principio, y por consiguiente nació bajo la accion de leyes generales que habian de regular su existencia y limitar su determinacion.

Pero al ser limitada la sustancia por esas leyes, no dejó de ser materia para constituirse en *caos*, no dejó de ser algo para ocasionar la nada, tuvo que seguir existiendo, dando lugar á fenómenos, determinando accidentes, sufriendo modificaciones los fenómenos, los accidentes y las modificaciones que mediante el tiempo y el espacio procura la ley al operar sobre la esencia.

Que la sustancia, esto es, el ser *por sí*, mas claro, *la subsistencia*, existe, es innegable; y la razon y la conciencia se aunan para demostrarlo, pues que de lo contrario resultaría que Dios al crear no habia creado; que la Creacion era un fantasma y que la razon y la conciencia no veian, no recababan, no elaboraban realidades, eran, como dijo Fichte, *un sueño en el mismo sueño soñado*.

Y no se arguya la idea emitida por el ilustre articulista acerca de que solo Dios es la sustancia, es la plenitud del ser, porque esa *subsistencia* que constituye la *sustancia creada* no expresa privacion de causalidad, sino que solo arguye exclusion de inherencia, es decir que no está inherente á sugeto alguno.

El ser sustancial no es independiente de toda causa; como lo es Dios, pues que solo implica la no inherencia; y de tomar estraviadamente este concepto se originó el panteísmo, toda vez que el no ser de suyo la sustancia inherente á sugeto, se confundió por algunos filósofos con la no dependencia de causa y dedugeron que solo Dios era sustancia.

Este erróneo y hasta herético principio es el que apunta el articulista cuando habla *de la plenitud del ser* y de la *sustancia de Dios*, y, en verdad, que me estraña verlo en tan peligroso terreno, dado que segun se desprende de algunas de sus aseveraciones, protesta de su profunda creencia en el Dios de los cristianos y niega el panteísmo immanente sostenido por Spinoza, y que, como dice Edgard Quinet, despues de ser propagado por Fichte y Hegel se ha sostenido por la exégesis alemana en estos últimos tiempos.

Ahora bien; considerar como negativo el concepto de sustancia creada es tomar la expresion por la idea, pues que si oralmente le enunciamos como negacion, realmente entraña en sí la nocion de cosa que para existir no ha menester de sugeto en quien resida. Lo que si es negativo es el concepto de cosa que necesite de sugeto en quien existir, porque en tanto es verdad que un ser no pueda concebirse sin sugeto á quien sea inherente, en cuanto no cabe concebirle existente de *por sí*. Y como de aquí resulta, que el concepto de sustancia por el mero hecho

de implicar exclusión de inherencia, es una negación de otra negación, y negar una negación equivale á formular una afirmación, el concepto de sustancia es positivo.

Demostrado ya que la sustancia de los cuerpos es una realidad y que el concepto que de ella forma la inteligencia es positivo, réstame decir algo, si bien muy á la ligera, acerca de los elementos constitutivos de esa sustancia, y asentar como incontrovertible que cuanto nos rodea en el universo, inclusive nuestro propio ser, es real y positivo, no es *la nada*, no es una *ilusion de nuestros sentidos*, no es una *afirmacion atrevida de la razon del filósofo que ébrio de orgullo no advierte que solo puede penetrar la corteza de las cosas, que solo puede operar sobre los fenómenos y representaciones que existen dentro del alma*.

En primer lugar, debo dejar consignado que si bien es una verdad que la razon es finita *in actu*, por mas que *in potencia* sea ilimitada, y que por tanto no puede penetrar en el íntimo seno de las cosas, no puede sorprender el último porqué de los séres, ni averiguar el *quid* intrínseco de los *nomos* que rigen el universo-mundo, esto no tiene relacion alguna con el principio que se defiende, porque si la razon no puede averiguar el todo, al averiguar la parte dá testimonio magnífico de que existe algo, de que hay séres reales, de que hay mundo, de que existe el espacio, de que el tiempo es una realidad, de que la vida es una esencia, de que la nada no es. Al conocer inductivamente el fenómeno y no sorprender la ley, al sorprender el efecto y no la causa, al abarcar la *corteza* de las cosas y no su fondo, no es que encuentra la nada, es que encuentra algo, es que halla un mucho, es que mira unos séres, unos fenómenos, unas leyes tan grandes, tan admirables, tan magníficas que su razon contingente no puede abarcarlas y solo logra conocerlas y no comprenderlas, esto es, identificarse con lo menos dejando por conocer lo mas.

Si es una verdad incuestionable que mediante los instrumentos físicos y químicos, es decir, mediante la observación como pretenden los empiristas, no se puede conocer la esencia de los cuerpos y que tampoco es dado á la mente

averiguarla *á priori*, como se proponen los llamados físicos especulativos que se revuelven en medio de las locuras panteísticas, no por eso he de aceptar el error que se sostiene por el articulista cuando declara es imposible conocer á aquella, toda vez que siendo la Creacion un hecho, una realidad y pudiendo la razon en virtud del método inductivo-deductivo conocer los elementos de ella, la sustancia puede ser apreciada como una realidad positiva que existe en virtud de leyes y sometida al orden de la unidad en la variedad.

Dos son los elementos constitutivos de los cuerpos: *materia* y *forma*. El primero pasivo, el segundo activo. En efecto la constitucion de los cuerpos resulta del concurso simultáneo de un principio pasivo, *múltiple*, determinable y de otro activo, *uno* y determinante, esto es, de materia y forma.

Si el cuerpo es una *extension continua*, necesita de dos principios: uno que sea parte y raiz de su extension, otro que compenetrando la esencia de cada una de sus partes constitutivas ocasione un todo, cuya existencia se comuniqué á todas ellas con reciproca difusion de unas en otras.

El principio generador de la extension del cuerpo es la *materia*, y el que identifica y une las numerosas partes de aquella, dándoles *unidad de ser*, es la *forma sustancial*. Y tanto es así, que como dice el Padre Liberatore, «la extension es una propiedad de la sustancia llamada *extensa*, no esencia y fondo de la sustancia misma; pues que en la sustancia extensa hay que suponer una realidad y un sustracto de quien se engendra la extension, que es precisamente lo que he llamado *materia*, y una *unidad* que se manifiesta por el egercicio de una accion y constituyendo una simplicidad es raiz de la actividad, ó sea lo que he denominado forma.»

Cierto es que la *materia* en el orden real y concreto no existe sin alguna determinacion; pero no lo es menos que en cuanto existe determinada, tiene el ser de sustancia corpórea, constituida por la *forma*, que es en ella el principio de la unidad y de la accion. Y por mas que considerada con abstraccion de toda forma peculiar no pueda decirse que sea un cuerpo, tampoco puede afirmarse que sea un puro nada, porque es el sustracto de quien se engendra

la extension corpórea. De manera, que la *materia* como tal principio y sustracto de quien se deriva la extension de los cuerpos y la forma como principio activo que une las múltiples partes que forman el ser, tienen una y otra existencia real, y originando el indefinido número de cuerpos que nos rodean constituyen la Creacion, llenaron el vacío, formaron el espacio y no dieron ocasion á la nada.

Si el cuerpo es un ser de varias partes ligadas y conexas entre sí con unidad de ser y de continuidad, como dice San Agustin, debe tener propiedades que le sean unas permanentes, otras variables. Y siendo así que á la resultante de partes múltiples continuas se llama extension y que esas partes deben guardar un orden intrínseco en virtud del cual se hallen unas fuera de otras, ocasionando la longitud, la latitud y la profundidad, claro es que á la manera y modo como se determinen esas tres dimensiones será debida la *figura*, y á la razon por la cual subsista esa multiplicidad de partes, la divisibilidad, y á la capacidad en virtud de la cual la totalidad de esas partes se traslada de un punto á otro del espacio por accion de fuerza ora intrínseca, ora extrínseca, la movilidad.

He aquí las cuatro propiedades *permanentes* de lo corpóreo que como acabada identidad entran en todos los cuerpos.

Hay otras propiedades que como he dicho se llaman *variables*. Estas son el olor, el color, el sabor y otras muchas que por su carácter secundario no hacen al caso y de ellas no me ocupo.

Ahora bien: los filósofos, llamados dinamistas, proclaman que la extension es una mera *apariciencia*, un *fenómeno* que los sentidos se representan, y al hacerlo así, se apoyan en que siendo la extension la union continua de partes, y siendo estas, segun ellos, elementos inextensos, claro es que de la inextension no puede resultar la extension, y por consiguiente, claro es tambien que el cuerpo cuya primer propiedad es la extension, es un mito, un puro nada.

El ilustrado articulista incurre en el error que encarna esta teoria del dinamismo, cuando en el párrafo sexto de la parte tercera de su escrito afirma «que la materia se

ha de formar de puntos inextensos é indivisibles, porque si se admite la extension y la divisibilidad, hay que admitirlas bajo el criterio de lo infinito y por tanto se incurre en atrocidades, blasfemias y heregías y absurdos.»

Si falsa es la teoría cartesiana que afirma ser la extension esencia de los cuerpos, falsa es la de los dinamistas y por ende la sustentada por el mencionado articulista, pues que si el *cuerpo* no puede menos de ser múltiple y continuo, ésta condicion ha de nacer de un principio inherente á su naturaleza y por tanto ha de fundarse en una base obgetiva y real. Y es así que esta multiplicidad de partes continuas no es otra sino lo que constituye la extension, luego la extension sin ser esencia de los cuerpos es real.

Sin partes múltiples el cuerpo seria indivisible y la indivisibilidad es una dote de lo simple, no de lo compuesto, como es la sustancia corpórea; y del propio modo, sin que esas partes fueran continuas, habria cantidad discreta, pero no un continuo extenso. Por consiguiente, hay necesidad de aceptar, si es que no hemos de admitir el absurdo y la heregia de que *nuestra razon es un sueño*, es una fascinacion, es una fantástica cosa, que dadas las condiciones de lo corpóreo, conocidas por ella, este resulta ser un resultante de partes continuas.

Si la extension se admitiera en calidad de elemento esencial de la materia, como los dinamistas quieren, convengo con el articulista en cuanto dice respecto á blasfemia é impiedad, porque jamás cesaría la extension sin cesar la *materia* y la *forma sustancial*, y seria infinita como Dios; pero como quiera que se admite solo en condicion de propiedad primaria, lógico es que puede cesar, pues que si el cuerpo desaparece al desaparecer ella, no por eso se origina la *nada*, sino que resta existiendo la sustancia con exclusion de inherencia á sugeto alguno, esto es, la sustancia sin figura. Luego la extension y por ende la divisibilidad, tienen un límite; ese límite está en la figura de lo corpóreo. Luego aun cuando concluya lo extenso y lo divisible no viene el vacío, no impera la nada.

Y para terminar esta primera série de consideraciones,

parte de las que pienso exponer contra la tésis que entraña el mencionado artículo, formularé tres silogismos que encierran en sí, compilen, sintetizen la doctrina que dejo consignada.

Dios creó, y al crear hizo de la nada la sustancia no inherente y las propiedades primarias y secundarias que modelando á aquella habian de determinar lo corpóreo; es así que la sustancia no inherente, però dependiente de causa, es una realidad que existe *por sí*: luego la nada no tiene razon de ser, luego la nada fué pero no es.

Lo corpóreo es extenso y divisible hasta el límite de la figura; es así que lo infinito no cabe donde hay límite: luego la divisibilidad y la extension de los cuerpos no es infinita.

Lo finito tiene límite; es así que lo que tiene límite es *ser*, es una realidad: luego en lo finito no *entra como elemento la nada*.

En otros artículos ampliaré un tanto mas las precedentes consideraciones, y corroborando la tésis que dejo sentada iré tocando punto por punto las diversas aseveraciones que se hacen por el ilustrado articulista, pues que no puedo consentir en que la *nada sea*, cuando la ciencia y la razon aunadas me dicen, que desde la elevada region donde morá el Eterno hasta el fondo del último abismo hay sustancia, hay atmósfera, hay luz: que tan grande y tan poderoso es Dios, que la magnificencia de su poder lo mismo se destaca en los volcanes que conmueven los planetas, en los mares que soberbios sepultan vastos continentes, en el rayo que escapa de la nube, en la voz del trueno que se repercute magestuosa por los ámbitos del universo, en el sopro poderoso de los huracanes, como en el órden en que viven los mundos siderales, como en el silencio que reina allá en la inmensidad del espacio, como en las secretas fuerzas que animan los organismos, como en las determinaciones admirables de la conciencia humana.

JOAQUIN MADOLELL PEREA.

Málaga 1.º Noviembre 1874.

CARTA ÍNTIMA

AL ALEMAN ESPAÑOL DOCTOR FASTENRATH

SOBRE

LA WALHALLA. (*)

Distinguido y muy estimado amigo mio: Hace mas de un año estoy retirado en mi pueblo de la candente arena de la política, dolorido y descreído, y cual otro conde Ugalino del Dante exclamando «io non piangeva, si ventro impietrai», los males presentes de mi pátria.

No tengo alientos para escribir, ni para luchar, ni para moverme, obliterados como creo se encuentran mis sentidos; y solo coordino y allego datos, para el pensamiento de realizar, si Dios quiere, una historia de mi pátria Montilla. Mi trato por lo tanto es con los muertos que la honraron, olvidando á los vivos que la escarnecen; mientras tú, lleno de gloria, coronas de laurel á tus héroes vivos, engrandecedores de la unidad teutónica. Entre otros de mis paisanos de merecido renombre, busco y encuentro la partida de bautismo del capitan de los tercios de Flandes, delicadísimo poeta, y judío converso, Miguel de Barrios, que nació en Montilla en 3 de Noviembre de 1635; y converso

(*) LA WALHALLA, Ó LOS HÉROES ALEMANES, por el doctor D. Juan Fastenrath, con un prólogo de D. Manuel Juan Diana: el tomo 1.º impreso en Madrid en la imprenta de Aribau y compañía.

con los célebres médicos Solanos, y me extasíó con las proezas de Gonzalo de Córdoba; pero siempre llagado y dolorido con nuestros acerbos males y desgracias sin número.

Pero hoy ha llegado á mí tu recuerdo, tu libro *La Walhalla*, y me parece que empiezo á respirar nueva vida, porque he sentido las impresiones de admiración que me has despertado siempre, pero mas gigantes, y las vivísimas de una amistad como la tuya, que tanto me honra.

Hoy ha llegado á mí tu recuerdo, y quiero despertar de mi atonía, y escribirte una carta, un folleto, un libro, todo para tí entusiasta, cariñoso, profundo. Hoy quiero dar descanso á mis dolores elevándome á tu atmósfera y á tu afecto, y enviándote todo el mio, que sabes es tuyo por sincera amistad, y por profundo reconocimiento.

Quiero escribirte una carta y dejaré correr la pluma sin concierto, espontáneamente, con los impulsos, los sentimientos de mi corazón.

Una carta para *La Walhalla* y para su egregio autor el Fastenrath de Alemania, y el Fastenrath de España; el Goethe y el Rioja, el Schiller y el Cervantes de la época presente.

La série de las civilizaciones han seguido desde el principio su curso natural, y rodaron desde la China y la India al Egipto y la Grecia; y empujadas despues por Alejandro se detuvieron en Siracusa, la Gran Grecia, la Italia, hasta que por último su fuego esplendoroso y ardiente se comunicó al hielo septentrional, germinando en tu suelo con el mas poderoso destello de sus rayos.

Nuestra historia, nuestras costumbres y nuestra educación nos habian señalado como de paso la invasion de los bárbaros del Norte, y nuestra ignorancia, sin tomarse el trabajo de explicarlo, se posesionó de esta idea, dejándole un lugar en el corazón, para no ocuparse de ella.

Nosotros, querido Juan, inspirados con el cálido suelo de nuestra península, con sus brisas y verdores; con las tradiciones fantásticas de los historiadores y poetas romanos, del jardín de las Hespérides con su dragon defendiendo sus manzanas de oro: nosotros dominados por los fenicios

y cartagineses con su refinamiento de civilización y cultura; de los griegos con su poema y sus artes; de los romanos con sus emperadores sibaríticos y estúpidos de obscenidad, Eliogábalo y Claudio, y sus conquistas portentosas con César, hermafrodisio universal; de los vándalos y los hunnos con su bravura y dureza, y de los árabes con su sensualismo y delectación, estamos infiltrados casi de todas las sávias de la tierra, que mas y mas han germinado en nuestro ser á beneficio de nuestro sol espléndido y brisas refrigerantes.

Estas razones por una parte, nuestra afinidad y semejanza en nuestra raza la latina; nuestro parentesco y vecindad con la lengua gálica de Racine y Chateaubriand; con la lengua música de Petrarca y de Dante, y de Rossini el inmenso; y sobre todo, lo lejano, lo nebuloso, el crespon de nieblas divisorio del Mediodia al Septentrion; del fuego al frio; del latino al germano, nos han hecho en nuestra ignorancia por largos años, no tenderos ni por un momento la mano amiga, para poder estáticos admirar con delirio á *Boehm y Arnd* moralistas; al maestro de la oratoria, *Mosheim*, profesor en Helmstaedt; *Leibnitz* el matemático; *Gleim* el cantor guerrero, y *Klopstock* el religioso; *Lessing* el patriota literato, y Müller, Juan, el historiador, con otra pléyade de inteligencias y génios, que han marcado en muchos casos los senderos de la civilización.

Nosotros que hemos conocido paso á paso y constantemente todas las literaturas antiguas y modernas, no hemos aspirado la vuestra, sino desde principios de este siglo, y en muy escaso número de vuestras eminencias. Hemos conocido la literatura inglesa, y sin embargo los ingleses poco nos han leído; la francesa donde hemos visto de la nuestra plágios y robos con Moliere y Lesage; y la italiana que tan dulce, carece de virilidad, y sin la entonación de nosotros grave y levantada.

No os hemos conocido, no os hemos estrechado la mano, ni aun estudiado ni leído, á pesar de que divinizais á Cervantes, sentais en vuestra mesa al dulcísimo Trueba, y recibís en vuestro hogar á la delicada y sentidísima Fernán Caballero.

Vosotros que sabeis mas de nuestra literatura que nosotros los españoles; vosotros donde se aduna en admirable consorcio el juicio y la imaginacion, la razon y la poesía; y que podeis ser Necker y Byron á la par, porque teneis todo el fuego del entusiasmo y todo el frio de la reflexion, os hemos visto desde muy lejos.

Desde que tuve conocimiento de que Alemania existia, tan profunda, tan sábia, con sus hombres de letras, de ciencias y de artes, jamás he podido comprender nuestra ignorancia general, de vuestra vida, productora permanente del saber y la ilustracion.

Desde entonces he querido estudiaros y he podido leer algo de Goethe, de Schiller, y de Heine, con su ciencia profunda, con su drama terrible, con su poesia humorística y filosófica, y no he podido menos de temblar y admirarme.

Tropecé contigo á la casualidad, ventura para mí, y mi sensacion de amistad fué tiernísima; y mi entusiasmo de artista, de poeta, fué profundo. ¿No habia de serlo? Un aleman de quince años desplegando con fé ardiente la bandera de Cristo y la familia en el santuario terrestre, santificando sus padres; y despues educándose y amamantándose en nuestras ciencias, y en nuestras artes, monumentos y tradiciones, nuestros hombres y nuestras glorias, y produciendo «Un ramillete de romances españoles», «Ecos de Andalucia», «Las maravillas Hispalenses», «Las flores de Hesperia», «Siemprevivas de Toledo», «El libro de mis amigos españoles» y «Los héroes alemanes de 1870», ocho volúmenes escritos en la lengua germana, y ocho volúmenes, sin embargo, escritos con la sávia española, con el sentimiento ibérico, y con la imaginacion mas brillante que pudiera producir la Bética, admirarme debia, como ha admirado á tus hermanos españoles.

Y asi fué; porque tus romances son la resina olorosa del aloe de Socotora; tus endechas, perlas de Ornuvi, y tus cantos, rubís de Ceylan; y tu aroma poético, es tan sabroso como el tomillo y el romero de Galaad; como la pimienta de Goa, como las mieles del Himeto.

Y así fué; porque eres el solo, el único extranjero que ostenta mas distinciones honoríficas y científicas de nuestro país, y entre los españoles quizá no pueda citarte otro que haya alcanzado tanto.

Después fuiste peregrino á la fiesta decenal religiosa de Oberammergall, y produjiste tu primer libro escrito en nuestro idioma, «Pasionarias de un alemán español», refiriéndonos el gran drama que allí se ejecuta con ostentación, de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué páginas tan brillantes encierra! ¡Qué gravedad la de tu lenguaje, que tiene la virilidad de Melo y de Mendoza, y sin embargo está empapado en la sabrosa armonía y galanura de Castelar y de Pepe Zorrilla! ¡Qué sentimentalismo tan esquisito y arrebatador en la atmósfera de la purísima amistad, y qué erudición tan pasmosa y profunda!

Ya creíamos aquí que se hubiese cansado tu talento, y que la literatura española, que es la tuya, la habías sellado con tu última obra escrita en el idioma de Cervantes; pero no ha sucedido así; nos has sorprendido una vez mas con tu gigantesca *Walhalla*, tu obra monumental de hipóstasis gigantes; tu obra de historiógrafo, de artista sublime, de hablista modelo, de poeta admirable, y de gran político.

Ahora bien; he leído tu libro de los héroes alemanes modernos, y no puedo por menos de aplaudir con todas mis fuerzas tu obra de poderosa inteligencia sobre la escelsitud de Alemania, en comparación con nuestra propia escelsitud, según tu juicio de amigo. ¿Y qué he de decirte de todo ello fuera de mi aplauso de poeta, y de mi entusiasmo amistoso?

Quiero significarte en esta carta que estoy en un todo conforme con tus sentimientos y apreciaciones, y que sin embargo discrepo en alguna cosa, porque voy mas allá de tu pensamiento político. ¿Qué quieres? Los aires que corren por esta desgraciada y anárquica España, así lo exigen.

Me conoces como publicista literario y debo decirte que también soy publicista político en el sentido mas estenso de libertad; pues de otra manera no apreciarías bien mis opiniones y juicio.

La federacion y la república es mi ideal, con su virtud y con su justicia por muchas, muchísimas razones que omito, que se pueden coronar gráficamente con lo que dice el canciller de tu *Fausto* en el salon del imperio. «Cualquiera que desde esos altos picachos tienda la vista sobre este estenso reino, creará ver en sueños cruzar por él espantosos monstruos, creará ver al ilegal reinar legalmente y estenderse á su vista todo un mundo de errores.»

¿Deberé estar conforme con la moral política de tu obra? Debes creer que sí, pero traspasando el valladar de tu imperio portentoso para encargar el poder de accion y representacion en el pueblo y para el pueblo.

Tú dices magistralmente: «En Alemania la federacion ha sido el camino para ir desde la variedad de estados soberanos hácia la unidad nacional. Y siendo esto asi, ¿por qué esta nuestra unidad nacional constituida de antiguo, no ha de poder seguir del mismo modo con la representacion de la república federativa? Los estados soberanos de Alemania eran ya la última espresion del antiguo feudal sistema en el sostenimiento imposible del aislamiento, del individualismo, pobre de fuerzas en el gran concierto y grandes colecti-vidades nacionales del progreso y de la vida; y gran pensamiento y gran obra ha sido la de tu héroe *Aun mas todavía*, de sostener juntando las columnas antes aisladas en la gran resolucion de la verdadera confederacion germánica, para la unidad nacional del imperio de Alemania.

Bismarck ha hecho en tu pais mucha parte de la federal república, en cuanto esta idea puede caber dentro de la forma de un imperio. Tu gran príncipe, comprendiendo y adelantando los tiempos con prudencia, vió que era preciso darle á ese pueblo noble y libre mucha parte del todo que deseaba; y le dió cuanto podia, hermanando la estabilidad de la tradicion y derecho antiguo, con el ideal del progreso moderno, consiguiendo de este modo confundir las clases en iguales y bien medidos intereses políticos ante la ley; aliviando al pária y engrandeciéndole, y respetando lo justo y el derecho creado de todas las demás. Esta es pues la doctrina que se siente y dimana de tu hombre de estado,

aunque por desgracia aun no sea así en la práctica, por que aun os dura la genealogia, la nobleza, el privilegio y el abuso de los superiores sobre los pequeños, la tiranía que aun no acaba, con el proletariado que aun sufre.

Pero aqui en España con nuestra monarquia tradicional, destruido el feudalismo, alcanzada la union de las coronas de Castilla y de Leon, y por último sepultados los invasores sarracenos por Fernando é Isabel, obtuvo nuestro pais el último grado de la grandeza poderosa con Carlos V y de la grandeza tiránica con Felipe II, viniendo despues á descender paso á paso, mas bien por el desarrollo de lo infame, que por el progreso y la libertad, á presentarnos ante nuestra vista y la de la Europa asombrada pobres y palidísimas figuras de monarcas que se sucedieron, terminadas con la miseria de Carlos IV y la cobardia de Fernando VII, bariendo por fin el trono tradicional de S. Fernando en 1868, y despreciado como se vió despues por D. Amadeo de Saboya, el empleado extranjero de treinta y dos millones de reales, ¿qué es lo que debe imperar en este pais mas que la federacion?

Respecto á la preponderancia de la iglesia católica en el campo de la política, tú nos dices por boca de Bismarck en un discurso de la Cámara de los Señores del 10 de Marzo de 1873, la historia verdadera de su poder político en discordancia de las leyes naturales de los estados. Y yo digo en su consecuencia: ¿Porqué pues no ha de trabajar el artista en sus cuadros, el financiero en los estudios económicos, y el sacerdote en la moral eterna y santísima de la religion? Nosotros los españoles eso deseamos; y deseamos la dulce y santa con la moral de Jesucristo; pero que no hiera la fé religiosa del protestante, ni del judío, ni del mahometano, porque estos dentro de la humanidad, dentro de la sociedad, dentro del estado, tienen su mision que llenar en el ejercicio infinito de la vida.

En tu obra admirable de los héroes alemanes, entre los que sobresaes al engrandecerlos, mas gigante, se vé una noble intencion con la enseñanza que presentas y los ejemplos que aduces, para que España vuelva á basear el der-

rotero cierto de sus anteriores grandezas en la nueva forma de la vida, la bandera del progreso y de la libertad.

Ese grito tuyo, ese deseo tuyo, ese sentimiento de grandeza que vés casi realizado en tu país, es la noble aspiración que te conduce en tus obras, y pides igual fortuna para la pátria de tu alma y de tus afecciones, que siempre te acogió con cariño y con aplauso. Pues bien; ese deseo está encarnado, latente y poderoso en el alma de casi todos los españoles, pero no tienen aun uno superior, que armonice todos los elementos, que segregue los tiranos, que funda las opiniones, que demuela á los traidores é infames para llegar al tan bello ideal de la paz con la república.

Ese deseo tuyo es el deseo de todo nuestro pueblo, que trabaja y suda, que sufre y llora con la cadena en el pié y el estigma en el rostro.

«¡Pobre España! ¡Cuida de que no te conviertas en el Méjico de Europa, para ser mas tarde la Polonia del Mediodia!»

¡Qué gran pensamiento es este con el que encabezas la biografía del Emperador Guillermo, y qué verdad tan dolorosa y triste, refiriéndose al estado de anarquía y bandidage de nuestro país!

¿Y qué ha de suceder en él?

Nadie lo sabe. ¡Cuánto daria yo porque todos conociesen tu libro, pues entonces podria asegurar nuestra resurrección dentro del templo de la libertad!

Has dicho muy bien hablando de la guerra franco-prusiana: «La victoria de Napoleon, hubiera sido el triunfo de la infalibilidad y la victoria del jesuitismo. La victoria de Alemania era la victoria de la humanidad.»

Yo quiero por tanto la enseñanza de tu libro: el sincretismo que en él se deja entrever cubre nuestros dos países; quiero el apoyo moral de nuestro hermanos los alemanes, que comprenden y conocen nuestra lengua, nuestras costumbres y nuestra literatura; yo quiero su política, pero ya libre en toda su estension, y sin el coronamiento de reyes ni de imperio, porque el progreso moderno así lo demanda, y porque entre nosotros nobles y

libres fué barrido el trono tradicional de S. Fernando, despreciándolo por último despues el empleado extranjero don Amadeo de Saboya.

Quiero tu grande Alemania federativa verdad, y tus letras y tus sábios y tus hombres. El espíritu del progreso no marca hoy en su corriente razas ni pueblos: por tanto yo no tengo en cuenta para nada, ni tu raza germana ni mi raza latina, porque los adelantos nos confunden, porque las distancias se estrechan, porque los corazones hermanos palpitan ante la misma idea de libertad.

Tu país con Bismarck obedece á su tradicion legendaria. Primero en forma de monarquia con los descendientes de Carlo Magno, no regularizó su poder hasta principios del siglo VI con una república federativa de soberanos, en que sin embargo de vivir todas las sectas, la iglesia católica y la nobleza eran las únicas propietarias del país y las dominantes y tiránicas verdaderamente. Bismark en lo presente ha armonizado la tradicion dentro del espíritu moderno; pero nosotros, gastada ya toda la nuestra, no podemos sino vivir en la nueva vida, en la grandiosa atmósfera de la libertad. Alemania vuelta á su grandeza del principio como imperio, la legará por completo al terminar Guillermo, á ese pueblo, que es el que ha conseguido con su sangre, su importancia y sus privilegios.

¿Cuándo lo conseguirá España en el estado en que se encuentra? Tal vez mas pronto y para ello debemos estar firmes y preparados prudentes, sobre todo. *El coro* en el párrafo de la madre y su hija, segunda parte del *Fausto*, dice: «Teneos pues todos firmes en el banco ó en el taburete: para el que vaya rodando debajo de la mesa, todo se acabó.»

Y ha de acabarse este estado en España y pronto. La Alemania hará que se termine en su primera intencion, el pueblo español concluirá su obra de redencion. Bismarck, tu héroe, si lo lleva por buen camino, será desde entonces un nuevo héroe español; tú, gigante en la poesia, gigante en la literatura, nuestro hermano, habrás sido la palabra y el escrito de este pensamiento con tu obra *La Walhalla*:

entretanto debemos gritar en nuestra península lo que habla Atropos en las Parcas del *Fausto*. «Si entre los placeres y los bailes os veis á punto de olvidar lo que sois, pensad en la condicion de ese hilo; obrad con cautela porque podria romperse facilmente.»

Una palabra para concluir. Te ruego que no intente con todo sobreponerse á nuestra libertad é independencia la anficionia germánica. Odin y los dioses escandinavos, tienen su inmortal asiento en la ingente montaña del Teutland, la Erecinia, Selva negra; lo mismo que el Redentor Cristo lo tiene en nuestra Europa romana.

Para acabar. He leído tambien los sentidísimos versos á la memoria de tu padre con que encabezas tu obra, los cuales me recuerdan los de Fray Luis de Leon. ¡Qué memoria tan grata y constante, qué cadena tan dulce es esa con que ligas tu personalidad de gloria y el cariño inmenso del que te dió el ser! Con tu literatura, con tu fama y con tu cariño paterno, ¡qué grande felicidad la tuya! ¡Qué tranquila corriente de cristalinas aguas que se desprenden vivificando los valles y las montañas de la tierra con su sávia de moral y de justicia! ¡Qué éxtasis tan plácido tus coloquios con la humanidad durante el dia! ¡Qué sueños de ángeles y de gloria en tus placenteras noches! Bendito el que ama á sus padres y reverencia á sus padres, y los eterniza y santifica.

He concluido. No te detengas en mis errores, sino en mi espontaneidad, mi sinceridad y mi cariño.

Tuyo siempre

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Montilla 12 Octubre 1874.

ESTUDIOS LITERARIOS

SOBRE

GÓNGORA Y EL CULTERANISMO.

No en valde se ha llamado á nuestro siglo, siglo de crítica y exámen, considerando hasta que punto ha querido llamar ante su tribunal todas las obras del espíritu humano, en todos los períodos de la historia. Testimonio puede ser esta tendencia, mas de decrepitud, que de virilidad y energía, pues la esperiencia de todos los tiempos acredita que mientras ha habido génio creador y rica vena, la humanidad no ha sido crítica ni preceptista, y solo cuando la inspiracion ha faltado, y ha caido la lira de las manos del poeta, ha podido ser empuñado el escalpelo del analítico, ó el látigo del Aristarco. Necesario es, sin embargo, que la humanidad tenga conciencia de sí misma y de sus obras, para su enseñanza y correccion; pero esta misma tendencia crítica, que reducida á justos límites, es importantísima y respetable, cuando se extrema y universaliza, sin consideracion ni aun á lo que está colocado muy por cima de sus fallos, contrae una gravísima responsabilidad, al producir la vacilacion y el escepticismo en las mas altas esferas de la vida.

Frecuentísimo es, por otra parte, encontrarnos perplejos ante los encontrados juicios, que la crítica ha emitido sobre un hombre ó sobre una obra literaria, al ser analizados por los opuestos bandos, que han creído, sin embargo, emitir

un dictámen decisivo y poco menos que infalible. Testimonio elocuente de esta verdad lo encontramos en la cuestion propuesta, y en los antitéticos fallos que el gran poeta cordobés ha merecido de sus críticos y comentadores. Seguramente ha sido Góngora el poeta que ha levantado mas encontradas opiniones, y si bien esto dá una prueba de su inmensa valía, habria de procurarnos graves dificultades, al tener que señalar un juicio acertado y seguro sobre las condiciones de su indisputable génio y el mérito de sus obras. Nuestra mision, por fortuna, no alcanza sino indirectamente á estos extremos, debiéndonos concretar tan solo á señalar la responsabilidad que pueda corresponderle, ó el tanto de culpa que deba alcanzarle, *en frase juridica*, de la corrupcion literaria de su tiempo.

Para los que profesan la creencia de que no hay un hecho en la historia, por insignificante que parezca, que no tenga su antecedente que lo explique; para los que creen que estos hechos vienen á la vida de la humanidad con una necesidad lógica indisputable, preparados y anunciados por premisas y circunstancias ocasionales que determinan su advenimiento y realizacion, la cuestion que nos ocupa no ofrece sérias dificultades: Góngora, bajo este criterio, no es causa exclusiva ni originaria de la corrupcion literaria de su tiempo, si bien por la reciprocidad y solidaridad humana, este poderoso génio, influido por las corrientes de perversion y mal gusto, ya anteriores á su siglo, influyó á su vez y de una manera poderosa, en esta torcida marcha de los espíritus, en aquel período. Tras él marchaban muchos, pero muy singularmente la turba multa de poetastros é imitadores contemporáneos, que es privilegio del génio arrastrar en pos de sí, y hasta en sus extravíos, á las inteligencias inferiores, mas fáciles ímitadoras de las extravagancias y defectos que de las verdaderas bellezas y rasgos geniales, que requieren mas perfecta organizacion para ser sentidas y apreciadas. Esta afirmacion que no hacemos sino insinuar aquí, y cuya explanacion será el objeto de nuestro trabajo, se confirma mas y mas al considerar de que manera invade la corrupcion y el mal gusto

casí todas las direcciones estéticas y hasta qué punto se generalizan y estienden por todo el mundo civilizado, estas mismas corrientes corruptoras y enemigas de la verdadera belleza artística.

Es natural y se concibe fácilmente, desde que hay una vida comun, por decirlo así, en las esferas intelectuales, entre todas las naciones civilizadas, que ningun país pueda permanecer aislado y exclusivo en su marcha y tendencias literarias y científicas, y fácil y evidentemente se alcanza, que debe haber recíproca y señalada influencia que generalice y modifique los rasgos individuales y exclusivos, sin absorber por esto en una unidad, comun é indistinta, los caractéres y fisonomía propios, que mantienen la variedad, en todos los órdenes de la existencia. Así se explica que mientras España es víctima del llamado Gongorismo, Italia sigue á su vez corrientes análogas en Marini y aun en el Tasso y otros génios inferiores; Alemania adopta la escuela de Lohenstein; Inglaterra el eufuismo, y Francia el estilo de las preciosas, todas ellas con iguales caractéres que nuestro Gongorismo.

De otra manera, y á no encontrarse apoyado y auxiliado este mal gusto por la marcha y egemplo general de las naciones civilizadas de Europa, reducido á una sola nacion, no hubiera podido prolongarse y al cabo hubiera encontrado su correctivo y limitacion, en el buen egemplo y oposicion de las demas naciones. No hubiera traspirado seguramente á la elocuencia sagrada, que especialmente en Italia llegó á un grado inexplicable de depravacion y mal gusto, que preparó el gerundianismo español, ni alguna de las artes plásticas con Churriguera por ejemplo, hubiera despues reflejado en la acumulacion y embrollamiento del exorno, el conceptismo y extravagancias del culteranismo literario. No anticipando ideas que tendrán lugar mas oportuno, debemos sí hacer constar que el gérmen de estos lamentables extravíos arranca de mucho mas alto, pudiendo asegurarse, con la mayor parte de los críticos y tratadistas, por lo que respecto á nuestra España, que en la lucha primitiva, entre la poesía nacional y espontánea y lozana como

la flor que brota inculta entre las zarzas y espinas del sendero, y la poesía clásica é imitadora, que los llamados petrarquistas importaron, se encuentra el principio de esta corrupcion literaria, motivada principalmente por el excesivo predominio del elemento imitador y clásico en que se extraviaron génios tan eminentes como el gran poeta cordobés.

El renacimiento, que tan poderosa influencia tuvo en todas las literaturas del mundo civilizado, alcanzó también á nuestro suelo, modificando esencial y profundamente nuestro desarrollo literario. Mantuvieron poderosamente esta influencia las comunicaciones con Italia, cuya cultura y adelantamiento hizo necesariamente que sus formas literarias y mas perfecta metrificacion, se ofrecieran á los ojos de nuestros poetas de aquel tiempo como modelos dignos de imitacion eficaz, empezando con Boscan y Garcilaso la revolucion literaria, y la empeñada contienda en que tuvo la peor parte nuestra poesia original, una vez puestos á servicio de la importacion é imitacion extranquera, nuestros mas preclaros ingénios.

Nombres ilustres hay en nuestras pátrias letras que señalan el feliz consorcio entre la inspiracion nativa y espontánea producida al calor del sentimiento y génio nacional, y las formas clásicas y extrangeras, indudablemente mas variadas y correctas, que las empleadas por la poesia puramente castellana. Fray Luis de Leon, Rioja y algunos otros, dan de ello testimonio, y grandes poetas españoles estragados por el mal gusto culterano, como nuestro mismo Góngora, tienen brillantes excepciones en muchas de sus composiciones literarias, acreditando así la riqueza de su estro poético y la extension de su génio.

Las mismas obras del vate cordobés reputadas mas extravagantes y exageradas, como sus *Soledades* y *Polifemo*, ofrecen pasages que honrarian á los mas famosos poetas de cualquier siglo, que ninguno aventajó en ingénio y flexibilidad á nuestro Góngora mientras caminó por la senda del buen gusto. Hasta en las mismas obras en que aparece entregado á la mas exagerada demencia, se encontrarán trozos de altísima sublimidad y de brillantísimo colorido

poético, que no resistimos al deseo de indicar, aunque nos desviemos un momento de nuestro propósito.

Conocidos son los dulcísimos y delicados conceptos del soneto que comienza:

«La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado, etc.»

No menos digno de mencion el grandioso pensamiento que compite con el tan celebrado (*) de Lucrecio.—*Primus in orbe Deos fecit timor.*

«Mudo mil veces yo la deidad niego,
No el esplendor á tu materia dura:
Idolos á los troncos, la escultura,
Dioses hace á los ídolos el ruego.»

No menos notable la pintura de aquella

«Infame turba de nocturnas aves
Gimiendo tristes y volando graves.»

La descripcion de Galatea enamorada de Acís aun antes de conocerlo,

«Llamáralo, aunque muda, mas no sabe
El nombre articular que mas queria
Ni lo ha visto, si bien pincel suave
Lo ha dibujado ya en su fantasía.
O el canto de Polifemo;
O bella Galatea mas suave:
Que los claveles que tronchó la aurora,
Blanca mas, que la pluma de aquel ave
Que dulce muere y en las aguas mora.»

Y muchos otros que pudiéramos aducir, entresacados la mayor parte de sus mas embrolladas y laberínticas composiciones.

Parece increíble que junto á los trozos citados y en las mismas composiciones se encuentren octavas como la de

«Salamandra del sol vestido estrellas
Saliendo el can del cielo estaba cuando
Polvo el cabello, humidas centellas
Si no ardientes aljófares sudando, etc.»

y otras mucho mas disparadas y extravagantes.

(*) Aunque ateo.

Dejando á un lado esta digresion, es lo cierto que la primera semilla del que despues se convino en llamar culteranismo, se encuentra aún en los mismos modelos que nuestros primeros innovadores literarios, se propusieron imitar con ferviente entusiasmo y adhesion, y hasta el mismo Petrarca, en el testimonio no sospechoso de C. Cantú, ofrece mas de un egemplo de pasages alambicados y antitesis de palabra y de sentido, que sus imitadores en Italia tuvieron muy á la vista, para disculpar sus defectos y exagerarlos.

Al mismo tiempo que se procuraba, como insinúa el citado historiador, la imitacion fiel y exacta de los modelos italianos, se traducian con especial predileccion las obras maestras de las antiguas literaturas; y así como fué la mitología inagotable fuente de bellezas para las artes de la antigüedad, quísose beber en ella una inspiracion extemporánea é inapropiable de todo punto á una sociedad de tan distintas bases y organizacion.

De aquí lo convencional y arbitrario, siempre repulsivo al sentimiento popular, que no pudo apreciar nunca los atractivos que encerraban afectos y sentimientos, de ordinario, mas pensados que sentidos.

Como la humanidad en su marcha no abandona una direccion intelectual sin haber agotado sus últimas consecuencias, haciendo en estas, como en todas las esferas de la vida, fecundas pero dolorosas experiencias, el movimiento que los iniciadores emprendieron, no se mantuvo en los límites señalados, y aparece, casi simultáneamente otra tendencia, que ya no pretende elevarse por medio de la imitacion clásica, sino que quiere hacer consistir el mérito en la oscuridad, en la rebuscada profundidad del concepto, en el artificio de la frase, para decirlo de una vez en todo lo que se separa de los senderos de la racionalidad y del buen sentido. Muy raros y contados han sido los génios que han podido superar las corrientes de su siglo; y admiranos hoy que las mas medianas inteligencias y el mas vulgar buen sentido juzguen y reconozcan todo lo que habia de repugnante y detestable en el gusto culterano, que hizo, sin

embargo, las delicias hasta de los génius privilegiados de aquel período.

Secretos inexcrutables de la Providencia son, quizás, estos para no precipitar los acontecimientos y la marcha de la humanidad, pero es curioso de observar como cada período ofrece los elementos de vida necesarios para las generaciones que en él se desarrollan y viven, y como la atmósfera intelectual de una época envuelve á todos los hombres de ella, sin haber alguno que mas ó menos eficazmente deje de sentir su accion y su influencia.

Como quiera que ello sea, es lo cierto que en el período antes señalado se insinuan los gérmenes de este depravado gusto literario; que el mismo Garcilaso, como Petrarca, segun el antes citado escritor, deja percibir en algunas de sus obras sensibles desviaciones de la espontaneidad y frescura con que se ofrecia la inspiracion nacional, y como prueba de la generalizacion y difusion de estas corrientes, dominantes en toda Europa, con los nombres de Juan de Mena, Padilla el Cartujano, Carrillo y muchos otros en nuestra pátria, coinciden en los primeros albores de esta torcida direccion del buen gusto los nombres ilustres de Italia ya citados y los de Gerónimo Bretonio, Curcio Gonzaga y hasta el mismo Ariosto, que algo deja sentir de esta perniciosa influencia. Marini, sobre todos los poetas italianos citados, con Góngora, de quien solo lo separan siete años en la fecha de su nacimiento, aparecen á la posteridad como los tipos del gusto del siglo xvii, sin que pueda señalárseles, sin embargo, como los descubridores de este nuevo mundo, que tuvo otros Colones, aunque al eminente poeta cordobés le hubiera alcanzado el triste privilegio de darle su nombre.

Cierto es que él puso su inmenso génio á servicio de esta nueva direccion literaria, ejerciendo una poderosa influencia, que siempre alcanzó sobre la turba multa de inteligencias inferiores, imitadora de sus extravíos mas bien que de sus indisputables bellezas. Contrayéndonos ahora mas señaladamente á nuestra España, suponen algunos, inmediatos autores de estas innovaciones, ya al D. Diego

de Saavedra Fajardo, que fué mas bien posterior á nuestro Góngora; otros al mismo Mariana y Cervantes; el uno por su afectado estilo y artificiosas arengas, y el otro por los frecuentes latinismos de su Galatea, y por haber incurrido en giros inversos y oscuros en su Pérsiles y Segismunda. Esta opinion no merece ser refutada, pues las condiciones literarias de cada uno de estos ilustres ingénios, en nada se asemeja á la de los cultos.

Otros con algun mas fundamento, á D. Luis Carrillo y Sotomayor, tambien poeta cordobés, y á algunos otros sus contemporáneos; pero para no ser prolijos, en nuestra humilde opinion á quien corresponde señalar como el mas caracterizado agente de este movimiento literario en nuestra pátria, coincidiendo con el dictámen de un reputado crítico, es Alonso de Ledesma que en sus *Conceptos espirituales* llevó la exageracion y artificio hasta un punto inconcebible. Contribuyen poderosamente á esta direccion, los escritores conceptistas, con especialidad los místicos, que figuran en primer lugar entre aquellos, sin que por esto la influencia del conceptismo deje tambien de ofrecer vestigios aun en los mas renombrados escritores de nuestro siglo de oro. Aspirando á expresar ideas metafísicas por medio de conceptos oscuros y embrollados; recurriendo para dar novedad á los escritos, á giros y vocablos latinos; empleando trasposiciones violentas y un hipérbaton inadmisibile en la estructura de nuestra lengua, pudo lograrse, segun el mismo escritor, que las musas habláran un idioma que no era el vulgar y corriente; y así el P. Paravicino pudo señalar, atribuyéndolo al autor de las *Soledades*, el triste mérito de haber conseguido que las voces de España se vieran de bárbaras cultas. De aquí aquella impenetrable oscuridad que hacia apellidar graciosamente á Le Sage, versos de Numa á los de los poetas cultos, aludiendo á los que cantaban los sacerdotes Salios de Roma, atribuidos al segundo rey de la ciudad eterna, y de todo punto incomprensibles para sus piadosos moradores.

Caracteriza tambien muy vigorosamente esta escuela Vasco Diaz de Fregenal, que florece á mediados del siglo xvi;

y que nos ha dejado en su notable libro titulado *Veinte triunfos*, testimonios elocuentes del lamentable extremo hasta donde pudieron ser llevados los talentos de aquel tiempo, por aquella extravagante monomania del artificio y la trasposicion.

Afirma el anglo-americano Tiknor que el culteranismo no reconoce otro origen que la escuela conceptista de quien lo cree lógica derivacion, atribuyendo á las viciadas corrientes de aquella centuria, la torcida marcha que Góngora siguió. Además, dice, el vate cordobés habia observado el escaso éxito que sus primeras composiciones, las mas frescas y lozanas, habian obtenido en la corte; observaba el alto aprecio que los conceptistas merecian á la nobleza, y esta funesta proteccion le hizo seguir su escuela, aunque amoldándola á su génio y dándole caracteres propios y geniales, que espíritus de la alteza del de Góngora no siguen fielmente nunca los senderos trillados y conocidos.

Pero no están en solo estos antecedentes los motivos que determinaron al autor de las *Soledades* á emprender este camino. Su génio superior no podia amoldarse á ocupar un lugar inferior en la pléyade de ilustres poetas de aquel tiempo; experimentaba dentro de sí el impulso creador de los talentos superiores; queria excederles y aventajarles, levantando su vuelo por cima de los poetas que le precedieron y de los que vivieron en su tiempo. Su vanidad, justificada por sus altas dotes, le llevaban á buscar originalidad y novedad de una manera precipitada é inquieta, y la extravagancia y excentricidad fueron para él, como para tantos otros, el escollo donde vino á estrellarse en sus arranques imprevisos é imprudentes.

No faltan críticos que atribuyen á la tan manoseada intolerancia de aquellos tiempos la causa del mal gusto culterano, suponiendo que esta misma intolerancia absorvente hasta la exageracion, estrechaba como en férreo círculo las manifestaciones contrarias á las creencias, ahogando de este modo el cultivo de la filosofía y las ciencias; y así los ingénios buscaban otras regiones donde no tropezasen con tan graves peligros. La verdad, dicen, com-

pañera inseparable de la belleza, se veía perseguida tan luego como se manifestaba de un modo algo atrevido; y por una reaccion fácil de explicar, así como en otros países se profesaba la mas absoluta tolerancia, que rayaba en la licencia, en España, para evitar estos excesos, se incurria en otros quizás mas graves é infecundos. Así, no pudiendo trabajar en el fondo del pensamiento, se agotaban las combinaciones de forma, y los privilegiados ingénios encerrados en los límites de una estrecha valla, que no podian franquear, llegaban por caminos impropios á la extravagancia y mal gusto. No son necesarios grandes esfuerzos para contestar cargos tan infundados y gratuitos, que por otra parte procuran herir mas altos objetos, á quienes funestas escuelas pretenden combatir y demoler de todos lados y con todo género de armas. La contestacion á argumentos de esta naturaleza, para hacerla mas terminante y decisiva, exigiria trabajos de otra índole que el presente; pero para hacer patente todo lo que hay de violento y apasionado en tan gratuitas afirmaciones, bastará hacer notar que ni el mismo Góngora en sus primeros tiempos, ni los brillantes ingénios de su época, como los que le precedieron y siguieron, tropezaron con estas poderosas trabas, ni la intolerancia y pretendida persecucion del pensamiento les impidió arrancar á la lira castellana las mas sublimes armonías, ni las notas mas delicadas y suaves. Esta inculpacion á la decantada intolerancia de aquellos tiempos, si respecto del movimiento científico no tiene fundamentos sérios y legítimos,—estudiándose y considerándose los altos intereses que entonces peligraban—con relacion al movimiento literario, es tan pueril y gratuita, que no merece detenerse en una refutacion mas detallada.

ELOY GARCIA Y VALERO.

(Se continuará.)

CONCEPTO, PLAN Y MÉTODO

DE LA

FILOSOFÍA MORAL.

El objeto inmediato de la Etica (1), segun su mas general y unánime concepto, es la voluntad: lo cual equivale á afirmar que es ciencia de arte ó ciencia práctica.

En el alma humana no existe *determinadamente* mas que pensamiento y sentimiento; toda la esencia espiritual se concreta en pensar y sentir, realizándose empero en la vida mediante el *querer*; es decir, mediante la resolucion de producir tal ó cual estado de una ú otra, ó mejor de ambas propiedades juntas.

Todo el espíritu humano se reduce pues á inteligencia y sensibilidad, ó á la orgánica composicion de estas facultades, salvo la actividad de concrecion y realizacion ó la referencia de aquellos interiores ó exteriores, en cuyo asunto se cifra toda la obra de la vida.

Cuando el hombre pone su inteligencia y sensibilidad en estados, conociéndose y sintiéndose, conociendo y sintiendo á los demás seres del mundo, conociendo y sintiendo á Dios, el objeto de la voluntad está consumado y con él, el total del vivir. Por lo cual ha recibido esta facultad el calificativo

(1) La voz «Etica» proviene de la griega *ēthos*, costumbre.

de práctica, ya que rige y gobierna todos los actos de la conducta humana. (1)

La ciencia del querer, como directora del vivir, es pues de actividad ó arte. Mas para obtener la actividad el título de artística, necesita sujetarse á sus genuinas leyes; por donde la voluntad no podrá ser artística tampoco, sino en cuanto conociendo la propia ley, que es una particular entre las generales de la vida estudiadas en la Biología, la aplique y cumpla. De todo lo que resulta la definicion de la Etica como ciencia de la ley de la voluntad para su cumplimiento en la vida. Y si observamos que tal ley consiste objetivamente, en realizar la conformidad de la conducta con la naturaleza en propiedad y relacion (que llamamos *Bien*); y subjetivamente, en obedecer solo al fin, rechazando toda ingerencia de elementos extraños que perturben nuestra fiel adhesion al mismo; en cuyo modo de obrar estriba la libertad; y si finalmente consideramos que la ley del libre cumplimiento del bien (en todas las exigencias que contiene) es lo que se llama ley moral, podemos ampliar el concepto arriba escrito, de esta suerte: ciencia de la ley de la voluntad para el libre cumplimiento del bien en la vida, ó mas breve, ciencia de la ley moral de la vida.

El lugar que á la Etica corresponde en el sistema de las ciencias análogas, cuyo subordinado organismo se contiene en el sistema general científico, se encuentra bajo la *ciencia de la vida* y de la ley de la misma, asi como de

(1) Quienes mas carácter práctico han concedido á la Etica, son los reformadores Lutero, Zwinglio, Calvino, Melanchthon, Bugenhagen y otros continuadores de esta escuela, dedicándose á la enseñanza de la moral no solo como base para la vida religiosa, sino tambien como esfera y fin sustantivo. V. Fritz, historiador de la Pedagogia, T. III, 458.—«Zwinglio, como los demas reformadores, habia comprendido su mision. Dirigiéronse sus esfuerzos principalmente á hacer penetrar la luz por todas partes; y bien pronto pudo poner en práctica todas sus teorías, al ser llamado por el Gobierno á fin de plantear las reformas necesarias en la enseñanza pública del Canton..... Desarrollar la inteligencia del pueblo, conduciéndolo hácia la reflexion; despertar el espíritu moral con independecia de la religion. He ahí su propósito.»

la *ciencia de la voluntad* y de su ley, como *ciencia de la vida en cuanto determinada por la voluntad*, en cuya armónica síntesis vienen á confluir las dos primeras, constituyendo la nuestra en su mas elevado sentido.

Las relaciones de la Ética son fáciles de descubrir. Su primero y superior fundamento radica en la Metafísica, y sus conexiones se refieren por varios conceptos á las ciencias del Espíritu, de la Naturaleza y de la Humanidad, si la Ética ha de ser *humana*, sin trascender á la moral de Dios y de su divina Personalidad. Y por último, siendo la ley moral de la vida una ley particular, abraza la Biología á la Ética, como una de sus ciencias subordinadas en la relacion del todo á la parte.

Sigue al concepto de la Ética el interior contenido de su objeto. Y puesto que se trata de la voluntad y de la egecucion de sus leyes, existe una primera parte en que se expone la teoria del querer, si bien traída á esta ciencia de la Prasologia en la Psicología. Esta facultad, sabido es que obra siempre desde la conciencia intelectual y movida por el sentimiento, por lo que el asunto de esta seccion primera es todo lo concerniente al sujeto moral (conciencia moral) é inicialmente al conocimiento y sentimiento de la ley de la voluntad; existiendo un segundo capítulo destinado al estudio de la imputabilidad y responsabilidad con sus restantes conceptos referentes á la actividad moral en la práctica de las acciones, pues lógico es que siga al análisis de la concepcion el de la egecucion. Y todavía se desenvuelve en un tercer capítulo el conocimiento de la obra misma ó accion, como resultado efectivo de la actividad moral en continua produccion y forma de tiempo, mediante hábito racional; y así debe ser, ya que se considera la vida como obra de arte de constante elaboracion en la realidad y sociedad humana.

Mas la voluntad jamás se halla ni mueve sin objeto; y merced á la bella armonía que preside á toda la vida en el mundo, estriba en esta facultad la realizacion de todo el destino humano individual y social. En ella se dá el fin último para que somos creados: el Bien.

Solo el bien es el objeto de la moralidad, y en el profundo desconocimiento de la esencia humana y de la divina, ó cuando menos en el olvido de la íntima voz con que habla la conciencia por igual á todo hombre, es donde únicamente puede pretenderse que *el mal* se opone á este en una absoluta antítesis y con idéntica fuerza y valor. Pero nó, ni nunca: bien y mal, no son esferas contrarias, polos en la vida y su ideal, ni por tanto hay que considerar el término medio (1) entre ambos, como el centro á que debe tender el hombre en su conducta (*in medio virtus*). ¡A cuántas desviaciones conduce la teoria del dualismo permanente en la vida, verdad y error, virtud y vicio, bien y mal, belleza y fealdad, derecho é injusticia! El hombre llevado á impulsos de tan encontradas tendencias, dirige su actividad de uno á otro punto, contemplándolo todo como relativo, cuando precisamente lo relativo es el mal y el vicio y el error y la injusticia, no lo absoluto, si es que hablamos en conciencia y razon.

Ninguna de las relaciones ó fines humanos cabe sea falseado sino en la última, efectiva determinacion sensible, por la imperfecta posicion de sus elementos reales constitutivos, como podría evidenciarse hasta en el crimen, donde esencial y absolutamente son buenos todos los elementos integrantes, completamente buenos; y solo en la desmedida, inorgánica é irracional manera de recibirlos en la voluntad y componerlos en la egecucion, consiste la maldad ó perversidad de la obra. (2) Deben por tanto consignarse en la Etica una vez sabida la raiz del mal, los medios por los cuales puede salvarse y perseguirse rectamente la conducta en el bien.

El bien, como fin de la vida es pensado siempre primeramente *uno*, tanto en relacion al hombre (bien humano) como en relacion á la esfera divina (bien infinito) sin impedir la unidad que tenga interior variedad y en ello se

(1) Segun desde Aristóteles se ha venido pensando hasta en nuestros dias.

(2) Bonum ex integra causa; malum ex quocumque defectu...

muestre nuevamente uno; esto es, que sea armónico. Así, de igual modo que pensamos la verdad una, múltiple y sistemática, pensamos el bien uno, vário y armónico.

Hay con efecto bien en todos los órdenes de la realidad, sobresaliendo en el mundo el humano, por su plena semejanza, en sus límites, al bien sumo de la Divinidad. Y si en las obras bellas de las artes particulares, se revela lo infinito por la poesia en cada determinacion y hasta en el último pormenor insignificante, en la vida y en la mas sencilla accion, se muestra el bien uno y todo, concreto sin duda, pero reflejando en su esfera y á su modo la suma bondad divina. De esta suerte se une en el arte lo infinito de la idea con lo individual de la ejecucion, como se une lo eterno y absoluto en lo temporal y contingente de la vida moral, trayendo al mundo de los seres finitos el reino de Dios y la santidad.

Toda cosa, todo ser tiene su ley, que consiste en la permanencia de su ciencia á través de las mudanzas: permanencia que alcanza tambien aún á esta misma propiedad del mudar. Y como la naturaleza humana cae toda ella bajo esta forma, de igual modo que en la inteligencia y en el sentimiento, se hallan y distinguen leyes en la voluntad. Así es realmente un capítulo de gran importancia en esta seccion segunda ú objetiva el de qué y cómo es la ley del querer para su realizacion.

Existen en dicha ley dos elementos, uno material y formal el otro. Y puesto que en la relacion de legitimidad se dan dos términos, legislador y legislado, concierne al primer elemento objetivo, el precepto absoluto ó *imperativo de la ley*, y al segundo subjetivo la manera de desplegarlo. «Haz el bien, y solo él, por buenos medios» dicta á la conciencia la ley moral. «Hazlo en propia actividad y por puro motivo» manda aquella al agente.

Nada tan sencillo como el cumplimiento de las leyes morales, nada tan fácil como *vivir bien*, gozando las buenas obras, de lo que dá egemplo toda obra bella en las artes, que aparece al espectador como lo mas natural. ¡Cuán difícil en cambio se presenta la mala obra artística! De qué modo

manifiesta en cada punto el obstáculo que se intenta vencer. el esfuerzo, la desesperacion del artista! Así nos repugna en la vida el acto perverso en el fin, en los medios, en la ejecucion, mientras cautiva el ánimo la bella facilidad de la virtud, luchando contra la adversidad heroicamente.

Siempre que el hombre reflexiona, encuentra ciertos elementos que recibidos en su voluntad constituyen los motivos ó móviles de sus acciones; muévase la actividad á ellos ligada, ya sean puros ó impuros, si bien conservando el carácter distintivo de la libertad. (1) En los segundos convierte el hombre esta libre espontaneidad en libertinage, voluntariedad, licencia, sin guardar razon en su obra, fundada en la mera resolucion arbitraria de su voluntad. (2)

Dirigido en cambio por la prudente y modesta confianza en el bien, animado por consoladora esperanza, camina seguro, fortificado por la razon que su obra le inspira y asiste sin falta alguna á su prosecucion y término. Mas como en cada obra aparecen múltiples motivos que pueden solicitarle en sentidos diversos, solo mediante las funciones de la voluntad y por reflexion de conciencia debe decidirse, por lo que ha menester elegir entre los parciales bienes que se le ofrecen, resolviéndose por *lo mejor* como término de la eleccion, bajo el uno y absoluto bien.

A veces sin embargo, desviándose el sugeto de sí propio, verifica una *mala* eleccion, apareciendo el mal moral á causa de la limitacion humana, y como enfermedad á que se halle expuesto el ser racional finito. No obstante como puede á causa de su libertad y racionalidad volver sobre sí en todo tiempo, abandona el estado inorgánico, relativo,

(1) Sanz del Rio, «Ética» (inédita).—Vacherot, «La science et la conscience» dice con respecto á esto las siguientes bellísimas palabras: «La sociedad moderna que ama todas las libertades, no puede dejar que se pierda en las almas el sentido de aquella que las concentra y conduce á todas en su seno; la libertad moral, principio del deber y del derecho.»—«Anuario filosófico» por L. A. Martin, T. VIII. V. sobre el particular nuestro compendio de los «Elementos de Filosofía moral» de Tiberghien, precedidos de unas «Nociones de Biología» 2.^a Ed., Madrid, 1873, Duran.

(2) Stat pro ratione voluntas.

malo, constituyéndose en el armónico y positivo, en cuyo regreso, debido ora á remordimiento, ora á pura reflexion estriba la eterna posibilidad de enmienda en el criminal y de salvacion en el pecador. (1) Y aun para no recaer en lo sucesivo en el mal, posee medios preventivos suministrados por Dios á todo hombre si atentamente examina su estado y propia naturaleza; exámen que es la base de la regeneracion moral.

Despréndese de lo expuesto que si toda educacion radica primeramente en la conciencia, lo moral en particular, tiene leyes y reglas prácticas para el desenvolvimiento de la moralidad humana (cultura moral) como para nuestra perseverancia en el bien (higiene moral) y para nuestra correccion y enmienda cuando de él nos apartemos (medicina moral).

El hombre es libre en toda la determinacion de su naturaleza, y en lo tanto en la de su vida moral.

Y de idéntica manera que el pensamiento tiene una propia interna libertad para la investigacion de la ciencia, y el sentimiento (2) la suya, goza la voluntad de su libertad propia, (libertad moral). El deber de obrar libremente en todo y para todo sin consultar mas que al dictado en la conciencia y segun dictámen de la razon, ora en el elemento ideal puro, ora en los datos experimentales respecto al caso, como en la regla de conducta, es un precepto absoluto de moralidad. Pero como la libertad es una forma, la del causar, por su mediacion se determina la esencia y materia de la vida toda, ya positivamente, las propiedades de nuestra naturaleza, ya negativamente, los

(1) V. en Ritter («Historia de la Filosofía cristiana»), Vacherot (id. de la Escuela de Alejandria») Fibeyhien (ob. cit.) las opiniones de S. Clemente de Alejandria, S. Gregorio de Nisa, enteramente conformes con este incontrovertible principio.

(2) No hay error mas funesto que considerar el sentimiento como necesariamente fatal, involuntario, ciego y adherido indisolublemente al objeto del cual procede.—Sin recurrir á la guia y luz que recibe de la inteligencia, el puro sentimiento estético, que engendran en nosotros las obras de la naturaleza y del arte, basta para evidenciar que tambien hay sentimientos «libres», tan libres como el pensamiento en su esfera.

impedimentos del buen obrar, nacidos ó de la costumbre, ó de la falsa educacion y estados de la voluntad, favorecidos en su desarrollo por la ignorancia del fin. Asi v. g. es un impedimento de la libertad moral la pasion del egoismo que nos conduce á poner en nuestra individualidad el centro de la vida y del mundo; debiendo el sugeto propiamente moral desprenderse de ella como de mortal dolencia, quedando en la medida racional de los sentimientos puros, los cuales ciertamente no producen sino estímulo y alimento para la libertad moral en el individuo y en las sociedades.

Son tambien los últimos sugetos de moralidad, pues de igual manera se muestra esta propiedad en la vida individual que en la de los círculos y personas mayores que el individuo representa como un microcosmos, sin perder este su libertad y responsabilidad, viviendo ó realizando su destino en aquellas, y solo en parte atenuando sus faltas el medio social.

Si pues todo lo anterior no solo es aplicable al individuo sino en cuanto miembro de la humanidad, ó mas claro, sino se refiere exclusivamente al ser humano en sus últimos límites distintivos y característicos en su naturaleza, sino al ser en general de íntima union espíritu y cuerpo, y en lo comun genérico y fundamental, debe reconocerse una nueva parte en la Etica donde se hagan extensivos los principios del orden y la vida moral, sus leyes, modos y esferas, á las diversas *personalidades sociales*. Debe, pues, existir una Etica social ó *sociología moral* en la que se consideren las aptitudes morales de los sugetos mayores en la humanidad, el bien que prosiguen como su fin y destino, y la relacion en que se conciertan ambos términos, mediante libertad en la obra que les está asignada. Todas las instituciones tienen tambien sus virtudes, las cuales desenvuelven en el tiempo y por arte, ya se trate de una sociedad personal, ya de una final ó especial, en todas las que vive el individuo como hijo de la familia y de la pátria, de la Iglesia y del Estado, del orden económico y de la Universidad.

Con esta consideracion terminaria realmente la Etica,

si no debieran notarse al propio tiempo los sentidos transcendentales de esta ciencia con relacion á otras esferas hermanas de la moral, deslindándose claramente su campo respectivo de accion, por respecto ora al Derecho, cuya distincion es tan delicada y dá tantos motivos á confusiones y males considerables en la práctica; ora por respecto á la Religion donde tantos y tan arraigados prejuicios existen, naciendo de ellos la comun falta de respeto de parte de los que comulgan en una religion positiva determinada, para con aquellos que no cultivan este fin á su modo, sino en otras formas ó instituciones, ó aun sin expresar su conciencia en manifestaciones exteriores de culto determinado, ya por indiferencia (enfermedad de que están corroidas las sociedades modernas) ya por duda, ya por propia conviccion; hostilidad y prevencion desfavorables que por desgracia suele ser recíproca.

Hasta aquí hemos venido hablando de la moralidad y de la ley moral en lo genérico y comun de este asunto, en su unidad; pero el bien y la voluntad deben regir la vida orgánicamente, en todo el sistema de sus várias relaciones, no meramente en lo general; de otra suerte carecería de valor práctico tal ley, reduciéndose á suministrar al hombre sentido y preceptos vagos é indefinidos, y quedando abandonada la direccion individual de la vida al buen parecer, al acaso, á la corriente en las tradiciones, al estado de las costumbres sociales reinantes á la sazón; en suma, á las circunstancias, que suplantarian el lugar y la autoridad á la razon humana.

Esta aplicacion de la ley moral y de su imperativo absoluto á las várias esferas de la vida, cuya exposicion constituye la Etica especial, ó Deontologia (Tratado de los deberes) no ha sido hasta hoy desenvuelta las mas veces en todos los términos de su contenido, soliendo reducirse ordinariamente á tres órdenes á que solo ha querido verse obligacion moral para la conciencia racional humana (1).

(1) En la Filosofía moral reinante, cuyo sentido es hijo en parte de la Escolástica.

Deberes del individuo para consigo mismo, para con sus semejantes, y para con Dios, llegando cuando mas á distinguirse en los segundos, deberes para con otros hombres, y para con el todo social.

Pero los deberes humanos, si han de señalarse objetivamente, esto es, segun el ser al cual nos reconocemos obligados, alcanzan á tantas esferas cuantas son las de la realidad, ya que en todas ellas vivimos y debemos por tanto cumplir nuestra naturaleza segun la relacion dada en cada punto y momento. (1)

Asi partiendo de la conciencia inmediata y su vista interior consigo misma, tenemos deberes para con nosotros; los cuales son de nuestro espíritu en el desarrollo de las facultades anímicas; deberes para con el cuerpo, templo del alma al cual debemos respeto sumo (2). Vivir moralmente como espíritus con cuerpo, y como hombres es el primer deber (inmediato, no absoluto) que nos advierte la conciencia. Extendiéndose luego nuestra vida al rededor en el mundo y los círculos de que formamos parte, debemos cultivar y promover doquiera con amor y activa cooperacion, todos los bienes de la Naturaleza en sus fuerzas y reinos, todos los del espíritu en su libre actividad y produccion, todo lo humano en el comercio social de la vida. La Naturaleza, el espíritu, la humanidad y su íntima y recíproca penetracion, son las esferas á que pertenecemos, en que participamos, y á las que nos debemos. Cada ser fisico, espiritual, humano del cosmos, posee su propia dignidad, finalidad y mision, y solo en cuanto compatibles con tales extremos nos es lícito usarlos como medios para la realizacion de nuestro destino peculiar. Principio que Kant ha puesto en claro (3).

Los deberes pues mencionados, ya con el todo á que cada uno de esos seres pertenece, ya con los reinos, círculos é

(1) Sin hacernos cargo de que los deberes para con nuestros semejantes son exactamente iguales á los que tenemos para con nosotros mismos.

(2) S. Pablo, I. ad Cor. vi. 19 y 20.

(3) V. Principes methaphisiques de la morale. Fr. Fissot,

instituciones interiores, ya con el último de sus individuos, constituyen el asunto de nuestra moralidad en y con el mundo. Pero como quiera que nuestra vida no solo se extiende á nuestro alrededor, si que tambien se eleva sobre nosotros, y sobre el Universo y la suya, á la contemplacion amor y fiel semejanza en nuestras obras al Ser fundamental, supremo entre los séres y principio absoluto de toda realidad, existen deberes para con Dios, de los cuales irradia el purísimo y profundo sentido que penetra religiosamente toda nuestra existencia.

Hé ahí pues el cuadro de una moral perfecta, y el concepto, plan y método de una Etica elemental.

HERMENEGILDO GINER.

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA.

Extinguida, ó templada por el momento, la fiebre política que en estos últimos años ha estremecido á las impresionables provincias andaluzas, cada dia es mas vigoroso en esta region el movimiento científico, literario y artístico; empleándose la actividad y el calor de los andaluces en la organizacion de nuevas academias literarias, habiéndose creado recientemente ateneos científicos y fundado sociedades artísticas extensivas á proporcionar mayores adelantos á nuestras industrias y agricultura.

Málaga no ha sido extraña al movimiento general, siguiendo activa tan provechoso impulso, como lo prueba la importancia cada vez mayor de nuestra *Sociedad de ciencias físicas y naturales*, cuyas frecuentes sesiones son tan instructivas y tan brillantes, los últimos certámenes celebrados por la *Academia literaria del Liceo*, las repetidas exposiciones artísticas de esa Sociedad, los clásicos conciertos de la *Filarmonía*, que cada dia fomenta mas sus escuelas de música, donde nuestra juventud, sin sacrificio alguno, adquiere honrada y digna carrera.

La afición á la pintura se ha desarrollado prodigiosamente entre nosotros; y el ejemplo de los Sres. Ferrandiz, Ocon, Martinez de la Vega, Denis y otros artistas de génio, ha sido seguido por muchos de nuestros paisanos, que han llegado á distinguirse, como los jóvenes Moreno y Talavera, formándose rico plantel de nuevos pintores, para honra del arte y orgullo de los malagueños, entre los cuales se ha formado el gusto, despertándose la afición á los buenos cuadros, lo cual facilita la salida de las muchas obras que con frecuencia vemos expuestas en determinados establecimientos y en los estudios de nuestros artistas.

Ya se están recibiendo objetos para la *Exposicion Permanente del Liceo*, de la cual hemos tenido el gusto de ocuparnos extensamente en revistas anteriores. El señor Presidente de esta sociedad se ha servido enviarnos un egemplar del reglamento á que deben sujetarse los exposito-

res, del que creemos oportuno extraer los siguientes datos.

La Exposicion se propone llenar dos fines: la exhibicion de las obras de arte y productos de la industria, para estimular al progreso á los productores y hacer conocer y apreciar al público los productos; facilitar la venta de los objetos expuestos y de los géneros representados por muestras, modelos ó anuncios. Son objeto de esta exposicion, toda clase de obras de arte antiguas ó modernas, curiosidades, trabajos especiales, y productos de la industria ó la agricultura; primeras materias, máquinas y útiles de trabajo.

Para el efecto del pago de derechos á la exposicion se dividen todos los objetos en dos categorias: una, aquellos que se exponen para su venta sin carácter de muestra ó anuncio de otros de su especie; otra, los que se exponen especialmente para su exhibicion constante como modelo, tipo ó muestra de una fabricacion ó produccion de cualquier género que sea. Se comprenden en el primer grupo obras modernas de pintura, escultura, dibujo y sus derivados como modelados, vaciados, tallados, etc., siempre que sean calificables dentro de la categoria de bellas artes y no productos industriales. La segunda seccion la forman las obras de arte antiguas, de pintura, escultura, y grabados, armas, muebles, monedas, tapices, tejidos, cerámica, joyería, libros, inscripciones, manuscritos, ó cualesquiera otros de la misma índole que sean, tambien presentados para su venta como especialidades y no con otro carácter. Se comprenden en el segundo grupo las secciones siguientes: productos artistico-industriales, como litografias, grabados, fotografias, modelo ó muestra de una industria cualquiera; muestrarios ó tipos de cualquiera produccion industrial ó agrícola, desde las primeras materias, máquinas y utensilios de trabajo y productos elaborados; anuncios.

Todos los objetos al presentarse serán numerados, fijándose el número en el objeto, y entregándose un recibo al expositor.

Los fondos que se recauden para la Exposicion se administrarán con entera independenciam de los del Liceo, destinándose por órden de preferencia á sufragar los gastos de la instalacion, conservacion y vigilancia de la Exposicion, á anunciar por medio de la prensa y por los que la Junta juzgue oportunos, las condiciones de la Exposicion y de los objetos que contenga, á adquirir obras de arte para enriquecer el museo que deberá formarse en el Liceo.

La Exposicion estará abierta todos los dias de diez á tres para el público, siendo gratuita la entrada.

Celebramos que al fin el Liceo haya realizado este oport-

tanísimo pensamiento, y deseamos que el público y los artistas é industriales acudan al llamamiento, para que no sean estériles los gastos y esfuerzos desinteresados hechos por tan digna sociedad.

Sigue acudiendo el público al teatro de *Cervantes*, atraído por las representaciones de la zarzuela *Sueños de oro*. Esta obra se ha puesto con gran lujo y aparato, tanto en los trages como en el decorado.

La empresa ha hecho gastos de consideracion, pero sus esfuerzos se han visto recompensados, pues cada vez que se anuncia esta zarzuela hay un lleno completo. Presentar obras nuevas, y presentarlas bien: esto es el secreto para despertar la aficion y llamar espectadores.

Las decoraciones, pintadas por D. Manuel Montesinos, han agradado extraordinariamente; y la noche del estreno fué llamado repetidas veces á la escena este laborioso y entendido artista, recibiendo calorosos aplausos.

Mucho ha contribuido al buen éxito de esta zarzuela el esmero con que la ha dirigido el Sr. Pastor, el cual, como todos los artistas que en ella toman parte, han estudiado á conciencia para que la egecucion sea acabada y no deje nada que desear.

La compañía dramática que dirige D. Rafael Muñoz, continua sus representaciones en el teatro Principal.

Tanto el Sr. Muñoz como los demas actores y aficionados, procuran atraer al público, demostrando su aplicacion y sus buenos deseos.

Los amantes de las glorias artísticas están de pésame con el robo del *San Antonio* de Murillo, que se conservaba en la Catedral de Sevilla. El cuadro tenia cuatro varas de alto por dos y media de ancho; presentaba al Santo arrodillado en su celda, extasiado y con los brazos abiertos ante la aparicion del Niño Dios. Era una obra maestra, y causaba admiracion á los aficionados extrangeros que iban á la Catedral expresamente á conocerlo.

Al cerrar esta revista leemos que el cuadro de *San Antonio* ha sido encontrado al fin, aunque partido el lienzo en dos pedazos. Ojalá que se confirme esta noticia, pues su restauracion seria facil, y no quedaria perdida la joya artística de cuya desaparicion se viene ocupando toda la prensa, lamentando el suceso que tan hondamente ha impresionado á los amigos de las Bellas Artes.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

La *Revista Europea* acaba de publicar su número 38, conteniendo un estudio científico-industrial del Sr. Vicuña, titulado *Máquinas-herramientas*; la continuacion del trabajo del Sr. Sanjurjo sobre los proyectos de abolicion de la esclavitud en Cuba y Puerto-Rico, que concluirá en el próximo número; un extenso artículo de M. A. Cornu, profesor de la Escuela Politécnica de Paris, titulado *La constitucion física del sol*; un estudio del Sr. Cruzada Villaamil sobre los cuadros de Rubens que se han perdido; una interesante correspondencia de Roma que dá cuenta de los trabajos recientes y de la vida artística del pintor Raimundo Tusquets; las reseñas de las sesiones de las Academias científicas, y los Boletines de noticias útiles, teatros y bibliografía.

El número 6.º de la *Revista Histórica Latina*, contiene los siguientes trabajos:

La Corte de España en el reinado de Carlos II, 1668-1680; por Rousseauw Saint-Hilaire, de las Academias de ciencias morales y políticas de Paris, y correspondiente de la Historia de Madrid.—El primer libro impreso en España, réplica; por D. Antonio de Bofarull, oficial del cuerpo de Bibliotecarios-Archiveros.—Apuntes y noticias para una historia de las Artes gráficas; por D. Juan Serra y Pausas.—Varios documentos sacados de las colecciones de Simancas; por D. Francisco Romero del Castillo y Perozo, individuo del cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios.—Academia de inscripciones y bellas letras, sesiones celebradas en agosto y setiembre, P. W.—Discurso leído ante la Academia de la Historia, por el Sr. D. A. Llorente, continuacion.—Crónica general, F.—Boletin bibliográfico, M.

DIRECTOR-PROPIETARIO,

ANTONIO LUIS CARRION.

LA FILOSOFÍA Y LA CULTURA POPULAR. (1)

Sr. D. Antonio Luis Carrion.

Querido amigo: Faltaría á mi propósito dejando en parte principalísima sin correctivo los agravios que los modernos gentiles hacen á la Filosofía, si pasara en silencio la acusacion de impiedad que contra ella frecuentemente se fulmina en nombre de las religiones positivas. Hoy todavía si no se quema á los hombres *por el amor de Dios*, como en aquellos tiempos en que la Iglesia sin contradiccion ni límite ejercía la cura de almas y relajaba al brazo secular los hereges para mantener por el fuego la unidad y pureza de la fé; si el cambio de las costumbres que nosotros tenemos por venturoso progreso, y que el *Syllabus* por execrable retroceso ha condenado, no permitiria ya que hubiese *piadosas* ancianas como aquella que arrastrando su cuerpo llevaba el haz bendito á la hoguera destinada á Juan Huss, y á quien este impío por toda saña saludó con la sublime invocacion de *sancta simplicitas!*; si donde quiera ya ha convertido el Estado su antiguo ministerio de ejecutor del Santo Oficio, en el menos católico pero mas humano de protector de la libertad de conciencia, todavia la comunión de los fieles tiene por planta maldita la Filosofía y por réprobo al filósofo que protesta contra la servidumbre de la razon.

Veáse el número 2.º de la REVISTA.

El hecho reviste tales caracteres de universalidad, es tan comun á todos los pueblos, tan constante en todas las épocas de la historia que, aparte la originalidad con que cada vez se ha producido, bien puede afirmarse que es el mismo en la esencia, como determinado por una ley de la vida humana. Los elegidos, los maestros de la Filosofía, han sido siempre condenados por los órganos de las religiones positivas; y los dogmas de las religiones positivas han sido siempre destruidos por las especulaciones filosóficas, á cuya luz se han disipado los ídolos y quedado desiertos sus altares. No parece sino que una eterna discordia trabaja al hombre en estas regiones trascendentales donde todo debiera ser pureza, amor y felicidad. ¿Es que en efecto exista fundamental contradicción entre la Religión y la Filosofía; que la una lleve á Dios y la otra de él nos aparte; que haya de perecer la fé ó esclavizarse la razón? O ¿es que el fanatismo de los creyentes y el afán de independencia en los filósofos, han hecho y hacen de las querellas y escisiones históricas un irracional antagonismo que deba desaparecer ante una superior elevación de la conciencia?

La cuestión es de tal magnitud y trascendencia para los destinos de la Humanidad, que bien vale la pena de pensar en ella seriamente, despojándose de la pasión y enemiga que el espíritu de sectario engendra. Un resultado capital ofrece la Historia de los pueblos cultos: la civilización se inicia con la instauración de las religiones positivas. Del culto de los muertos que, por lo que hasta ahora sabemos de las más remotas edades, parece haber sido la primera manifestación religiosa, sobre todo en las naciones arias, procedieron las primeras instituciones civiles: la organización de la familia, la propiedad, la moral, la justicia, el poder estaban vinculados á los Manes y por ellos fueron santificados. Había tantas religiones como familias. Multiplicándose estas, las diversas ramas que se desarrollaban á través de las edades enlazadas por descendencia de varón, seguían formando una familia indivisible, que con el nombre de *gens* mantenía un hogar comun consagrado á la divinidad *gentil*, al primer ascendiente que continuaba ejerciendo su

exclusiva providencia familiar.—Separadas las *gentes* por la diversidad de sus religiones, se unieron mas tarde merced á una cierta expansion de la idea religiosa, formando *phratrias* ó *curias*, que concibieron y representaron una divinidad superior á las antiguas domésticas, y cuya providencia se extendia sobre todos los miembros de la nueva sociedad. Bajo el mismo principio, con idéntico plan y sentido fuéronse constituyendo asociaciones mayores: varias *phratrias* ó *curias* se unieron en la *tribu*, y de las tribus se formó por último la *ciudad*, teniendo un Dios, un culto, un sacerdocio, una justicia, un gobierno cada uno de estos grados del organismo social, que rechazaban siempre al extraño ó al extranjero por impío.

Una mas alta y comprensiva concepcion religiosa inspiró á los primeros hombres la contemplacion de la Naturaleza. Pendiente su vida de multitud de potencias extrañas que veia obrar por do quiera; agradecido y temeroso juntamente por los beneficios que pródidas otorgaran y por los estragos que, enemigas, produjeran; incapaz de comprender el plan y concierto de esta aparentemente confusa complexion de fuerzas, creyéndolas independientes y rivales, y prestándoles los atributos de la personalidad que en sí reconocia, llegó el hombre á representarse como divinidades los diversos agentes físicos. Con verdad pudo decir Lucrecio, juzgando el origen de semejante religion, que «el temor habia engendrado los dioses.» Bien pronto la imaginacion poética, creando leyendas y formando mitos, desarrolló libremente la nueva concepcion religiosa, extendiendo mas y mas su imperio al unísono de los progresos de la asociacion humana. Pero aun cuando una especie de seleccion, como dirian los partidarios de la trasformacion de las especies, vino operándose entre las diferentes representaciones míticas, conservaron siempre las divinidades su espíritu y carácter local. Comenzando por ser el patrimonio de la familia, que le habia dado su advocacion, si una divinidad pasaba luego, merced al prestigio que por la virtud ó el poder de esa misma familia alcanzaba, á ser el Dios de la Ciudad, y de aquí por alianzas ó conquistas ganaba la adoracion de todo un

pueblo, nunca perdía su índole y origen *gentil*, ni llegaba nunca á ser una Providencia universal.

Aun en aquellos pueblos donde llegó á afirmarse el monoteísmo—que no fué éste privilegio exclusivo de los hebreos—quedaron vestigios del politeísmo gentil. En los himnos de los Vedax, se dice con frecuencia que cada familia se habia hecho sus dioses y los guardaba para sí como protectores cuyas gracias no queria compartir con los extraños. Y en la Biblia misma, la critica moderna ha distinguido de un modo indubitable el primitivo espíritu religioso que representan los *Elohim*, divinidades particulares, y la creencia monoteista que simboliza *Jehowah*.—No incumbe á mi propósito en este momento considerar cómo se produjo el monoteísmo en el proceso de las religiones positivas; ni determinar por tanto la forma con que el génio peculiar de cada pueblo y raza lo representó. Baste á mi fin consignar la oposicion entre el sentido religioso de las naciones chamito-semíticas y las arias ó indogermánicas, porque á ellas se refieren las mas altas y universales concepciones que recuerda la Historia: la unidad indeterminada de Dios como ser extra-mundano, sin relacion esencial interna con el Universo, que crea por un mero acto de soberano arbitrio, junto con la falta de espíritu reflexivo y de aptitud filosófica por consecuencia, caracteriza el monoteísmo de las primeras: la unidad esencial de Dios y el Mundo, la encarnacion de lo divino en lo finito tan admirablemente representada en el principio *mediador* del Verbo, y el saludable predominio de la razon que une y distingue juntamente en propias concertadas relaciones, caracterizan el monoteísmo de las segundas. A estas dos direcciones capitales se anudan las mas preciadas obras de la civilizacion, cuyos orígenes se confunden así con los de las religiones positivas. Bajo su inspiracion se han formado los pueblos, constituido las naciones, prescrito las leyes de la vida moral y jurídica, creado el arte y producido la Filosofia. Pero antes de llegar á la alianza universal de los hombres y los pueblos entre sí y con Dios, cuya aspiracion tan penosamente perseguimos hoy todavia, ¡cuántas particulares re-

presentaciones religiosas no han necesitado sucumbir, cuántas supuestas revelaciones privilegiadas no han dividido á la Humanidad, cuántos ídolos no han caído, cuántos aun no deberán caer, para que la conciencia se depure del gentilismo! Reparemos que las mismas creencias monoteístas han aparecido primero como exclusivo patrimonio de raza ó de casta: Jehowah es el Dios de Israel; Brahma el Dios de los Hindus. ¿Qué divinidad mas cruel é inhumana que aquella que prescribe á Josué el exterminio de todo un pueblo? ¿Qué division mas profunda é infranqueable entre los hombres que la establecida por Dios mismo? Por el camino de las religiones positivas ni la unidad de Dios, ni la unidad humana han llegado á consagrarse en la tierra. Y hé aquí la primera, la radical impiedad de la Filosofía. Ella y solo ella ha comenzado á destruir y concluirá al cabo con el imperio de la gentilidad en el Mundo.

Encaminadas á probarlo van estas breves reflexiones históricas, que pueden forzar mas la conviccion del comun de las gentes, que las teóricas razones en que suelen ver la expresion de una escuela inspirada en el antagonismo de partido, y con la vana presuncion de vincular la verdad en su doctrina. Si por mi parte aspiro siempre á librarme de semejante vanidad dogmática, en nada quiero, mi buen amigo, procurar tanto como en estas cartas consagradas á la cultura popular, que nunca puede ser el eco de una escuela determinada, sino resultado de los principios comunes á todas las varias direcciones de la razon. Ni censurable prurito de herir sinceras creencias, ni inmoderado alarde de un *espíritu fuerte* que desdeñe la fé, ni volteriano intento de relegar la religion para las masas ignorantes, ni el interés siquiera de ponderar mi oficio como es á veces uso para subir su precio en el mercado ó granjearse dominacion y fama, ningun propósito bastardo me mueve, en suma, á esta modesta obra; solo pretendo probar que la supuesta impiedad de la Filosofía ha purificado la idea y el sentimiento de Dios en la conciencia del hombre.

¿Cómo, en efecto, para tomar sólo los mas salientes ejemplos que la Historia ofrece, se rompió la barrera de las

castas, pudiendo hasta el pária redimirse de su impureza? Cómo el estrecho mesianismo de los judíos se convirtió en redencion universal? Aparte la singular semejanza de las leyendas de Budha y de Jesus, que en juicio de muchos arguye inmediatas relaciones históricas, contando la distancia de seis siglos que los separan y la diferencia de los lugares, es lo cierto que responden á un mismo fundamental sentido y espíritu ambas reformas religiosas, y que por vez primera se vé influir directamente la Filosofía en la formacion de la fé, prestando sus más elevados principios á la supuesta *revelacion sobrenatural*, en que la fantasía representa, segun el génio de cada pueblo, la encarnacion del elemento divino en la vida del hombre.

Ley constantemente confirmada por la Historia es que la fé preceda á la reflexion, la cual se anuncia cuando surge la duda sobre las primeras ideas que á manera de imposiciones recibiera el espíritu. Al cuestionar el hombre sobre el valor de sus representaciones ideales, introduce en ellas una especie de anarquía que le lleva á dudar de su antigua fé en Dios, en la Naturaleza y en su propio destino. Entónces, volviendo sobre sí y recobrando como los Titanes nuevas fuerzas al tocar el sagrado suelo de la conciencia, destruye los antiguos ídolos, borra los falsos límites de sus caducas representaciones, y depuradas por la reflexion sus ideas, se prepara á concebir un mas alto y fecundo ideal. Así la duda, cuando no es pasiva, ni indiferente, ni cobarde es una verdadera purificacion del alma. Tal es la hora suprema del nacimiento de la Filosofía.—Con ella se anudan y de ella reciben su respectiva excelencia el Budhismo y el Cristianismo.

Quien arranca á su prójimo de la depravacion del siglo, y se hace el bienhechor del género humano, y guarda una santa conducta se libra de los límites y alcanza la dignidad divina, predicaba Budha seiscientos años antes de Jesucristo. Merced al movimiento filosófico que comenzó con las divisiones religiosas entre los Hindus, ejercitándose la reflexion sobre las doctrinas védicas, haciéndose objeto de controversia la tradicion brahmánica, se produjo esta emancipacion de la

conciencia que consagró la apoteosis de Gotama-Budha. Sistemas ortodoxos y heterodoxos se disputaron la posesion de la verdad, y las libres indagaciones racionales afirmaron la ciencia á espensas de la fè, aun entre los mismos que solo se proponian explicar y defender los sagrados Vedas. Y si los brahmanes persiguieron con saña y con violencia á los budhistas, y si del suelo de la India lograron exterminarlos, y si celebraron su triunfo en los Pouranas, no por eso impidieron la propagacion del Budhismo, que ganó millares de creyentes entre mongoles y tártaros, y extendió la religion sobre pueblos y razas diferentes, rompiendo los límites *gentiles* de las divinidades brahmánicas.

¡Coincidencia singular! Casi al mismo tiempo que la Filosofia determinaba esta revolucion en las ideas religiosas de los Hindus, Táles y Pitágoras despertando á la reflexion el espíritu helénico, inauguraban una obra semejante en la Grecia. El génio clásico habia idealizado la Naturaleza. El antropomorfismo fué la última evolucion del politeismo naturalista. La aurora de la Filosofia señaló el ocaso de aquella religion. Del rico panorama del Mundo que todavia sublimaran las creaciones del arte, fueron convirtiendo los filósofos gradualmente su atencion hacia el espíritu, y no tardó Anaxágoras en reconocer la unidad de Dios como *Razon*, y Sócrates ofreció su vida con una magestad sin ejemplo en holocausto del naciente monoteismo espiritualista, y la escuela de Platon erigió la doctrina del Verbo, del Mediador divino por quien se encarnan las ideas en la realidad, y la escuela de Aristóteles determinó las fórmulas de la nueva concepcion que se labraba en el fondo de la conciencia. El pólen de esta flor en que se condensó toda la sávia de la civilizacion helénica fué llevado al Oriente. Allí con el tiempo habia caido la tradicion mosaica en escisiones, indiferencia y rutina. Bienhechoras influencias de la religion persa, del Mazdeismo á que sirvió la conquista, y que mas tarde se representaron en la leyenda de los reyes magos, fueron preparando una fusion del espíritu ario con el semita que la dominacion de los griegos en el Asia consumó. Puestas estaban las condiciones para una renovacion religiosa que con-

sagrara la alianza de tan extraños pero preciados elementos. Era necesario el impulso de un hombre; pero la idea de la obra no podia caber en la mente de un individuo, y habia de quedar encomendada á las generaciones y á los siglos. El sentimiento de Dios era mas poderoso en los semitas; mayor la fuerza de reflexion en los arios. Jesus en el seno de los judios intentó la reforma; sus discípulos griegos la acabaron.

¿Qué parte tocó á cada uno de estos elementos en la formacion del Cristianismo? ¿Cuál de ellos prevaleció? ¿Cómo contribuyó la Filosofia á fundar esta religion positiva? Cuestiones son ya resueltas por la Historia. Hasta los Padres de la Iglesia han reconocido á Sócrates, á Platon y Aristóteles como precursores del Cristo; y entre los mismos Apóstoles y en los Evangelios mismos, sin contar los que se reputan apócrifos, se revela el predominio del elemento helénico, la decisiva influencia de la Filosofia. La idea del semita no va mas allá de lo que entendia y representaba S. Pedro: una renovacion y depuracion á lo mas de la antigua Ley, una secta judia en suma. La idea griega representada por San Pablo, prepara la catolizacion del mundo: si la circuncision hubiera prevalecido el Cristianismo no habria pasado al Occidente. Tendencias judaizantes y tendencias helenizantes luchan dentro de los Evangelios. En todos, y señaladamente en el de S. Mateo, que representa con mas verdad histórica y bajo su forma mas antigua la imagen del Cristo, tal como vivia en la conciencia de los primeros cristianos, resaltan vestigios de dos etapas en la religion naciente: las narraciones y la doctrina de la primera confesion, pertenecen á un tiempo y corresponden á un sentido en que todavia aparecia difícil extender la nueva comunión á los paganos; un segundo momento de la evolucion, representan las leyendas y sentencias del tiempo en que S. Pablo habia hecho prevalecer sus ideas y sus aspiraciones. Si este mismo progreso se produjo en el pensamiento y en la vida de Jesus, la crítica no puede decidirlo satisfactoriamente: pero lo innegable es que se cumplió en las generaciones inmediatas. Sobre aquella consideracion ofrecen prueba concluyente la

influencia pauliana que predomina en el Evangelio de san Lucas, y la reconciliacion y fusion de los dos partidos á que responde el ya quasi latino Evangelio de S. Marcos, donde, como siempre sucede en la marcha de la Humanidad, se consagró el progreso bajo la presidencia y gobierno de S. Pedro, que habia representado el elemento mas conservador y menos expansivo.—Mas, donde el Cristo aparece ya formado; donde el dogma fundamental del Verbo, del Hombre-Dios, creacion peculiar á la raza aria, refractaria á la semítica, preciado fruto de las especulaciones filosóficas, se ostenta en toda su magestad divina é ideal transcendencia, es en el Evangelio de S. Juan, que claramente revela la encarnacion de la idea mesiánica en el idealismo platónico. Y si pasamos de aquí á la formacion del símbolo de Nicea, ¿quién no reconoce la obra de la Filosofía en el triunfo de S. Atanasio contra Arrio, que niega la divinidad del Cristo? El arrianismo es el Cristianismo semítico y con él se enlaza en el curso de los siglos la fundacion del Islam como protesta contra el espíritu filosófico del génio greco-romano. ¿Qué supone sinó el hecho mas elocuente que todas las disertaciones teóricas, de haber sido rechazada la nueva religion por los judíos y convertídose rápidamente á ella los griegos, los latinos y sobre todo los germanos? ¿A quién sino á la Filosofía se debe esta elevacion de la conciencia con que se anuncian las primeras manifestaciones de una religion universal?

Injusto sería negar al Cristianismo la superioridad que alcanza sobre las demas religiones positivas producidas hasta ahora en la tierra; pero torpe sería desconocer que esta superioridad es debida á la fusion del génio opuesto de dos razas bajo principios superiores de razon. Mientras la fé nueva fué viva y fecunda, pudo progresar al unísono con ella la reflexion filosófica, que así contribuyó poderosamente á la elaboracion del dogma. La ciencia, el arte, la moral, el derecho, la vida toda se ajustó al ideal cristiano. Mas obedeciendo á la ley del humano destino, fuéronse cada vez fijando y estrechando los límites de la religion positiva: la fé que, primero, buscara la razon, como decia San Ansel-

mo, concluyó por negarla y condenarla: las heregias que en un principio prestaran fuerza y vida por la lucha de las ideas, se estrellaron al cabo contra el fanatismo; la Iglesia prefirió excomulgar á discutir, y entrando en codicia del poder mundano quemó los cuerpos porque desconfiaba ya de ganar las almas; y el *amor de Dios* que habia unido á los hombres, convertido en *gloria de Dios* los dividió en la tierra y en el cielo; y en nuevo *gentilismo* se trocó la catolizacion del mundo. Entónces, opresa la conciencia, convertidas las ideas en ídolos, relajada la moral, suplantada la gracia divina por la arbitrariedad humana, recommenzó la Filosofía la obra que llaman de *impiedad*; y despertando las fuerzas del espíritu bajo la imposicion dogmática sofocadas, y convirtiendo á la par su atencion á la Naturaleza postergada y profanada por las aberraciones escolásticas, y apelando contra la teocracia al poder del Estado, reconoció y consagró con la santidad del martirio, la libertad del pensamiento, investigó con religioso afan las leyes del Cosmos, y proclamó la independenciam de las Naciones, preparando con todo una superior alianza de los hombres y de los pueblos bajo una mas alta y pura y libre intimidad con Dios.

En esta evolucion en que al presente todavía nos encontramos, la Cristiandad se ha dividido en dos tendencias, que desde hace tres siglos sostienen luchas de cuerpo y alma: una, el Protestantismo, extendida por las razas germánicas, donde mas puro y vigoroso late el espíritu ario, engendrada y sostenida por la libertad de conciencia, ha formado pueblos activos, inteligentes, libres que alcanzan una fecunda vida espiritual independiente de la tutela del clero y del Estado, y va abriéndose mas cada dia á los progresos de la razon que suavemente la purifican del particularismo gentil en que toda fé positiva declina; otra, el Catolicismo, conservada en la raza latina, ha sofocado y oprime todavia la libre vida del espíritu con una religion formalista y ritual, sin alma, y una organizacion servil que provoca constantemente á rebeldía; y cada vez va estrechándose mas y apartándose de los adelantos de la ciencia, y pervirtiendo la moral con las doctrinas y las prácticas

del Jesuitismo, á cuyo funesto impulso ha caído hasta en la antropolatría del Pontífice. ¡Tal y tan pronunciado va siendo el gentilismo á que se arrastra la religion católica! Diariamente oímos á los campeones de la intolerancia, olvidados de «adorar á Dios en espíritu y en verdad», acusar de impíos á los que abandonan *la religion de sus mayores*, ni mas ni menos que si imperara todavia el culto de los manes, ante quienes hubiera de sacrificarse la propia conciencia. ¿Qué fuerza, ni qué virtud puede tener semejante fé en el corazon del hombre? Salvador ha sido el protestantismo para la religion de Cristo. Depurados sus elementos racionales por el ministerio de la Filosofía, podrán seguir alimentando las divinas aspiraciones del Espíritu, en tanto que una mas profunda é íntima y universal amorosa union con Dios llegue á concebir y sentir el hombre; mas el fanatismo, la intolerancia, la fé pasiva, perezosa, idolátrica y servil, en que el Catolicismo se encierra, no pueden prevalecer contra la pura luz y eterna libertad de la razon.

Existe, pues, cierta discordia entre la Filosofía y las religiones positivas. Y, cómo no? si toda religion positiva lleva hasta ahora el sello de una creencia particular, privilegiada, impuesta, que escinde el reino indiviso de Dios y tiende á marcar con sangre y fuego la division de los humanos; si todavia las mas altas manifestaciones religiosas sostienen y confiesan la ciudad de Satan frente á la ciudad celeste; si el gentilismo oscurece aun la unidad de Dios y la unidad de los hombres, y tiene la Filosofía que perseguir luchando su mision redentora. Pero nótese bien, y no se confunda su obra temporal con su destino eterno. Resulta ciertamente, ¿á qué negarlo? de todo el curso de la Historia, como yo he procurado mostrar en estas breves reflexiones, que la Filosofía ha combatido á la continua las concepciones religiosas al punto que se han hecho exclusivas y estadinas, consumando una obra de impiedad para el fanático creyente, mas realizando una obra verdaderamente piadosa para con Dios y entre los hombres, porque ha derribado los ídolos, emancipado la conciencia y extendido, al romper los límites de una estrecha alianza, la

amorosa concordia entre los séres del Universo. De esta suerte, si ha destruido y seguirá destruyendo las religiones positivas, hace brotar de sus ruinas la *religion natural*. Y así va preparando el superior divino concierto de la razon y de la fé; que aun cuando mas parece que se aparta de Dios es como el navegante que da la vuelta al globo: se aleja de las costas nacionales y torna á ellas por el lado opuesto; bendiciendo las olas que le llevan y le permiten conocer mejor el lugar de su pátria en el Mundo. Digan lo que quieran despues los modernos gentiles, los que pretendan aprisionar en la estrechez de un dogma el libre vuelo de la conciencia, los que imaginen hacer de una Iglesia particular el órgano privilegiado de Dios sobre la tierra; execren y condenen con supuesta infalibilidad las impiedades de la Filosofia: ella seguirá arrojando torrentes de luz sobre sus oscuros blasfemadores.

Y basta para desagravio en este punto; que no quiero, como decia el poeta, ser prolijo, ni cansado; ni medir la paciencia del lector por la bondad de V., á que siempre le quedará obligado su afectísimo amigo,

N. SALMERON.

Madrid 20 Noviembre de 1874.

LA COLONIZACIÓN MODERNA. (*)

III.

He dicho en mi anterior artículo que así como la cuestión económica fué el origen del movimiento emancipador de las trece colonias británicas del Norte de América, así la cuestión social, la cuestión de la esclavitud fué el origen de un movimiento análogo de la gran colonia francesa de Santo Domingo; y ahora añado que de la misma suerte y por idéntico motivo, en la cuestión política encontró raíz el movimiento insurreccional de las colonias de España y Portugal en el Sur americano.

Para Inglaterra los que después se llamaron Estados-Unidos eran tan solo un *mercado*: para Francia, Santo Domingo era solo una *plantación*: para España y Portugal sus colonias eran solo un *señorio*. Era lógico y por demás justo que todo aquel orden social se resintiera, enflaqueciese y arruinase por *do mas pecado habia*.

He hablado ya de las colonias inglesas—esto es de aquellas en que la cuestión colonial se planteó y ventiló á fines del siglo XVIII; de las trece que firmaron el Acta de 1776 y á poco proclamaron la presidencia de Washington;—prescindiendo del Canadá, de las Bermudas, de las Antillas y en fin del resto de las *dependencias* que Inglaterra po-

(*) Véanse los números 1.º y 3.º de la REVISTA.

seia en aquella fecha en América y que posee en la actualidad merced á cambios radicales introducidos para su gloria y su provecho, en el gobierno de su vasto imperio colonial que á esta hora no ocupa menos de la tercera parte de la superficie del globo y al que está sometida muy cerca de la cuarta parte de la poblacion del mundo.

Hoy hablaré de Santo Domingo, prescindiendo de las demas Antillas francesas y de la Guyana, unidas estrechamente, en el momento en que escribo, á la Metrópoli por una política de *asimilacion* iniciada en los dias del gran movimiento revolucionario del 89, proseguida con vivo deseo aunque no escasas contradicciones por la dinastia de Orleans y llevada á su último desarrollo despues de la caida del segundo Bonaparte, de un modo que apesar de sus imperfecciones y de su error fundamental no puede menos de entristecernos considerando como, á despecho de aquella famosa Ley 13 del título 2.º, libro 2.º de nuestra Recopilacion de Indias que establecia que «siendo de una corona los reinos de Castilla y de las Indias las leyes y órden de gobierno de los unos y los otros debian ser los mas semejantes y conformes que ser pudieran», y en manifiesto desprecio de aquella solemne declaracion de la Junta Central de 1809 de que «los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias ó factorias como las de otras Naciones, sino una parte *esencial é integrante* de la Monarquia española»; esta es la hora—en la agonía del siglo decimonono—que todavia mantenemos en nuestras Antillas la esclavitud, y el régimen de los estados de sitio permanentes y la penalidad ordinaria de las Partidas, y el matrimonio religioso y el régimen de hipotecas legales y tácitas y la organizacion de la familia segun la Novísima Recopilacion, sin que hayan salvado los males ni el Código Penal, ni la ley hipotecaria, ni el Registro Civil, ni la Ley orgánica de tribunales, ni las últimas modificaciones de la de Enjuiciamiento civil, ni ninguna de esas reformas capitales de la legislacion comun que con tan buen acuerdo la monarquía de Julio, el Imperio, la República y hasta la Restauracion!

llevó á las colonias de Francia, á poco de haberse planteado en la Metrópoli, estimando la importancia á veces excesiva que el principio de igualdad tiene en los pueblos de raza latina.

Y tras esto hablaré del Brasil, la única colonia que Portugal tenia en América y que despues de su separacion de la Madre Pátria, sostiene con ésta, merced á una discretísima política, sus antiguos vínculos de parentesco, con un amor que nos sorprenderia, á no conocer tan cumplidamente como conocemos, de que suerte la política que seguimos en nuestras Antillas y nos hizo poco há abandonar por segunda vez á Santo Domingo, asi como la conducta que nuestros Gobiernos observaron en Méjico antes de la exaltacion de Maximiliano, y con las Repúblicas del Pacifico despues de su independencia y hasta llegar al embargo de las Chinchas y el bombardeo de Valparaiso han producido un fenómeno perfectamente contrario en el órden de las relaciones de España con sus antiguas colonias.

Mas tarde me ocuparé de estas—prescindiendo de nuestras Antillas donde el hecho de la emancipacion del continente americano, si bien aprovechó para la reforma económica y el establecimiento del libre comercio,—que consagrado á tiempo en la Plata y en Venezuela hubiera evitado, quizas por aquel entonces, la completa separacion de aquellos paises,—fué empero desatendido en todo lo demas, con una torpeza de que hay pocos ejemplos en la historia, por nuestros estadistas y gobernantes, llegando á extremar las cosas hasta lo inverosimil en el mismo sentido que habia dado de sí, por consecuencia natural, visible, inexcusable la perdida de todo aquel codiciado mundo que se extendia desde los fantásticos criaderos de la California hasta la apenas entrevista Tierra del Fuego. ¡Triste pero forzoso resultado de una política cuya infecundidad—que digo infecundidad, cuyas maléficas virtudes podiamos haber estudiado en las elocuentísimas experiencias de nuestra dominacion de Portugal y de Flandes!

Santo Domingo parece el teatro elegido para todas las abominaciones de la Edad Moderna, para exhibirse con el

mayor desembarazo, el mayor relieve y el mayor escándalo posibles y aun imaginables. La Naturaleza misma contribuye á la acentuacion del espectáculo, prodigando á aquella tierra todos sus dones y haciendo de su fauna y de su flora una verdadera maravilla en el seno de aquel mundo de prodigios y tentaciones. Variedad en los tipos, templanza en el clima, viveza en los tonos, fragancia en la atmósfera, voluptuosos desvanecimientos al lado de asombrosas energías, montañas cubiertas de olorosos y expansivos arbustos que sirven de alfombra á inmensos bosques de preciosísimas maderas y de nidos á millares de pajarillos que nublando el cielo con sus alas de esmeralda y de diamante llenan los aires con sus interminables y enloquecedores gorgoros; riscos atrevidos en cuya cima crecen el plátano, el cocotero y la palmera, que desafían las iras del Padre Océano ansioso de descansar de su tormentoso viage desde las alturas de Finisterre ó de las costas irlandesas, y bahías seguras y tranquilas en que las olas penetran dulcemente para recoger el balsámico aliento de una primavera eterna y dormirse embriagadas en la límpida y reberverante playa; campos de reluciente caña junto á mares de blanquísimo algodón y rojo cacao; cielo cuajado de palpitantes luceros, no menos ávidos que el Atlántico de gozarse en la inmediata contemplacion y el íntimo contacto de una tierra exhuberante de seducciones, y que con sus efluvios tornan la plácida y serena noche en día de tenue claridad y amorosos ensueños: calores vivificantes templados por brisas restauradoras: vida de atractivos, de dulzuras, de exhuberancias, de reparaciones... todo en fin, cuanto podria la fantasía forjarse para dar fondo y marco al desarrollo de una existencia verdaderamente paradisiaca, todo lo habia prodigado la Naturaleza en aquella isla de Santo Domingo en que desde los primeros días del descubrimiento se dieron cita la sed de mando, el ansia del oro, las bajas pasiones de la traicion y la envidia, el apetito desordenado de todos los goces materiales, y la esclavitud —la horrible esclavitud por muchos conceptos allí mas inhumana, mas repugnante, mas hedionda que en Chio y en

los pueblos mas señalados y de peor renombre en la historia de la degradacion humana.

Comenzó aquella isla—la primera en que el espíritu europeo se tradujo en instituciones—por servir de escenario á las luchas y colisiones de los conquistadores entre sí: y de alli vino á España el gran Colon cargado de cadenas. Siguió ofreciendo víctimas sin cuento á los aventureros de Castilla, de tal suerte que en poco mas de veinte años, la isla quedó casi despoblada de indios. Estos fueron apoco del descubrimiento reducidos al tributo y á la esclavitud, y si bien las *Leyes nuevas* de Carlos V abolieron la servidumbre, la servidumbre continuó en sustancia, bajo la forma de las *encomiendas*. Pero las *encomiendas* perdieron su valor en Santo Domingo porque faltaban indios (casi todos habian muerto!) y entorces—á principios del siglo xvi—apareció la esclavitud de los negros, que de aquella tierra hizo su templo, hasta que merced á la gran catástrofe de 1804 pasó este honor á nuestra mal aventurada Cuba—á Cuba, apellidada por los reyes salvages de Africa y por los grandes piratas de la trata en estos últimos tiempos, el *gran mercado de esclavos del mundo contemporáneo*! Y para que nada faltara entre la servidumbre de los indios que concluyó materialmente con estos y la esclavitud de los negros que concluyó con la isla, se alzó la servidumbre blanca, esto es la esclavitud de los *engagés* y la humillacion de los *petits blancs*. El cuadro era, pues, completo; y en este particular ninguna comarca ha eclipsado á Santo Domingo.

Descubierta por el inmortal genoves en su primer viage despues de correr por entre las islas de Bahama, y de haber entrevisto á Cuba, en Santo Domingo ó la Española, como por aquel entonces fué llamada, echáronse los fundamentos de nuestro imperio allende los mares. Poco á poco nuestras gentes fueron tomando posesion de la Isla al punto de dejar tan solo abandonada una parte del N. y el O. que sirvió de refugio á los *bucaniers*, (aquellos piratas ó mejor dicho aquellos hijos legítimos del régimen colonial restrictivo, cuyas hazañas ha envuelto la leyenda

en toda suerte de sombras, que plantaron sus tiendas en el extremo occidental de la hermosa Antilla mientras los filibusteros lo hacian en la isla de la Tortuga, aperci-bidos unos y otros para caer sobre nuestros galeones, luchando á muerte con nuestros sorprendidos marinos. Esto pasaba á principios del siglo décimo sétimo: mucho antes de entrar el XVIII ya existia en aquella tierra un gobernador enviado por Francia para regularizar, sobre la base del *bon plaisir*, la administracion de aquel puñado de aventureros que mas ó menos espontáneamente se le habian sometido, y en la agonía de aquel mismo siglo, Luis XIV, obtiene del rey de España por el tratado de Ryswick la cesion de toda la parte occidental de Santo Domingo, precisamente en la época en que por la disolucion de la *Compañia de las Indias Occidentales*, sucesora de las *Islas de América* y que habia monopolizado el tráfico de San Cristobal, Guadalupe, Martinica y otras pequeñas antillas, el Gobierno de la Metrópoli se encargaba de la direccion inmediata de sus colonias.

Desde aquel momedto fué Santo Domingo una verdadera mina y su administracion centralizada y autocrática solo pensó en la explotacion de aquella fecunda tierra por medio, primero de los *engagés*, especie de esclavos blancos trasportados á América bien por contrata bien por decreto de la administracion francesa que convertia en *engagés* de las Antillas á los condenados de sus presidios. Pero la importancia de los *engagés* cuya redencion autorizó una ordenanza de 1737, palideció ante los esclavos africanos, definitivo sosten y base positiva de la vida económica de aquella comarca. Asi es que al terminar el siglo XVIII alli habia sobre setecientos mil esclavos, junto á treinta mil blancos y otros tantos hombres de color libres, dedicados al cultivo de setecientas noventa y tres haciendas de caña, tres mil ciento diez y siete cafetales, tres mil ciento cincuenta fincas de añil y setecientas treinta y cinco de algodon. En 1789 se habia exportado de la isla trescientos setenta millones de libras de azúcar, doscientos treinta de café, ocho de algodon, uno de añil, veinte mil pieles de buey, amen de un valor de

cinco millones de duros de mieles y aparte las grandes cantidades extraídas de contrabando. Su movimiento comercial entonces se estimaba en tres mil quinientos setenta millones de pesos y el Tesoro de Francia sacaba de la isla, en impuestos y derechos, no menos de cien millones, en época en que todo el movimiento mercantil de la Metrópoli no llegaba á mil cien millones de libras esterlinas.

Era aquello, pues, un prodigio, bajo el punto de vista de los intereses materiales; al menos en la apariencia, no cuidándose nadie—como sucede en casos análogos—de inquirir el precio á que tales magnificencias salían. Bajo el punto de vista político, aquello era en toda la estension de la palabra una sociedad esclavista,—si es que la organizacion de los poderes, el sordo antagonismo de los intereses y la misma manera de ser tratados los blancos toleran que se llame á aquello *una sociedad*. Por último bajo el punto de vista de la moral era aquello el desenfreno del materialismo, el estrujamiento mas insolente del hombre y de la naturaleza, la grosería del goce sensual: el olvido completo de todo lo generoso, todo lo espiritual y todo lo celeste: la protesta mas desesperada y brutal contra todo lo que es prevision, prudencia, medida, sentimiento, abnegacion, nobleza é idealidad. Un vasto *ingenio* como se dice en Cuba: una inmensa *plantacion*, donde ya Horacio no seria entendido, pero donde Sardanápalo pasaria por un [Dios: ve ahí lo que era Santo Domingo bajo el gobierno del Rey Cristianísimo de Francia y bajo la tutelal exclusiva de aquel clero católico, que á poco de entrado el siglo XVIII renunció por completo á la tradicion brillantísima de los dominicos españoles,—los grandes enemigos de la esclavitud,—para aceptar componendas y vivir en santa paz, poseyendo á veces sus manadas de esclavos, sin que jamas turbase la serenidad de su sobremesa la irritada sombra del inmortal Padre Las Casas!

Debo sin embargo hacer una salvedad. Francia no renunció jamas á su carácter latino y es preciso decir en su obsequio que si bien no como los autores de nuestras Leyes de Indias y del Reglamento de esclavos de 1789, sí

procuró la mayor comodidad posible á las razas inferiores y en particular á la negra, de un modo incomparable con el acostumbrado en las colonias sajonas de la misma América.

De Luis XIV es el *Código negro* y de Luis XVI la última Ordenanza que se dió antes de la Revolucion para los negros de las Antillas francesas. No se crea, empero, que estas leyes puedan ser leídas en calma. En los sesenta artículos que constituyen el *Code noir*, sin duda se recomienda al amo que cuide de sus esclavos al modo de un padre de familia; se le exige que los haga bautizar y los case de grado, y les dispense el trabajo desde las doce de la noche del sábado hasta las doce del inmediato domingo; y en fin se prohíbe el concubinato con la esclava, el tormento y la mutilacion del negro... sopena de confiscacion. Es decir que el *Código negro* contiene todas esas paternas disposiciones que consignan casi todos los reglamentos de esclavos en los paises latinos, lo cual no obsta para que invariablemente sean relegadas al olvido.—Un siglo despues, en 1784, (porque el Código negro es de 1685) tenia Luis XVI que volver á insistir en aquellas medidas cuya observancia dejaba sin duda mucho que desear aun para los que no sufrían los rigores de la servidumbre y entonces ya se consagró lo que en Cuba se ha llamado el *conuco* del esclavo, es decir la concesion á éste de cierto pequeño espacio para que en las horas de vagar, robando tiempo al sueño y al descanso cultive para sí algunos productos de fácil y menuda venta. Entonces, tambien, se crean las enfermerias en los ingenios y se prohíbe que los negros duerman en el suelo, y se manda que las negras trabajen moderadamente, y se fija en cincuenta el maximun de los latigazos que de una vez puede recibir un esclavo, y se llega á imponer la pena de muerte por sevicia: disposiciones todas apenas comprensibles para los grandes plantadores de la Luisiana y de las Carolinas, en el año de 1860!!

Pero todo esto era en rigor puro buen deseo, como lo es y será siempre todo cuanto respecto del buen trato de

los esclavos se decreta fuera del único remedio que positivamente tienen sus males: la abolicion de la servidumbre. Los mismos principios que rigen en toda la vida económica y en el orden de los intereses materiales rigen con el esclavo, supuesto que este es como decia el *Code noir* un *bien mueble*. ¿Qué importa que el legislador se esfuerce en preceptuar la manera y condiciones del *trato* que merece un caballo, si el dueño tiene el derecho de mantenerlo en la *dehesa* y por añadidura se habitúa á hablar de la inviolabilidad del domicilio y del respeto que merece el derecho de propiedad, que ha hecho en Cuba que los perseguidores de un contrabando de *bozales* se detengan en las puertas del *ingenio* que á su vista se han abierto para recoger el alijo? ¿Y cómo es posible esa educacion moral y religiosa que con tan solícito afán los legisladores latinos han decretado, si el punto de partida de esta educacion implica la condenacion mas esplicita de la servidumbre á que el educando está sometido? Oh! no hay remedio. Aquí como en pocas ocasiones se dá el *to be or not to be*. Quereis la esclavitud? Pues cerrad los ojos ante las miserias, ante la podredumbre, ante las abominaciones del barrancon. Pretendeis moralizar al negro? Soplad la frente del esclavo; haced brotar en ella la llama del pensamiento: hacedle entender que es hombre... pero es natural; dad por muerta la esclavitud.

Pero en cambio qué horrores los del *Código negro*! El esclavo no puede poseer nada; no puede irritarse ni bajo el látigo del mayoral; no puede huir pidiendo á Dios y á la Naturaleza la libertad que contra todo derecho le niegan los hombres. Se indigna y levanta la mano contra el blanco? Pues pena de muerte. Huye? Pues, la vez primera perderá las orejas, la segunda el jarrete, la tercera vá á la fosa, si es que el *amo* no prefiere matarlo lentamente en los abrasadores campos de caña.

Con estas condiciones apenas se comprende la vida, apenas se comprende el hombre—lo mismo el hombre que manda, peor mil veces el que manda que el que sufre... Pero esto era en el siglo diez y ocho. Hoy... hoy se hacen las mismas

cosas, pero de diferente manera. La lepra sigue, pero tenemos carmin para las mejillas, y sonrisas en los labios.

Pues bien, en esta situacion sorprendió á Santo Domingo la Revolucion francesa. Los amos se espantaron; los negros continuaron rumiando la existencia... pero los mulatos se irguieron para ver mejor los resplandores del nuevo Sinai, deletrear á su fantástica luz la *Tabla de los Derechos del Hombre* y recoger los acentos de los grandes oradores del corazon de Europa.

El mulato es un tipo apenas conocido de la sociedad española. Junta á la energia fisica del negro la inteligencia del blanco; y á entrambas dotes une la conciencia de su irritante condicion—porque el mulato ¡no hay que olvidarlo! es el hijo del *amo* y de la esclava: es el fruto del placer sensual y de la degradacion. Nada mas horrible, nada mas amenazador que la existencia de estos hombres, que aun libres, están privados del derecho de llamar por sus nombres á sus padres. Nada mas afrentoso que la conciencia del propio ser, el conocimiento de la deshonra de la madre y de la indignidad del padre por el mero hecho de existir!

Los mulatos de Santo Domingo formaban una masa verdaderamente considerable por su número, por su aliento y hasta por sus riquezas. No sé donde he leído que la tercera parte de la propiedad inmueble de la isla y la cuarta de la mueble les pertenecia. Eran además *criollos*, esto es, hombres de rara penetracion, vivos, nerviosos y que entre el blanco, por regla general europeo y el negro por lo comun africano, representaban el elemento verdaderamente insular, toda vez que los indios habian sido estirpados muchos años atrás. A lo sumo podian disputarle el derecho de mirar como patria á Santo Domingo, el grupo de blancos conocidos allí con el nombre de *petits blancs* y que como los *little whites* de los Estados-Unidos representaban el elemento inferior, el círculo de aspirantes y desheredados de la raza dominadora. Por último, un gran número de aquellos mulatos habian sido educados en Francia, en Europa en donde ni el origen ni cierto color del rostro ni lo ensortijado del cabello implicaban una interioridad irritante; y que

vueltos á su pais habian podido apreciar la profundidad de su desconsideracion cuando menos á la luz del contraste.

Asi que la Revolucion estalló los mulatos enviaron comisionados á Francia y con ellos un donativo de seis millones de francos en prueba de adhesion, pero reclamando los *derechos del hombre*. El Gobierno francés titubeó respecto de las colonias. No era extraño: nadie se habia fijado hasta entonces en aquellas lejanas sociedades. Además lo que á primera vista aparecia era la existencia de un grupo considerable de blancos, que representaban allí no solo la raza, si que la familia francesa, junto á una raza humillada y una agrupacion de mestizos, gente extraña que en aquella crisis era la única que tomaba la palabra. Al propio tiempo, los amigos del *statu quo* se movieron, protestando en nombre de la distancia, de la diversidad de clima y de intereses, y de la complejidad de las relaciones sociales de las Antillas contra la idea de que unos mismos principios pudieran ser aplicados en la Metrópoli y las colonias.

El instinto habia llevado á los mulatos á poner su esperanza en la madre pátria: el egoismo y la ignorancia llevó á ésta á poner su confianza en los que allende los mares representaban la raza imperante en Francia.

Qué error! A una preocupacion, á lo sumo á un interés de familia se sacrificaba una gran política, la única política digna de una gran nacion en el momento de trasformarse y aspirar á la vida de la libertad y la democracia: porque no hay que dudarlo, los blancos de Santo Domingo eran el pasado, el dominio, á lo sumo los intereses: los mulatos representaban el porvenir, la libertad, el derecho. Confiarse á aquellos, apoyar á aquellos en la aurora de la Revolucion francesa era pura y simplemente quitar fuerza á ésta: porque la lógica no es un mero entretenimiento de las academias, si que la ley del mundo.

Pero es, se dirá, que en aquel instante podia comprometerse la integridad de la pátria, cuya defensa á nadie podia encomendarse mejor que á los genuinamente franceses. Doble torpeza. Los franceses de Santo Domingo tenian una pátria mas querida que la que se alzaba al otro lado de

los mares: la única pátria posible para aquellos que han sacrificado á sus goces toda la vida del espíritu y del corazón: la pátria de sus *plantaciones*, de sus monopolios, de su imperio, de sus intereses. Francia sería su metrópoli en tanto se asegurase el disfrute de sus negros y la dominación de la isla. En cambio, los mulatos no tenían pátria; porque eran los desterrados del derecho y de la libertad. Reconocerles los *derechos de hombres* era darles pátria, proporcionando á la empresa acometida por la Asamblea Nacional una fuerza moral y material cuyo valor se comprendería en el instante de decaer en la Metrópoli el espíritu revolucionario en los primeros días. Y la prueba muy luego vino. Cuando las reformas se tuvieron por inmediatas en Santo Domingo, los blancos—esto es, los plantadores—se entregaron á los ingleses, y la conservación de la integridad de la pátria fué la obra de los mulatos y de los negros; elocuente enseñanza que nunca debieran olvidar todos aquellos que fían la defensa de los grandes intereses morales á los compromisos de la grosera conveniencia; ó á los exclusivismos egoistas de raza ó de familia.

De este modo, Francia resolvió la constitución «de las Asambleas coloniales» de que habían de formar parte *todas las personas* mayores de 25 años, que poseyesen inmuebles ó pagaran alguna contribución. Claro estaba el espíritu oligárquico; pero no así lo que se quería decir con la palabra *personas*. Estas eran para los blancos solo ellos; y creyéndolo rechazaron á todos los hombres de color, los cuales protestaron, consiguiendo de la Asamblea Constituyente de 1791 que declarase que eran *personas* también los hombres de color, hijos de padre y madre libres. Pero con esto crece la irritación de los blancos; resisten el decreto de la Constituyente: los mulatos apelan á las armas, y la guerra civil asoma su formidable cabeza.

No es dable mayor impudencia que la de los esclavistas al hablar de esta cuestión, falseando totalmente la historia. En todo este primer período de la Revolución de Santo Domingo ni una sola vez entra en debate la abolición de la esclavitud. Todo el problema se reduce á la igualdad

de los *libres*. Mas aun, el conflicto es provocado por los oligarcas, por los blancos que se niegan á acatar las resoluciones de la Metrópoli, resoluciones que despues de todo no eran medidas lógicas con relacion á los principios políticos que imperaban en Francia ni consagraban el pleno derecho de los hombres de color pospuestos por la misma Constituyente á sus adversarios. Y en fin, las violencias, los crímenes con que se inició la guerra civil—Lacombe colgado, Ferrand de Beaudiere (un blanco de setenta años) agarrotado, Ogé, el entusiasta y simpático Ogé enrodado, el coronel Mauduit descuartizado—fueron la obra de los *plantadores*, casi insurreccionados contra la madre pátria. Pues bien, oidlos, oidlos. La guerra civil de Santo Domingo fué la gloria de los negros y de los demagogos y el resultado—¡se atreven á decirlo, seguros de la profunda ignorancia de los que les escuchan con avidez y entusiasmo!—el resultado de las ideas abolicionistas, la legítima consecuencia del decreto emancipador! Este, sin embargo, no apareció hasta algunos años despues de comenzada la série de asesinatos y combates que llenan el primer periodo de la revolucion dominicana: hasta el 29 de Agosto de 1793.

Las circunstancias lo habian hecho inexcusable. En todo el primer periodo á que me he referido apenas si aparecen en la escena los esclavos. Prescindid de la insurreccion aislada y sofocada en seguida de los negros del Norte acaudillados ora por Boukmaun ora por Jean Francois y Biasou en 1791 y de seguro no encontrareis en todo este lapso de tiempo partida alguna de esclavos que trabaje por su cuenta. En pró de sus respectivas causas los arman mulatos y blancos. ¡Pero con que resultado! Cuando en el otoño de 1791 aquellos firmaron la paz, los trescientos esclavos de Avix-de Bouquets, dichos los *suizos* de los mulatos, fueron embarcados para Jamaica para allí ser vendidos. Cuando en Abril de 1792 los blancos insurrectos de Port-au-Prince fueron vencidos por los Comisarios de la Convencion, los esclavos que aquellos habian armado en su defensa volvieron tranquilamente como tales esclavos á poder de sus antiguos dueños. Pero qué mas! A la llegada á Santo Domingo en

Setiembre de 1792, los Delegados de la Metrópoli, Sonthonax y Polverel no titubearon en decir al país «En nombre de la Metrópoli, de la Asamblea Nacional y del Rey declaramos que no reconoceremos mas que dos clases de hombres en esta colonia: los libres, sin distincion de color, y los esclavos.»

La lucha es, pues, entre los libres y crece al compás de las dudas de la Asamblea de Francia, que en 24 de Setiembre revoca su decreto de 15 de Mayo en que declaraba personas á los hombres de color, hijos de padres libres, y el 4 de Abril del siguiente año de 92 deroga el de Mayo que reconocia á las Asambleas coloniales la competencia para resolver sobre el estado de los libres y declara la absoluta igualdad de todos estos sin distincion de origen ni de color. Esta y solo esta fué la causa del incendio de Port-au-Prince, de la insurreccion del Cabo, de las acciones de Artibonite, de la rebellion de la Grande Ause y de los reiterados ofrecimientos de la isla hechos por los blancos á los ingleses de Jamaica y de Londres.

Y llega un momento en que estos ofrecimientos son aceptados. Oh! todo esto era de esperar del patriotismo de los esclavistas. Lo habian dicho solemnemente en la Asamblea colonial de Saint Marc. «La colonia no sacrificará jamas una preocupacion indispensable relativa á la gente de color ni sufrirá que la esclavitud se vea comprometida. En tanto que conserve inquietudes sobre estos particulares no habrá pacto durable entre ella y la Metrópoli.»

El 3 de Setiembre de 1793 se firmaba en Jamaica, despues de muchos ofrecimientos, la alianza entre los colonos é Inglaterra, y diez y seis dias mas tarde los ingleses desembarcaban en Santo Domingo. La situacion era crítica: los ingleses por un lado; los españoles por otro; la conspiracion esclavista en todas partes, y como si faltara algo la Convencion, sorprendida por los esclavistas de Francia, que en Paris, como en Madrid hace muy poco, sabian hablar de derechos naturales, de integridad nacional, de intereses de raza, y de honor de la Revolucion,—la Convencion decretó el llamamiento de los Delegados... Un momento hubo en que la isla

podia darse por perdida; pero Sonthonax proclama el 29 de Agosto libres á todos los esclavos que quieran alistarse bajo las banderas de la República y el 4 de Febrero de 1794 la Convencion decreta la abolicion de la esclavitud en todas las colonias francesas. Y sorprendente espectáculo! en Santo Domingo, lo mismo que en la Guadalupe donde los esclavistas habian abierto tambien las puertas á los enemigos de la patria, el extranjero es rechazado, derrotado, perseguido y obligado á reembarcarse al grito de viva la República! y por el esfuerzo de los esclavos emancipados! Nunca como entonces pudieron decir estos que Dios y ellos habian salvado la Francia!

En este momento surge una gran figura, que llena todo el segundo periodo de la revolucion de Santo Domingo y ocupa una página entera de la Historia de los grandes hombres y de las primeras representaciones de la Edad moderna: la figura de Toussaint Louverture.

Negro de pura raza, esclavo de una finca rústica de la llanura del Cabo, algo mas tarde cochero de la hacienda de Breda, sin mas instruccion que la debida á otro esclavo que le habia enseñado á deletrear los impresos y á mal escribir su nombre, atento á las lecciones de la Naturaleza á quien debia la revelacion de los secretos de muchas plantas medicinales de que están cuajados los campos de la hermosa Antilla; espíritu abierto á todas las influencias, solícito en recoger cuantas ideas á su alrededor caian, y favorablemente dispuesto para esas cristalizaciones de pensamiento, que en los hombres de escasa instruccion pero de grande entendimiento, casi de génio, suplen á la investigacion laboriosa, y el tranquilo progreso de los hombres de estudio; carácter de acero que asi crece en el fragor de la lucha como se nutre en la serenidad del hogar, y se afirma en medio de las mas terribles adversidades; alma capaz de las aspiraciones mas atrevidas y de los empeños mas inverosímiles, sin que á su grandeza obstase cierta secreta inclinacion á los procedimientos dictatoriales, inclinacion no extraña en quien habia pasado toda su vida en la servidumbre y ante permanentes enseñanzas de arrebatos y violencias; individualidad poderosa por sus grandes

simpatías en la clase de color y sus virtudes reconocidas hasta por los mismos franceses; hombre en quien se suman la mas esquisita prevision, calificada de astucia por sus adversarios—la mas consumada prudencia, motejada por sus enemigos de hipocresía,—una perseverancia desesperadora y una elevacion de miras que raya en la utopia: el mas valeroso entre los soldados, pero aun mas que soldado político habilísimo y administrador eminente; hombre extraordinario, en fin, hecho como para desmentir solemnemente á esos filósofos y esos políticos de bajo vuelo que á cada momento hablan de razas inferiores y de monopolio de la inteligencia ó del poder para tal ó cual familia, Toussaint Louverture, que habia resistido el tomar parte en la sangrienta y estéril algarada de los negros de Bouckman, corre á unirse á las bandas que capitaneadas por Juan Francisco y Biassou y protegidas por el Rey de España se levantan demandando la libertad de los negros en el momento de mayor anarquía de la colonia: corre á prestar su apoyo á los Delegados de la Metrópoli en el instante en que Southonax lanza el decreto de abolicion: salva á Lavaux de las manos del rebelde esclavista Villate: recorre todos los grados de la milicia hasta llegar á General en Jefe del ejército de Santo Domingo: sustituye á los Comisarios de la Convencion en el gobierno general de la isla: expulsa de ella á los españoles, arroja al mar á los ingleses, aniquila á los esclavistas, reduce á la obediencia á los mulatos de Rigaud, organiza el trabajo dando al trabajador la cuarta parte del producto bruto cosechado por el amo, restablece por completo el orden, abre las puertas á los blancos vencidos diciéndoles «El negro solo pedia la libertad que Dios le dió: vuestras casas os esperan: vuestras tierras os reclaman; venid á cultivarlas»; rechaza indignado las sugerencias de Inglaterra que por odio á Francia y en interés de un tratado de comercio queria reconocerlo Emperador de Haiti; dedica toda su actividad á procurar la educacion de su raza; redacta y envia al Directorio de la Metrópoli una Constitucion autonómica y de gran sentido democrático para la colonia dominicana; no titubea—¡él que todavia llevaba la marca infame del siervo!—no titubea en

escribir arrogantemente á Napoleon Bonaparte «El primero de los negros al primero de los blancos»; y víctima de la traicion, encadenado por Leclerc, sumido en un calabozo por el primer Cónsul, muere en Francia de sed y de hambre, lejos de los suyos, magnifico en su desgracia, no menos digno que Sócrates y Caton de la pluma de Plutarco, satisfecho de su obra y repitiendo en el instante mismo en que Napoleon restablecia la servidumbre, despues del tratado de Amieus... «que él no era mas que una de las ramas del árbol plantado tan profundamente en Santo Domingo que toda Francia no bastaria para arrancarlo!»

La memoria de Toussaint L'Ouverture ha sido grandemente calumniada. Toda su empresa se ha reducido al empeño de hacerse con el señorío de Santo Domingo y á la satisfaccion de hacer purgar á la raza blanca su despotismo anterior. Paréceme que esta acusacion es falsa. La Constitucion que Toussaint propuso á la Metrópoli dice lo contrario. Ella consagra la absoluta igualdad de las razas y la autonomia de la colonia... ¿Podia esperarse otra cosa? Mas aun, ¿otra cosa seria justa? Que de aquí resultase la preponderancia de la raza negra, ¿cómo se habia de evitar si estaba en la lógica de las cosas? Que de aquí resultase en su dia la separacion de la colonia del regazo metropolitico... ¿quién lo podria impedir si esta es la ley de la colonizacion, admirablemente entrevista por el pobre cochero de Breda?

Pero en cambio no se dice todo lo que produjo el asesinato de Toussaint. Con él hubiese terminado bien la revolucion dominicana. Mas los esclavistas que años antes habian hablado un lenguaje dulce á la Convencion, hablaron tambien en su tono á Bonaparte. Volvió sobre el tapete la cuestion de la integridad de la pátria, ¡y la trageron ellos que habian entregado la pátria al extranjero! Se presentó al negro Toussaint como el gran separatista y se habló de la necesidad de restaurar el órden, de volver por el imperio de las leyes, de afirmar la superioridad de la raza europea estirpando á los negros rebeldes y repoblando la isla con africanos. De aquí la expedicion de Leclerc á principios de 1802: de aquí la guerra civil: de aquí la traicion de que fué víctima Tousse-

saint que noblemente habia pactado con el francés: de aquí el decreto del 30 floreal del año X que *restableció la esclavitud y la trata en todas las colonias francesas, segun las leyes y los reglamentos que existian antes de 1789*; de aquí el levantamiento en masa de los negros y mulatos de Santo Domingo: de aquí los horrores de una guerra quizá sin egemplo, en que rivalizan en barbarie los soldados de Europa, los Leclerc y Rochambeau, los hombres del 18 brumario! á quienes cupo el honor de la iniciativa y los casi salvajes negros del interior de la isla, los Dessalines y los Petion: de aquí aquella espantosa catástrofe que hizo abandonar el empeño á los franceses de cuyo gran ejército solo volvieron á Francia doce mil hombres, casi la cuarta parte de los que habian ido; de aquí la independencia de Haiti consagrada por aquel juramento de los negros reunidos en Convencion el 1.º de Enero de 1804, «ante la posteridad y el Universo de renunciar para siempre á Francia y de morir antes de vivir bajo su dominacion»: de aquí, en fin, el brutal abandono de aquella isla por las potencias y los elementos europeos á las pasiones despertadas durante la guerra, á la intolerancia, á las rivalidades de negros y mulatos, á todas las incertidumbres y todas las caidas de una sociedad que sin director busca un rumbo y fatigada, casi deshecha se agota reluchando, bajo la indiferencia de los espectadores, quizá de los causantes de su desesperacion y su desgracia, por dar con la playa y encontrar asiento.

De suerte que es falso, de toda falsedad que la abolicion de la esclavitud fuera la causa de la catástrofe de Santo Domingo. Por el contrario ella fué quien salvó esta colonia para Francia en 1793, y precisamente el decreto de 1802, el decreto de su *restablecimiento* fué el que produjo aquel inmenso desastre.

Desde entonces hasta poco há la independiente Haiti no ha gozado un momento de reposo. Pero es suya la culpa? Pues qué, los pueblos directores cumplen como lo hizo Francia en 1802 y como lo ha venido haciendo despues de reconocida la independencia de su antigua colonia?

Pero fuera de esto, ello es que el conflicto de Santo Domingo vino por donde debia venir. Su insurreccion fué al cabo la de un *ingenio*. Su vida se resintió precisamente por donde flaqueaba.

Solo que esto que en cierto sentido produjo incalculables males, sirvió por otro concepto para que el ánimo de las gentes previsoras y honradas se fijara en el problema tan desgraciadamente resuelto en aquella isla creada al parecer para una muy distinta suerte. El abolicionismo desde entonces fué una preocupacion seria de los hombres políticos dignos de este nombre; combinándose para producir este efecto el ejemplo de Santo Domingo, el avance de las ideas democráticas en el continente europeo, el progreso de la escuela liberal y de las iglesias disidentes en Inglaterra, y las repetidas insurrecciones de los esclavos de Jamaica, Cuba y otras Antillas.

Lícito me sea decir, aunque con dolor profundísimo, que desde entonces acá nuestra patria—la patria del dominico Montesinos, de las *Leyes nuevas*, de los Comuneros de Tordecillas, de D.^a Isabel la Católica, de Quintana y de Alcocer, de los ilustres diputados del doce,—nuestra patria es la única nacion de Europa para la que parecen perdidos este movimiento y aquella experiencia! (*)

RAFAEL M. DE LABRA.

(*) A las personas que deseen mayores detalles les recomiendo el libro de mi digno amigo el entusiasta diputado francés Victor Schœlcher «Les Colonies etrangeres et Haiti»; los folletos titulados «Faits relatifs aux troubles de St. Domingue» por Boré y «Reponse aux libelles seditieux publies a Philadelphie» contre les hommes de couleur de St. Domingue» per Gatereau; la obra del coronel Malenfant «Des colonies et particulierment de celle de St. Domingue.» Por último me atrevo á referirme al trabajo extenso que con el título de LA CATÁSTROFE DE SANTO DOMINGO—Historia de la Esclavitud—estoy publicando en «La Europa» de Lisboa y «El Abolicionista» de Madrid. Mirando á Cuba hay muchos motivos para recordar á Santo Domingo.

N A D A

II.

En el artículo anterior dejé demostrado que la materia que constituye la Creacion ora se considere inherente á sugeto, dando ocasion á la indefinida série de cuerpos que nos rodean en el gran arsenal del universo, ora se juzgue con exclusion de toda inherencia, tiene existencia por sí, vive, es realidad y no *la nada*, como se indica por el señor Palomo en su notable artículo.

Hoy cumple á mi propósito evidenciar que dicha teoría tiene puntos de contacto con la errónea del *fenomenismo de Hume*, así como tambien poner de relieve cuán absurda es la afirmacion que el articulista en cuestion hace, cuando en el segundo párrafo del apartado tercero dice: «comprendo yo hasta cierto punto el escepticismo que consiste en negar la existencia del mundo real.»

Duéleme siempre ver en hombres de claro talento y relevantes prendas esos extravíos peligrosos que á veces precipitan al bátratro horrible de la impiedad, pero en esta ocasion confieso con toda ingenuidad, que el dolor se ha aumentado al persuadirme de que el ilustrado señor de cuyo escrito me ocupo, no ya se extravía, sino que incurre en fundamentales y flagrantes contradicciones.

Es sabido que algunos filósofos, entre ellos Hume, Locke y Mendelsshon, rechazando caprichosamente que el concepto

(*) Véase el número 4.º de la REVISTA.

de subsistencia sea el de sustancia, llegaron á consignar la materia no existia, sino cualidades y accidentes universales que se determinaban de variadísimas maneras, pero no constituyendo cuerpo. Los séres son para ellos meras apariencias, y la razon engaña en absoluto cuando juzga real la sustancia de los cuerpos.

Doctrina extraña cuya falsedad salta á la vista con facilidad notoria, pues que si mal puede existir la cualidad sin la cosa cualificada y el accidente sin aquello á que diga relacion, lógico es que ó existen ambas, esencia y cualidad, ó no existe ninguna. Verdad es que la cualidad se halla tan enlazada con la esencia que no se concibe ni esencia que no tenga una cualidad, ni cualidad que deje de estar apegada á la esencia; pero es el hecho, que en tanto la cualidad varía, esto es, en tanto una cualidad determinada se presenta en un cuerpo y no en otro, la esencia está en todos.

Así pues, si se admite que no hay esencia y sí cualidades, es fuerza conceder á estas condiciones, por decirlo así, de existencia propia, y entónces dejan de ser tales y ocasionan á su vez la esencia. La cualidad es, por tanto, una condicion, una dote del cuerpo, no el cuerpo mismo.

Mas Hume al defender tal teoría tenia forzosamente que deducir de ella la afirmacion de que *todo cuanto* el alma percibia no era *real*, sino puras cualidades, simples fenómenos y que por ello lo que se dice cuerpo es una ilusion, y todas cuantas impresiones trasmiten al sensorio interno los nervios conductores de cada un sentido, simple *fenomenismo*.

En consonancia con esta aseveracion Locke y Mendelsshon asentaron que la sustancia era una ficcion forjada por la mente á causa de no poderse explicar como coexiste con aquella la cualidad, y que cuanto esta facultad percibe son cualidades.

A opinion tan extraviada débese oponer que si las cualidades no son la sustancia, serán atributos, ó modificaciones, ó accidentes, ó algo que diga relacion á una cosa que exista por sí, y en este caso, ellas mismas acusan la existencia del sugeto, como con notable buen sentido asevera Royer Collard.

Ahora bien; cuando el articulista despues de exclamar

«¡oh mundo corpóreo, mundo de las representaciones sensibles que así hechizas y cautivas á las almas superficiales!» dice «que todos operan sobre fenómenos,» cuando afirma que «del mundo solo se tiene conocimiento por las cualidades que percibe el alma al sufrir las impresiones, y que esas cualidades serán la ilusion que de ellas nos formamos;» y al declarar que «lo perdonen los soberbios adoradores de lo fisico y material, si cuanto indica de que la ciencia bien puede ser vana y futil hojarasca puede molestarles; cuando dice todo esto parece como que se desprende de sus indicaciones que, ó la inteligencia es impotente para conocer la realidad de los cuerpos y el efecto, tambien real, de las leyes naturales que sobre ellos operan, ó que los cuerpos son una ilusion de los sentidos que creen recibir modificaciones de sugetos reales, siendo así que nada existe.

Respecto á lo primero debo manifestar que tal afirmacion envuelve una impiedad notoria, pues que entraña la negacion al espíritu humano, la criatura mas preciada, hecha á imágen de Dios, de la única dote que la distingue, la enaltece y la eleva, esto es, aquella facultad por la cual conoce lo que llega hasta ella, comprende cuanto es contingente y tiene conciencia de cuanto comprende y conoce, no pudiendo sufrir siempre y en todo caso ese fundamental y permanente engaño, que es la negacion del conocer.

Conocer es determinar una relacion entre la inteligencia y el obgeto; si pues esta relacion se determina y apesar de recaer sobre los obgetos el alma no vé que estos no son una cosa real, sino *la nada*, entonces la inteligencia es una potencia impotente, una facultad estéril, una aptitud negativa, una creacion irrisoria que hecha para llenar un fin, jamas puede lograrle. Entonces la libertad de obrar, esto es, la libertad de querer no existe, porque no se puede querer sin conocer y no pudiéndose querer no se puede elegir, y no pudiéndose elegir hay que obrar bajo la accion de la fatalidad, y obrándose fatalmente la irresponsabilidad del ser es un hecho, y por ende las nociones de bien y de mal, y el órden de la moralidad una pura abstraccion que para nada sirve, que no tiene posible aplicacion.

En cuanto á lo segundo, diré que si las cualidades que percibe el alma *son pura ilusion*, lógico es que tambien lo sean los cuerpos, porque como he demostrado ya, por mas que la cualidad no sea el cuerpo mismo, está apegada á él, y sin él no puede existir. Así, si de la cualidad se afirma que sea ilusoria, es forzoso afirmarlo á la vez respecto del cuerpo, é incurrir de una manera inevitable en el repugnante *fenomenismo* que dejo rebatido.

El señor Palomo, pues, en medio de sus solemnes declaraciones acerca de sus creencias católicas, ha incurrido en error heterodoxo, en el error que incurrió Hume al pretender esterilizar en su filosofismo la accion magnífica de la humana mente, y proponerse demostrar que todo cuanto la inteligencia opera es en virtud de simples fenómenos, que acaso sean ilusion de los sentidos, que al mirar como realidades los múltiples séres que le ocasionan las múltiples impresiones que constantemente sufren, se engañan permanentemente.

La idea de sustancia tiene su origen y principio en la percepcion que de lo concreto subsistente tiene la inteligencia, á la cual «para adquirir mediante su potencia abstractiva un concepto, basta por un lado, que se haga presente ante el alma el concreto sobre quien ha de ejercer su facultad abstractiva, y por otro, que el alma tenga en efecto esta potencia de contemplar á un ser bajo una forma universal é independiente de las notas que le circunscriben y singularizan: y es así que en efecto, por un lado el concreto real se hace presente al alma mediante la sensacion que le percibe y el fantasma que lo representa, mientras por otro lado, el alma ciertamente posee una facultad abstractiva, en cuya virtud puede percibir la nuda esencia de las cosas; luego puede igualmente percibir su existencia, ó sease el principio en cuya virtud existe el concreto percibido. Pues bien; el concepto de existencia, por una parte incluye el de subsistencia, pues en tanto *existe* una cosa en cuanto *subsiste*; y como por otra parte, aquel concepto no dice otra cosa sino que subsiste la esencia de lo real sentido, y nada dice de los caracteres indivi-

»duales que le circunscriben, de aquí que sea de por sí
»un concepto abstracto, y como tal susceptible de que el
»alma, labrando mediante él, sobre el concepto percibido
»mediante la sensacion y el fantasma, pueda formar la idea
»de que el tal concreto goza de subsistencia; ó lo que es
»igual, que es sustancia.»

Si pues segun esta profunda argumentacion de santo Tomás, la idea de sustancia puede existir y existe desde luego en la humana mente, porque ésta al formar el juicio de que no hay accidente ó cualidad sin sustancia respectiva, forma el concepto de sustancialidad, claro es, que Reid al marcar como origen de éste la sola actividad del alma, que Descartes y Malebranche al suponerlo innato en la mente, que los ontologos al derivarlo de la contemplacion de Dios y el Sr. Palomo al fijarlo en la posible ilusion de los sentidos, se equivocaron grandemente é incurrieron en un absurdo filosófico de índole heterodoxa.

La humana mente no pudo ser arrojada en medio de la creacion, ni encerrada en la carcel de los sentidos para vivir siempre la vida del engaño, de la ilusion y del sueño; sino que vino á cumplir la elevada mision de conocer los seres que mas contingentes que ella fueran puestos á su alcance en la gran escala de la vida universal, sino que vino á contemplar las maravillas que brotaron de la Suprema Causa y sorprendiendo tras de vigiliass sin cuento, tras la misteriosa determinacion de sus aptitudes, los diversos órdenes de creaturas que componen el universo, recorrer con la mongolfiera la inmensidad del espacio que rodea á la tierra, pasear con el vapor la faz de este admirable planeta, investigar con el microscopio ese mundo portentoso que á la simple accion de su mirada se oculta, conocer, en fin, con la ciencia, á posteriori, los principios elementales y las leyes inmutables de la creacion, para de este modo rendir tributo de ciego respeto al Dios creador, y abismado ante tanta grandeza constituirse en testigo vivo de su omnipotencia, y mediante las generaciones, por toda la prolongacion de los tiempos, cantar sus glorias en himnos de alabanza.

Decir que la mente acaso se engañe porque cuanto juzga realidad quizás sea pura ilusion de ella, mero resultado del obrar de los sentidos, es sostener, lo repito con entereza, á mas de un absurdo filosófico, una impiedad horrible; es dudar de la eficacia de la razon hecha á imágen de Dios, es blasfemar contra Dios mismo.

Tócame ahora demostrar que el escepticismo jamas tiene razon de ser, ni puede justificarse nunca ante la inteligencia, porque rebelándose contra las aspiraciones del alma y la accion de sus facultades, viene á hacer de la criatura racional la estatua de la indiferencia y del humano cerebro espejo miserable donde se reflejan multitud de imágenes que no producen efecto alguno en el espíritu, que en pós de sí nada dejan sino los helados residuos de una *duda negativa*.

Y al detenerme un tanto sobre este punto no es que me propongo hacer alarde de erudicion, ni molestar á los lectores de esta REVISTA con impertinentes consideraciones; es que debo rebatir, como consigné en los primeros renglones de este trabajo, la idea que indica el Sr. Palomo, cuando dice: «comprendo hasta cierto punto el escepticismo que consiste en negar la existencia del mundo real.» ¡Indicacion temeraria que solo debe salir de espíritus débiles, de cerebros enloquecidos y trastornados por repugnantes pasiones, de pechos en los que el fuego de la fè se haya extinguido y reine la nieve de la incredulidad!

El escepticismo, representado en la antigüedad por Pirron y en los modernos tiempos, entre otros, por Fichte y Kant, puede describirse diciendo es aquel conjunto de negaciones mediante las cuales se pretende probar es imposible á la razon conocimiento alguno cierto.

La máxima fundamental de este mal llamado sistema filosófico es *que se debe dudar de todo*. Duda se debe tener respecto de la realidad de los séres que pueblan el mundo; duda de la existencia de las leyes naturales; duda del orden mrcal; duda, en fin, de la existencia propia del mismo que duda.

Semejantes desatinos solo puédense combatir apogógica-

mente, esto es, demostrando la verdad de su contraria para poner de bulto lo absurdo de sus negaciones.

Clemente Alejandrino decia á los escépticos: «ó teneis por cierto que se debe dudar de todo, ó dudais tambien de esto mismo: ¿teneis por cierto que se debe dudar de todo? pues entonces ya sabeis algo con certidumbre, pues la teneis de que se debe dudar de todo; pero ¿dudais que se deba dudar de todo? entonces no podeis afirmar como cierto que todo sea dudoso, pues que para vosotros es dudoso que todo se pueda dudar.»

Y san Agustin, ese eminentísimo pensador, les increpaba: «no veis que en el hecho mismo de profesar que nada sabeis y que de todo estais inciertos, mostrais saber que cosa es *saber* y *no saber*, y qué cosa sea lo *cierto* y lo *incierto*? Luego no es verdad que todo lo ignoreis, ni que dudeis de todo.

La razon, pues, rechaza los desatinos del escepticismo y jamas puede adaptarse á ese estado de constante duda y de ignorancia constante. Ella fué creada para ponerse en contacto, mediante los sentidos, con el mundo de lo obgetivo, y si al apreciar las determinaciones de las leyes naturales en su accion sobre la sustancia puédesse equivocar, jamás se equivoca, jamas duda al juzgar que esas leyes y esas sustancias son realidades, al ver en las causas y los efectos, en los principios elementales y en los compuestos que forman los seres, en la lógica inflexible de la naturaleza ora entidades, ora cuerpos, que existen por sí, que tienen *subsistencia*.

No de otra manera podia ser. Si la razon no conociera no pudiera adquirir certidumbre de la realidad del mundo, de la realidad de las leyes que regulan la existencia de éste, y de las relaciones que guardan entre sí esas leyes y ese mundo, la razon no tendria aplicacion alguna, su aspiracion seria el caos, no el orden; su tendencia el absurdo, no el raciocinio; su fin el vacío, no Dios.

Pero si es verdad que esta facultad á despecho de los escépticos tiene como *reales* los conceptos de *ley* y de *sustancia* y los forma desde el instante que se pone en rela-

cion con el mundo, tambien es cierto que el conocimiento de las relaciones entre la *sustancia* y la *ley*, del enlace de estas dos realidades, de la armonia de ambos, no lo adquiere sino mediante el trascurso de los siglos y á medida que la antorcha del saber vá iluminando el camino del progreso.

En este orden de cosas puede equivocarse esa facultad que distingue al hombre de entre los demas seres organizados y vivos, porque como ella es finita *in actu*, al obrar, al actuar puede incurrir en error, esto es: puede juzgar un hecho de una manera extraviada, formando juicio que guarde perfecta relacion con su obgetivo.

Por esto existe la ciencia y tiene razon de ser eso que llamamos saber. La ciencia, esa hija del cielo, es la encargada, teniendo por auxiliares el tiempo y el espacio, de ir enseñando las particularidades y circunstancias de cada una de aquellas numerosísimas relaciones, y alzando el velo que cubre ese misterioso orden de cosas, ir mostrando poco á poco como la *ley* obra sobre el *cuerpo*, como el cuerpo, funciona, se desarrolla, vive, se transforma en virtud de la ley.

La ciencia, que no *es vana y fútil hojarasca*, sino un conjunto de verdades enlazadas entre sí y dependientes todas de un principio supremo, de una verdad augusta, grande, inmensa, es para la razon una escala indefinida cuyo primer extremo toca en el seno del universo y el otro llega hasta el trono de Dios.

En síntesis, el escepticismo o que se rebela contra la conciencia universal, contra la vida del humano género, que destruye la ciencia, que anula el saber, que inutiliza la razon y ahoga la fé es un absurdo de monstruosas proporciones que la humanidad en masa rechaza con repugnancia, y que está llamado á figurar en el panteon de las grandes heregias.

JOAQUIN MADOLELL PEREA.

Málaga, Noviembre, 1874.

ESTUDIOS LITERARIOS

SOBRE

GÓNGORA Y EL CULTERANISMO.

(Conclusion.)

No dejaremos, sin embargo, de hacer notar con respecto á la pretendida restriccion puesta á los vuelos del pensamiento científico, que no es justo hacer cargo de las exageraciones á que pudieran ser llevadas las corrientes históricas de aquellos tiempos, á instituciones colocadas muy por cima de las luchas y limitaciones históricas, y que la prudente y previsora influencia que estos poderes é instituciones ejercieron, no puede ser considerada como opresion y tiranía del pensamiento, *que la brújula que preserva al navegante del extravió en la inmensidad de los mares jamas se apellidó su opresora.*

Por lo demas, los mismos que sostienen esta opinion convienen en que cuando innovaciones tan atrevidas se arraigaron tan fácilmente; cuando merecieron, no solo el aplauso, sino la imitacion de las gentes mas sábias; cuando su egemplo contagió aun á los que mas esfuerzos hicieron para evitar aquella revolucion, es indudable que el terreno estaba preparado para ello, pues no debe suponerse que un hombre solo influya tan poderosamente sin causas an-

(*) Véase el número 4.º de la REVISTA.

teriores y precedentes, que auxilien con eficacia tales tendencias y aspiraciones.

En cuanto á la escesiva difusion que estos delirios alcanzan no debemos sorprendernos si observamos que entre todas las corrupciones, como hace notar un ilustre escritor, y la constante experiencia atestigua, la mas seductora es la del pensamiento alambicado, y una vez adquirido este gusto es muy difícil abandonarlo ó persuadirse de que es malo. Para los mismos lectores aficionados á este género de escritos, pronunciada ya la tendencia y el gusto por este género, la comprension del sentido envuelto entre este alambicamiento y oscuridad ofrece satisfacciones, candidas si se quiere, pero satisfacciones al cabo, que lisongean el amor propio, como pudiera hacerlo la resolucion de un geoglífico ó de un oscuro problema. De notar es, sin embargo, como testimonio del buen sentido de nuestro pueblo, que apesar de las extravagancias y delirios en que pudieron incurrir Góngora y sus imitadores, las corrientes de Italia en esta misma direccion, llegaron á mayor grado de exageracion y demencia, que pudo llegar en nuestro suelo. Marini llama á los espantos, espumas de leche, copos de nieve: otro llama á los piojos de la cabeza de una mujer hermosa, caballeros de plata en campos de oro; otro compara las almas á los caballos, pues al fin de su carrera le espera en el cielo cebada de eternidad y una cuadra de estrellas. Estas mismas son para algunos, zequíes ardientes de la banca del cielo ó de Dios; el sol el gran duque de las candelas; la luna la tortilla de la sarten celeste. La extravagancia y perversidad del gusto alcanza en la pátria del Tasso un estado inconcebible, y la pintura de un historiador italiano contemporáneo dá la medida de esta depravacion, sin que pueda imparcialmente afirmarse que la descripcion enérgica, pero exacta de este período, sea tan cumplidamente aplicable á nuestra literatura del siglo xvii como lo es á la de la península vecina.

Entonces, dice la geograffa, el universo no existe mas que para ofrecer el botin apreciado, la metáfora; la frase y el colorido predominan sobre el fondo, y se busca la ar-

gucia por la argucia, el esplendor por el esplendor, considerando solo la grandeza de las imágenes, no su delicadeza: era moda el talento, y los magnates del estilo y de la metáfora, así como los del mundo, ostentaban oro sobre sus vestidos y no tenían camisa. Aquellos talentos falsos y amanerados aborrecían la naturalidad y descuidaban la lengua, tomando la afectación por gracia; la hinchazón por sublimidad, la antítesis por elocuencia, los equívocos por elegancia, ocultando la nulidad del asunto bajo una porción de frases ampulosas, golpeando sobre el yunque hasta que se encendiera. Vacilantes entre la insípida afectación y la grosera trivialidad, tenían por ingenio el reunir ideas opuestísimas; y como la vulgaridad se une perfectamente con la hinchazón, no hubo una imagen por trivial y ridícula que fuese, que no estuviera cargada de metáforas.

Renunciamos á seguir al citado historiador, en las consideraciones que le sugiere la corrupcion literaria del siglo xvi por no alargarnos demasiado, haciendo constar con el mismo, que en Italia como en España, la multitud que sigue á Góngora y que sigue á Marini, reproduce y centuplica sus mas caprichosos delirios, en el empeño decidido de tener originalidad á fuerza de cálculo y en la sonora aglomeracion de las palabras viciosas, en vez de sentimientos y de ideas.

Fácil nos seria, sino temiéramos apartarnos del asunto, aducir testimonios que acreditaran igual ó parecida y simultánea depravacion y mal gusto en los paises, que entonces como hoy marchaban á la cabeza de la civilizacion europea, con especialidad Francia y Alemania; pero basta con lo expuesto para dejar evidenciado un extremo de nuestro propósito, á saber: la generalidad y difusion del mal gusto literario en los paises cultos en el periodo que vamos recorriendo.

Concretándonos ahora á la prelacion indisputable, que no ya los poetas de segundo orden citados, sino hasta los mas bellos ingenios nacionales tuvieron sobre nuestro Góngora, es lo cierto, que á poco que se estudie el estilo peculiar de este ilustre escritor, se echará de ver, que como Herrera,

á quien tambien siguió, se proponia perfeccionar el estilo de Garcilaso, tomando de éste el prurito de introducir frases extráneas, para enriquecer el lenguaje poético, y las violentas trasposiciones que éste empleó en muchas de sus églogas y composiciones.

Sobrados testimonios pudiéramos aducir de este exagerado hiperbaton, á que parecia aficionado este dulcísimo ingenio: pero bastan para muestra los siguientes versos sueltos, entresacados de algunas de sus églogas:

«Y con voz lamentándose quejosa.»

«Entre la humana, puede y mortal gente.»

«Como en luciente de cristal, columna.»

y otros muchos que el temor de extendernos demasiadamente nos hace omitir. Al mismo tiempo introdujo ó autorizó con su ejemplo muchas voces latinas, como *fraterna*, *undoso argento*, *corusca testa* y muchas mas de que aparecen plagadas sus mejores obras.

Y no solo sigue Góngora á Garcilaso, en sus yerros como en sus bellezas, exagerándolas desde luego, sino muy especialmente al divino Herrera, á quien en algunos de sus sonetos imita, no ya sus frases, sino hasta sus giros y modismos. Herrera dice en una de sus composiciones:

«El sacro rey de los rios
Que nuestros campos baña.»

Góngora:

«Rey de los otros rios:»
«Con las ninfas un coro
Tegieron en el claro undoso seno.»

que Herrera antes escribia, y que Góngora reproduce en su verso

«Coro tegiendo estás.»

Copia Góngora modos de decir de Herrera como *crespas ondas*, *purpúreas rosas*, *invierno cano* y otros muchos, dándose así origen en el sentir del crítico que aduce estos y muchos otros testimonios al culteranismo de Góngora, sustentando el mismo escritor la razonable opinion de que

Góngora, sin el gran poeta sevillano, jamas hubiera llegado á ser el Góngora de las Soledades y Polifemo. A la verdad, gran número de las composiciones del mismo Herrera tienen un sabor tan verdaderamente Gongorino, que no parece haber sido precedido por el poeta cordobés. Véanse en prueba de ello los versos siguientes:

Luz en cuyo esplendor el alto coro
Con vibrante furor está apurado,
De dulces rasgos, bello ardor sagrado
Do enriqueció Eufrosina su tesoro.
Hundoso cerco que purpura el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado,
Y en sortijas lucientes encrespado
Al que me inclino humilde, alegre adoro.

En vista de este y otros egemplos que pudieramos aducir, ha creído el erudito crítico citado que Herrera, y solo Herrera, fué quien enseñó el culteranismo al gran poeta cordobés; pero ya nosotros hemos visto, y es preciso confesarlo, que muchos precedieron á Herrera en esta funesta direccion, y que para citar nombres, otros que ya hemos consignado alcanzarian con mas justicia esta triste responsabilidad que solo imperfectamente y por muy contados rasgos, se quiere descargar sobre la gran figura literaria del cantor de Lepanto.

Lo que sí es lícito presumir, entrando en el sagrado de las intenciones que los hechos de Góngora dejaron descubrir, que éste se proponía reformar el lenguaje poético, obra ya comenzada por Garcilaso y los llamados Petrarquistas; seguidos muchas veces por Herrera, y aceptada y dislocada mas aun por los Ledesmas, Carrillos, Diaz Tejada y muchos otros de mas ó menos estima: que todos juntos y nuestro Góngora sobre todos, se creyeron llamados á regenerar el lenguaje poético; y que la conspiracion de tantos génios ilustres hácia esta viciada direccion literaria, y sobre todos ellos el génio superior del autor de las Soledades, á quien su inmensa valia procuró la gefatura y direccion en España, determinaron las corrientes literarias dominantes ya anteriormente presentidas y significadas.

La inmensa talla de Góngora y el ascendiente de su nombre son tales, que lo mismo halla imitadores como poeta puro que como poeta afectado, y mas lo encontró cuando llegó al último extremo de exageracion y demencia. Así es que nuestros mas grandes poetas del siglo de oro, ó lo imitan ó lo aplauden, confirmando así el juicio previo que ha presidido á nuestro trabajo, á saber: que Góngora sufrió las corrientes de su época que llevó á su mayor exageracion, y que por tanto no puede ser considerado como causa originaria del mal gusto que tomó su nombre, si bien su poderoso talento y la reciprocidad y solaridad humana lo colocan como instrumento poderoso y eficacísimo auxiliar de esta misma corrupcion literaria.

Tan poderosa llegó á ser esta influencia, que traspasa los linderos de nuestra nacion, y no creemos aventurado de todo punto el juicio que atribuye el mal gusto de Carlet de Marivaux en Francia y de Colley Cibber en Inglaterra, un siglo despues de Góngora, á la imitacion mas ó menos aproximada de este ilustre poeta.

Su ascendiente en nuestro suelo, fue tan poderoso y general, que despues del P. Paravicino y el Conde de Villamediana, que fueron los primeros en seguirle, procurando imitar su Polifemo, sigue una gloriosa pléyade de ilustres nombres en nuestra literatura, muchos de los cuales le llegaron á tratar violentísimamente, mas quizas por los celos que su nombradía despertaba, que por verdadera conciencia de sus defectos. En este punto las polémicas de nuestro vate con los génios mas ilustres de su tiempo, llegan á tal grado de asperidad y acrimonia que la cortesía y mas vulgares buenas formas, fueron mas de una vez olvidadas; cuanto llegó á ser herida la fibra del engreimiento y vanidad propia del con justa razon llamado, *genus irritabile vatum*. Y sin embargo, los que mas le motejan é insultan, se dejan al cabo llevar de su portentoso génio, por mas que á toda costa pretendieron hundir su reputacion y renombre. Quevedo mismo llega á ser culto. Jáuregui llega á serlo tambien, y en mas de una ocasion no estuvo de todo punto libre de la nota de culterano, el que

mas puro se mantuvo hasta la muerte del poeta cordobés: el gran Lope de Vega.

Así pudo decirse de Góngora como del Cid, en frase de un escritor de nuestros dias, que ganó batallas despues de muerto. Este mismo Lope, que fué su mayor enemigo, aparece como admirador de muchas de sus obras, por mas que á hurtadillas, y aun en público revelara mas de una vez, la enemistad que le profesaba.

El gran poeta Espinel, en su poema *La Casa de Memoria*, no solo elogia á Góngora, sino que lo anima á no limitar su ingenio á lo hecho. La escuela poética granadina que produjo notabilísimos vates, ofreció en el mayor número de estos, entusiastas imitadores de Góngora y hasta el mismo Calderon en otros notables ingenios de nuestro teatro ofrecen, aunque pocos, algunos rasgos que recuerdan al autor de las Soledades.

Llámale sin segundo F. Andrés Ferrer; requiebro de las musas y corifeo de las gracias, Saavedra Fajardo; ingenio divino, Cascales; y el mismo Cervantes en su *Galatea* le consagra esta octava:

En D. Luis de Góngora, os ofrezco
Un vivo raro ingenio, sin segundo
Con sus obras me alegre y entristesco
No solo yo, mas todo el ancho mundo,
Y si por lo que os quiero, algo merezco
Haced que su saber alto y profundo
En vuestras alabanzas siempre viva
Contra el ligero tiempo y muerte esquivá.

Otros muchos testimonios pudiéramos aducir en confirmacion del alto concepto que entre sus contemporáneos y á la posteridad, mereció el rico ingenio, á quien muy pocos lograron acercársele, mientras se mantuvo en los límites de la naturalidad y del buen gusto. El inmenso génio del autor de las Soledades y Polifemo, puesto á servicio de esta revolucion literaria, le hizo avasallar todas las inteligencias de su tiempo, y arrastrar en pos de sí no solo á las nulidades y medianías, sino á los mas preclaros ingenios. Bajo este concepto puede afirmarse que sin la ad-

hesion de Góngora, la causa de los culteranos en España no hubiera llegado á dominar y difundirse por todas las esferas del arte y la belleza, que todas mas ó menos sintieron su accion y su influencia. Por estas razones no contrae pequeña responsabilidad, ante la crítica y la historia literaria de nuestro pais; pero no olvidemos que la Providencia no hace aparecer sino muy raras veces y eso cuando grandes epidemias morales lo reclaman, génios tan superiores, que alcancen á levantarse sobre las corrientes y la atmósfera de su siglo; semejantes á esas cumbres altísimas, pero poco numerosas, que alzan su cimera sobre las nubes, que oscurecen las regiones inferiores.

Los que hemos nacido en siglos posteriores, donde el buen sentido dominante nos ha hecho conocer y sentir, sin grandes esfuerzos, todo lo que encerraba de repugnante y detestable aquel malhadado gusto literario, somos bajo este punto de vista, deudores de un gran beneficio á la Providencia, y las dolorosas decepciones no ya de un génio sino de tantos génios ilustres, y en tan largo período, con tantas otras experiencias análogas en otros órdenes, nos convencen y enseñan á desconfiar de nuestros propios juicios, y aun de las aficiones y exigencias de nuestra sensibilidad, y á no aceptar como juicio seguro y permanente, y como belleza de todos los tiempos y de todos los hombres civilizados, sino á la que satisface las reglas permanentes y eternas de la razon y del buen sentido, y las emociones da una sensibilidad, educada en las leyes del buen gusto, formada en la contemplacion de los eternos modelos de belleza artística, que nos ha legado la posteridad. Góngora encontró arrojada la semilla, empezando quizá á florecer y él la hizo fructificar. Mantenido en sus propias aspiraciones, no apartándose de la naturalidad y pureza, que tanto encantan en sus primeras y aun posteriores traducciones, su génio solo hubiera bastado á contrarestar la perniciosa influencia, que generalizó su poderoso ejemplo, imponiendo el sello del génio aun á las mas delirantes extravagancias. Seguro es que tuvo que fatigar mucho mas su talento y sus ricas dotes cuando recae en

tan lamentables extravíos, que cuando se deja llevar de su inspiración nativa y espontánea, en algunas de sus mas delicadas y tiernas composiciones. Sirvan de ejemplo las ya citadas al principio de este trabajo, á la vez que los bellísimos romances que comienzan *La mas bella niña*, *Frescos airecillos*, *Lloraba la niña* etc., sus sonetos *Raya dorado sol orna y colora*, otro al Guadalquivir, y algunos mas que el temor de aparecer enojosos nos hace omitir. Nada en efecto mas dulce, expresivo y melancólico que los indicados, ni nada mas notable en la galanura de la frase y fluidez de dicción, que la mayor parte de sus romances amorosos. Ninguna de estas composiciones perderia nada, puesta en parangon con las mejores que poseemos de nuestros mas grandes poetas, y con especialidad sus canciones heroicas, líricas y amatorias, que pueden ser consideradas como de primer orden.

En una palabra, haciendo nuestros los elogios de un crítico de nuestros dias, de ningun poeta castellano pueden elegirse tantas cosas buenas; ninguno como él ha sabido llegar en unos puntos á la sublimidad, la magestad y el numen, amoldarse á la sencilla, encantadora y hasta infantil en algunos romances y letrillas ligeras, ni esgrimir el arma de la crítica con tanta sal, donaire, gracia é intención. Sus primeros tiempos, fueron los mejores y mas felices en la frescura y pureza de su inspiración. Empieza despues á afectar en el estilo, concluyendo por exagerar hasta el extremo que ya hemos hecho constar. Asi se le ha podido comparar á las mugeres que se pintan, que comienzan por poco, pero como cada dia se les vá acostumbrando la vista al matiz que luce en sus megillas, cada dia tambien sin advertirlo dan mas color, hasta que pasado algun tiempo, lo que al principio fué belleza, se convierte en fealdad ridícula ó repugnante. Es digno de notar sin embargo que apesar del estrago causado por la escuela gongorina, no se les puede desconocer algunos beneficios que indudablemente prestaron al idioma nacional. Muchas de las voces por Góngora empleadas, y giros y frases enteras que merecieron los mas rudos ataques de sus contemporáneos

y adversarios, han tomado carta de naturaleza en nuestra lengua, á la que evidentemente él y su escuela enriquecieron con giros y dicciones á cual mas elegantes.

Calderon refiere que un barbero se equivocó al sacar una muela por que un culto le dijo ser la penúltima; Moreto llama cultas á las voces obtusa, crédula, libidinosa y otras; ¿y quién pasaria por pedante afectado ó culto, por usar hoy de la palabra *penúltima* ó cualquiera de las citadas?

Instrumento como hemos visto, y no causa originaria de los extravios que llevan su nombre, el egemplo de Góngora y sus discípulos, llega mas tarde á otras esferas, pudiendo considerarse el churriguerismo en las artes, y el gerundianismo, en la elocuencia sagrada, como resultado de la invasion del gusto culterano en estas nuevas esferas. Sabido son los delirios y gusto detestable de aquel género oratorio, contra el que no han valido completamente los esfuerzos del Cervantes del pasado siglo, y aquella ridícula mania de expresarse constantemente en metáforas interminables y groseras.

Sin embargo, aun en este género, y permitásenos esta digresion, por mucho que se haya extremado el mal gusto en nuestros oradores y escritores, bien pudiera afirmarse que el buen sentido de nuestro pueblo, no ha permitido llegar hasta el extremo que otros (especialmente Italia) alcanzaron en esta torcida senda. Metáforas hay en los discursos sagrados de oradores italianos, que hacen necesario tomar anticipadamente aliento bastante para recitarlas, ademas de su insigne vulgaridad y grosería, y títulos hay en obras religiosas, y lemas en sus escritos que señalan el mas alto grado de dislocacion y demencia á que es dado llegar. No resistimos al deseo de reproducir algunos trozos de este género aunque nos desviemos de nuestro asunto para hacer notar el punto á donde ha llegado esta ridícula manía. «El pecador, es para algun orador de la vecina península, la lavandera que con el codo desnudo, la ropa atada bajo la cintura, toma el lienzo sucio, se pone de rodillas, cerca de una corriente de agua, se inclina sobre una piedra pendiente, mete el lienzo en el agua, le frota con

los puños, le golpea con la palma de la mano, le lava, le arrolla, le vuelve, le sacude, le estruja, le tuerce, lo pone dentro de una vacija, al calor del fuego en una caldera que tiene enérgica legía hecha con agua y ceniza. Despues le oprime de nuevo, redobla la fuerza de sus brazos y la de sus manos, gastando no menos sudor que jabon: y por último, pasando al agua clara, en cuatro frotamientos, tres sacudidas, dos lavaduras y una torcedura, saca el lienzo mas blanco y delicado que era.» Hay oradores que dejan un bocado saludable para que le mastiquen los oyentes, y quienes tocaban el tambor de la penitencia para reunir egércitos contra los vicios.

La castidad, la obediencia y la pobreza, se han simbolizado en el aceite, la torcida y la luz; oradores se han separado de sus oyentes, hablándoles de su amor hecho gigante, por que ha sido su nodriza que le ha destetado con el alves de su amarga partida, y ya se alimenta con el sólido manjar de un afecto macizo; el deseo de volver á ellos es una preñez madura; de modo que estará con los dolores del parto hasta que la gracia del cielo le sirva de Lucina, para dar á luz un nuevo hijo cuaresmal.»

Lo peor era que estas extravagancias y delirios eran recibidos poco menos que con frenético entusiasmo por los oyentes, y se les apellidaba inteligencias mas bien angélicas que humanas, admiraciones del mundo entero, lenguas de oro, etc. que atestiguan la alta admiracion y culto que merecieron de su tiempo, y lo difundido y generalizado de tan depravado gusto. Enseñanza es esta que no debe ser perdida para los hombres reflexivos, y que nos revela hasta que punto son movedizas é inseguras las bases de la opinion y del gusto en tantas ocasiones, por muy generalizado que nos parezcan.

La parte ilustrada de la humanidad, á quien llegan los beneficios de la civilizacion y la cultura, es una pequeña parte de las generaciones que pasan por la tierra; una reducida Iglesia docente, en cuyos estrechos límites se verifican cumplidamente los cambios é innovaciones progresivas, y donde se realizan las verdaderas conquistas intelectuales.

El resto, la inmensa mayoría de la especie humana, á muy bajo nivel científico y literario, aplaude siempre su propio talento y sus gustos propios que tan poco se elevan, y cuando se consultan sus exigencias, y se pretende darles valor, por ser las del número, no nos encontramos, las mas veces, con el mejor criterio para discernir cumplidamente la bondad, la verdad y la belleza. Ciertó es que las corrientes que bien pudiéramos llamar universales, del gongorismo, tuvieron en su apoyo el alto ejemplo é irresistible ascendiente del gran poeta cordobés: ésta fué su falta y su responsabilidad ante la historia de nuestras bellas letras; por esto lo hemos considerado no como el origen y causa primera del mal gusto que llevó su nombre, sino como poderoso instrumento que le dió impulso para generalizarlo y difundirlo.

En cuanto á nosotros, dispuestos siempre, como cumple á la inseguridad de nuestros fallos, á juzgar al génio por sus bellezas y grandes rasgos, mas bien que por sus defectos que tan facilmente se encuentran en toda obra humana; convencidos que cuando algunas veces se ha subido tan alto, es porque ha habido alas para remontar el vuelo, nos creemos obligados á terminar este trabajo con un tributo de admiracion hácia el gran génio cordobés que no fué superado en sublimidad y ternura, por mas que sus frecuentes extravíos hagan necesario modificar el *aliquando*, en el *bonus dormitat Homerus*.

ELOY GARCIA VALERO.

El artículo *Nada* publicado en el número 2.º de la REVISTA ha dado lugar á interesante y animada polémica. En el cuaderno próximo insertaremos un nuevo artículo que hemos recibido, de uno de nuestros colaboradores, que viene á terciar en este debate, ocupándose á su vez de los escritos del Sr. Madolell Perea y del trabajo del Sr. Palomo.

DIRECTOR-PROPIETARIO,

ANTONIO LUIS CARRION.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA.

(Conclusion.)

XXIX.

Si el fanatismo que siempre es una pasion violenta, un delirio, debilitando, ó mejor dicho anulando el sentimiento moral, pudo en las épocas de su mayor auge ver enemigos en vez de hombres, de prógimos, en cuantos profesaban otras creencias religiosas que las que lo exaltaban; si extremando su locura hasta un punto que hoy nos llena de asombro, por inconcebible, ademas de los medios inícuos de la guerra, recurria tambien á los de una legislacion no menos bárbara é inícuo, para llegar al esterinio de los que reputaba como enemigos mortales; hoy la luz de la razon, disipando al fin las tinieblas en que el fanatismo la envolvía, y disolviendo con su calor la corteza de hielo con que habia endurecido la conciencia, no ve en el judío, en el musulman, en el pagano, en el protestante, en el católico al sectario de esta ó de la otra doctrina religiosa, sino solo al hombre, al ser moral, digno de elogio ó de vituperio segun responda ó no á los fines para que fué criado, que son los de practicar y hacer el bien.

(*) Véanse los números 3.º y 4.º de la REVISTA.

La fé en la creencia religiosa que se profesa, y que lleva al hombre á creer ciegamente que solo con ella puede alcanzar el bien supremo, impulsada por la caridad que lo lleva á desear que todos los hombres abrazando su creencia, sean con él partícipes de ese bien, solo recurre á la persuacion, al convencimiento, pero de ningun modo á la violencia, á la fuerza; que la triste experiencia de los siglos ha dado á conocer, que el empleo dé la fuerza bruta es impotente á extender el imperio de una creencia religiosa dada.

Abriguemos, sí, la consoladora esperanza del término de las guerras por causa de religion. Si llega á haber todavia alguna en que se alegue un motivo religioso como causante de ella, será solo un velo para ocultar otros designios, puramente mundanales; como, en cierto modo, se trasluce en la guerra civil que por desgracia aflige á nuestra infortunada pátria.

XXX.

A propósito de la guerra civil que lentamente consume las fuerzas del pais, vamos á permitirnos algunas ligeras apreciaciones, no fuera enteramente de nuestro propósito, en corroboracion de la exactitud de nuestras reflexiones sobre la guerra en general. No haremos la historia del carlismo ni de su origen: no nos fijaremos en su ruina con el convenio de Vergara, ni en los sacudimientos galvánicos que posteriormente á la guerra de los siete años, pusieron en movimiento el cuerpo que creiamos del todo exánime. Trataremos solamente de su última y potente manifestacion; casi inconcebible á no tener en cuenta la historia política de los últimos quince años, cuando menos.

La causa mal llamada carlista en la actualidad, porque verdaderamente no es la del pretendiente Carlos VII sino la del absolutismo y de la teocracia, cuyos principios son los que defiende, y en modo alguno los pretendidos y falsos derechos que el ex-príncipe quiere hacer valer al dominio de esta nacion; esa causa que se juzgó definitivamente fenecida, no ha vuelto de repente á la vida, como

en vano se pretende suponer, por los sucesos posteriores á la Revolucion de 1868, aunque estos hayan sido elementos favorables á su aparente resurreccion.

Terminada la guerra de los siete años, y combatidas y ahogadas las tentativas posteriores del carlismo, es seguro que no hubiera vuelto á aparecer sin las debilidades, ó mejor dicho, sin las condescendencias y hasta punibles contemplaciones que con los partidarios de aquella causa tuvieron los gobiernos que se han venido sucediendo, llevados de sus instintos reaccionarios, y opuestos enteramente á la idea liberal. Merced á esas debilidades y contemplaciones, que poco á poco se fueron convirtiendo en proteccion abierta y decidida, pronto los absolutistas, y cuantos á la sombra de la religion pretenden dominar y adquirir poder y grandeza, se fueron ingiriendo en altas esferas, llegando á hacerse en ellas los verdaderos aunque ocultos directores de la máquina gubernamental.

En tal situacion nada podia suponer para ellos la personalidad del titulado Carlos VII. Quedó, pues, relegado al olvido sin perjuicio de tenerlo siempre en disposicion de valerse de él, en un momento dado. Mientras tanto, la poderosa influencia que egercian todos los partidarios de principios caducos y perjudiciales, la iban aprovechando en beneficio de su desprestigiada causa, poniéndose cuando á sus intereses conviniera, en estado de ostentarse, sino potentes para matar la libertad y el espíritu civilizador de la época, lo bastante fuertes para seguir oponiéndoles resistencia tenaz.

Asi se explica que poco despues de la Revolucion de Setiembre de 1868, y derribado el trono, á cuya sombra el partido absolutista habia recobrado vigor y fuerza, se hallára éste en condiciones favorables y con medios para suscitar la guerra civil.

XXXI.

La Revolucion triunfante elabora una Constitución altamente democrática, que consigna los derechos individuales, el sufragio universal, la libertad del pensamiento, la libertad

de la conciencia, dejando, por una contradiccion palpable, la institucion monárquica hereditaria. Otras leyes vienen tambien á excitar mas el encono y la saña de los partidarios del absolutismo, de los fanáticos en materia de religion: la libertad de enseñanza y el registro y el matrimonio civil, especialmente, les dan pretesto para influir en las conciencias timoratas, y prevaliéndose de la ignorancia tan comun por desgracia, quieren hacer solidaria la causa de la tierra con la del cielo, la de la religion con la política ó el gobierno y administracion de los pueblos. Los primeros que debian inculcar el respeto á las leyes aconsejan la desobediencia, y el desprecio á las mismas, desprecio y desobediencia que hoy lamentan millares de familias; y muchos de cuyos lábios solo debian brotar palabras de paz y de mansedumbre, de union y de concordia, excitan las pasiones, atizan el fuego de la discordia, y preparan los ánimos á la guerra civil. La eleccion para monarca de un príncipe extrangero de la casa de Saboya, su aceptacion, su subida al trono, y las corrientes de la opinion, cada vez mas favorables á la idea democrática, acaban de quitar las esperanzas á los absolutistas, y ciegos ya de furor, vuelven sus ojos al olvidado pretendiente, y en su nombre empuñan las armas fraticidas, é inauguran la guerra civil.

XXXII.

Unos cuantos meses de reinado azaroso é infructífero para la nacion, hacen comprender al nuevo monarca cuán difícil sino imposible ha de serle el sostenerse en el trono, cuanto mas consolidar su dinastia; y en un momento de rara lucidez y de abnegacion, abdica la corona. La ocasion es reputada oportuna, propicia, cual no otra, para la realizacion del ideal democrático, y los unos por conviccion, por temor los otros, estos por no perder sus posiciones oficiales, aquellos por ganar tiempo, y ver venir, como vulgarmente se dice, se asocian en un pensamiento y se declara que la república es la forma de gobierno del pais. Jamas se vió una farsa mas completa; jamas se unie-

ron elementos mas discordes, para confeccionar una forma de gobierno, que solo la fuerza de las circunstancias hacia admisible á un gran número de los que se ostentaron partidarios de ella.

La série de lamentables errores y equivocaciones, á que desgraciadamente venian expuestos desde muchos años atras nuestros hombres de gobierno, continua con el de la república mistificada, y aun despues de la especie de algarada que da por resultado la formacion de un gobierno francamente republicano y la disolucion de las cortes. No solo se vé aquel contrariado por sus falsos amigos del dia, sino por los amigos antiguos, y á la vez no da muestras de grande decision y energia tan necesarias en los momentos supremos y difíciles. La anarquia casi permanente en la esfera del gobierno, desciende al seno del pais. Hombres tan turbulentos como ignorantes, se apoderan de las masas, que sin conciencia de sus deberes, se dejan llevar por los que mas las alhagan, y como no hay virtud que oponer en oposicion á la falta de conocimientos y de ilustracion, y como por desgracia el mal que se lamentaba de la corrupcion y de la inmoralidad de las clases elevadas habia ya hecho presa en las que nuevamente nacia á la vida política, se produce una escena de confusion espantosa y permanente que amenaza hundirlo todo en un caos, del que no es posible adivinar lo que ha de salir, asi como no se distingue al creador que ha de pronunciar el poderoso *fiat*.

XXXIII.

Viva está la guerra civil, entretanto, y cobrando nuevos brios y allegando mayores elementos. El mas vulgar buen sentido, el criterio mas limitado bastaba á comprender que á las armas facciosas era menester oponer las armas legales, las armas de los soldados de la pátria. Error funesto, delirio fué, y de consecuencias trascendentales, el que se produjo en las masas para llevarlas, prevaleiéndose de las circunstancias y de la desmoralizacion que hacia tiempo minaba al ejército, al desarme de sus batallones,

y despues á su desorganizacion. En aquellos momentos esto equivalia al suicidio. ¡Cuán estrecha cuenta tendrán que dar á la historia todos los causantes de tamaños desvarios políticos! El instrumento fueron las masas, no hay duda; mas quiénes serian los directores é instigadores de la fatal trama! El tiempo lo revelará, pero hay tanto de culpa para todos. Por contrario que se supusiera el elemento militar á la idea democrática, por mucho que ésta rechaze el empleo de egércitos permanentes, el hecho es que ardiendo la guerra civil era menester conservar organizada la fuerza militar para hacer frente al enemigo, ó en su defecto que, rebozando el patriotismo, llevase á los pueblos al extremo de alzarse como un solo hombre para sofocar la hidra de la discordia civil. Pero ¡cuán lejos se estaba de alimentar este patriotismo; cuán lejos de esta decision viril y enérgica!

XXXIV.

La caida del secular trono de España y el advenimiento á la política de la idea democrática, dieron á conocer al partido absolutista que solo le quedaba recurrir á las armas, y proclamó de nuevo á Cárlos VII, como el mas genuino representante de su causa. Como el nombre de este pretendiente no hubiera bastado á hacer gran número de partidarios, se invocó tambien la Religion. Sacerdotes de una religion que anatematiza la violencia, la sangre, la soberbia; que santifica la pobreza, la humildad, la mansedumbre; que pide mártires y no verdugos, son los primeros que con la predicacion y con el ejemplo fanatizan á los pueblos, y empuñando las armas homicidas, obligan á empuñarlas á hombres ignorantes de sus derechos y de sus deberes, y que se dejan llevar por los que al comprometerlos en una lucha horrible, en que han de ser necesariamente víctimas, lo hacen solo animados de malas pasiones y de ideas de ambicion, de lucro, y de preponderancia.

Los sucesos posteriores á la caida del trono de los Borbones, vienen, es verdad, á aumentar las filas facciosas, acreciendo su importancia, y dándoles elementos de fuerza

de que antes carecian. La desorganizacion del ejército lleva á los facciosos muchos oficiales que, por necesidad ó por despecho, dan al olvido sus juramentos y sus deberes; la desconfianza hace tímidos ó recelosos á los gefes de las tropas republicanas, que cejan en la persecucion, temerosos de verse abandonados ó vendidos, y la falta de plan y el desconcierto proporcionan á los facciosos ventajas que aumentan el desaliento y la confusion. La falta de trabajo, la paralizacion que se nota en todo, y la desmoralizacion que cunde, son tambien causantes que llevan á gran número de hombres, á la gente perdida de todos los partidos, á tomar las armas, como medio de vivir, á costa de los pueblos víctimas del pillage y del abandono; poniéndose á la órden del dia el asesinato, el robo, los incendios, las depredaciones de todo género, los actos mas vandálicos, propios solos de los tiempos bárbaros, y que marcan con el estigma de la reprobacion universal la frente de sus directores, autores y cómplices.

XXXV.

Si se necesitaran pruebas de que la guerra es el crimen, la civil que nos aniquila, las suministraría en abundancia. Su origen, su desarrollo, su continuacion todo lleva impresa la marca del crimen, todo es producto del mal. Mentido es ya el derecho que se pretende alegar á la herencia de los tronos. Los tronos no se heredan. Los tronos los levantan los pueblos, si la institucion monárquica les conviene, por estado y circunstancias dadas; y si una constitucion los declara hereditarios, no es que el pueblo al formarla abdica el derecho para tiempos venideros á volver de su acuerdo por asi convenir á sus intereses. Pasó ya la época del pretendido derecho divino de los reyes; que si los pueblos ayudaron á los monarcas para dar en tierra con el ominoso feudalismo, fué presintiendo que con los tiempos el solo señor feudal que se elevaba sobre las ruinas de los demas, cedería tambien de su poderío hasta llegar á perderlo, si asi estaba en el interés y conveniencia de las naciones.

Pero aun suponiendo un derecho á la corona de España, cómo puede alegarlo el llamado Cárlos VII? Las leyes de consuno con la voluntad de los pueblos, haciendo para ello enormes sacrificios, han probado una y otra vez cuan falso es el pretendido derecho, haciendo pesar su fallo sobre el abuelo, sobre el padre, sobre el nieto, que viene á quedar reducido á la condicion del hombre ambicioso y despechado que, aprovechando todas las circunstancias que juzga les son favorables, quiere por medio de la fuerza bruta adquirir lo que no le pertenece. Y por la ambicion de un hombre, que ni siquiera ha tenido la suerte de nacer en el pais sobre que quiere reinar como absoluto señor de vidas y haciendas; que ni aun se le alcanza lo que vá de ayer á hoy, y lo que puede el influjo poderoso del tiempo; por la soberbia satánica de un descendiente de régia alcurnia, que por este hecho puramente casual, accidental, se juzga bastante á reinar sobre millones de hombres, no importa la voluntad de los mas, se promueve la guerra civil, y se lanza sobre la nacion que conceptúa como buena presa, toda clase de males y calamidades sin cuento. ¡Como atenuar siquiera lo inícuo de este proceder!

XXXVI.

Ya hemos indicado que el fanatismo es la aberracion, la locura, el delirio. Digno es, pues, de toda reprobacion, lo mismo en política, que en religion; pero el fanatismo es doblemente perjudicial y temible si al político se une el religioso: esto sucede al partido absolutista, que tiene ojos para ver y no vé; orejas para oir y no oye; para el que en vano hay sucesion de tiempos, y cuyo bello ideal seria poder borrar de las tablas cronológicas de aquellos los centenares de años que con poderoso esfuerzo van sacando á la humanidad de la abyeccion en que venia sumida, y librándola de la inmensa pesadumbre que sobre ella habian arrojado la ignorancia y la barbarie.

Desgraciadamente para la causa de la civilizacion y de la humanidad, el absolutismo, y no es cosa nueva sino de

todos los tiempos y lugares, ha querido buscar su apoyo en el sacerdocio ó sea en los representantes de la religion; apoyo que estos han prestado gustosos por tener á su vez el de la fuerza, formando esa liga del altar y del trono, que tanto ha pesado sobre los destinos del mundo, y con el solo y exclusivo objeto de conservar perpetuamente la direccion de los mismos y el mando y supremo poderío. Si así pudo un día convenir al altar y al trono, á la religion y á la política, hace tiempo que ese maridage es funesto á los verdaderos intereses de la religion católica, que no son ciertamente siempre los de sus ministros. Compréndese que el absolutismo, en las convulsiones de su lenta y terrible agonía, se abraze al fanatismo religioso, como el náufrago á una tabla salvadora; pero no que los representantes mas genuinos del catolicismo, invocando el nombre del mismo, abracen á su vez un semi-cadáver, próximo á la corrupcion y á la podredumbre. ¿Es por ventura una la causa? Error en que jamás podremos incurrir. La causa del absolutismo es puramente mundana, terrestre: la del catolicismo, celestial, divina. El primero quiere sujetar al hombre, rebajar su dignidad, deprimirlo, mandar en su razon y en su conciencia; la mision del segundo debe tender solo á librarlo de toda clase de tiranías, á elevarlo en dignidad, ilustrando su razon y fortificando su conciencia, para que mas ávidamente busque el bien y la verdad y pueda mejor aspirar á la posesion de los altos destinos que la religion cristiana le ofrece. Si el absolutismo busca cuerpos que tiranizar, la religion solo debe ir á la conquista de las almas para salvarlas, pero nunca por la fuerza y la violencia, sino por el amor y la caridad. Si para domeñar el cuerpo se necesita muy á menudo recurrir á la fuerza y al tormento, basta á veces una lágrima, una palabra amorosa para cautivar al alma. ¿Por qué especie de aberracion se establece ese consorcio entre los representantes del absolutismo, y tantos y tantos de los que se ostentan representantes del catolicismo? ¿No es un interés exclusivamente personal, y cuando mas de clase; no es cuestion solo de supremacía, de poder, de dominio, de posicion social, de

bienes materiales de lo que se trata? Y para conservar todo eso, y para adquirir lo que se pueda haber perdido, se fomenta la guerra civil, se excita y alienta el fanatismo religioso en ayuda del fanatismo político, y ministros de un Dios de amor y de caridad truecan su santa mision de paz y de concordia por la execrable de guerra y sangre y exterminio?

¿Qué nombre merece esta conducta? ¿Qué calificacion puede hacerse de semejantes acciones?

XXXVII.

No sabemos, ni es facil preveer si el absolutismo y el ultramontanismo hacen en la actualidad su última campaña en nuestro desgraciado pais; pero si sabemos, porque los hechos nos lo prueban, que sus esfuerzos son supremos, como si tuviera la seguridad de que perdida esta ocasion, su desprestigiada causa ha de hundirse para siempre. Las circunstancias especialísimas de España la han hecho teatro de la lucha, pero no son intereses ni cuestionès puramente españoles los que en ella se ventilan, sino los intereses bastardos del absolutismo y del ultramontanismo en general. Véase si no los auxilios de todo género que los escasos pero poderosos partidarios de tan desacreditados y perjudiciales sistemas, suministran á las huestes facciosas.

Cuando se considera que sin esa ingerencia de poderes extraños á nuestras disensiones, que no por ser indirecta, es menos eficaz, la guerra civil podia haberse extinguido, no hay palabras con que calificar á sus autores. Los conceptuamos mas culpables, mas criminales que los mismos que empuñan las armas, exponiendo á la vez su vida, como miserables instrumentos y agentes ínfimos los mas. Y en efecto, el que pone el arma en manos del asesino ó del homicida, y lo incita á cometer el atentado, y se lo paga, es cien veces mas criminal que el perpetrador del hecho. En la guerra que nos aniquila, los mayores culpables son los que abusando de la ignorancia y del fanatismo religioso de

gente sencilla, arman sus brazos y les suministran todo género de auxilios para continuar una lucha sangrienta y bárbara, exponiendo á cada momento sus vidas y sus intereses, cuando sus instigadores y favorecedores están á cubierto de todo riesgo y de toda responsabilidad material.

Véase, pues, como bajo cualquier aspecto que se considere la guerra civil, en su origen, en su desarrollo, en su continuacion, en sus hechos, en sus accidentes, en sus autores, en sus sostenedores, favorecedores y cómplices, siempre se vé dominando en todo las mas aviesas pasiones, la ambicion, el dolo, el fraude, la traicion, el engaño, en una palabra, el crimen.

XXXVIII.

Asi como la razon nos lleva á creer cuánto se han dificultado las guerras de conquistas y religiosas, ella nos demuestra, por desgracia, que no debemos tener la misma consoladora esperanza respecto á las guerras civiles; calificacion que deberá darse tambien á las que puedan suscitarse entre las naciones que participan de los influjos de la civilizacion. Esta no ha dicho aun su última palabra, y la humanidad dista mucho de la plenitud de su perfeccion. Hay todavia mucha ignorancia en las masas populares, y son necesarios años muchos de educacion para hacerles comprender toda la extension de sus deberes, si han de ponerse en estado de gozar debidamente de todos los derechos inherentes al ser humano racional.

Imponderable es lo que se ha adelantado; acaso lo mas esté hecho; pero aun queda por hacer lo que tampoco es fácil enumerar. Hay muchos abusos que destruir, injusticias mil que reparar, errores que combatir, resabios no extinguidos de tiempos pasados con otros creados en los modernos por causas no fáciles de preveer. Para la desaparicion paulatina de todos esos males ha de haber ataque y resistencia, menos rudo el uno, menos tenaz la otra, es cierto, á medida que la ilustracion se difunda, y la cultura sea mayor, y la razon mas imperante. El advenimiento de lo que se llama

cuarto estado á la vida política, á la plenitud de la vida social, no traerá consigo los horrores que acompañaron á la emancipacion de lo que clasificamos de clase media. Creemos que no todo se encomendará á la decision de la fuerza bruta, pues la experiencia nos viene demostrando como el buen sentido, y unos mas rectos principios de justicia y de humanidad, van presidiendo á la mejor solucion de grandes cuestiones económicas y sociales, que en sus encontrados intereses, no chocan abiertamente, sino que aspiran á hermanarse en bien de todos, por medio de hábiles combinaciones, y de concesiones prudentes y contemporizadoras.

Si fuera posible que las aspiraciones de los unos y las resistencias de los otros, se fuesen templando á las exigencias de los tiempos, y á la fuerza de las circunstancias, podríamos alentar la esperanza en la desaparicion de las guerras civiles, mas para ello seria menester un grado de ilustracion y de moralidad que aun no hemos alcanzado. Pero la guerras civiles que puedan surgir en lo sucesivo, excepcion hecha de la actual, no revestirán el caracter de crueldad y de fiereza que tantas otras pasadas, ni serán de larga duracion; triunfando siempre el buen derecho. El poder de las ideas es hoy inmenso por los poderosos medios de propagacion que cuentan, y el dominio de la razon casi soberano, siendo tal su fuerza que aun los mismos que mas parecen resistirla, supeditados por añejas é insostenibles preocupaciones y principios de otras edades, se dejan arrastrar, acaso sin quererlo, cayendo en mil contradicciones lastimosas. Las nuevas ideas, pues, civilizadoras y humanitarias, únicas que pueden preponderar, y la sana razon en la plenitud de su egercicio, serán los escollos insuperables en que las guerras civiles vengán á estrellarse, aminorando su fuerza bruta y su bárbara pujanza.

XXXIX.

La guerra está en decadencia, no obstante esos inmensos alardes de fuerza que se ostentan, por los cuales pudiera creerse en una próxima conflagracion general. La

guerra está en decadencia, porque deja de ser lo que era, porque la fúria inhumana se humaniza; porque la civilizacion va coartando sus ímpetus, y cercándola cada dia mas de una atmósfera tan impropia á su naturaleza que acabará por asfixiarla. La guerra va en decadencia porque á la guerra acompaña ya la sublime hermana de la caridad, el intrépido sócio de la cruz roja, la filantropia, la asistencia y el cuidado para los heridos, sin distinguir entre amigos y enemigos; el respeto que se merecen los prisioneros, la consideracion que se debe guardar á los vencidos, y la terminacion de los falsos alardes de gloria y de triunfo á los vencedores. La guerra va en decadencia, porque solo puede ya promoverla la idea de un deber, y como tal no traspasa los límites que el mismo supuesto deber impone, y á su terminacion, breve porque las condiciones en que ha entrado, no consienten otra cosa, la enemistad desaparece, y aun sobre los mismos campos de batalla los enemigos de hoy vuelven á ser los amigos de ayer, como serán los de mañana. Frenos todos puestos al mónstruo de la guerra, la guerra los tasca, y los sufre porque no le es posible ya romperlos.

Oh mágico poder de la civilizacion! Oh predominio de las ideas humanitarias! El único poder autocrático de la Europa, el emperador de Rusia provoca un congreso internacional para exponer sus proyectos humanitarios en favor de los heridos y prisioneros de la guerra. Al pronto no se acogen ó lo son con reservas por parte de otras naciones; pero hoy mismo se produce mejor acuerdo y Alemania, Austria y otros paises se muestran dispuestos á aplicar los principios internacionales sometidos al congreso de Bruselas.

Si, la guerra va en decadencia! Felicítense por ello los amigos de la paz, y aumen sus esfuerzos generosos á fin de apresurar el dia en que para conocer sus estragos y horrores, haya que recurrir á las páginas sangrientas de su historia.

Con la terminacion del primer tomo de la REVISTA, damos punto á nuestras reflexiones sobre la guerra, sin per-

juicio de continuarlas, pues al hacerlo creemos prestar un servicio á la humanidad. Ojalá nuestras débiles y desautorizadas palabras tengan eco, y á él respondan los de miles de voces mas potentes que la nuestra, que consigan formar una opinion tan universal como robusta é inquebrantable, contra el mayor y mas implacable enemigo de la humanidad, contra la Guerra!

S. CASILARI.

DE ARTIERS A BAGNERES DE LUCHON.

CARTAS A ANTONIO.

CARTA I.

Bagneres de Luchon 26 Agosto.

Querido Antonio: Por fin llegué tras de fatigas sin cuento que no se como referirte. Estoy alojado en el hotel de Paris, y sin quitarme el polvo del camino pido papel y pluma y en cumplimiento de lo que te ofrecí, voy á contarte mi odisea, pero quiero llevarle la contraria al buen Homero y en lugar de lanzarme como él en medio del asunto empezaré por el principio, encajándote con pelos y señales todo cuanto he visto, sentido y pensado en mi expedicion veraniega. Presta, pues, atento oido que ya comienzo.

Esta mañana, salí de Artiers en compañía de mi tio Antonio y un Sr. D. Pedro Llorens, comandante del 4.º batallon de Lérida al servicio del Pretendiente. Excuso decirte que mi tio es la bondad personificada y que escucha mis palabras con la misma atencion que los griegos oian el oráculo de Delfos. D. Pedro Llorens, es un hombre nacido en la guerra y para la guerra. Su semblante rudo, adornado de un bigotazo gris, refleja su alma enérgica y valerosa; batallador incansable, ha hecho todas las campañas del carlismo y me ha acompañado á Luchon, de paso para Montauban donde reside su esposa á la que no ha visto hace tres años.

Ya conoces casi tan bien como yo, Antonio amigo, á mis

compañeros de viage; voy ahora á regalarte si puedo la descripción de nuestras cabalgaduras. Temo sin embargo que semejante empresa no esté guardada para mi pluma. Direte únicamente que sospecho que al morir D. Quijote, desesperado Rocinante debió buscar abrigo á su melancolia en estas asperezas, donde distrayendo sus ócios, vino no sé como á tener hijos de los que son nietos ó biznietos nuestros jamelgos.

Saliendo de Artiers la carretera sigue el curso del Garona que atraviesa lozanas y floridas praderas dominadas por escarpadas montañas. Este valle está todo sembrado de pueblos y caseríos, así es que á los pocos minutos de marcha dejamos á nuestras espaldas á Casarill, Escuñaú y Betrem y llegamos á Viella, en otro tiempo asiento del real gobernador del valle de Arán y hoy regida, singular anomalía, por un ayuntamiento radical y un comandante de armas al servicio del Pretendiente.

Desde Viella el valle se inclina al Este y volviendo la cara veíamos á la capital de Arán con sus techos cubiertos de pizarra, entre los cuales descuella como una reina entre sus súbditos la alta techumbre de la iglesia parroquial. La población se halla situada en la confluencia del Garona y el río Negro; los cerros que la dominan, están cubiertos de espesísimos bosques, sirviendo de marco á este paisaje una série de elevadas montañas que se desplegaban á nuestra vista formando un gigantesco anfiteatro.

Tú que tienes un alma de poeta comprenderás la emoción que se apoderó de mi ánimo contemplando el paisaje que imperfectamente te he descrito. De todos los espectáculos que la naturaleza nos presenta, pláceme contemplar el mar y las montañas: el uno y las otras representan aunque en débil reflejo la causalidad infinita que todo lo ha producido. A la orilla del mar y en la cumbre de las montañas adquirimos mas clara convicción de nuestro ser, nuestra frente se inclina y nuestros labios no pueden menos de tributar una oración de gratitud al que nos hizo grandes en el mundo de los espíritus y pequeños en el mundo de la materia.

A unos cien metros de Viella hay una capilla que se

llama la ermita del Medioaran. Se apellida de esta suerte, porque precisamente se halla levantada en el centro del Valle. Aunque su estilo arquitectónico es asaz rudo, marca la época de transición del arte bizantino al arte ojival, y esa pequeña capilla es el único resto de un convento celestialísimo y floreciente de la edad media.

El 18 de octubre de 1114, ocurrió un importante suceso en el convento de Nuestra Señora de Medioaran. Al amanecer de aquel día los campesinos se detenían llenos de asombro ante un tablado elevado en las puertas del convento que custodiaban algunos fornidos almogávares. Al punto mismo que el sol asomaba su rojiza frente por cima de las cumbres de Mongarvi, salía de Viella una lucida cabalgata. Componíanla el emperador D. Alonso I, que llevaba á su derecha á Pedro de Aznava, lugar teniente del rey de Mallorca y á su izquierda al prior del Valle. Seguían en la comitiva, la universidad, pro-hombres y hombres del país de Arán y cerraban la marcha cien caballos cubiertos de hierro hasta los dientes y algunas cohortes de ballesteros. El abad y los monges salieron á recibir al emperador con las preces de costumbre, y terminadas estas don Alonso subió al tablado seguido de Pedro de Aznava y los pro-hombres del Valle, y allí después de una breve deliberación otorgó varias ordenanzas que más tarde dieron origen á los fueros y franquicias del pueblo aranés.

Te he descrito minuciosamente la ceremonia, tanto porque este hecho histórico es poco conocido, como porque, vana empresa sería disimulártelo, miro con gran cariño todas las tradiciones que se refieren á nuestras antiguas franquicias y libertades, y en ellas veo el germen que al calor de la civilización moderna debe producir andando el tiempo nuestra definitiva constitución política. Nuestro presente es tan triste que solo podemos hallar alivio con el recuerdo de nuestro glorioso pasado ó con la esperanza de un porvenir mejor.

Enfrente de la ermita hay un extraño monumento; consiste en un monolito de dos metros y medio de elevación. Los anticuarios hánse dado de calabazadas para averiguar

su origen y procedencia, y despues de discutir hasta enronquecer, nos hemos quedado como al principio, lo cual sea dicho entre paréntesis, prueba incontestablemente, que de la discusion brota la luz. Los pre-históricos han llamado á este monolito monumento megalítico; esta palabrilla griega quiere decir que pertenece á la época de las grandes piedras, cosa que sin la sazónada y profunda erudicion de la escuela pre-histórica nadie sabia. Hay anticuarios que atribuyen este monumento á los Iberos, quien dice que lo erigieron los Celtas, quien opina que lo levantó Pompeyo, y yo por último, reservándome mi parecer por que no me creo con fuerzas para terciar en tan sábio debate, me limito á consignar que antiguas tradiciones aseguran que era un altar consagrado en remotísimas edades al dios del Valle.

Tiempo es ya, amigo mio, que siga mi camino: al pastrote que permitian nuestros rocinantes, pasamos por Auber, aldea pintoresca situada sobre la orilla derecha del Garona, y á las dos horas de marcha divisamos las Bordas. Nada de notable ofrece este pueblo, pero á una media legua de él y sobre un collado que domina la confluencia del Garona con el rio del Judio, el viagero admira las ruinas de Castell-Leon, antigua residencia de los señores feudales del Valle que fué destruida en 1719 por los franceses durante la guerra de sucesion.

Pasado Castell-Leon dejamos la carretera, ascendiendo por un áspero sendero que en tortuoso zic-zac conduce al Portillon. Mil veces estuvistes, querido Antonio, á pique de verte privado de tu amigo; te aseguro que en mas de una ocasion creí rodar por los flancos de la montaña. Con frecuencia nuestras caballerias permanecian vacilando sin saber donde sentar sus herrados cascos, que resbalaban con siniestro ruido sobre el duro granito del sendero; pero al fin despues de los sustos y fatigas consiguientes, y de haber tenido necesidad de desmontar en los pasos mas difíciles con grave detrimento de mis zapatos y lo que es peor de mis piés, llegamos á la cumbre y limpiando el sudor que bañaba nuestra frente dirijimos una ojeada al paysage. A nuestras plantas se extendia el Valle en toda su extension,

desde la estrecha garganta del Puente del Rey hasta Viella; hácia la derecha contemplábamos á Bossott; mas lejos sobre la misma ribera levanta Lés sus techos de pizarra, y en último término admirábamos á Canejan suspendido como una cabra entre los brazos de la montaña. Este cuadro que una sola mirada abarca, tiene cierto sello de melancolia y grandeza que la pluma no acierta á describir; esto se vé, se admira, se siente, pero no se pinta.

Picamos nuestros cansados jamelgos que se habian portado mejor de lo que su ruin traza prometiera y dimos nuestra despedida al verde Valle, al fresco Garona, á los espesos bosques y á las altas montañas. Afortunadamente todas las dificultades estaban vencidas, por que gracias á nuestros vecinos los franceses, el empinado sendero se convierte al llegar á aquella altura en cómoda carretera.

Un especulador de que no sé que parte, ha establecido aquí un casino á donde acuden en pos de las emociones los aficionados á la ruleta. ¿No te parece una singular idea la de elevar un templo al dios del juego, que debe ser el dios mas ruin de todo el Olimpo; en la cumbre de una montaña? Verdad que si; pero suprimo los comentarios á que este hecho se presta reservándomelos para otra carta donde con mas espacio y en ocasion mas oportuna te diré lo que pienso sobre esas inmundas sentinas construidas en las montañas españolas por desvergonzados especuladores que indignamente trafican con la humana miseria al abrigo de nuestra nacionalidad.

Excuso decirte que pasé de largo haciendo no una sino mil cruces al casino del Portillon, pero hube de detenerme en frente ante la caseta de los carabineros carlistas que boina en mano exigieron dos cuartos por cada uno de nosotros como precio del peage.

Cuando llegamos al límite divisorio entre España y Francia bajamos de nuestras cabalgaduras que se encargó de conducir á Artiers un pescador que á la sazón encontramos, y seguimos nuestra marcha á pié.

Pasada la línea, á la izquierda de la carretera hay un grupo formado por cuatro árboles que gozan en el pais

de cierta celebridad. No creas que deben su fama á haber cobijado bajo su espeso ramage á algun legendario héroe, ni tampoco recuerdan al transeunte el suicidio de un poderoso baron; ni las tristes hazañas de una cuadrilla de bandoleros. Su celebridad no tiene nada de trágica.

En nuestro pais cuando un hombre se tropieza con una muger, le declara su amor y se une á ella omitiendo las bendiciones del cura y las solemnidades legales del matrimonio civil; los murmuradores dicen: Fulano y Fulanita se han casado..... por detras de la Iglesia; y en esta tierra cuando una pareja amorosa se une siguiendo las doctrinas de la ciudadana Guillermina, construye su lecho nupcial bajo estos árboles y los maliciosos; que en todos los paises se ocupan de lo que no les importa, dicen: *«Ils sont mariés sous les sapins du Portillon.»*

En todas partes, amigo mio, los hombres y las mugeres son dignos descendientes de Adan y Eva; pero sea dicho en honra de nuestras costumbres, no tenemos por aquí árboles de tan erótica fama. A la verdad el pueblo francés es un pueblo afeminado y corrompido; bien lo demostró en la pasada guerra, donde ya que no pudo vencer debió por lo menos saber morir; pero los pueblos que ven en la vida el goce y la disipacion nunca se resuelven al sacrificio.

Comenzamos á descender por la carretera que atravesando el Valle de Burbe conduce á Bagneres de Luchon, y como á la mitad del descenso contemplamos la Cascadasidonia, humilde caída de agua que se asemeja á una cinta de gasa agitada por el céfiro. No hace muchos dias ocurrió á una bella bañista una aventura en este sitio que puso en gran riesgo una existencia que constituia el encanto de multitud de entusiastas adoradores. La señorita N..... salió al amanecer de Bagneres de Luchon montada en un brioso caballo y completamente sola. La crónica escandalosa cuenta que acudia á una cita que habia dado al conde de.... Séase ello lo que quiera, el caso es que se detuvo al llegar á la Cascadasidonia y empezó á entretener el fastidio de la espera contemplando el arroyo que saltando de piedra en pie-

dra concluye por precipitarse desde una altura de unos veinte y cinco piés de elevacion. No sé si te he dicho que la cascada está á la derecha de la carretera; ésta termina por la parte de la izquierda en un despeñadero. La amazona ó distraida por el espectáculo ó absorta en el recuerdo de su amante no advirtió que su caballo retrocedia, y como quiera que por aquel sitio ningun parapeto defiende los bordes del camino, el caballo y la que lo montaba desaparecieron en el abismo. Antonio, no lo dudes, hay un dios que protege á los borrachos y á los enamorados, y ese dios jugueton tendió su mano protectora sobre la señorita N..... Verás como: á la distancia de dos metros del borde del precipicio hay una roca que forma una especie de planicie, y mientras el caballo procuraba sostenerse en ella y concluia por rodar y hacerse pedazos, la amazona por un desesperado esfuerzo se desembarazó de su montura y se cogió á las ramas de un arbusto con la energia del que vé en tan débil apoyo el áncora de su salvacion. Pronto sus blancas manos se cubrieron de sangre, inútilmente procuraba encontrar un punto de apoyo para sus pies, sus multiplicados esfuerzos no producian otro resultado mas que el de debilitar sus escasas fuerzas; próxima estaba ya á perecer cuando el conde de.... llega al sitio de la cita, percibe lleno de terror el peligro de su amada y tendiéndole la mano consigue arrancarla por decirlo asi de los brazos de la muerte.

Lo que pasó despues no lo cuenta la crónica; solo puedo decirte que nosotros no corriamos el peligro de que nuestras monturas nos despeñasen y arrepentidos de todo corazon de haberlas dejado nos lamentabamos en todos los tonos imaginables de lo pendiente del descenso, del polvo de la carretera y de lo largo de la jornada, arrojando miradas de envidia á las amazonas y ginetes que á trote largo se dirigian al Portillon ó á los que en elegantes y cómodos carruages descendian á Bagneres; pero como todo tiene fin en este mundo, al cabo distinguimos á lo lejos las torres de la Iglesia de Luchon, la estacion del ferro-carril y el elegante edificio de las Termas. A la hora en que el sol

se oculta tras los picos de la Maladecta, entré en Bagneres, hospedándome en el Hotel de Paris. En él quedo esperando noticias tuyas y deseándote todas las prosperidades imaginables.

JOSÉ ESPAÑA LLEDÓ.

NADA.

A MI AMIGO EL SEÑOR DON MANUEL M. PALOMO.

Querido Manuel: en uno de los primeros números de la REVISTA DE ANDALUCIA leí con fruicion un precioso artículo tuyo, en el que sobre el tema que encabeza estas líneas, con suma facilidad y estilo adecuado á hacer interesantes y atractivas ideas por demas áridas y abstrusas, propones problemas, explanas teorías filosóficas y te entretienes en consideraciones, encaminados unos y otras á demostrar la miseria de cuanto nos rodea, la pequeñez y nada de nuestra pobre inteligencia, la flaqueza de nuestra debil voluntad, nacidas todas de la contingencia y limitacion propias del ser criado; para deducir de ellas rica enseñanza de humillacion, única que puede engrandecer al hombre, acercándolo por la verdad de su propio conocimiento á la Verdad eterna, necesaria é inmutable; y para combatir esos sistemas filosóficos, partos de la orgullosa razon, que se ha creído bastante poderosa á resolver y explicar por sí sola, prescindiendo de la fé, cuanto se relaciona con Dios y el mundo, cayendo ¡pobre Icaro! en la mas absoluta negacion de uno y otro.

Nada mas filosóficamente cristiano, segun mi pobre criterio, que ese trabajo tuyo. No hubiera visto con extrañeza que partidarios de los sistemas que combates, hubiesen enrado en liza á defender sus mal paradas doctrinas; pero lo

que, aun despues de visto se me hace difícil de comprender, es que á nombre de la misma verdad que defiendes, se haya creído un jóven filósofo, que no ha podido *acallar la voz de su conciencia ni contener los impulsos de su razon*, en el deber ineludible de combatir los errores y heregias que, en medio de *difusas premisas é ilógicas consecuencias*, plagan tu escrito, apesar de conocer la dificultad de *sostener una afirmacion, en frente de una negacion autorizada por el nombre de un hombre tan ilustre como tú*. A llenar tan noble tarea piensa dedicar una série de artículos, cuya muestra nos dá en el número 4.º de la misma REVISTA, y sobre el que voy á exponerte algunas ligeras consideraciones.

Prescindo del extraño maridage que forman lo de *ilustre autor* y lo de *difusas premisas é ilógicas consecuencias*. Prescindo de que hubiera sido muy conveniente señalar estas últimas, siquiera fuese para economizar trabajo á los pobres de ingenio, que como yo no las encuentran, apesar de que estando en el secreto de su existencia, las han buscado minuciosamente; y voy á entrar, si puedo y si lo encuentro, en el fondo del artículo en cuestion.

Preséntate su autor como hombre que claudica en materias dogmáticas, negando la verdad de la creacion al negar la realidad del mundo objetivo, viniendo á caer por ende, en los delirios del mas caracterizado panteísmo. Semejante aseveracion, lanzada con tanta ligereza como ningun fundamento, ha debido lastimarte hondamente y herir las mas delicadas fibras de tus sólidas creencias. ¡Qué confusion de ideas! Te estienes en consideraciones para demostrar que la razon humana por sí sola no puede explicarse el mundo externo, porque no tiene conciencia mas que de sus propias sensaciones y no puede estar segura de que á ellas corresponda algo real fuera de sí, sin el auxilio poderoso de la fé que le enseña que Dios infinitamente veraz no ha de permitir viva el hombre sugeto á ilusion perpétua, á perdurable engaño; deduces de la enseñanza de la razon y de la fé aunadas que á esa *cor-teza de fenómenos sensibles corresponde una realidad*; y se

atreve, apesar de esto, el articulista á afirmar que defiendes la *existencia de la nada* ¡monstruosidad de dicción! y que niegas la verdad del mundo objetivo! Como se ha atrevido á presentarte partidario de la escuela panteista, aun cuando no habrá dejado de leer en el párrafo cuarto de tu artículo las siguientes palabras: *El mundo es finito, el mundo no es Dios: el error panteista no está destinado por su propia monstruosidad á hacer prosélitos.*

Con esta brevísima exposicion, mas bien dicho, copia de tu escrito, creo queda suficientemente probada la inexplicable ligereza con que el autor del artículo en cuestion se ocupa del tuyo y lo gratuito de sus afirmaciones. Ha visto en él lo que no hay y en tal concepto su trabajo será todo lo que quiera, menos una refutacion del tuyo; pues su propósito, á lo que entiendo, es demostrar la verdad y realidad del mundo objetivo, que tú no has negado. Este supuesto, casi considero concluida la mision, que con sobra de amistad aunque con falta de medios para llenarla cumplidamente, me impuse al leer su escrito, y paréceme tambien que el articulista confesará gustoso no mereces el estigma de heregia con que amenazaba marcarte en su inmoderado y poco caritativo fervor.

Sin embargo ya que estoy, como suele decirse, con las manos en la masa, no quiero dejar la pluma sin hacer una ligera excursion en su trabajo.

Despues de la pequeña y no muy exacta, como dejo probado, exposicion de tu artículo y de las frases benévolas que te consagra, un poco desvirtuadas por los calificativos que emplea para apreciar tus razonamientos, entra en materia estableciendo que la *nada no existe*. Paréceme que afirmacion tan trivial no merece los honores de ser impresa con letra bastardilla, como para llamar la atencion sobre ella. A nadie ha podido ocurrírsele que la nada exista, pues las ideas de existencia y de nada se repelen. Sin embargo, ¡flagrante contradiccion! en el mismo párrafo admite el articulista la existencia de la nada; dice que Dios para la creacion *transformó el caos* y como *transformar* es modificar, variar la forma, persistiendo la sustancia, resulta de esas

tres palabrejas que la nada era una sustancia que Dios modificó: en otros términos, que Dios no ha hecho verdadera creacion y que la nada ha existido como sustancia. ¡Error y heregia! No tema sin embargo el articulista que lo califique de herege. Conozco que todo ello es cuestion de un vocablo mal usado, y solo me atreveria á aconsejarle, si tuviera títulos para ser oido, que cuando hable semi *ex-cátedra* pese bien el valor de las palabras con que defina.

Entra luego en una série de sabrosísimas consideraciones sobre *sustancia, subsistencia, exclusion de inherencia* etc., etc. y con ellas elucubra una demostracion, segun dice, de la realidad de la sustancia creada; pero como tú no has negado esa realidad, sus demostraciones, que deben tener un mérito intrínseco indisputable, carecen del de ser oportunas. Cree el autor tambien haber probado á saciedad la existencia del *tiempo* y del *espacio*. Oye sus palabras: *si la razon no puede averiguar el todo, al averiguar la parte dá testimonio magnífico de que existe algo, de que hay seres reales, de que hay mundo, de que existe el espacio, de que el tiempo es una realidad.* ¡Lástima grande que al dejarnos vislumbrar esa alta novedad filosófica no se haya tomado el trabajo de explicarnos lo que entiende por uno y otro! Supongo que tanto el *espacio* como el *tiempo* que *existen* y son *una realidad* habrán sido creados, y en tal hipótesis, casi no me explico el olvido de Moisés al no ocuparse de esa creacion en su Génesis. Supongo tambien que serán sustancias y que tendrán sus modos de ser ó formas que los determinen. ¡Lo que se aprende, mi querido Manuel, bebiendo en buenas fuentes! Yo que habia creido siempre que el espacio no existia; yo que casi veia confirmada mi creencia en la Escritura cuando dice del impio que perece *non est inventus locus ejus*; yo que siempre habia tenido por verdad inconcusa que el tiempo era el tránsito del *ser* al no *ser* sustancial ó modal, y que por consiguiente fuera de las cosas criadas no existia tampoco, me encuentro de repente con esas dos entidades, de las que con franqueza confieso no sé lo que hacer, pero que sin duda me han de servir mucho, ahora que conozco su rea-

lidad. Por de pronto se ha despertado en mí tal comazon de verlas, que daría cuanto poseo, no comprometiéndome gran cosa esta oferta, por examinar con todo escrúpulo unos pedacitos por diminutos que fuesen de ambas sustancias.

Qué inagotable es la fecunda mente del articulista! Apenas concluida la demostracion de la existencia del tiempo y del espacio, y como si nada hubiera hecho, pasa en seguida á darnos una receta eficaz para conocer la esencia de las cosas. ¡Confúndete, amigo mio, y arrástrame contigo en tu confusion, pues que contigo estoy á confesar mi impotencia para llegar á ese conocimiento, propio solo del Ser que crea! Escucha y medita; copio sus propias palabras: *Si es una verdad incuestionable que mediante los instrumentos físicos y químicos, es decir, mediante la observacion como pretenden los empiristas, no se puede conocer la esencia de los cuerpos y que tampoco es dado á la mente averiguarla á priori, como se proponen los llamados físicos especulativos que se revuelven en medio de las locuras panteísticas, no por eso he de aceptar el error que se sostiene por el articulista cuando declara es imposible conocer á aquella, toda vez que siendo la Creacion un hecho, una realidad y pudiendo la razon en virtud del método inductivo-deductivo conocer los elementos de ella, la sustancia puede ser apreciada como una realidad positiva que existe en virtud de leyes y sometida al orden de la unidad en la variedad.* ¡Cuál es tu error? El declarar que es imposible conocer la *esencia* de los cuerpos. Esto no lo puede aceptar el articulista, pues tiene para su uso particular el método *inductivo-deductivo*, que sin duda le facilita ese conocimiento. Lo extraño es que él mismo confiesa en el párrafo que precede, que por el método experimental no puede llegarse á tan bello resultado y que tampoco se obtiene éste por el *á priori*. En la fusion de los dos métodos, que aislados no sirven, debe estar la virtud sin duda. *Risum teneatis!* Para proceder con lealtad, debo decirte sin embargo, que en mi juicio, no ha querido demostrar el articulista que podemos llegar al conocimiento de la *esencia* de los cuerpos, sino solo al de su existencia. Pero, aparte

de que esto no es lo negado por tí, su argumentacion va toda encaminada á lo primero. En resúmen: ó no ha dicho lo que ha querido decir ó dice un crasísimo error; y en ambos casos se contradice palpablemente en eso de lo inductivo-deductivo que á la vez sirve y no sirve para un objeto dado.

Al llegar aquí, debo hacerte una confesion que molesta bastante mi amor propio. Lo que sigue de su escrito, por mas vueltas que le he dado, por mas esfuerzos que he hecho por comprenderlo, es para mí ininteligible. Paréceme unas veces que en él tiende el articulista á probar ¡fatal mania de quererlo demostrar todo! que los primeros elementos de los cuerpos no son simples, como sostienen los dinamistas con el fin torcido de negar la extension real; paréceme otras, que quiere probar lo contrario, por no caer en el error de la divisibilidad infinita y *otros escesos*. Pero en honor de la verdad, quizas estas suposiciones mias estén muy lejos de ser exactas y en este punto solo quisiera ver una afirmacion categórica: desearia saber de pluma tan autorizada á qué debamos atenernos en tan grave asunto y si hemos de considerar *inextensos* ó *extensos* los elementos constitutivos de la materia. En esos párrafos, cuya lectura, segun te he dicho tanto ha lastimado mi vanidad al ver el ningun fruto que ha sacado de ellos cuando tanto bueno é instructivo deben contener, encuentro ideas que rabian de verse juntas: *Forma activa* ¿pues qué la actividad, la fuerza puede predicarse de otra cosa que de la sustancia? *Vacio lleno* ¿qué es el *vácio*? ¿es acaso una recipiente donde Dios ha encerrado toda la materia? ¿qué capacidad tiene? No puede ser infinita, porque al afirmar que está lleno afirmaria al par el articulista la infinidad de la materia; no puede ser finita, porque la accion creadora omnipotente estaria limitada por las dimensiones de ese supuesto receptáculo. Si el vacio no es un recipiente ¿qué es? ¿Es la nada? ¿Entonces como afirma de ella que está llena? La nada no está ni llena ni vacia. A que mas? Cállome todavia mucho de lo bueno que encierra el artículo en cuestion. No todo se ha de decir, que la continencia en el hablar es una de las mas recomendadas virtudes.

Te supongo cansado ya de tan larga epístola; no lo estoy yo menos y pongo fin á sus mal perjeñados renglones suplicándote no dejes de continuar dándonos algunos de tus escritos, por temor de que no sean entendidos ó lo sean mal.

Siempre tuyo

F. DE P. CASILARI.

P. S. Acabo de leer en el número 5.º de la REVISTA, el segundo artículo, con motivo del tuyo, y vuelvo á tomar la pluma para comunicarte las impresiones que su lectura me ha causado. Quiera Dios, pueda contenerme en los límites de mi propuesta templanza al ocuparme de esas líneas, en que resalta mas de bulto la impremeditada ligereza, con que el autor de ambos se ocupa de tu trabajo.

Propónese combatir, con muy buenos deseos, sin duda, y con éxito que no juzgo, el *fenomenismo* de Hume; pero no perdiendo de vista ni por un momento, que el tema primordial de su escrito debe ser refutar tu artículo, te hace de una plumada solidario de cuanto ha dicho ese señor, no sin lamentar que *claros talentos como el tuyo caigan á veces en fundamentales contradicciones y se extravíen hasta precipitarse en el báratro horrible de la impiedad*. Sirvele de pretesto para dedicarte tan benévolas frases, la *absurda afirmacion* que encierran tus siguientes palabras: *Comprendo hasta cierto punto el escepticismo que consiste en negar la existencia del mundo real*. Ni, como salta á la vista, hay en ellas una afirmacion sino *hasta cierto punto*; ni la cita está hecha con la lealtad que debe presidir en toda discusion de buena fé, pues viene mutilada y sin completar el pensamiento; ni en éste íntegro, como voy á copiar, hay nada de absurdo. Dices: *Comprendo yo hasta cierto punto el escepticismo que consiste en negar la existencia del mundo real; porque la ciencia no lo explica, no lo puede explicar, no lo explicará probablemente nunca. Lo que no comprendo es que haya escuelas, á manera del cerdo, encenagadas en el materialismo, y de tan obtusa inteligencia y corta mirada que toma la corteza de los fenómenos sensibles como entida-*

des reales, y de esta realidad material hace su torpe Dios y del egoismo y del materialismo su filosofía y su Iglesia. ¿Hay en estas palabras alguna afirmacion de la no existencia del mundo real, que es lo que en ellas vé el articulista? No. Lo que hay es una comparacion de doctrinas filosóficas, erróneas ambas porque ambas prescinden de la revelacion para sus conclusiones, pero de las que indudablemente la primera es menos ofensiva que la segunda á la dignidad humana. ¿Es absurdo afirmar que el materialismo sea error mas grosero, mas indigno del hombre que siente dentro de sí un espíritu que domina á la materia, que el exagerado espiritualismo de los que niegan la realidad de ésta? No, ciertamente. Lo que si no es absurdo, es á lo menos inexplicable, es que haya una persona bastante osada para atreverse á tocar, sin la menor apariencia de razon, sin fundamento alguno, y solo por no entender lo que está escrito y bien escrito, el santo tesoro de las creencias y querer vestir el sambenito de la heregia á quien guarda la fé recibida como la mas rica y preciada de sus joyas.

Exclamas en tu escrito, *¡Oh mundo corpóreo, mundo de las representaciones sensibles que así hechizas y cautivas á las almas superficiales! Cuán ignorantes somos de tus arcanos!* y de esa exclamacion, que tambien mutila al citarla, y de tus afirmaciones: *todos operan sobre los fenómenos, sobre las representaciones que tenemos en el alma; todos están en la corteza de las cosas, todos ignoran su esencia,* parecele al articulista deducirse ó que el hombre es impotente para conocer la existencia de las cosas, ó que los cuerpos son pura ilusion de los sentidos. Pues parecele muy mal. Veamos ante todo, si son fundadas tus aseveraciones. ¿Conocemos los arcanos del mundo corpóreo? No sé si el autor del artículo los conocerá, aunque debe permitirme lo dude; pero, escepcion hecha de él en todo caso, es seguro no habrá un solo sábio en el mundo, que conteste afirmativamente esta pregunta. ¿Podemos operar sobre otra cosa que sobre fenómenos? Indudablemente, no: la sustancia *sub stat*, está debajo, se oculta y no es sobre ella, por consiguiente sobre la que se opera. Sentado que has dicho bien, ¿se de-

duce de tus palabras que no podamos llegar al conocimiento de la existencia de las cosas? De ninguna manera: lo que dices muy terminantemente es que *todos ignoran la esencia de ellas*. ¿Se infiere quizá que niegues la realidad de los cuerpos? Ni un solo vocablo de las citas hechas, puede autorizar semejante suposicion. ¿A qué, pues, hacerte decir lo que no has dicho? ¿A qué atribuirte la paternidad de errores, nacidos de la mala inteligencia de un escrito que por lo castizo, correcto y claro no dá márgen á equivocaciones de concepto? No atreviéndome á suponer que haya tomado pretesto de tu trabajo para publicar el suyo, ni que de mala fé quiera hacerte responsable de doctrinas que no profesas, dejo sin contestar esas preguntas, porque en honor á la verdad no les hallo respuesta satisfactoria.

Como debes figurarte, el trabajo de ir deshaciendo malas interpretaciones es monótono y desconsolador para quien cree que las discusiones deben llevar otro vuelo mas levantado, si han de enseñar algo: asi es que he recorrido muy ligeramente el resto del escrito en cuestion, por ver si encontraba en él algo diferente de lo hasta ahora visto. Desgraciadamente ha salido fallida mi esperanza; el camino por recorrer es exactamente igual al ya andado. Esto supuesto, paréceme innecesario cansarte y cansarme con repeticiones inútiles. En esa ligerísima escursion, he hecho un gran descubrimiento: no todos los seres creados son igualmente contingentes, unos lo son mas que otros, segun afirma en el párrafo quince de su trabajo el articulista. ¿Qué idea tendrá ese señor de lo que es contingencia!

Antes de dejar la pluma voy á darte un consejo y á hacerte una súplica. Has caso omiso del intempestivo ataque bilioso que sufre el autor al citar incompleto un pensamiento tuyo, de que ya me he ocupado, y que le hace exclamar: *Indicacion temeraria que solo debe salir de espiritus débiles, de cerebros enloquecidos y trastornados por repugnantes pasiones, de pechos en que el fuego de la fé se ha extinguido y reina la nieve de la incredulidad*. Semejantes palabras no tienen contestacion: la tuvieron una vez por todas en el Calvario... *dimitte illis, nesciunt quid faciunt*.

Concluía mi carta animándote á publicar nuevos trabajos; sea este voto mio la conclusion de la postdata. No hemos de dejar de hacer lo que creamos bueno, por que el llevarlo á cabo nos ocasione molestias y disgustos.

CASILARI.

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUGER.

Tres escuelas, si así podemos expresarnos, son las que principalmente dominan en cuanto á la educacion de la muger, si bien ni todas han concretado sus principios, ni han sido siempre lógicas en la deduccion de consecuencias. Estas escuelas son: la que pudiéramos llamar oriental, que dominó en casi todos los pueblos de la antigüedad, aun hoy vigente en muchos, que reducía á la muger á la miserable condicion de cosa, privándola, por consiguiente, de toda clase de derechos; la escuela *cristiana*, que elevó á la muger á la condicion de persona, emancipándola del estado de esclavitud, á que por largo tiempo se encontrara reducida, concediéndole algunos derechos civiles y negándole todos los políticos; y por último la escuela *newyorkina*, cuyo principal fundador y propagandista ha sido el célebre Wendell Rhillips, la cual reclama para la muger toda clase de libertades y derechos políticos y civiles.

Esta última escuela ha ganado tanto terreno en algunos paises, especialmente en los Estados-Unidos, que una proposicion de ley, presentada no ha mucho en el Parlamento de Washington, pidiendo la concesion de aquellas libertades y derechos á la muger, fué desechada solo por una insignificante mayoria de votos.

La escuela oriental domina no solo en todos los pueblos

de Oriente sino tambien en cuantos no han recibido aun la luz de la civilizacion moderna. En todos ellos, pero especialmente en los primeros, es la muger esclava. No vive en la ergástula, pero habita el serrallo. Para ella no ha sonado todavia la hora de la redencion. Convertida en instrumento de placer y en objeto de lujo, no tiene otra mision, que la de pulir su cutis con el uso continuo del baño y los perfumes, la de combinar los colores, que mas brillo den á su hermosura, y la de hacer á su dueño las zalame-rias y caricias, que mas fuertes emociones le procuren. Obligada á guardar una fidelidad, que nunca es recíproca, se vé continuamente devorada por la maldita pasion de los celos; nace en el harem y en el harem consume su existencia, sin mas trato que el de las mugeres, que con ella comparten las caricias del señor, sin mas luz y sin mas sol, que el débil rayo, que penetra por la estrechas celosías de sus habitaciones. Las bases sobre que descansa este sistema son: la desconfianza y la barbárie. Los frutos que produce, funestísimos, aun respecto de la fidelidad. En ninguna otra parte se castiga el adulterio con tan terribles penas, puesto que la adúltera es enterrada viva, envuelta en un saco y arrojada al mar, ó bien víctima del martirio lento, que la procura el implacable deseo de venganza del ofendido esposo. Y sin embargo, en ninguna parte tiene la muger tan funesta predisposicion á ese crimen, dejando de cometerlo mas por falta de ocasion propicia, que de torcidos propósitos. Este sistema se halla completamente desautorizado y abolido en todos los pueblos cultos.

Habia, hasta hace poco, algunos partidarios del sistema de la ignorancia. Estos tales consideraban perniciosísimo que la muger supiera leer y escribir, en cuyos conocimientos veian inminente peligro para la honestidad y para la honra de los padres y maridos. Participaba este sistema del sistema de la desconfianza, puesto que creia conveniente para la muger el mayor grado de reclusion posible. Afortunadamente han desaparecido tan funestas preocupaciones, en lo que toca á lectura y escritura, si bien son aun muy fuertes las que hacen referencia al encierro ó aislamiento.

De suerte que, en realidad, solo dos son las escuelas, que influyen mas directamente en la educacion de la muger en el mundo civilizado; la escuela *cristiana* y la *radical* ó *newyorkina*. La primera es una escuela empírica; la segunda es una escuela utópica. Hace falta, por consiguiente, ó ilustrar á la primera con el estudio racional de la muger, ó reducir la segunda al terreno práctico, purgándola de su idealismo y de sus extravagantes exageraciones. Aquella en orden al amor y al matrimonio concede á la muger poca libertad, oponiéndole las infinitas trabas de las costumbres y preocupaciones sociales; otórgale, con relacion á la familia determinados derechos civiles, negándole otros importantísimos, tal como el de la patria potestad, difunto el marido, derecho de que hace poco se veia privada, y que aun hoy se la disputa; no vacilando en negarle toda clase de derechos civiles y políticos. La escuela *newyorkina* defiende la completa libertad y autonomia de la muger, bajo cualquiera de los aspectos que se la considere. Este sistema en orden al amor, al matrimonio, á la familia en cuanto hace referencia á las relaciones individuales y sociales de carácter privado, se halla ya muy en boga, no solo en todos los pueblos de la gran República Norte-americana, sino en otras muchas naciones de aquel continente y en algunos pueblos de Europa, como Alemania é Inglaterra, si bien, no al extremo que en América.

La muger americana es completamente libre para salir, sola ó acompañada, adonde le viniere en gusto; sola recorre todo el vasto territorio de la gran República, visita los cafes, los hoteles, los teatros y sola llega mas de una vez á viajar por el extranjero; ni de soltera se halla bajo la continúa custodia de la madre, ni de casada bajo la terrible inquisicion de los celos del marido; viviendo en todo caso exenta de la murmuracion pública por el mayor ó menor grado de libertad, que use en su vida y costumbres. ¿Qué ventajas ó inconvenientes trae este sistema? Un senador americano contestó á un caballero portugués, que censuraba tales costumbres: «Aunque no fuera sino por una sola consideracion debia servir de modelo en todas partes

el sistema de libertad que hemos adoptado con las mugeres. Por medio de ese sistema, hemos suprimido, en cuanto es posible, una de las pasiones que hacen mas desgraciado al hombre; los celos.» La razon no es concluyente, pero revela profundo conocimiento del corazon humano. Ya hace algunos siglos que un escritor ilustre, S. Gerónimo, en su epístola contra Jovino, decia: «¿De qué aprovecha la exquisita vigilancia, siendo así, que no puede guardarse á la muger impúdica y la honesta no debe ser guardada?» En esta sentencia hubiera hallado el caballero lusitano una razon mas convincente.

Lo cierto es, que ni se comprende, ni se justifica el recelo y la desconfianza con que suele mirarse á las mugeres; siendo sobremanera absurdo que pongamos su castidad, antes en nuestros cuidados, que en su propia virtud. Una educacion moral firmísima, el conocimiento claro del deber, el temple dado á la fantasia con la prudente exposicion de la realidad, que ponga freno á esa febril exaltacion de las pasiones, engendrada por las reticencias y por el misterio, que rodean siempre á la muger, contrastando con las íntimas revelaciones de su naturaleza; tales son los mejores guardianes de la honra: que nó los indiscretos cuidados, los enojosos celos, los fuertes cerrojos ó las estrechas celosias. La muger ha nacido para vivir en la familia, mas no para vivir en la clausura. La muger ha nacido para amar al hombre y educar á sus hijos; pero ni aquel amor, ni esta educacion suponen completo aislamiento de las relaciones sociales, ó la necesidad de imponerla en esta materia otras cortapisas, que las que su propio honor y su propia virtud la impongan.

Ahora bien. ¿Debe acudir á los parlamentos á tomar parte en las árduas cuestiones de la gobernacion del Estado? ¿Podrá vestir la toga del jurisconsulto y defender pleitos ante los tribunales? ¿Abandonará la paz de la familia para entrometerse en las encarnizadas luchas de los comicios? ¿Dejará la aguja por empuñar la espada como Tennie C. Claffin, no ha mucho nombrada coronela del regimiento 76 de negros en los Estados-Unidos? ¿Se lanzará á la tribuna pública en ca-

lles y plazas, como otra Victoria Woodhull? ¿Pretenderá, nueva Hipatia, sondar los arcanos de la razon y del ser, perdiéndose en las profundas abstracciones de lo trascendental y lo inmanente? Examinemos, siquier sea á la ligera, las facultades de la muger, sus aptitudes y la mision que le está confiada en la vida.

Segun la tradicion genesiaca, viendo Dios á Adam solo en el Paraíso, exclamó: «No es bueno que esté el hombre solo; démosle una compañera (*adjutorium*) semejante á él.» De esta expresion puede inferirse que la muger se halla dotada de las mismas facultades que el hombre, puesto que fué hecha á su semejanza. Y así es en verdad; pero una cosa es que tenga las mismas facultades (en número) y otra que las posea en el mismo grado. Indudablemente las mugeres disfrutan de las tres facultades del alma; el pensar, el sentir y el querer. Pero tambien las disfrutan todos los hombres, lo cual no arguye en ellos identidad de aptitudes. ¿Por qué no se han de encontrar las mugeres en este caso? Proudhon ha demostrado, y en nuestro sentir, con razones bastante poderosas, que la muger es inferior (en grado) al hombre en facultades. Pero séalo ó no lo sea, que tanto vale para nuestro objeto, pues que de la igualdad de facultades, no se infiere lógicamente la igualdad de misiones, es indudable que la que incumbe á la muger en la vida, es muy otra de la que al hombre está por el Omnipotente señalada, y siendo diversa la mision tambien deben serlo las aptitudes indispensables para cumplirla.

Resaltan á primera vista las diferencias que existen en el organismo físico del hombre y de la muger. No está el hombre formado para llevar nueve meses en las entrañas al fruto de sus amores, ni para alimentarlo con la esencia de su propia vida. Y esta observacion, por vulgar que parezca, hace muy al caso; que ella patentiza cómo no puede ser la misma la educacion, habiendo de ser tan diversas las ocupaciones. Tan absurdo como seria empeñarse en dar lecciones de álgebra superior y geometría analítica á quien hubiera de dedicarse al cultivo de las coles, ó á la guarda de los bueyes, por mas que fuese capaz de comprenderlas,

así es soberanamente ridículo afirmar, que puede entregarse la muger á otras empresas y á otros estudios, aun mas árduos y difíciles, sin desatender por esto los cuidados, que ha querido imponerle la naturaleza. No son mas difíciles el estudio del derecho, ni los problemas de las matemáticas, ni los principios de la metafísica, que la educacion de los niños, que han de ser mas tarde ciudadanos. Así debia comprenderlo Napoleon el Grande, cuando sentaba como la primera máxima de buen gobierno, la comprendida en esta magnífica frase: «*Educad á las mugeres para madres.*» El mas elevado poeta, el orador mas elocuente, el más consumado hacendista, el primero entre los hombres de estado, con toda su habilidad y con toda su ciencia no podrá educar á un niño como lo educa su madre; y siendo la obra de ésta no menos grande que la de aquellos, no se comprende cómo hay quien pretenda que abandone esta ocupacion, para la cual tan excelentes aptitudes tiene, por dedicarse á otras, en las cuales es dudoso, por lo menos, si obtendria algunos resultados. La muger se inclina á la vida sedentaria, á la cual la lleva hasta la misma configuracion de su cuerpo. Desde la niñez descubre felices disposiciones y singular aficion á determinada clase de trabajos de grande utilidad, para cuyo perfeccionamiento se requiere no poca aplicacion y constancia. El hombre, en cambio, desde niño, muestra invencible aversion á esas mismas ocupaciones. De suerte que, ó se ha de incurrir en el despropósito de dedicar al hombre á trabajos, para los que ninguna aptitud descubre, ó esos trabajos, ya que son de primera necesidad en la vida, han de ser encomendados á las mugeres, que con tanto gusto y con tanta perfeccion los hacen.

La muger, por la belleza de su rostro, por la delicadeza de sus formas, por la ternura de sus sentimientos, por la armonia inefable de su voz y hasta por la facilidad con que se humedece su pupila, muestra bien claramente, estar solo formada para el amor; así la union con el hombre en matrimonio constituye su mas perfecto estado en la vida, en el cual halla la felicidad mas grande, propendiendo á él, por lo tanto, casi fatal é irresistiblemente. Sacerdotisa del hogar

halla inagotables placeres en la ventura que proporciona á su esposo, en las penas que le alivia, en los dolores que con él comparte, en las caricias que hace á sus pequeñuelos y en las que de ellos recibe, en las lágrimas que enjuga y en la paz y tranquilidad, que por do quier la cercan. No hay tempestad del alma, que no se estrelle contra la roca de su dulzura; desesperacion, que no calme con una palabra de consuelo; injuria, que no halle el perdon en sus lábios; ofensa que provoque su pecho á la venganza; secreto padecimiento, que no sorprenda; cuidado, en fin, que escape á los seres queridos, que la rodean, ó comodidad, que ella se procure. ¿Y no es esta bastante mision en la vida si ha de ser bien acabada?

Pero demos que debiera concederse á la muger toda clase de derechos civiles y políticos. Es bien lógico, que se le impusiera al mismo tiempo todos los deberes de la ciudadania. ¿Y á quién se ocurre la formacion de batallones de mugeres, que fueran á derramar su sangre por la pátria en el fragor de los combates? ¿Quién podria verlas sufrir ¡ellas tan delicadas! el hambre, el frio, la sed y toda clase de molestia en los campamentos? ¿Quién, por fin, las mandaria á dominar en poderosas naves la sublime cólera del oceano?

Concretando: la mision de la muger debe cumplirse dentro de la familia, y como la condicion primera de una buena educacion es que se encamine directamente á cultivar y desarrollar en el educado las aptitudes necesarias para la consecucion del fin, que se propone ó le ha sido impuesto, lógicamente se infiere, que la educacion de la muger ha de abarcar todo y solo lo necesario para el cumplimiento de sus obligaciones como esposa y como madre.

No supone esto tan poco, que no exija constante aplicacion en todo el periodo que media, desde que la niña tiene seis años, hasta que la muger cumple los veinte, á cuya edad suele constituirse en matrimonio. Ni es muy difícil determinar las materias, que ha de comprender esa educacion. Debe procurarse el desarrollo armónico de todas

las aptitudes, así físicas como intelectuales, morales y estéticas; que en esa armonía consiste principalmente lo que se llama buena educacion; siendo tan peligroso el desequilibrio, que rara vez deja de producir funestos resultados. Bajo el aspecto físico se la debe procurar cuanto tienda á dotarla de una complexion sana y robusta. Bajo el punto de vista intelectual cuanto pueda facilitarla el conocimiento de su mision y de su estado, de sus obligaciones y derechos y todo aquello que mas inmediatamente se relacione con las ocupaciones domésticas; puede comprender desde los elementos de la aritmética hasta los principios mas generales de la física; desde el arte culinario, hasta las nociones generales de geografia é historia. Bajo el aspecto moral es necesario proporcionarlas, algunos conocimientos de ética, á fin de que lleguen á una nocion clara del bien y la virtud, que es lo que teórica y prácticamente han de enseñar á sus hijos. Y por último se han de cultivar sus aptitudes estéticas, dedicándolas mas ó menos tiempo al estudio de las artes conceptivas ó figurativas, como la poesia, la música, la pintura y sobre todo en esta última á la parte de dibujo, que tanto se relaciona con las mas primorosas labores del sexo femenino.

Quisiéramos tratar esta materia con mas detenimiento, pero nos lo impide la índole de este trabajo. Lo dicho basta para nuestro objeto.

S. LOPEZ-MORENO.

SAN PEDRO ABANTO.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

«.....Y basta de consideraciones sobre la guerra y sobre la desgracia del 25.»

«No quiero, amigo Antonio, afligir tu ánimo contándote mas desdichas; que harto apesadumbrado te supongo al ver los peligros que corre la libertad, y los dias de prueba por que está pasando nuestro desventurado pais.»

«Un triste acontecimiento me ha proporcionado ocasion para facilitarte algunos de los apuntes que me pedias en tu última carta, que recibí en las alturas de Somorrostro, antes de emprenderse el movimiento de avance. En ella me manifestabas tu propósito de escribir algunos episodios de esta campaña, para publicarlos despues coleccionados en un libro que sirva de remordimiento y enseñanza á los que sostienen esta guerra cruel, poniendo de manifiesto las horribles escenas á que dan lugar las funestas y apasionadas contiendas civiles. Pues bien: ahí llevas esos borrones para qué hagas el primero de tus episodios: arrégloslos como Dios te dé á entender; pero ten en cuenta que lo escrito no es fábula inventada para dar pretexto á tu trabajo, sino uno de los muchos dramas que aquí se desenvuelven diariamente.»

«Deseo el mas lisongero éxito á tu empresa; y me despido

hasta otra, rogándote que no te olvides de este pobre médico, que pasa horas muy negras asistiendo á los infelices que llegan á este improvisado hospital.»

Así termina la carta que acabo de recibir, escrita por uno de mis mas antiguos y queridos amigos, el cual pertenece al digno cuerpo de sanidad militar, y es uno de los médicos que despues de la retirada de Abanto acompañaron á los heridos que se encuentran actualmente en los diferentes hospitales de sangre establecidos en Castro-Urdiales, gracias á la caridad de aquellos habitantes, que con ese obgeto han cedido las principales casas del pueblo.

No estuve desacertado al pretender buscar interesante asunto para mi trabajo en los trascendentales acontecimientos que se desenvuelven en el Norte; y ¡haga el cielo que el tristísimo episodio que mi amigo me cuenta—y que voy á trasladar á las cuartillas con la misma sencillez y con el mismo agradable desaliño que están hechos los apuntes—sirva para templar el encono del hermano que lucha con el hermano y del padre que descarga su fusil sobre el pecho del propio hijo!

¡Quiera el cielo que las elocuentes enseñanzas de las horribles escenas que el libro y el periódico publiquen con ocasion de la lucha fratricida que cada dia toma mas alarmante vuelo, toquen al corazon y á la conciencia de los que, en el último tercio del siglo décimonono, siendo honrados y siendo españoles, se despedazan en nuestros valles y montañas cual si fueran manadas de sanguinarias bestias!

Hé aquí el desgarrador episodio á que se refieren los apuntes que acabo de recibir.

I.

Grandes pruebas están dando Madrid y las provincias de que los españoles no son indiferentes á los sacrificios y penalidades que heroicamente soportan nuestros soldados en el Norte y en los demas puntos donde el absolutismo levanta su negro y odioso estandarte; pero donde la caridad brilla en toda su santa sublimidad y donde se revela toda

la ternura que guardan para los que sufren los corazones de nuestros compatriotas, es en los pueblos mas próximos á los lugares en que se libran las acciones, cuyos habitantes son los que prestan los primeros auxilios á los heridos, los que ceden sus casas, sus lechos y sus ropas para los enfermos, los que entierran los cadáveres, los que primero victorean á los vencedores, los primeros que lloran con los vencidos.

Desde la funesta jornada del 25 de febrero ¡qué grandes egemplos de caridad están dando á España los honrados y humildes vecinos de Castro-Urdiales!

El pueblo entero se ha consagrado á la asistencia de los heridos, y todas las puertas se han abierto con cariño para recibir á los pobres soldados, cediéndose los edificios que tenian mejores condiciones para establecer hospitales. En una de esas casas va á tener lugar la escena conmovedora que nos proponemos escribir, y á ella vamos con nuestros lectores.

Está amaneciendo el tercer dia del mes de marzo de 1874. El sol naciente hiere con sus primeros rayos los opacos cristales de las ventanas que dan luz á la espaciosa habitacion donde nos encontramos, en la cual reina profundo silencio, interrumpido solo por los ecos lejanos de la campana que llama á la primera misa y por el acompasado ruido de las olas que se rompen en las piedras de la próxima costa.

Aunque son varias las camas que están cuidadosamente preparadas á lo largo del salon, no hay mas que un solo herido en este departamento. Arropado en el largo capote que usan los soldados de infanteria, con un pañuelo de yerbas atado á la cabeza y con las piernas envueltas en su manta de campaña, está recostado en un antiguo sillón convenientemente preparado con almohadas, un jóven que representa de veinte á veintidos años, con la barba algo crecida, y el demacrado rostro curtido por el sol y por el frio viento de las sierras. El aspecto del enfermo es hermoso y simpático, revelando una gran virilidad apesar de lo caído que se encuentra por la mucha

sangre que perdió al ser herido en la retirada de Abanto, y por la fiebre que, cada vez de peor carácter, tiene desesperados y en gran inquietud á los médicos.

Apoyándose en el respaldo de la cama del enfermo, con las manos cruzadas y los ojos puestos en una gran estampa de la Virgen del Carmen, que está colgada casi á la altura de sus labios, se encuentra una jóven, de hermosura delicada y simpática, elevando al cielo silenciosamente una sentida y fervorosa oracion.

El soldado se llama Pablo Rodriguez, servia en el valiente regimiento de Cantabria, su compañía se distinguió mucho en el ataque de Mantres, siendo casi destrozada por los batallones navarros, y él fué uno de los primeros heridos que llegaron á Castro, con el pecho pasado de un balazo y con un brazo roto, pues despues de caido en tierra fué magullado por uno de los enormes peñascos que los carlistas rodaban desde la cumbre de la altísima montaña.

La jóven se llama Dolores; aun no habrá cumplido los diez y siete años; lleva el modesto y gracioso traje que visten las pescadoras de la bravía costa cantábrica; no tiene familia, y se ha criado en el pueblo de Santoña, recogida en la casa de la madre de Pablo, queriendo á éste mientras fué niña como á un hermano, y amándole despues con la vehemente pasion que, cual ningunas otras mugeres, saben sentir las hijas de aquellas escarpadas rocas.

Pablo, que correspondia en sus amores á la virtuosa huérfana, al tocarle la suerte de soldado se despidió de su madre, encargándola que velase cuidadosamente por la que habia de ser su esposa al volver de la guerra.

II.

Dos años de miseria y de angustia habian pasado aquellas desvalidas mugeres desde la partida de Pablo, que era su único apoyo. En su ausencia, Dolores trabajaba constantemente, llenando el lugar de su novio, y devolviendo á su madre adoptiva el cariño y los cuidados que le habia merecido en otros mas venturosos tiempos.

A ser mas previsoras nuestras leyes, ó mas concienzudos los encargados de entenderlas, Pablo no hubiera sido soldado, pues su madre debia ser considerada como viuda, toda vez que su marido faltaba hacia muchos años del pais, ignorándose su paradero, y siendo notorio que solamente por el trabajo del honrado mozo libraba su existencia aquella delicada y enfermiza anciana.

Dolores y la madre de Pablo supieron por la última carta de éste, que su regimiento se hallaba en Somorrostro, y que de una hora á otra recibirian la orden de avanzar sobre Bilbao, para hacer que los facciosos levantaran el sitio de la heroica villa; despues, con indecible angustia, se enteraron de la desgracia del 25; y por último, como las malas nuevas corren velozmente, un pescador les contó que habia visto á Pablo muy mal herido, y que lo conducian las ambulancias de la Cruz Roja á uno de los hospitales de sangre establecidos en Castro-Urdiales.

Dolores tuvo fuerzas para resistir tan tremenda noticia; pero la infeliz anciana, quebrantada por los años y por los pesares, cayó sin sentido pudiendo apenas exclamar:

—¡A Castro, Dolores!.... Que nuestro Pablo no muera solo..... Cúdale, y dile que su madre va detrás de tí para volverle la vida con sus besos.....

III.

Dolores cumplió el mandato de su protectora, la cual quedó encomendada á unas generosas vecinas; y trayendo á Pablo el consolador recuerdo de su madre y la esperanza de que pronto vendria á verlo, se instaló á la cabecera del herido, pidiendo al cielo por él y cuidándole con fraternal ternura.

Desde la media noche habia quedado sola velando al enfermo, pues el médico y una piadosa hermana de caridad, que compartia con Dolores el cuidado de Pablo, estaban acomodando en otras habitaciones á los nuevos heridos que habian llegado, entre ellos varios carlistas del atrevido batallon navarro que el dia 1.º fué casi deshecho al pretènder forzar el puente de Somorrostro.

Alguno de estos debian traer á la sala que ocupaba el moribundo soldado de Cantábria, pues Dolores sintió ruido en el próximo pasillo, y besando la imágen ante la cual rezaba, se dirigió á la puerta muy quedito para recomendar silencio á los que venian.

Pocos instantes despues entraba en la habitacion un nuevo enfermo sostenido cariñosamente por dos hermanos de la Cruz Roja, á los cuales dijo el médico que los acompañaba:

—Mucho cuidado, señores. Coloquemos en un extremo del cuarto á este infeliz. Tengo un herido muy grave que quizás no salga del dia: aquel jóven, que hace algunas horas está aletargado por la fiebre y por el sufrimiento.

—¿Dejamos vestido á este desdichado para no fatigarle mas? El viage ha sido muy penoso.

—Le cubriremos por ahora con esta manta. Ya ha tomado abajo un poco de caldo: conviene que le dejemos descansar un rato.

Y los tres se apartaron al fondo de la habitacion. Dolores se retiró discretamente de ellos, y fué á sentarse cerca del sillón que ocupaba su amante.

IV.

El enfermo que acababa de llegar era un hombre como de cincuenta años, alto, flaco, desfigurado el rostro por recientes señales de quemaduras: traia cubiertos los ojos con una ancha venda. Vestia el uniforme que usan los carlistas de la division navarra.

—¿Y han podido ustedes averiguar quién es ese pobre ciego?—preguntó el médico á los que con tan caritativa solicitud lo habian colocado en el lecho.

—No sabemos quien será ese desdichado. Segun nos ha dicho se batió el 25 á las órdenes de Radica, y el dia 1.º llegó ante el puente de Somorrostro, pues formaba en el batallón que temerariamente quiso forzar el paso y que tan cara ha pagado su osadia.

—¿Y tiene alguna herida?

—Ninguna: solo las quemaduras que le ha visto usted en la cara. No sabemos cómo la inflamacion de una poca de pólvora lo ha dejado ciego. Parece que en la desastrosa retirada sus compañeros lo abandonaron, y estuvo algunas horas desmayado entre los muertos, hasta que le recogimos.

—¡Pobre viejo!

—Tambien á nosotros nos ha inspirado mucha compasion, y no nos hemos separado de él desde que le encontramos. Parece un gran carácter, á juzgar por las pocas palabras que nos ha dirigido en el camino. Es uno de esos carlistas ciegamente fanáticos por su causa, y hace diez ó doce años que vive lejos de su familia, sin haberse acogido á ninguna de las amnistias que se han dado, viviendo unas veces en campaña y otras en la emigracion.

—¡Qué funesta pasion política!

—¿Y V. cree que se repondrá pronto?

—Muy pronto; pero quedará ciego.

—¡Pobre hombre! A su cuidado de V. lo dejamos.

—Despues volveremos, y ya estará mas tranquilo. Ahora, si ustedes gustan, bajaremos á ver si han llegado los otros carros. Adios, Dolores; vuelvo inmediatamente. Mucho cuidado con nuestro amigo Pablo.

—Ahora poco á abierto los ojos.

—Pues déle V. la bebida que ya sabe, mientras subo.

Y el activo médico salió detras de los hermanos de la Cruz Roja, diciéndoles al bajar las escaleras:

—¡Pobre muchacho! Está pasado de parte á parte, y solo vivirá algunas horas.

V.

Dolores tomó un vaso y se acercó á Pablo, que hacia algunos momentos estaba contemplándola triste y cariñosamente.

—No te molestes, Lola. ¿A qué me das eso? ¿No sabes que mis heridas son incurables?

—Vamos, no seas aprensivo y no me aflijas, querido

Pablo. Sé docil, y toma lo que el facultativo ha dispuesto. Verás como te mejoras para cuando llegue madre.

—¡Pobrecita vieja! ¡Dios quiera que llegue antes que yo me haya muerto!

Y haciendo un ademán que revelaba su desconfianza en la medicina y la seguridad de que se sentía mortalmente herido, el joven soldado bebió algunas gotas y luego continuó, estrechando las manos de la apesadumbrada Dolores, que se esforzaba por contener sus lágrimas:

—No te apures, Lola de mi alma, y llora cuanto quieras: yo no me impresiono porque llores mi cercana muerte.

—Dices cosas que una no tiene mas remedio que apurarse. Vamos, ámate. Ayer estuvo aquí Perico el barquero y me dijo que madre estaba mejor y disponiéndose á venir: quizás hoy mismo la tendremos á nuestro lado.

—Que la cuides mucho. ¡Yo no volveré mas á nuestras alegres playas de Santoña!

—¡Pablo!...

—¡Y si al menos supiéramos de mi padre! ¿Qué será del pobre viejo? El fanatismo político lo apartó de su hogar y su familia.

—¡Qué infaustas luchas civiles!

—¡Funesta guerra, que coloca al hermano en frente del hermano y que expone el pecho del padre á los tiros del propio hijo! ¡Si supieras cómo tiemblo al disparar mi fusil!... El 25, cuando subia por aquellas breñas con mis camaradas de Cantabria.....

Pablo no pudo seguir, y quedó silencioso y admirado, lo mismo que Dolores, al ver delante de ellos al viejo que poco antes habian colocado en una de las camas inmediatas.

Con el cuerpo encorbado, los brazos extendidos, cortada la respiracion, lleno de mortal ansiedad, el veterano carlista se presentó ante los jóvenes, que fijaron en él sus ojos con extrañeza al oírle preguntar:

—¿Quién habla aquí de Santoña? ¿Qué Pablo es este que está agonizando y cuya voz resuena en mi alma?

VI.

Cuando despues de marcharse los hermanos de la Cruz Roja y el médico, empezó el diálogo entre Dolores y Pablo, el ciego carlista se incorporó en su cama al escuchar las primeras palabras de los jóvenes.

A medida que estos avanzaban en su conversacion, iba despertándose el interés en aquel desdichado viejo. Cuando oyó hablar de Santoña y de una anciana abandonada; cuando escuchó el nombre de Pablo; cuando supo que á pocos pasos de él estaba moribundo un joven soldado de Cantábria herido en la accion de Abanto; cuando oyó las amargas consideraciones que éste hacia sobre el carácter de la guerra civil y sobre la fatalidad que lanza al hermano contra el hermano y al padre contra el hijo, aquel desventurado, fuera de sí, con el rostro descompuesto, saltó de la cama y apoyándose en las paredes y tropezando con los muebles llegó ante el sillón de Pablo, haciendo aquellas extrañas preguntas.

Este y Dolores quedaron mudos, impresionados fuertemente por las palabras y la dramática actitud del viejo; pero él, cruzando las manos suplicante, y con acento que revelaba cuánta era su pena y su ansiedad, dijo:

—¿Qué edad tienes, joven soldado?

—Veintidos años,—contestó Pablo trabajosamente, cada vez mas fatigado por la gravedad de su herida y por lo violento de aquella escena.

—¿Y eres de Santoña?

—Sí.

—Donde vivias con una santa muger abandonada por su esposo.

—Hace diez años que no sabemos de mi padre.

—¿Y tú caistes en el combate del 25!....

—Al pié de las trincheras carlistas, bajo las cerradas descargas de los batallones navarros.

—¡Dios del cielo! ¿Pertenece al regimiento de Cantábria?

—Mi compañía fué una de las que llegaron casi á la cumbre del monte.

—¿Y tu madre.... se llama tu madre Magdalena?....

—Magdalena; y yo Pablo Rodriguez.

—¡Justicia de Dios! ¡Yo hice fuego sobre mi mismo hijo! ¡Tal vez dirigí la bala que le corta la vida! ¡Pablo de mi corazón!

—¡Ay, padre mio!

VII.

¡Cómo describir tan interesante y suprema situación!

Al reflexionar el padre de Pablo que él, desde la meseta de la fortificada montaña, habia sido uno de los que con mas encarnizamiento dispararon á los valientes de Cantabria, rodando sobre las acribilladas compañías enormes pedazos de roca; al recordar los detalles de tan sacrilega matanza, el pobre ciego se mesaba los cabellos con desesperacion, y abrazado á las rodillas de su hijo le aceleraba la muerte con sus frenéticas caricias y con sus lastimeras exclamaciones.

Pablo, al reconocer á su padre hizo un esfuerzo por levantarse para abrazarlo; pero tan estenuado y tan grave se encontraba, que cayó desplomado en el sillón, balbuceando algunas palabras que no se pudieron entender.

Dolores, atribulada, no sabia que hacerse, y conociendo que aquellas grandes emociones mataban á su pobre amante, procuraba calmar al desesperado viejo, y daba voces desde la puerta, pidiendo auxilio para Pablo, cuyo semblante cada vez se descomponia mas, viéndose en él marcadas las señales de su dolorosa agonía.

Poco tardaron en subir algunos hermanos de la Cruz Roja, los médicos y muchas de las personas que estaban en los otros departamentos, quedando todos inmóviles ante el cuadro que se les ofreció á la vista.

—¡Pero, qué es esto?—dijo uno de los médicos.

—Venga V., que Pablo se muere,—repuso Dolores.

—Salvénme ustedes á mi hijo,—exclamaba el ciego dirigiéndose hácia el sitio donde sentia á los médicos, los

cuales contemplaban desalentados la agonía del pobre herido.

—Imposible,—murmuró tristemente uno de los facultativos.

—¡Horrible lucha fratricida que ayudó á sostener mi fanatismo y mi tenacidad! ¡Perdóname, Pablo mio!—gritó el arrepentido partidario de D. Carlos, tirándose á los piés de su moribundo hijo.

Este, levantándose ya con la rigidez de la muerte, haciendo un trabajoso esfuerzo, cogió con ambas manos la cabeza del desdichado ciego como para depositar en sus blancos cabellos el beso de despedida; pero sus fuerzas se agotaron, y sin lograr su cariñoso propósito cayó á plomo para no levantarse mas.

Estaba muerto.

VIII.

Hubo un instante de supremo y religioso silencio.

Dolores, abrazada á la cabeza de Pablo, con la mirada fija en el cuadro de la Virgen, rezaba silenciosa, y sus lágrimas goteaban sobre la pálida frente del cadáver.

El pobre anciano, caído en tierra, estrechaba con ternura las piernas de su hijo; y casi desfallecido apenas se oían sus entrecortados sollozos.

Las hermanas de caridad y los socios de la Cruz Roja rodeaban este interesante grupo: los hombres de pié y profundamente conmovidos; las mugeres arrodilladas, con los ojos levantados al cielo y con las mejillas mojadas por el llanto.

Los médicos y las demás personas que acudieron á los gritos de Dolores, en el fondo, cerrando el cuadro: todos silenciosos y tristes, todos dominados por lo severo y grave de aquel momento.

De repente se oye una voz en el pasillo inmediato que dice:

—¡Ya estoy aquí! ¡Dolores, Pablo! ¿Dónde está el hijo de mis entrañas?

—¡Su madre!—exclama Dolores dirigiéndose á la puerta.

—¡Magdalena!—grita el viejo, alzándose como movido

por un resorte y retrocediendo hasta el extremo de la habitación, temeroso sin duda al ver que se acercaba su abandonada esposa.

El grupo se descompuso y todos se volvieron hacia la puerta, en cuyo umbral apareció la venerable y angustiada figura de Magdalena.

IX.

La madre de Pablo se detuvo sorprendida ante el cuadro que se presentó á sus ojos.

Sus primeras miradas se fijaron en el punto de la sala donde estaba su marido á quien reconoció inmediatamente, exclamando con asombro:

—¡Sebastian!....

Luego volvió anhelante la vista, poniéndola con espanto en el sillón donde, con los brazos colgando y la cabeza caída sobre el pecho, estaba el cadáver de su hijo.

Con esa rapidez con que las ideas siniestras penetran en la imaginación de las madres, la infeliz anciana lo comprendió todo, y loca, tambaleándose, con los brazos abiertos y dando un grito de inexplicable angustia, cayó sobre el inanimado cuerpo de Pablo, cubriéndole de besos y exclamando con voz que partía los corazones:

—¡Muerto! ¡Muerto! ¡Ay, Pablo de mi alma!....

Todos seguían silenciosos, mientras la infeliz desahogaba su pena con sus caricias y sus lamentaciones.

Dolores, que olvidaba su propio infortunio ante la desgracia de los demás, viendo la amargura y los remordimientos que se reflejaban en el rostro y en la actitud del viejo Sebastian, interrumpió el silencio diciendo á su bienhechora:

—Madre... Pablo antes de espirar ha perdonado á su marido de V. El pobre viejo ha sufrido mucho, y está ciego...

—Si, Magdalena; perdóname como Pablo. ¡El fanatismo político me ha hecho derramar mi propia sangre! ¡Maldita sean las contiendas políticas, y maldita la hora en que abandoné la dichosa tranquilidad de mi pueblo!...

Era tan desgarrador, tan triste, tan sincero el arrepen-

timiento de Sebastian, que su muger, demostrando cuán buena y grande era su alma, se volvió hácia él, y tendiéndole con cariño la mano, le dijo conmovida y con acento solemne:

—¡Pablo muerto!... ¡Tú ciego, y Dolores viuda!... ¡La miseria en mi alegre casita de Santoña!... *Esto es la guerra civil.*

—¡Maldita sea la guerra!—gritó el antiguo faccioso.

—¡Maldita sea!—repitieron todos, fijando la vista en el cadáver de Pablo.

Los pobres viejos se abrazaron, y cayeron de rodillas ante su hijo, rompiendo otra vez á llorar desconsoladamente.

ANTONIO LUIS CARRION.

Málaga, marzo, 1874.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

El Sr. Director de este Instituto, D. Eduardo M.^a de Jáuregui, ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de la memoria que leyó el día 1.^o de Octubre en la apertura del curso académico de 1874 á 75, de cuyo acto tuvimos el gusto de ocuparnos en una de nuestras revistas científicas y literarias.

La *Revista Europea* acaba de publicar uno de sus números mas interesantes, el 42 de la coleccion, que contiene lo siguiente: I. Aparatos contra incendios, por D. Gumer-sindo Vicuña, profesor de la Universidad de Madrid.—II. Pinturas de Rubens en España (conclusion), por D. Gregorio Cruzada Villaamil.—III. Historia de la Ciencia, por E. du Bois-Reymond, profesor de la Universidad de Berlin.—IV. La civilizacion en las islas Sandwich, por C. de Varnigny.—V. Sakúntala, drama del poeta indio Kalidasa (acto III) por D. F. García Ayuso.—VI. Crítica literaria, por don Luis Alfonso.—VII. La expedicion mejicana para observar el paso de Vénus, por D. E. de Olavarria.—VIII. Boletín de las Asociaciones científicas y artísticas: Sociedad antropológica española. Academia de Ciencias de Paris. Academia de Bellas Artes de San Fernando.—IX. Proyecto de enseñanza musical, por D. Rafael Hernando.—X. Boletín de Ciencias y Artes. Noticias. Las corazas de los buques.—XI. Boletín bibliográfico. Propiedad literaria.

Tenemos en nuestro poder, y publicaremos con mucho gusto en el número próximo, un artículo que nos ha remitido el presbítero D. José Avilés Perez, refutando el diálogo del Sr. Morayta *Sobre el clero de aquellos tiempos*, cuyo trabajo se insertó en el cuaderno 2.^o de la REVISTA.

DIRECTOR PROPIETARIO,

ANTONIO LUIS CARRION.

INDICE DE LOS ARTÍCULOS DEL TOMO I.

NÚMERO 1.º

Págs.

Carta que puede servir de prólogo ó proemio á la REVISTA DE ANDALUCIA, por D. Santiago Casilari	5
Latinos y germanos, por D. Francisco M.ª Tubino . . .	15
Napoleon el Grande, por D. Abdon de Paz	25
La Colonizacion moderna, por D. Rafael M. de Labra. .	29
Llegar á tiempo, por la Sra. Baronesa de Wilson . . .	49
Agricultura, cultivo del olivo, por D. Rafael Atienza .	53
Revista política, por D. Antonio Luis Carrion.	57
Ciencias, literatura, artes, por A. L. C.	61
Boletin bibliográfico	64

NÚMERO 2.º

La Filosofía y la cultura popular, carta dirigida á D. Antonio Luis Carrion, por D. Nicolás Salmeron y Alonso. .	65
Nada, por D. Manuel M.ª Palomo.	73
Sobre la moralidad del clero de aquellos tiempos, coloquio, por D. Miguel Morayta	91
Patria y familia, por D. Felix Rando y Barzo	101
Nocion de la libertad política, por D. Eduardo J. Navarro. .	105
Recuerdos de Suiza, Interlaken y Brienz, por D. Augusto Jerez Perchet.	111
Revista literaria y artística, por D. Antonio Luis Carrion. .	117
Boletin bibliográfico.	120

NÚMERO 3.º

La Colonizacion moderna, artículo segundo, por D. Rafael M. de Labra.	121
Reflexiones sobre la guerra, por D. Santiago Casilari. .	141
El Periodismo, sus orígenes y progresos, por D. Luis Martino.	153

	<u>Págs.</u>
Agricultura, cultivo del olivo, artículo segundo, por don Rafael Atienza	161
La Literatura dramática, por D. Francisco Flores y Garcia.	165
Revista política y literaria, por D. Antonio Luis Carrion.	169
Boletin bibliográfico	172

NÚMERO 4.º

Reflexiones sobre la guerra, continuacion, por D. Santiago Casilari	173
Nada, por D. Joaquin Madolell Perea	185
Carta íntima al aleman español doctor Fastenrath sobre <i>La Walkalla</i> , por D. Dámaso Delgado Lopez	193
Estudios literarios sobre Góngora y el culteranismo, por el presbítero D. Eloy Garcia Valero	203
Concepto, plan y método de la filosofía moral, por don Hermenegildo Giner.	213
Revista literaria y artística, por D. Antonio Luis Carrion.	225
Boletin bibliográfico	228

NUMERO 5.º

La Filosofía y la cultura popular, segunda carta dirigida á D. Antonio Luis Carrion, por D. Nicolás Salmeron y Alonso	229
La Colonizacion moderna, artículo tercero, por D. Rafael M. de Labra.	241
Nada, artículo segundo, por D. Joaquin Madolell Perea.	261
Estudios literarios sobre Góngora y el culteranismo, conclusion, por el presbítero D. Eloy Garcia Valero.	269

NÚMERO 6.º

Reflexiones sobre la guerra, conclusion, por D. Santiago Casilari.	281
De Artiers á Bagneres de Luchon, cartas á Antonio, carta 1.ª, por D. José España Lledó.	295
Nada, epístola al Sr. D. Manuel M.ª Palomo, por don Francisco de P. Casilari	303
Consideraciones generales sobre la educacion de la mujer, por D. Santiago Lopez-Moreno.	313
San Pedro Abanto, episodio de la guerra civil, por don Antonio Luis Carrion	321
Boletin bibliográfico	334

MONUMENTOS ÁRABES DE MÁLAGA.

I.

Cada pueblo al desaparecer, fraccionándose sus elementos para mezclarse con otros pueblos, ha dejado huellas imperecederas sobre el suelo que ocupara, ha dejado señales que hoy al través de cientos de años nos determinan todavía su carácter y su modo de ser. Los monumentos que construyeran las generaciones que pasaron nos presentan hoy su historia: sus silenciosas ruinas nos enseñan la fisonomía de la sociedad que les dió vida; en la manera de agruparlos, en su distribución llegamos á conocer sus usos y sus costumbres; en su modo de construir, los conocimientos científicos de la época; en sus formas y en sus perfiles, en su estatuaria y en sus pinturas, el grado á que las artes llegaron entre ellos. En su decoración y su ornato, podemos observar muchas de sus creencias, muchas de las ideas de aquellos días.

El análisis de las construcciones de las pasadas edades ha arrancado al olvido hechos heroicos, nombres ilustres dignos de imperecedera memoria, teorías científicas de mucho valer y procedimientos en el arte de gran importancia: han esclarecido la verdad de muchos hechos, escribiendo páginas brillantes en la historia.

La arquitectura es la encargada de transmitir á las épocas futuras la vida de cada sociedad con sus instituciones y sus creencias, sus grandezas y sus vicios: ella deja escrito en sus monumentos la historia del pueblo que los levanta.

Grecia, la tierra clásica de las artes, vive todavía en los restos de sus venerandas ruinas. En el foro resuenan los perdidos ecos de la sublime oratoria de sus tribunos; en el Partenon y en el Erecteo aparecen las huellas de sus dioses y de sus sacerdotes; en sus frisos y en sus pinturas murales dejaron impresa la memoria de sus guerras, y en sus caryátides cincelaron las nobles formas de la doncella ática.

Roma, el pueblo que dió leyes al mundo, nos legó su saber y su cultura en el Panteon, donde reúne los dioses de todas las religiones, grabando en sus mármoles con sus extrañas creencias las costumbres de todos los pueblos que sugetara á su dominio: en sus circos vemos caracterizados aquellos bárbaros espectáculos que contemplaban llenas de alegría las turbulentas muchedumbres: en sus templos, en sus naumaquias, en sus arcos de triunfo transmitieron á las épocas venideras el júbilo y las fiestas con que el pueblo rey celebraba los triunfos de sus ejércitos; en sus termas, en sus acueductos, en las grandes vías militares que construyeron doquiera pasaron sus águilas, nos demuestran su poderio y su grandeza.

El Cristianismo nos enseña sus albores en las catacumbas. Estudiamos la vida de persecuciones y de martirios en las sencillas formas del arte latino; vemos su engrandecimiento en la basílica bizantina; y la catedral ojiva con sus formas apiramidadas rematadas de agujas que se pierden en el espacio, con sus ingresos llenos de santos y de doctores, con sus sepulcros y sus capillas cubiertas de ex-votos y de trofeos donde se guarda la fe de muchas generaciones, nos retratan todo su esplendor en aquella edad media tan idealizada y tan religiosa.

Los árabes españoles nos legaron memoria eterna de su civilización en su Aljama de Córdoba, en el Alcázar sevillano, en sus sinagogas de Toledo y en las encantadas mansiones de la Alhambra.

Herrera immortaliza en el Escorial el austero carácter de Felipe II y el engrandecimiento de nuestra patria en los primeros días de la edad moderna.

Por eso he afirmado, en mi sentir con razon, que la arquitectura es la encargada de legar á las épocas futuras la vida de cada pueblo con sus instituciones y sus creencias, sus grandezas y sus vicios. No ha sido considerada de este modo por los hombres del saber en los últimos siglos: nada encontraron en los monumentos del pasado que pudiera revelarles las ciencias de aquellas sociedades, el desarrollo de sus industrias y el estado de sus artes.

Las construcciones que nos dejó la cultura musulmana en nuestra capital, habian impresionado vivamente mi imaginacion cuando niño; avanzando los años trataba de explicarme el misterioso atractivo que para mí tenian sus vetustas ruinas; mas tarde, cuando en el estudio de mi carrera llegué á conocer los principios de la construccion y del arte, traté de observar en las formas de los materiales y en las combinaciones de estos, las leyes que presidieran la ereccion de tan peregrinas fábricas; hoy, dando unidad á mis esparcidos apuntes, presento un estudio de los monumentos que levantó el génio árabe en nuestro suelo, trato de ver hasta que punto se conserban sus prácticas en los primeros dias de la reconquista y hasta donde sus preceptos son aplicables en el estado actual de las ciencias.

Cerca de cuatro centurias han pasado desde aquel dia memorable en que por vez primera ondeara en las almenas del Gibralfaro la enseña de los monarcas católicos, dia nefando para la gente agarena que al abandonar su pátria dejaba huellas de una civilizacion que no ha podido borrarse ni se borrará en muchos siglos. En su urbanizacion, en sus monumentos dejaron impresa la cultura de su época. Sus madrizas y sus bibliotecas, sus hospitales y sus alberguerias, sus mezquitas y sus sinagogas, sus baños y sus harenes encerraban tesoros de ciencia y de poesia. Sus moradas particulares, mejor distribuidas que las nuestras, dan una idea exacta de la vida del islamita, de sus grandes conocimientos higiénicos, de su amor al arte.

El recinto murado de Málaga al entrar en ella el egército cristiano guardaba centenares de monumentos arábigos

y no pocos habia esparcidos en los pueblos y en las alquerias de la provincia; el arte militar, los caminos y los canales de riego, la arquitectura puramente civil, la religiosa, todas estaban representadas dignamente. El odio de los vencedores á la raza musulmana; la diferente manera de ser en sociedad de árabes y cristianos; la distancia inmensa que separa los preceptos del culto islamita de la moral sublime del evangelio, reflejada en sus prácticas y en sus costumbres; el exclusivismo de escuela que encadenaba la imaginacion del artista en los tres últimos siglos; las preocupaciones de la época y la accion demoledora del tiempo, han hecho desaparecer la mayor parte de tan notables construcciones, sin que hoy sea dable formarnos idea exacta de su disposicion, ni mucho menos de sus detalles.

Los autores árabes de aquellos tiempos son hasta el dia poco conocidos: los volúmenes que el fanatismo no entregó á la hoguera han permanecido olvidados en los archivos hasta hace pocos años que se despierta en nuestra patria el deseo al estudio de los monumentos artísticos de la cultura musulmana. Las narraciones que de ellos conocemos, llenas de toda la poesia de que es susceptible una imaginacion oriental, revelan su poderio y su grandeza; pero dan poca luz al arquitecto para el estudio de fábricas que dejaron de existir hace mucho tiempo. No interroguemos los trabajos históricos y literarios de los cronistas hasta el último tercio del siglo XVIII: la poesia y la novela han cantado las glórias de los descendientes de Omar en nuestro suelo, han dibujado con vivos colores el lujo de sus zambras y torneos, los amores sensualistas del harem; han retratado los dulces sentimientos del corazon y el carácter altivo del guerrero; pero nunca vieron la epopeya de aquel gran pueblo escrita en piedra y en color en los monumentos que levantó su génio: el historiador y el artista nada encontraron digno de estudio en sus puentes, en sus gigantescas presas, en el interior de sus mezquitas y de sus alcázares. Si alguna vez se ocupara de ellos es tan solo para establecer repugnantes comparacio-

nes, haciendo resaltar por contraste la supremacía de aquel mundo clásico de que estaban tan enamorados.

Considerados como un pueblo ignorante y supersticioso, mirados con desprecio sus monumentos durante trescientos años, ningún interés ofrecieron para nuestros mayores las hechiceras fábricas moras, destruyendo muchas de ellas para dar plaza á otras del Renacimiento. A fines del último siglo los filósofos y los artistas comienzan á estudiar con gran empeño sus construcciones; los unos tratan de sorprender en sus ruinas los usos y las costumbres, la fisonomía de la sociedad que les dió vida; los otros buscan el criterio que presidió su erección, las disposiciones en ellas adoptadas, las formas y los detalles de su decoración, legítima consecuencia de su estructura y de los materiales empleados en ellas.

Laborde y Girault-de-Prangey en Francia, Owen-Jones en Inglaterra, y la Academia de Nobles Artes de S. Fernando en nuestra patria, habian publicado estudios de algunas fábricas árabes de Andalucía: dicho sea en honor de la verdad, los trabajos de nuestra Academia, hechos por arquitectos españoles, son muy anteriores á todos los demas. Pero ni estas ni otras muchas obras se han ocupado de los monumentos de nuestra provincia ó cuando mas han presentado alguna vista tratada ligeramente, ó una de esas descripciones hechas con poco conocimiento del arte, solamente para dar á conocer el lugar donde sucediera un hecho histórico ó uno de esos tradicionales cuentos andaluces que del pueblo árabe heredamos. La *Revista de Monumentos Arquitectónicos de España*, cuyos estudios sobre la arquitectura árabe son en nuestro sentir lo mas perfecto que hasta el dia se ha hecho, aun no ha consagrado sus páginas á esta capital, por la lentitud de una publicacion que exige la ciencia de muchos hombres y el consumo de inmensos capitales. Las descripciones de nuestros historiadores se limitan á exponer con escogidas frases el efecto que en su alma produjeran algunos de sus monumentos; pero no dan la menor idea de su distribucion, ni de su estructura, y mucho menos de las líneas de sus peregrinos ornatos.

Comenzamos nuestro estudio sin otros elementos que los planos de esta ciudad levantados por el vigia del puerto á fines del siglo pasado, los de la Málaga árabe del arquitecto Mitjana, las narraciones de D. Cecilio Garcia, algunos artículos de las revistas y periódicos mas antiguos de esta capital y el análisis de las fábricas de aquella época que aun nos restan. La Alcazaba y el Gibralfaro, Atarazanas y los restos de la Mezquita, trozos de los torreones que flanqueaban el muro de Málaga y algunos restos de sus hechizeras construcciones que permanecen ignorados en el interior de edificios antiguos: hé ahí lo que solamente nos es dado examinar; mas si son pocos los monumentos que nos quedan; si el tiempo y las exigencias de las sociedades que sobre ellos han pasado pudieron destruir algunas de sus partes á alterar otras hasta el punto de variar notablemente su disposicion, los principios en el arte de construir, las formas de sus elementos y los detalles de la rica decoracion árabe son tan característicos que aun cuando fuesen convertidos en completas ruinas y sus materiales esparcidos acá y allá, á la vista de ellos el artista llegaría á fijar el lugar que les corresponde en la historia del arte, determinando sino la forma exacta de las fábricas á que pertenecieron, las máximas que presidieron su ereccion y el conocimiento que de los materiales y sus combinaciones tenian sus constructores.

Interroguemos las ruinas de sus monumentos, estudiemos su disposicion, razonemos sus formas y llegaremos á determinar las leyes á que sugetaban sus fábricas y el criterio de su decoracion: sin descender á descripciones concretas que nada enseñarian, puesto que como dice muy oportunamente un ilustre orador de nuestra época, la arquitectura tiene rasgos que no es posible expresar en ningun idioma, siendo las artes del dibujo las únicas en cuyo language sublime es dado escribirlas.

Lógico parece ocupe en primer lugar nuestra atencion el conjunto de las construcciones que componian la Málaga musulmana, es decir su urbanizacion, la cual no es difícil estudiar, porque si un irritante fanatismo destruyó muchas

fábricas moras, no se ocuparon nuestros gobernantes de re-formar la red viaria de nuestra poblacion en armonia con las exigencias de la nueva sociedad, permaneciendo hasta la época de Carlos III casi en igual disposicion que en los dias de la dominacion árabe. Por los planos de Mitjana, por los del vigia del puerto, y por los restos del muro que la cercaba se llegaria sin ningun género de duda á determinar con bastante exactitud su recinto. No pretendemos dilucidar si los árabes cuando se posesionaron de esta capital conservaron su urbanizacion ó la modificaron notablemente: es de creer que un pueblo invasor, sin otros conocimientos que los guerreros, aceptara las cosas tal y como las encontrara sin hacer notables alteraciones hasta que su indomable carácter se transformó bajo el tranquilo cielo de Andalucia, y los temidos guerrilleros cambiaron el egercicio del continuo batallar por el noble estudio de las ciencias y las artes; tanto mas cuando estas tribus no conocian otra urbanizacion que la rurisada ó la que vieran en los grandes centros del Africa, cuyas diferencias de la romana no eran tan fundamentales que no les permitiera conservar la ya adoptada en nuestro suelo. No tenemos datos para conocer las trazas de nuestra capital en la época romana; pero recordando que en aquellos tiempos todas las sociedades y en particular la latina eran constantes hasta la exageracion en sus instituciones y en sus costumbres, podremos juzgar de nuestra urbanizacion por las de otros pueblos donde dictaran sus leyes las águilas del imperio, deduciendo de esta manera que en aquellos dias el campo de asentamiento debió ser un recinto murado donde existiera una fortaleza ó castillo dominándolo por completo: la red viaria completamente irregular se pone en comunicacion por sus arterias principales con los extremos del recinto y con los centros de mas actividad, estando estas unidas entre si por otras menos importantes que no obedecen á un criterio general en su distribucion. Esta disposicion creada por los etruscos, heredada por los romanos, es adoptada en los tiempos medios en nuestra España lo mismo por los cristianos que por los árabes, si bien los unos tratan de hacerla mas comunica-

tiva y los otros mas reservada en armonia con la manera de ser de cada raza. Examinando la parte de nuestra poblacion comprendida en el recinto murado de la Málaga mora, encontramos perfectamente satisfechos los principios fundamentales de la urbanizacion romana, reformada en sus detalles con un criterio altamente cientifico por los árabes, atendiendo su posicion topográfica, su clima y las exigencias de la sociedad islamita. Las pocas reformas que el trazado de sus vias ha sufrido nos permite, marcando sobre el plano de su estado actual las fábricas moras cuyos restos vemos todavia y los que nos describe la historia, dibujar la planta de la poblacion arábiga con la exactitud bastante para darnos cuenta de las leyes que presidieron su urbanizacion.

Observamos en primer lugar un recinto murado con su foso al exterior, flanqueado de cubos y torreones, defendido por la fortaleza de la Alcazaba y el Gibralfaro, unida aquella á la ciudad directamente y á éste por un camino cubierto. Sus vias mas importantes establecen la comunicacion de la Alcazaba con los extremos del recinto, con su Aljama situada donde hoy el jardin del Sagrario, con su plaza que se conserva en nuestros dias, con su arsenal y su universidad implantada en el lugar que ocupó el parque de artilleria destruido en los últimos años, con sus mezquitas donde en la actualidad la parroquial de Santiago y el Cristo de la Salud, con la cerca que tenian adosada al muro de recinto por la parte del rio, donde encerraban sus ganados. Estas calles afectan siempre formas onduladas, aproximándose cuanto las circunstancias lo permiten á la direccion E. O., siendo bastante estrechas y como ellas las secundarias que marcan las subdivisiones en manzanas; estas nunca se desarrollan mucho, haciendo recodos y continuos cambios de direccion.

Juzgando esta distribucion en su época con relacion á su raza, á su historia y á las condiciones geográficas, nos vienen á demostrar hasta que punto el génio árabe estudió la salubridad y la policia de sus ciudades: hechos que por otra parte están fuera de duda merced á los datos que han arrojado los manuscritos del archivo de la Alhambra.

Las arterias principales, situadas próximamente normal á la direccion de los vientos que son perjudiciales á la vida, tienen una gran parte de sombra durante todo el dia, salvo los cortos momentos que el sol ocupa nuestro cenit. En las secundarias, si no les es dado seguir este criterio previsor, las hacen cortas, cambiando constantemente su direccion y no en prolongacion unas de otras al cruzar el sistema principal.

Si es una verdad que esta urbanizacion la tomaron de los romanos, no es menos cierto que la mejoraron notablemente: al estrechar sus calles, disminuyendo el número y dimensiones de sus vanos en las fachadas, obedecieron á un precepto higienico y al carácter de su raza. Sus vias estrechas no eran insalubres, sus casas rara vez tenian mas de un piso; comparando el ancho de aquellas con la altura de estas, quedaban perfectamente iluminadas y ventiladas; el movimiento de la poblacion no exigia mayores dimensiones en sus calles, atendidas las costumbres de la época.

Al estudiar la planta de nuestra capital, vemos á los árabes aceptar la urbanizacion romana; la modifican en armonia con su modo de ser, estrechando sus calles, adaptándolas con sus multiplicados cambios de direccion á una segunda defensa caso de ataque una vez perdido el recinto fortificado. En el trazado de sus vias, en la distribucion de sus fábricas mas notables y en el hogar domestico, el islamita trata de proporcionarse la mayor suma posible de comodidades: esto no es extraño en un pueblo para el cual los goces de esta vida eran su primera ambicion despues del triunfo de sus armas.

Sus moradas particulares, para una sola familia, de un solo piso en las clases acomodadas y de solo planta baja en las pobres, tenian siempre una disposicion sencillísima: un portal ó ingreso, una tarbea con sus aljamias dotadas de muy poca luz, un gran patio rodeado de arcadas sobre columnas formando galerias, lleno de árboles y arriates ó á lo menos un corral y la sala de baño: he ahí el tipo de la casa árabe. En las clases ricas esta distribucion se repetia en planta

principal que solo habitaban durante el invierno, costumbre que se conserva en algunos pueblos de nuestra provincia. En la primavera y el verano el islamita hacia la vida en la parte baja de su vivienda: el patio cubierto de verdura y de pintadas flores era su estancia favorita. El baño, construido en muchos casos bajo el suelo, iluminado por la clave de las bóvedas en cañon que cerraban el espacio, hacia sus delicias en las horas del calor: contribuyendo el arte á exaltar mas la soñadora imaginacion árabe, que al través de los gruesos muros y de las espesas celosias veria dibujarse las mas voluptuosas escenas de las odaliscas ó los encantados jardines del Yemen. Esta disposicion, tan en armonia con el clima y con el carácter musulman, que buscaba toda la ventura en el seno del hogar, se repetia con mas ó menos importancia desde la modesta casa del campesino hasta los alcázares de sus cortesanos. Pobres y humildes aquellas como sus moradores; llenas estas de cuantos atavios creara el lujo oriental, nos revelan el carácter de su pueblo.

Estudiando las ruinas de sus monumentos en nuestra capital, encontramos impresos en ellas los progresos de su civilizacion desde que, feroces y sanguinarios, derriban en la Janda el poderio Godo, estableciéndose en la Bética, hasta que, grandes por su saber y por sus adelantos, hacen de Granada el emporio de las ciencias y de las artes, en los mejores dias de la monarquia nazarita. Encontramos en nuestra ciudad fábricas que por sus formas revelan los primeros pasos del arte árabe, cuando indeciso, sin estilo propio, empleaba los restos mutilados de las construcciones romanas; pero apartándose notablemente de sus perfiles y de su disposicion, aspira á ser original, combinando los elementos que encontrára de anteriores generaciones con un tinte verdaderamente oriental. Adopta en sus plantas las formas latinas con ligeras variantes, y en sus alzados trata de seguir los principios y la decoracion bizantina, tan acordes con su soñadora fantasia y con los recuerdos que trageran de los monumentos de su pátria.

Emplean el arco de herradura como el principal carácter

de su arquitectura en esta época, tomando del bizantino las formas de sus columnas y los recuadros de sus arcos; sencillos en la decoracion se limitan á satisfacer la necesidad en sus fábricas, sin dejar nunca de marcar en ellas el sello de su origen.

La construccion se separa poco de la romana. El principio de superposicion de grandes masas de piedra, resolviéndose en prismas verticales de base rectangular, empleado por los egipcios y los griegos, es rara vez usado por ellos, que dan la preferencia al sistema de aglomeracion de pequeños materiales, que nada tiene de original cuando muchos siglos antes le vemos adoptado en los monumentos de Ninive de Persépolis y de Babilonia, y mas tarde determinando el carácter que mas separa las construcciones romanas de las fábricas helénicas. Sus muros tienen un crecido espesor, formados por lo general de una argamasa preparada con tierra arcillosa á la que mezclaban cal, grava y algunas veces paja y pequeños trozos de ramaje, dándola diferente consistencia, segun las proporciones de sus componentes: la empleaban en capas de poco espesor y por un sistema que á juzgar por los detalles que en ellas encontramos, no deberia diferir de los medios usados hoy para la confeccion de las obras de hormigon. Estas argamasas, que todavia están en uso en muchos pueblos de España con el nombre de tapiales, supieron tratarlas admirablemente, como lo prueba la gran consistencia que tienen despues de tantos años expuestas á la inclemencia del tiempo. Emplearon con notable acierto los hormigones preparados con grava y cales, en las que algunos han creido encontrar siempre ciertos caracteres de hidraulicidad; aun cuando no dudamos tuvieran esta propiedad atendidas las canteras de calizas arcillosas que tenemos en la provincia, ó ya porque las prepararan artificialmente, como algunos análisis han demostrado, es lo cierto que con el trascurso de los siglos sus morteros han podido adquirir la solidez que en ellos admiramos sin necesidad de esta propiedad de las cales que entraban en su composicion. La perfecta combinacion de los elementos de estos hormigones que observa-

mos en sus fábricas, nos hacen comprender el cuidado con que eran preparados en capas de cinco á seis centímetros de espesor, separadas por una tonga de mortero de un centímetro: esta disposicion, alternando las capas de mortero y de hormigon, podemos estudiarla en muchos de los torreones de nuestra Alcazaba, cuyas obras debieron comenzar poco tiempo despues de ocupada nuestra capital por los árabes.

Las fábricas de ladrillos tienen entre ellos una gran importancia, si bien en muchos casos son simples revestimientos, estando formado el interior de sus muros de hormigon ó de tapiales. En sus arcos, ya de herradura, ya de medio círculo prolongado en sus arranques, emplean estos mampuestos, alternando á veces cuando son de crecida luz y exigen gran espesor con dovelas de piedra toscamente labradas, salvando la forma de estos el diferente espesor que han de tener del intrados al extrados, para que no queden crecidos gruesos de morteros en las juntas de los ladrillos. Sus bóvedas en cañon ó esféricas, son de estos mampuestos, estando otras veces aparejadas con trozos de piedra de poco espesor y algunas con verdaderas dovelas, si bien estas pertenecen á fábricas de mucha importancia. Arcos y bóvedas encontramos con esta disposicion en el Gibralfaro y la Alcazaba, desafiando con su estabilidad á los siglos. Unos muy notables, por pertenecer á la infancia del arte árabe, existen en los subterráneos de una casa de la calle de Santo Domingo, cuya construccion debe ser anterior al siglo xi: estos restos de la arquitectura musulímica son, á juzgar por su disposicion, de unos baños. Estudiando cuidadosamente sus fábricas y restaurando con la imaginacion las partes que se encuentran alteradas ó destruidas, observamos en ella una estancia rectangular, en la cual deberia existir el estanque, separada por columnas de capiteles en forma de cono truncado invertido, con un robusto cimacio sobre los que arrancan los arcos de herradura, hechos de ladrillo, de una galeria que la rodea, cubierta como la estancia principal por bóvedas en cañon hechas con piedras groseramente talladas, de poco grueso, dejando en algunos puntos de la clave huecós por donde iluminar el recinto. En el muro

que cierra esta galería se ven huellas de vanos que debieron dar entrada á otros departamentos, hoy completamente perdidos. Estos baños se encuentran aterrados en gran parte, haciéndose imposible ver si los soportes tienen basa, ni las proporciones exactas de las arcadas. En el paralelismo de las generatrices de las columnas, en la forma de los arcos y de los capiteles, y en la distribución de la estancia, vemos los caracteres del arte árabe cuando al separarse del romano y del bizantino pretende adquirir originalidad, si bien dista mucho de la perfección á que llegó en los siglos posteriores.

Ningun piso ni techumbre de madera ha llegado á nosotros de esta época en nuestra ciudad, mas por los que en otros puntos de Andalucía existen, venimos en conocimiento de la manera de disponerlos, con maderas de castaño toscamente escuadradas, cubiertas con cañas, con ladrillos y en muy raros casos con tablas ó forjados de yeso, sobre los cuales se extendía el mortero para colocar la solería ó las tejas llamadas moriscas que todavía empleamos. Sus vanos, siempre escasos y de reducidas dimensiones, se cerraban con hojas de madera, sencillas en su armazon. En las construcciones militares estos pisos y techumbres se sustituían con bóvedas esféricas ó de cañon, segun las circunstancias, trasdosadas en la generalidad de los casos con terrazas, como tenemos lugar de ver en algunos de los torreones que nos restan de las primeras fábricas de la Alcazaba. Muchas veces sus techumbres de madura, de poquísima pendiente en todos los casos, eran verdaderas terrazas, para lo cual establecían dobles solerías con una gruesa capa de arcilla entre ambas, costumbre conservada todavía en algunos pueblos andaluces.

A este primer periodo del arte árabe en nuestro suelo, que podemos fijar hasta los principios del siglo xi, pertenecen los baños ya citados, mucha parte de los muros y torreones que nos restan de las obras militares que cerraban nuestra capital, algunos trozos de la fortaleza del Gibralfaro, y las construcciones mas antiguas de la Alcazaba, si bien es

en extremo difícil diferenciarlas de las que se hicieron en épocas posteriores.

Gran parte de las Atarazanas que hemos visto desaparecer en los últimos años, y la torre Gorda, situada junto á ellas, donde hoy la calle de Panaderos, podemos muy bien colocarlas en esta primera época del arte. En los restos del arsenal, que trasformado en parque de artillería, son de todos conocidos, prescindiendo de la restauración hecha en tiempos de Carlos I, que alteró notablemente su disposición como lo demostraba la forma de sus almenas y de sus matacanes, el número y disposición de sus vanos y muchos de sus pisos y techumbres correspondientes á la primera mitad del siglo xvi, encontramos los caracteres que hemos señalado al primer período árabe, análogos á los que hemos descrito en los torreones de la Alcazaba: si bien es verdad que sus fábricas aparecen al exterior con un revestimiento de pequeños sillares que no guardan una gran regularidad en el espesor de sus filadas ni en las dimensiones de los mampuestos. El grueso de sus muros está formado de hormigón, de fábricas de tierra, no faltando trozos importantes donde estaban empleadas con notable acierto las mamposterías y las obras de ladrillo. Sus pisos y cubiertas de bóvedas esféricas y en cañón de ladrillo ó de piedra groseramente labrada, estaban trasdosados con terrazas dispuestas para los usos de la guerra.

Su planta árabe debió ser sencillísima, reducida á un espacio rectangular cerrado por gruesos muros con cuadrados torreones en sus ángulos y aislada de toda construcción: en su interior un gran patio y las dependencias adosadas al muro de recinto. Sus ingresos y sus comunicaciones se establecían por vanos cerrados por bóvedas en cañón, de ladrillo: recordamos una cónica hecha de este material, notable por su esmerada ejecución.

La puerta de este monumento, que aun se conserva, es de época posterior al resto de sus fábricas, pues si su arco de herradura y el marco que le encuadra están dentro de los caracteres de los primeros tiempos del árabe, en este nunca ofrecieron tanta perfección y riqueza en los

ingresos de sus monumentos, siempre de poca importancia y dotadas de imponente severidad. El aparejo del arco en dovelas, cuyos planos de junta no son normales al intrados, pasando por una normal al paramento, inferior al centro del arco, revela los días en que el árabe había dejado de copiar las formas bizantinas, y los escudos que existen sobre la puerta, formando parte integrante de la fábrica, de igual material que el resto de ella, pertenecen á la época de los monarcas nazaritas, iguales á los que vemos en las estancias de la Alhambra. En mi sentir esta puerta corresponde á los días en que la arquitectura mora había alcanzado un estilo propio; así lo demuestran la decoración de su arco y lo acabado de su talla, lo perfecto de sus detalles, y mas que nada su conjunto en que no se vé ninguna reminiscencia bizantina ni romana. La historia viene á probar nuestro aserto, diciéndonos que Jusef-Abul-Hegiag VII, rey de Granada, construyó en Málaga un arsenal cuyo proyecto ejecutara él mismo; siendo en realidad una restauración del antiguo la que llevó á cabo labrando en su interior una mezquita á la que daba entrada la puerta que nos ocupa. De esta manera podemos explicarnos su presencia, rodeada de muros y torreones de la primera edad del árabe: si la creyéramos coetánea de ellos sería preciso admitir un adelanto en sus artes que no tuvieron anterior al siglo xiii.

De la torre Gorda, Borch Hayta ó torre del Clamor, como la llamaban en su tiempo, no ha llegado hasta nosotros otra cosa que la ligera descripción de Medina Conde y las trazas de su planta que vemos en los planos ya citados; por ellos venimos en conocimiento del lugar que ocupó, de su planta circular y de su aspecto de fortaleza, sin otra decoración que los torreones del muro que rodeaba nuestra población. Su construcción data del reinado del último de los Abderramanes, correspondiendo á la época que consideramos. Entre los árabes debía tener una gran importancia: al decir de sus cronistas, era una fortaleza inexpugnable que defendía nuestra costa, ofreciendo á aquel pueblo supersticioso el misterioso atractivo de escuchar en

su derredor la voz de su muezzin, que los llamaba á la oracion, y las varoniles palabras de su faquí, cuando alentaba á las masas, inflamando en su corazon el sentimiento de independencia y pátria que las llevaba á la pelea, donde tantas veces arrollaron nuestras armas.

Despues de la reconquista siguió utilizándose como obra de defensa, hasta que el continuo crecimiento de la playa la hizo inútil, siendo desmontada una parte de ella en los primeros años del siglo XVIII, desapareciendo por completo al finalizar del mismo para dar plaza á las construcciones que hoy vemos.

Ninguna noticia tenemos de otras fábricas de esta época: la intolerancia de nuestros predecesores borró hasta la memoria de los monumentos que en aquellos dias levantara el génio musulman; pero la historia del arte, que no puede tener unidad de lugar ni de tiempo, viene á salvar esta laguna, enseñándonos los caracteres de las fábricas de la época en la mezquita de Córdoba, tipo de las construcciones del islamismo durante muchos años en su primera edad, adoptando los periodos que determinan su nacimiento, su desarrollo y su brillante apogeo, como legítima expresion de las vicisitudes porque atravesó aquel pueblo desde el califato cordobés donde adquiere los timbres de su originalidad, aun cuando las fábricas de su tiempo tienen rivales en Damasco y en el Cairo y en cien ciudades del oriente, hasta los últimos momentos de esplendor de los Alhamares, cuya epopeya grabaron en las encantadas tarbeas del alcázar granadino. No es mi objeto describir la gran Aljama cordobesa: baste saber que en su disposicion, en sus formas, en sus detalles ha encontrado el artista el monumento tipo, que determina la primer época del arte árabe en nuestra pátria. Sus caracteres nos dan idea de lo que pudieron ser las fábricas de nuestra capital en aquellos dias cuya memoria solo llega hasta nosotros como el deleite de un vago ensueño.

Sin dar realidad como Owen-Jonnes y Bastisier á las peregrinas leyendas árabes y á las pomposas descripciones que nuestros cronistas hicieron de los monumentos de los

Abderramanes, sin llegar nuestra credulidad hasta admitir las narraciones que nos legaron del palacio de Medina Azza-hara; prescindiendo de sus columnas de cristal de roca, de sus arcadas, de riquísimos metales, de sus artesonados de alerce engastados de esmeraldas sobre fondos de azul y bermellon, de sus copas de pórfido con cisnes de oro cincelado que arrojaban noche y día purísimo azogue, cuya superficie herida por la luz creaba mil iris, en continuo movimiento; prescindiendo de esos atavios que nada significan para el arte, puesto que la forma estética para nada necesita el valor intrínseco del material que la traduce al mundo de las realidades; considerándolas únicamente como manifestacion del lujo deslumbrador de los califas ó como fantásticas creaciones de sus poetas, encontramos en las formas de sus columnas, en la disposicion de sus arcos de herradura ó de semicírculo prolongado en sus arranques, en los lóbulos que los festonan, en los recuadros que los terminan, en sus artesonados, en sus bóvedas esféricas ó de cañon, en el empleo de los ladrillos esmaltados, en la imponente severidad de su fachada y en el misticismo y la voluptuosidad de sus interiores, un arte con marcada reminiscencia del bizantino en sus alzados y del romano en sus plantas, pero dispuestos de modo que hacen ver los albores de una arquitectura completamente nueva, que teniendo sus rivales en el oriente difiere mucho de ella, formando un arte verdaderamente patricio en completa armonia con el clima, con las costumbres del pueblo que las levanta y con la naturaleza exuberante y el hermoso cielo que tenían por fondo sus monumentos.

Sin pretensiones de ningún género; sin otra aspiracion que arrancar al olvido las construcciones de aquel pueblo que en los oscuros tiempos medios domeñara nuestro suelo, presentamos estos apuntes en la seguridad de que inteligencias mejor organizadas que la nuestra sabrán salvar sus errores y completar su estudio.

Terminamos, por no quitar á esta REVISTA mas espacio digno de mejores trabajos, como han sido cuantos preceden al nuestro y cuantos han de seguirle: no queremos cansar

mas por hoy la atencion de los lectores de esta publicacion. En los números siguientes nos ocuparemos de los monumentos, que nos legó el génio árabe en nuestra capital, en su periodo de transicion y en el brillante apogeo á que llegára en los mejores dias de la monarquia granadina: en ellos hemos de ver retratada la fisionomia de aquella sociedad tan sábia y tan artista.

MANUEL RIVERA.

ESTUDIOS SOBRE LA VACUNA. (*)

MODO DE PRESERVARSE DE LA VIRUELA.

I.

En este trabajo no nos proponemos ocuparnos de cosas nuevas. Unicamente haremos una recopilacion de lo mas interesante y de lo que á nuestro juicio sea de mejores resultados prácticos, para la preservacion de la enfermedad que citamos en el lema de este artículo, unido á consideraciones relativas á nuestra localidad y á la época presente.

El poder preservativo de la viruela, está en el cowpox: ningun otro medio como la vacuna ha podido resistir al encono de sus adversarios y á una experiencia basada en observaciones razonadas y atentas. A ella debemos que la viruela no sea hoy el mas terrible azote de los pueblos. Ella sola ha arrancado á la muerte millares de víctimas. Las estadísticas nos dicen, que un décimo de la humanidad sucumbió á la viruela y otro décimo quedó con señales indelebles de ella en este último siglo. ¡Solo en Europa fallecian 40,000 individuos por año! El descubrimiento, pues, de la vacuna forma una era de ventura en la medicina.

Berkeley, pueblo del condado de Gloucester en Inglaterra,

(*) Para la confeccion de este trabajo hemos tomado datos de un periódico de Cuba, LA PRENSA, de diferentes monografías y obras de los doctores Sachse, Bousquet, Steinbrenner, Monneret, Niemeyer, Rilliet. Grissolle, Barter, Serres, Rivasy otros.

tuvo la gloria de ver nacer, el 17 de Mayo de 1749, á Eduardo Jenner, cuyo nombre se escribirá junto al de Franklin y cuyo recuerdo vivirá mientras la humanidad viva.

Este distinguido médico notó que el cowpox desarrollado espontáneamente en las tetas de las vacas preservaba de las viruelas á los que las ordeñaban, siempre que á estos se le presentaran algunos granos parecidos á aquellos de donde procedían, por efecto de la inoculación.

Convencido Jenner de la verdad de sus observaciones, hechas con la escrupulosidad genuina de su carácter profundamente observador, publicó su primera obra sobre la vacuna que, traducida primero al latín y despues á los idiomas de las naciones mas civilizadas, fué leída con avidez por los hombres mas notables de la ciencia. Al virus contenido en el cowpox se le llamó virus vacuno, y vacuna á la erupcion que éste determina inoculado en el hombre. De este virus se sirvió Jenner y de él nos servimos aun en la actualidad, bien directamente del cowpox, ó del hombre, denominado entonces virus humano.

Mas, bien porque el virus producido por los granos espontáneos no fuese suficiente á cubrir los pedidos que la necesidad exigia, bien con objeto de regenerarlo, como creían unos, ó ya por el afán en otros de decir algo nuevo, aunque lo ya dicho fuera bastante, se propuso inocular á la vaca el virus humano, convirtiéndolo así en uno nuevo llamado animal, al que sus partidarios daban superiores resultados.

El virus vacuno, es un líquido trasparente, sin color ni olor, viscoso y de sabor salado: al aire se seca conservando su transparencia, se descama como la albumina de huevo, se disuelve facilmente en el agua, se descompone por la accion del calor y de la luz, se volatiliza á una alta temperatura y se oxida por el oxígeno del aire. Examinado al microscopio, no presenta glóbulos y es completamente trasparente durante su fluidez. Pasadas algunas horas en el porta-objetos, se deseca y presenta caracteres diferentes, como son prominencias irregulares y manifestas: despues de dos ó tres dias se observa una redecilla filamen-

tosa, que constituye un tejido apretado con líneas transparentes y como vasculares; estas redecillas parecen estar formadas de hidroclorato de amoniaco.

La congelacion y la ebullicion, hacen perder á la vacuna estos caracteres parecidos á la organizacion animal, quedando nulas sus propiedades contagiosas.

La vacuna de que nos sirvamos debe ser trasparente, viscosa y perfectamente pura: se tomará de la pústula el sétimo ú octavo dia de su desarrollo, prefiriendo siempre los granos pequeños y un sugeto lo mas jóven posible, vacunado por primera vez.

Por mas que estemos convencidos de que la vacuna no ha de ser el vehículo que trasmita una disercia, buscaremos al efecto un niño sano y robusto. Se hará la vacunacion de brazo á brazo siempre que se pueda; ó si tenemos que servirnos de virus conservado, lo haremos del que lo esté en tubos capilares cerrados por ambos extremos. Las punciones se harán con una lanceta y en la parte superior del brazo, en número de tres á cinco para cada uno, cuidando de guardar la distancia suficiente, á fin de que las aureolas inflamatorias que se han de formar, no se unan.

El procedimiento operatorio, como es sabido, el mejor es el mas sencillo: puesta tirante la piel con la mano izquierda, se introduce con la derecha la lanceta con la punta de plano hasta media ó una línea de profundidad, de donde la retiraremos con suavidad, despues de algunos segundos, tiempo sobrado para la absorcion del virus, que es instantánea.

Concluida la operacion suele formarse con frecuencia al rededor de cada picadura una aureola ligeramente rojiza, que algunos creen ser un fenómeno cierto de infeccion, mientras que Bousquet no le dá importancia alguna por creerlo anejo á cualquier picadura.

Pasado los tres primeros dias, se forma una pequeña pápula de color de rosa: al quinto se eleva mas el grano y constituye una vesícula, que causa un ligero prurito: al octavo dia se observa una umbilicacion central, adquiere mayor extension la pústula y se rodea de una aureola in-

flamatoria: en el noveno y décimo día sigue el progreso de la pústula, se ensancha mas, la aureola está mas roja y el contenido de los granos se vuelve opaco y lechoso, constituyendo ya estos caracteres el periodo de maduración, durante el cual se observa una tensión dolorosa y un ligero movimiento febril, verdadera fiebre secundaria, en la que puede llegar el termómetro á 40°; circunstancia extraordinaria que no deja de llamar la atención, porque en semejantes casos la pequeña extensión de la dermatitis, no está en relación con la intensidad de la fiebre. Del décimo al duodécimo día, empieza la desecación de la pústula, que convertida en costra, viene á desprenderse al concluir el tercer setenario, en cuyo lugar deja una cicatriz algo profunda, redondeada, de color un poco oscuro, que mas tarde se convertirá en blanco y punteada en su extensión.

El tratamiento se reduce á cuidados higiénicos y á una espectación prudente: aconsejando la experiencia que el sitio afecto esté á cubierto de frotos ó lesiones exteriores, y solo en casos dados acudiremos con medios eficaces, como por ejemplo el egua de saturno si la dermatitis fuese considerable.

Esta es la vacuna verdadera: ella puede alguna vez apartarse del cuadro que hemos trazado, para presentar ligeras irregularidades en su marcha ó pequeñas anomalías en su manera de ser, y entonces, aunque no influye en su virtud preservativa, se le denomina irregular ó anómala. Hay otra llamada falsa y que no preserva de la viruela, que es mas precoz, recorre sus periodos con una rapidez considerable y conserva siempre la pústula una forma cónica ó globulosa, contraria á la de la verdadera, que constantemente se presenta deprimida.

Descrita ya, aunque á grandes rasgos, la vacuna como afección, su proceder operatorio y las cualidades de un buen pús inoculable, creemos oportuno ocuparnos de ciertas cuestiones que han llamado la atención de los prácticos y que si bien algunas de ellas aun no ha resuelto la ciencia, su estudio es de un interés manifiesto.

Nos referimos á los puntos siguientes: ¿Deberemos pre-

ferir el virus vacuno animal, al virus humano? ¿El virus vacuno y el virus varioloso, son iguales? ¿Cuándo empieza, en dónde está y cuánto dura la accion profiláctica de la vacuna? ¿Es necesaria la revacunacion? ¿Degenera la vacuna y se hace por lo tanto necesaria la renovacion del virus? Estas son las cuestiones que, á nuestro juicio, tienen un interés verdaderamente práctico. Veamos lo que la observacion y la experiencia nos dicen de ellas.

¿Deberemos preferir el virus vacuno animal, al virus humano?

De antiguo se propuso inocular á la vaca el virus humano, con obgeto de regenerarlo, pero recientemente se ha debatido mucho la cuestion de si goza ó no de propiedades preservativas mas enérgicas que el virus vacuno animal. El virus vacuno animal se usaba desde 1810, inoculando á una ternera con el virus del cowpox espontáneo tomado de otra ternera.

Este virus no lo dejó perder nunca el Dr. Negri, que en cualquier tiempo podia disponer de una cantidad considerable de virus animal fresco. En diversas épocas, despues del descubrimiento del Dr. Negri, se han desmentido las grandes ventajas que este suponía al mencionado virus; y particularmente en 1865 y 1866 se ha discutido detenidamente este asunto. Por este tiempo el Dr. Lanoix llevó á Paris una ternera inoculada, dejó otra en Lyon y mandó una tercera al Dr. Varlomont, de Bruselas. Empezaron las vacunaciones en Paris con el cowpox de las terneras en 1867, y en tres meses se inocularon 9316 individuos en la siguiente forma: adultos 1392, mugeres 2475, niños 5449: resultando que hubo un 38,53 p 010 de vacunaciones con buen resultado, sin él 49,12 p 010, y dudosas 12,35 p 010. Este cuadro estadístico habla bastante alto en contra de este método de vacunacion, si bien es verdad que segregando los adultos suben los buenos resultados á 53,77 p 010, que á pesar de ello no basta para vindicarlo del efecto que nos causára el primer estado. Veamos los datos que nos suministra el mismo virus bajo la observacion del Dr. Varlomont.

Mas feliz que Lanoix, hizo ver con el buen éxito de sus observaciones, que podian esperarse mejores resultados que los obtenidos por el observador de Paris. A sus instancias, se nombró en Bruselas una comision compuesta de los doctores Ricken, Borgard, Vauden-Corput, Rommelacre y Sacre, que investigase los hechos expuestos por el Dr. Varlomont y diese dictámen sobre tan importante asunto.

La comision al ocuparse de ello dice: «El proceder operatorio del Dr. Varlomont para la vacunacion animal, consiste en tomar con la punta de una lanceta ó con una aguja de catarata, el virus que fluye de la pústula estrangulada de la ternera é inocularlo al brazo del niño, practicándole de seis á doce punturas. De los seis á ocho dias de la inoculacion, se presentaron en general las pústulas muy bien desarrolladas y con todos los caracteres de la verdadera vacuna, sin que las acompañaran accidentes graves, tales como la erisipela difusa ó el flemon. En las primeras semanas se practicaron en cada individuo una docena de punturas: el tiempo fué desfavorable al obgeto por la temperatura baja y humedad atmosférica: asi es que solo un número reducido de punturas dieron lugar á la aparicion de pústulas características, abortando completamente las demás. Desde el 31 de Mayo el tiempo se presentó algo favorable al desarrollo de las pústulas, por cuyo motivo el Dr. Varlomont se limitó á practicar seis punturas, las cuales casi todas fueron seguidas de la aparicion de las pústulas características.» Respecto á los datos estadísticos recogidos en Bruselas, tenemos que de 229 niños que fueron vacunados directamente de la ternera, dieron resultados satisfactorios 180, de los cuales 126 fueron observados por la misma comision y 54 que solo los vió Varlomont, 37 que no volvieron, y 12 sin resultado. De estos 12 casos, dos se creia que estaban vacunados, uno habia padecido viruela, y otro varioloides, quedando por tanto sin resultado 8, de los cuales solo se pudieron revacunar seis, tres con éxito, dos sin él, y uno que no se presentó. De este cuadro estadístico resulta que el tanto por ciento de casos con feliz éxito, es muy considerable, y sin embargo no nos atrae lo suficiente

para declararnos decididos partidarios de este método de vacunacion, puesto que tenemos enfrente observaciones muy tristes recogidas por hombres de indisputable mérito en la ciencia.

Sin salirnos del círculo de observaciones de Varlomont, consignaremos el caso citado por los Dres. Buys y Janssens de un niño que, vacunado por aquel tres veces sin resultado, murió de viruelas confluentes. Dichos señores afirman que en treinta y cinco años que llevaba de inocularse en Bruselas el virus vacuno humano, no se habia presentado un hecho semejante en ningun vacunado.

Además el Dr. Carenzi, de Turin, deseando observar los resultados de este sistema, hizo muchos experimentos bajo el mas escrupuloso exámen, que no le dieron el resultado apetecido, y dice: «Diez niños sanísimos y robustos, de un mes á cinco años de edad, fueron vacunados con vacuna animal en un brazo, y en el otro con vacuna humana conservada en Turin. Si esceptuamos un niño que presentó una erupcion difícil de caracterizar, los demas no presentaron ninguna pústula del lado del nuevo virus, siendo asi que la erupcion fué completa y perfecta en los brazos inoculados con vacuna humana.» Estos hechos fueron negados por el Dr. Depoul, dando lugar á que el Dr. Julio Guerin, para robustecer la verdad de ellos, presentara á la Academia de Medicina de Paris el resultado negativo de las observaciones no solo del Dr. Carenzi, sino tambien de Jedel, catedrático de Medicina de la Universidad de Pisa. Estos afirman en sus conclusiones, que en Venecia y Nápoles eran frecuentes las epidemias de viruelas, dondê se usaba mucho la vacunacion animal. De este mismo parecer es el Dr. Volpato, y otros muchos: hasta el mismo Depoul, partidario decidido de la vacunacion animal y que tan animadas discusiones ha sostenido con el ilustre Guerin en este concepto, dice que las observaciones hechas no son suficientes para relegar al olvido el virus vacuno humano, puesto que él mismo lo usa.

En virtud de lo expuesto, y sin que se nos pueda tachar de apasionados por la vacunacion humana, diremos que es

preferible á la animal, no exagerando tampoco como hace Carenzi que afirma ser nulos sus resultados.

¿Son iguales el virus varioloso y el virus vacuno?

Esta idea fué emitida por Jenner, y mas tarde tomó incremento merced á la reputacion de los hombres que la sostuvieron.

Era muy lógico que ocurriese semejante pensamiento, creyendo que un ataque de vacuna preservaba al individuo para el resto de su vida de viruelas, tanto como pudiera hacerlo uno de ella misma. Por otra parte, el análisis no nos diferencia uno de otro virus, y los caracteres de las pústulas, su disposicion anatómica y el curso de ellas, son iguales. Respecto á quedar localizadas las pústulas en la vacuna al sitio de la inoculacion, es un fenómeno algo común á la viruela inoculada, como tambien lo es de una y otra la erupcion general, si bien mas frecuente en esta última.

En virtud de estos caracteres afines, se hacia necesaria la comprobacion por medio de inoculaciones, que viniesen á corroborar la unidad de virus.

Estos experimentos los hizo Dugat inoculando la varioloides, y á su decir siempre se presentó una erupcion vacuniforme. En 1826, ante una epidemia de viruela y sin vacuna disponible, Guillou, incansable sostenedor de esta teoria, inoculó virus de varioloides desarrollado en un sujeto vacunado anteriormente, y le dió por resultado el desenvolvimiento de pústulas en un todo semejantes á las de la vacuna, implantadas solamente en el sitio de las picaduras. Otra experiencia del Dr. Sunderland viene en apoyo de esta manera de pensar. Envolvió á una vaca con las ropas de la cama de un varioloso y el animal padeció las viruelas; inoculó al hombre el virus de estas pústulas y se produjo la vacuna. Este hecho, fortalecido con algunos otros, hubiera sin duda decidido la cuestion, pero se hicieron posteriores inoculaciones con el virus varioloso y no dió resultado en la vaca.

Bousquet, que no cree que el virus varioloso y el vacuno sea uno mismo, expone argumentos muy difíciles de contestar á los partidarios de la anterior teoria. Sostiene con

razon, que no está probado que los granos producidos por la inoculacion de la varioloides, sean de la naturaleza de la vacuna, y dice que en Versailles, año de 1830, se inocularon niños con varioloides y que si bien se presentó en ellos la afeccion localizada, este virus inoculado á otro produjo una erupcion general. Explica las analogias entre la viruela y la vacuna, diciendo que son enfermedades correlativas, y las diferencias en que están implantadas en dos especies distintas.

A esto podemos añadir, que la inoculacion con virus varioloso, aunque suele quedar localizada al sitio de las picaduras, con frecuencia se presenta una erupcion de verdaderas viruelas, lo que nunca ha ocurrido con la vacuna. Tambien se observa que inoculando en un mismo individuo ambos virus, se presentan dos erupciones cada cual con su marcha propia, lo que no sucederia si fuesen idénticos los virus. Pudiera creerse tambien, que el virus de la viruela siendo peculiar del hombre, se debilitase al pasar á otra especie animal, ó bien que en el organismo de la vaca sufriese una trasformacion especial. El hecho es, que por mas que encontremos muchos caracteres semejantes, no está resuelta aun por la ciencia su identidad. Se sabe que las emanaciones de la piel y del pulmon han sido el vehículo del virus varioloso y nunca del de la vacuna y que la erupcion de esta se halla siempre localizada á la misma puntura, mientras que en la viruela suele ser general, caracteres que no se pueden hermanar de modo alguno.

En el siguiente artículo concluiremos nuestro trabajo, procurando dar solucion á las importantes cuestiones que hemos iniciado, deduciendo como síntesis de las ideas expuestas, conclusiones provechosas que arranquen preocupaciones, en nuestro sentir, altamente perjudiciales y que puedan servir de norma hoy que esta terrible afeccion toma tanto incremento entre nosotros.

CÁNDIDO SALAS.

LA FILOSOFIA Y LA PINTURA EN ESPAÑA.

I.

Grande y magnífico se ostenta por doquiera el eterno espectáculo del universo.

A nuestros pies, la mole condensada de un mundo cuya superficie se engalana siempre con su alfombra espléndida relumbrante de mares y continentes; ante nuestros ojos el cóncavo dosel del firmamento, con sus noches bordadas de brillantes, y sus días inundados por el oro cósmico del sol: y mas allá, el espacio, lo inmenso, lo infinito, donde nada se alcanza, donde todo se vé, y donde se ahoga al fin nuestra imaginacion, como se ahoga nuestro aliento vital en la asficiente atmósfera del vacío.

¿Cómo es posible que el espíritu humano, con fuerzas innatas para analizar las entrañas del globo y audacia suficiente para escalar los límites de lo invisible, no se agite y entusiasme al contemplar la maravillosa armonia de la creacion que le rodea?

Si vaga por el suelo halla en el polo la barrera impenetrable de sus hielos flotantes y de sus noches eternas; en el Océano Atlántico abismo sin fondo donde se pierde la sonda exploradora como se pierde la luz en el seno de las tinieblas, y en las cumbres del Himalaya y de los Andes agujas de granito que como callados gigantes están preguntando al cielo el misterio de su formacion.

El ánimo pues, flota constantemente entre dos aspiraciones que le desvelan y que le ostigan; la razon que le lleva á inquirir, conocer y analizar las leyes secretas fundamentales de cuanto existe para llegar al conocimiento de la verdad absoluta: la del sentimiento que le impele á reproducir con formas sensibles y concretas las vibraciones ocultas del corazon.

En ellas se encuentra encerrado cuanto puede abarcarse entre la ilimitada zona de su imperio, y ora se dilata y volatiliza remontándose en busca del primer móvil, de la causa única, de la sustancia increada con las deducciones de la filosofia; ora se enlaza y se estrecha entre si mismo dirigiéndose al mundo con las producciones del arte.

El amor al saber es por consiguiente tan antiguo en el hombre como el latido primero de su existencia, tan constante como la marcha rítmica del tiempo y tan permanente como la fuerza de atraccion en los átomos de los cuerpos: es en suma su ley de afinidad con la cual tiende á remontarse al núcleo de su procedencia.

El arte, language plástico de aquella necesidad puramente humana, será la manifestacion, el afecto, la sombra proyectada por la idea científica sobre la historia entera de la humanidad.

No es nuestro propósito seguir paso á paso las oscilaciones de entrambos en las evoluciones inconstantes de la sociedad; mas conciso y limitado nuestro intento, dejaremos á un lado la Escultura, arte de adorno, pasaremos por cima de la Arquitectura, arte de necesidad, y nos detendremos lo conveniente en la Pintura, arte de la inteligencia; entresacando de sus grandiosos anales la parte de relacion que existe entre la ciencia filosófica y nuestro arte nacional.

Bárbara, trivial, inculta, como las creencias y las costumbres de la época de la reconquista, se concreta á reproducir los tipos tradicionales de los santos de su devocion; la sávia intelectual de aquellos astures que salian juramentados de la ermita de Covadonga para restaurar su pátria noionalidad, era absorbida por las rudas fatigas de

la guerra, y no dejaba campo á los vuelos de su imaginacion, ni espacio á las vibraciones naturales del sentimiento; ocultos móviles que en tiempos de paz y de bonanza son las etéreas alas con que se sube á la contemplacion de lo grande y de lo bello, logrando su ilustracion y su cultura.

Todo el saber de entonces se concentraba en la estrategia y el ardid; el fuego del sentimiento como el instinto estético de aquellos campeones se convertia en ardor guerrero y en grito de independencia.

Aquella magnánima epopeya vino á colocar su última estrofa sobre las caladas torres de la Alhambra en tanto que la Edad Media se despedia pesarosa y taciturna, de aquella triunfal empresa, dejando en pos como pavorosa estela de sangre su ruda caballerosidad y su generosa barbarie, sostenidas constantemente por la desalmada lucha de las ambiciones feudales; la ciencia y la civilizacion se preparaban al triunfo como vírgenes risueñas, á la sombra regeneradora de un trono que recibia en Barcelona las codiciadas primicias de un nuevo continente, y la filosofia encerrada entonces en la reducida cárcel del escolasticismo, no admitia discusiones ni réplicas ni dudas que pudieran entibiar el fervor religioso, á cuyo calor se habian fundido los invencibles héroes de las Navas y de Clavijo.

La suma de santo Tomás que en su parte filosófica era un calco fiel de la doctrina de Aristóteles habia sentado los últimos preceptos y las últimas conclusiones á la libertad intelectual, y entre aquella numerosa falange de teólogos y de sábios con que se honraba el colegio de Salamanca, tuvo el inmortal Colon la pesadumbre profunda de no ser entendido al explanar unas teorías claras como la luz y desechadas por todos como utópicos absurdos.

Mentira parece que la penetracion natural de una mujer; que el afan vehemente de una reina por ensanchar sus dominios, conociera mejor que aquellos doctores engreídos, las hipótesis y los planes del osado Genovés que ofrecia á la corona el hallazgo de un nuevo mundo entre los procelosos mares de Occidente.

La idea cristiana victoriosa y dominante se dilató hasta imponerse á la conciencia universal; Zegries y Abencerajes tuvieron que abrazarla por fuerza para evitar la emigracion, y mirados con recelo cauteloso por sus vencedores, hubieron de abandonar sus artes, sus ciencias y su industria, tenidas por hechizo y nigromancia siempre que no se lograban penetrar y conocer.

La ilustracion quedó sepultada ó estinguida entre los afiligranados volúmenes de las bibliotecas, ó entre el silencio medroso del castigo.

Así España, al mirarse vencedora por su rudeza, debió considerarse vencida por su falta de ilustracion, y lejos de lanzar á los moros como pueblo inmundo y asqueroso al otro lado del Estrecho debió haber tomado de ellos la cultura y la erudicion de que tanto necesitaba.

La espada y la cruz eran la síntesis de sus aspiraciones, de sus creencias, y el misticismo y la fé se arraigaron profundamente en unos corazones que suplian ventajosamente su falta de educacion con exuberancias de heroismo, de abnegacion y de virtud.

El arte, doblegándose á las creencias, tenia que manifestarse místico y escrupuloso; copiaba con fidelidad las absurdas monstruosidades que el aura popular ignorante y bárbara aplaudia, y nada progresó. ¿Qué mas podia hacer que interpretar el deseo, la aspiracion de la multitud?

El uso del aceite como disolvente de los colores dió un gran avance á la pintura, contenida por las dificultades mecánicas de su egecucion: la fijeza y seguridad de los tonos, unidos á la pastosidad y fresca del nuevo sistema, la permitió extenderse, adaptarse á todos los casos y circunstancias: desde entonces se la vió decorar la viñeta de los libros y la cúpula de los templos, el tallado salon del magnate y el humoso tugurio del mendigó.

Cristiano por esencia, no reprodujo mas que visiones, milagros, apoteosis; asuntos imaginarios reglamentados por la fé, y en que el pintor se veia precisado á renunciar á su gusto, á su inspiracion; de esta manera el arte permanecia encerrado en un círculo de hierro forjado por la

popular preocupacion y lejos de trasmitir á la tabla que se le pedia su ilustracion, su entusiasmo, pintaba con la indiferencia del que copia un simple manuscrito.

Asi se fué perpetuando aquel estilo inculto, raquítico, amanerado, que Fernando del Rincon se atrevió á modificar en bien del arte nacional, que empezaba á manifestar los primeros rasgos de su carácter.

Las amistosas relaciones entre españoles y genoveses, á la vez que las guerras de Nápoles, trageron á nuestro suelo el gusto artistico de las escuelas de Italia: la poesia y la ciencia habian logrado romper las preocupaciones dominantes de aquellos tiempos en la pátria del gusto clásico del arte; y mil voces proclamaban á un tiempo la fama y el renombre del pintor que habia dejado escrita la historia entera de la humanidad en el grandioso techo de la capilla Sixtina.

El poema de Dante era una recopilacion del saber de entonces, ataviada con la armoniosa cadencia del ritmo y la vaporosa ficcion de la fantasia; el halago poético habia generalizado el deseo de conocerle, y Miguel Angel, tétrico pensador y taciturno, tomó de él la vida, la actitud y hasta el contorno de sus figuras.

Aquella página tan grandiosa se habia escrito para todas las edades, para todos los pueblos; la inspiracion del artista, indomable como su génio no se habia ceñido solo á las exigencias de la fé, conocia la historia; habia penetrado el misterioso silencio de las generaciones pasadas; y juntaba á un tiempo en su obra inmortal las sibilas y los profetas, las vírgenes y los santos, los réprobos y los elegidos, la tranquilidad y el terror, la luz y las tinieblas; iluminado todo por el rubicundo fulgor que desprende la figura del Eterno, colocado allí ceñudo, inexorable ante los lamentos y deprecaciones de los que lloran y de los que maldicen.

En aquel fresco se ha elaborado una metamórfosis completa: la ciencia y la imaginacion han conducido la mano del artista, y libre de escrúpulos y de imposiciones nos presenta la mas clásica manifestacion del renacimiento.

La influencia regeneradora de aquel esfuerzo titánico no podia menos de extenderse, de implantarse en las naciones vecinas, y España, quizá antes que ninguna, lleva sus mejores génios en estado de desarrollo para que se impregnen de su atmósfera y se agiganten con su ejemplo.

Gallegos y Berrugete vuelven á su suelo natal trayéndose la manera grandiosa de Bonnarrota; mas la calma apacible de un cielo sereno donde se reverberan la paz y la felicidad, modifica en ellos la ruda energía, la vigorosa expresion y las actitudes convulsas que trasmitió á sus figuras el pintor florentino, mientras que se retorcia su alma entre el dolor y la desesperacion.

Si Miguel Angel reflejó en su obra el estado iracundo de su conciencia, y el delirante afan de sobreponerse á todos con lo terrible y sobrenatural para tocar en lo infinito, nuestros compatriotas menos entusiastas, menos visionarios y mas tranquilos, despojan su estilo de aquella virilidad, de aquella rigidez, de aquella dureza imposible de conciliar con la melancolía, la dulzura y la languidez, que exigian su misticismo y su educacion.

Mas al Juicio final, primera protesta lanzada contra todos los preceptos admitidos en la práctica del arte, acompañaba la protesta de la nueva filosofía que tronaba, como el nuevo dogma vomitado por Lutero, contra la dialéctica de los peripatéticos, entregándose por completo á la lógica de la razon.

El invento de Gutemberg llevaba á todas partes el ambiente reformador de las teorías que brotaban á la vez en el suelo de la misma Italia con Jordano Bruno, con Sarpi y con Campanella: la sociedad entera se conmovia agigantada por el arte, por la ciencia, por la brújula, por el telescopio y por la imprenta, y rompía decididamente con las imposiciones del escolasticismo y la tradicion.

La filosofía que en suma no es otra cosa que los anales de la verdad, recogió en si todas las ideas, como recoge el aire todos los aromas, para formar la atmósfera comun donde flota constantemente el espíritu de la humanidad; esparció el gusto y generalizó la estética audaz, arbitraria del enemigo de Bramante, por mas que se le opusieron la delicada-

deza y la gracia de Rafael, donde se apoyaban el misticismo y la devoción.

La fuerza de la idea triunfó de la fuerza del atractivo, y el juicio de la multitud pospuso el estilo escrupuloso de Sancio al atrevimiento y grandiosidad de Bonnarrota.

Hemos necesitado dibujar á grandes trazos el estado de la opinion en aquella época, para conocer su influencia en el desarrollo de nuestro arte pátrio, colocado ya en las vigorosas manos de Becerra.

Enérgico, atrevido como su maestro abarca por igual las tres artes á la vez; y desechando hasta las reminiscencias traídas de Roma, para hacerse original, no pregunta sus dudas á las estatuas y relieves de los griegos, ni recurre al consejo de sus contemporáneos: aislado tétrico pensador, siente arder en su frente el calor de las ideas lanzadas como lava ardiente del crater de su inspiracion, y empapado en el aura filosófica que todo lo invadia, recurrió á su albedrio, á su génio, á su razon para leer por sí mismo en el modelo natural el secreto de los movimientos, el fundamento de las formas, el resorte de la expresion.

La desgracia y el sufrimiento han solido arrancar al alma humana sus mas sublimes notas, sus mas grandes pensamientos.

Tasso, Milton y Cervantes satinaron con lágrimas tal vez las páginas mas bellas de sus obras, y es que el infortunio concentra el alma en el hirviente alambique del cerebro para que desprenda el vagaroso vapor de las ideas; del mismo modo que el hálito del frio concentra en los pulmones el fuego de la vida, para que lance el calor de los movimientos al todo del organismo. Tal debió suceder á Becerra cuando encargado por la Reina de egecutar en madera un trasunto fiel de la Madre del Redentor apurando la última gota del sufrimiento moral, ve comprometida su reputacion ante tan inapelable exigencia.

Recogido en el callado retiro de su estudio, medita, inventa, elige, dibuja con borrosos contornos sobre glaseado papel un rostro, dos, tres, ciento si cabe sin apurar la vena de su fogosa imaginacion; mas el sumo dolor que se ha pro-

puesto encarcelar entre las curvas del contorno se escapa á sus intentos; detiénese un instante, piensa, vacila, duda y acosado por la sombra siniestra del descrédito y del desden, hace pasar como sueño voluntario por delante de su mente las pinturas y estátuas del Vaticano; nada hay en ellas que satisfaga su deseo; busca reglas y nadie las posee; quiere datos y nadie le contesta, y mientras que desesperado pasea y se revuelve en el estrecho recinto de su habitacion, dibujando con su espíritu en la pared, en el suelo, en el espacio, los fugaces contornos que brotaban de su pensamiento como ráfagas de luz, cae desfallecido, abrumado por el insoponible peso de las ideas.

En igual caso buscó Miguel Angel su inspiracion en los sublimes tercetos de la Divina Comedia; él sin ningun poema á donde recurrir para hacer sonar con mas fuerza la vibracion de su talento, apela á la ciencia de los movimientos, á las notas de la expresion.

Ya el célebre Porta se habia ocupado en demostrar la influencia del alma en los cambios del cuerpo, dando antes que Gall y que Savater los primeros rudimentos de la ciencia fisionómica y á ella recurrió en busca de los rasgos que necesitaba para llegar á su obgeto, teniendo que estudiar en el natural, quizá separando el mismo los músculos con el bisturi como Vinci ó como Vesalio.

Con este procedimiento no pudo menos que obtener lo que anhelaba, y el sublime dolor que logró imprimir al rostro de la imágen, fué por entonces la admiración de los inteligentes, despues el blason de su inmortalidad.

Original en sus obras y personal en su estilo, dió á la pintura española el primitivo sello de su carácter, y si no produjo frescos como los de Rafael, estátuas como las de Miguel Angel, y templos como los de Bramante, fué porque no se pusieron á prueba su génio y su ilustracion.

Con él pasó el brillo artístico que se habia reflejado en todas partes; el númen pátrio permaneció estático, ó se escondió tímido en su laboratorio intelectual, como el pájaro en su enramada. La pavorosa oscuridad de aquel eclipse llevaba en pós de sí la amenaza y la represion.

Apagada otra vez la ciencia por la escrupulosa mano de la religion, todo nuestro saber se fué apagando progresivamente como el fulgor de la tarde en los pliegues del horizonte; como el eco de una armonia entre las ondulaciones aéreas del espacio.

Creencias, leyes, costumbres, todo venia formulado por la voluntad depresiva del tribunal de la fé; la inspiracion artística desmayó ante el horrendo espectáculo de sus hogueras, y España retrocedió en su camino.

El poder real encastillado en el coro de un monasterio, se concretó sin cesar á contener el hálito emponzoñado de la Reforma.

El pensamiento plegó sus alas divinas para guarecerse en el reservado asilo de la conciencia individual; la opresion creció de punto y la autoridad suprema se hizo tiránica y absurda, llevando al corazon de la sociedad el tétrico despecho, la pesadumbre siniestra con que la vino á amargar la pérdida de la Invencible.

Ante tan dura y aterradora presion nuestra pintura se sintió enervada, nuestra inspiracion llegó á extinguirse. Jordan, Carducho, Zucaro y Peregrini, fueron llamados á poblar las anchas bóvedas del suntuoso templo levantado por Herrera entre los bosques del Escorial, mientras que Navarrete, Carvajal y Monegro se conservaban como las últimas ráfagas de nuestro esplendor.

El arte muere y nadie lo llora; nuestra ciencia se acaba y nadie piensa sino en procurarse una espada con que correr á dibujar su nombre victorioso en Lepanto ó en el Cuzco, en Otumba ó en San Quintin.

JOSÉ R. GARNELO.

(Concluírd.)

NADA.

Á MI AMIGO EL SEÑOR DDN MANUEL M. PALOMO.

Mi querido Manuel: Decíate en mi primera carta, al ocuparme de tu escrito y de los que en su impugnacion se habian publicado en esta REVISTA, que ni aquel encerraba las heregias y errores, tan profusa y graciosamente atribuidos, ni estos estaban tan exentos de pecadillos filosóficos, que pudieran dar á los fallos de su autor el carácter de inapelables; y seguro, como *novel* escritor, de que mi desconocido nombre no habia de dar autoridad alguna á mis asertos, fundábalos tanto en las terminantes declaraciones contenidas en tu escrito, cuanto en las peregrinas teorías sobre *espacio y tiempo, esencia y contingencia, vacio* etc., que amenizan los de tu contrincante.

Como sospechaba, mi trabajo no ha tenido la fortuna de ser acepto á los ojos de ese señor, quien se ha dignado, sin embargo, ocuparse de él para refutarlo, aunque no lo *merece* y aunque está *convencido* que no contiene *nada de filosofía, nada de doctrina y si mucho de alambicado y de gratuitas afirmaciones*. Por supuesto, lleva á cabo su tarea en ese estilo severo, mesurado y digno, que puedes ver leyendo la *Réplica*, y que era de esperar en quien tanto extraña y reprende lo ligero y un tanto retozon del mio.

Comprendiendo que este género de discusiones, solo sirve quizás para *secundar indirectamente y aun sin voluntad de*

hacerlo, ciertos afanes de nombradía, como dices muy bien en tu cariñosa carta, casi he estado dispuesto á no volver á tratar del asunto; pero como en la *Réplica* en cuestion, hay cosas que no pueden pasar sin correctivo, (me refiero al fondo, prescindiendo por completo de la forma) voy á dejar correr un poco la pluma, haciéndome cargo de ellas, con el firmísimo propósito de no ser reincidente.

Comienza el autor, hago caso omiso del preámbulo, sorprendiéndose de mi extrañeza al ver tratado de panteísta á quien dice terminantemente: *el mundo es finito, el mundo no es Dios; el error panteísta no está llamado por su propia monstruosidad á hacer prosélitos*. Insiste en que mereces ese calificativo y aduce como prueba irrefragable, este otro concepto tuyo, considerado por él como profesion de fé panteísta y que copiado *silaba por silaba* dice así: *Seguramente que Dios es todo lo que somos nosotros, y cuanto es el mundo corpóreo y el mundo de los espíritus, porque es el Ser por excelencia*. ¡Mentira parece que quien se presenta paladin del catolicismo, conozca tan poco la doctrina que mantiene! Si esa proposicion tuya fuera heterodoxa, su contraria: *Dios no es lo que somos nosotros, ni lo que es el mundo corpóreo, ni el mundo de los espíritus*, seria ortodoxa. Esto admitido ¿cómo se explica la *infinitud* de Dios? ¡Vea al articulista las tristes consecuencias de atreverse á calificar, sin un criterio amaestrado en el estudio de las materias que se tratan, y solo *auctoritate qua fungor*, proposiciones que, cuando menos, no se han entendido bien! Decir que Dios es todo lo que es el universo creado, sin su limitacion y por consiguiente sin su multiplicidad, es perfectamente católico. La torcida interpretacion que dá á ese concepto tuyo, suponiéndote afirmar que Dios es la *suma universal de todos los seres*, no cabe dentro de tus palabras, teniendo en cuenta las primeras, puesto que al proclamar la *infinitud* de Dios, inseparable de la *simplicidad*, rechazas toda idea de sumas y agrupaciones: el *infinito*, ni se compone ni puede componerse de partes. Conste, pues, que ambas proposiciones tuyas están en perfecta armonia y prueban de consuno al par que la solidez de tus creencias, la ligereza con que

ese señor se ocupa de cosas, que exigen, para ser juzgadas con acierto, mas detenido exámen.

Lastímase, á seguida, de que dando tortura á sus palabras *trasformar el caos*, venga á acusarle de que se contradice admitiendo que la nada existia, cuando no necesitó mas que ser trasformada en la creacion; y aunque confiesa, como no puede menos, que efectivamente habria contradiccion tangible en ello, si hubiera de darse al verbo *trasformar* el significado que tiene para los simples mortales, recurre al tecnicismo escolástico para salir del apuro, refiriendo el malhadado vocablo á la *forma sustancial*. Pero, ¿no conoce el habilidoso discutidor que ni aun en esa hipótesis, se libra de la contradiccion que le persigue? ¿No conoce que en tal supuesto, el caos, la nada viene á ser la *materia prima* escolástica, y que como esa materia prima es algo, la nada lo será tambien? Queda, pues, subsistente lo de la contradiccion, hasta que le busque una nueva y mas ingeniosa salida. Por lo demas ¿á qué dar á esta pequeñez, mayor importancia que yo le daba? ¿no te decia en mi carta que todo ello no era mas que una ligera falta de precision en el language? No tema, por otra parte, nuestro ilustre impugnador, que me engria con dejarlo encerrado en sus contradicciones, porque el conseguirlo no es, ni con mucho, trabajo de Hércules. Antes de abandonar el párrafo de que me ocupo, voy á copiarte, por ver si puedes explicarme las siguientes palabras: *La nada fué antes que el Espíritu divino animara el caos y entre portentosos fenómenos ocasionara el fenómeno maravilloso de la creacion*. Es tal mi ignorancia que, por mas que hago esfuerzos supremos de imaginacion, no puedo concebir cuales fuesen esos *portentosos fenómenos* diferentes del *maravilloso de la creacion*. ¿Habrá tambien una poesia filosófica?

Repréndeme, á renglon seguido, por haber calificado de inoportunas sus elumbraciones para demostrar la realidad del mundo objetivo. Recuerdo haberlas encomiado por su mérito intrínseco, pero ¿venian al caso? ¿Has negado tú esa realidad? De ninguna manera: dices que á la *corteza*

de fenómenos sensibles corresponde una realidad. Pues si proclamas ese principio ¿qué oportunidad hay en demostrarlo? Todas esas frases tuyas citadas, que revelan al hombre que conociendo su propia pequeñez y miseria, habla con el corazón, dá suelta á sus sentimientos y se humilla para ser engrandecido, no destruyen en nada tus esplicitas declaraciones.

Prosiguiendo la lectura del trabajo que traigo entre manos, hallo estas palabras: *Se permite (habla de mi) manifestar que yo he demostrado la existencia del tiempo y del espacio. En apoyo de ello copia unas palabras que se refieren á la existencia real de los seres, y no se fija que nada he dicho respecto del tiempo y del espacio, sino que solo he apuntado una ligera indicacion.* Las frases en que solo habla de la realidad de los seres, son las siguientes: *La razon dá testimonio de que hay seres reales, de que hay mundo, de que existe el espacio, de que el tiempo es una realidad.* ¿Es esto sério? ¿Puede sostenerse una discusion con quien tan fácilmente olvida, no ya lo dicho, sino hasta lo impreso y publicado? Aunque se me ocurre no poco que decir sobre este particular y sobre la peregrina prueba que aduce para demostrar que no se ha ocupado ni del tiempo ni del espacio, refiriéndose á un artículo que aun no ha visto la luz pública, me decido por no insistir en ello. Hay cosas que no necesitan comentarios.

Decíste en mi primera carta, abundando en tus ideas, que ni conocíamos la *esencia* de los cuerpos, la *esencia* de que tú hablas, la *esencia real*, ni la conoceríamos nunca, y me permitia encomiar algo satíricamente ese método inductivo-deductivo que, empleado por nuestro impugnador, le llevaba con tanta facilidad al conocimiento de ella. Repréndeme por la falta, cítame unos cuantos autores de lógica, para que comprenda sin duda mi ignorancia y proclama que el método en cuestion, en que se complementan los inductivo y deductivo, es el único científico. etc., etc., ¿No te parece que aplicados el método inductivo y el deductivo á una misma cosas, están ya complementados el uno por el otro? Pues bien, si esto es así, y por confesion del articu-

lista no sirven para llegar al conocimiento de la esencia de los cuerpos, claro es que no basta con que se complementen; necesitan una especie de fusion, y en ella veia yo la virtud maravillosa, que tan sorprendentes resultados produce.

Desea el articulista saber mi opinion sobre el conocimiento que podamos tener acerca de la esencia de las cosas, y voy á dársela, copiando algunos conceptos de nuestro Balmes: *Si quisiéramos definir la sustancia corpórea, debiéramos limitarnos á decir que es un ser permanente en que se verifican las mudanzas, que se nos ofrecen en los fenómenos sensibles. A esto se reduce nuestra ciencia; todo cuanto se añada sobre este punto, son hipótesis y congeturas. En vano se me preguntará, qué es este ser; dadme la intuicion de la esencia de las cosas y os lo diré; pero mientras no las conozco sino por sus efectos, es decir, por las impresiones que en mí producen, no lo sé..... Del mundo corpóreo conocemos su existencia, conocemos sus relaciones con nosotros, conocemos sus propiedades y sus leyes, en cuanto está sujeto á nuestras observaciones; pero á su íntima naturaleza no alcanzan nuestros sentidos, no llegan nuestros instrumentos.* La esencia real de los cuerpos es completamente desconocida. Bien sabe ó debe saber nuestro impugnador, que las palabras que cita de Sto. Tomás no se refieren á ella, y sí solo á la que pudiéramos llamar *nominal*, de la que se ocupa, para distinguirla de los accidentes externos que perciben los sentidos y que reproduce la imaginacion. *Basta de metafísica:* y para concluir con la refutacion de mi carta, voy á darle un consejo leal á nuestro contrincante: no preste incondicional asenso al *magister dixit*, si este maestro es el *Liberatore*.

Muy pocas palabras sobre la réplica á mi postdata, puesto que casi todo lo en ella contenido, es repeticion de lo ya contestado.

Rectificaré primeramente un hecho. Dice el articulista que yo cito tus palabras: *Comprendo hasta cierto punto el escepticismo que consiste en negar la existencia del mundo real.* Yo no las he citado, lo que he hecho ver, es la cruel-

dad con que las mutila al citarlas, para hacerte decir lo que no has dicho, suprimiendo la continuacion de ellas: *lo que no comprendo, es que haya escuelas encenagadas en el materialismo y de tan obtusa inteligencia y corta mirada, que toma la corteza de los fenómenos sensibles como entidades reales y de esta realidad material hace su dios.* Ni de estas frases ni de las que copia á seguida, que no repito por no hacer mas largo este trabajo, y que no afirman la nada de los seres reales, sino la nada de ellos para nosotros, en cuanto no conocemos ni podemos conocer su esencia íntima, pueden deducirse esas acusaciones de fenomenista y escéptico, tan ligeramente lanzadas contra quien, como tú, y en el mismo artículo que se combate, hace las explícitas declaraciones referidas.

Pasemos á cosas de menor cuantía,

Encuentra repensible el articulista que llames, en un lenguaje impropio de todo filósofo *pur sang*, corteza de las cosas, á sus accidentes. Yo que no soy tan riguroso, no he extrañado que él haga lo mismo que reprende en el párrafo quince de su primer artículo.

Dice, que *eso de que la sustancia sub-stat, es una invencion rara, que solo á mi ha podido ocurrirse.* ¡A mí solo! Si se toma el trabajo ese señor de ver en la página 97 del 4.º tomo, Filosofía Fundamental de Balmes, edicion de Barcelona, 1848, la quinta línea y siguientes, encontrará que *la palabra sustancia, sub-stancia, indica algo que está bajo, sub-stat.*

Mucho lamento que el articulista no haya tenido á bien contestar á mis preguntas, sobre las dimensiones del *vacío*, ni haya explanado su teoría sobre gradacion de continuancia en los seres *creados*, que por su novedad debia ser de gran efecto.

Dos palabras, al concluir, que quizás encierren un buen consejo para quien lo haya menester: Si el espíritu católico es espíritu de *verdad*, no lo es menos de *caridad*. Una refutacion en puntos dogmáticos, dada prematuramente al

público, irrita al que es objeto de ella, subleva su amor propio, que le aconseja discutir, y si á tal disposicion de ánimo se unen algunas vacilaciones en las creencias, su caída es segura. Por contra, el consejo fraternal, la amonestacion privada y cariñosa, puede en muchos casos traerlo á la buena senda. Una retractacion es posible y á veces fácil: confesarse vencido por un contrario, sea quien sea, es, sino imposible, difficilísimo. ¡Tal es el hombre! Las refutaciones tienen su tiempo de ser: se hacen precisas, necesarias, cuando, perdida toda esperanza de levantar al caido, hay que dar la voz de alerta contra el error y volver por los fueros de la verdad conculcada.

Asi lo entiende, al memos, tu amigo

F. DE P. CASILARI.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Se ha publicado el cuaderno 2.º de los *Apuntes para un curso de literatura latina*, redactados por D. José Canalejas y Mendez, profesor auxiliar de Principios generales de literatura en la Universidad Central. Esta importante obra está obteniendo un éxito muy merecido, por su utilidad tanto para la enseñanza como para consulta.

Hemos tenido el gusto de recibir los dos últimos números de *El Profesorado*, interesante revista pedagógica, de instrucción pública y agricultura, que se publica en Granada dirigida por nuestro ilustrado colaborador el Sr. don Francisco J. Cobos.

Los referidos números contienen excelentes artículos propios del carácter de esa revista, exposiciones, reglamentos, decretos de interés para la enseñanza y diferentes noticias que importan á los profesores y á los alumnos.

La *Revista Europea*, que cada día adquiere mas justa y merecida aceptación, acaba de publicar su núm. 47 con importantísimos trabajos, y entre ellos un ensayo crítico sobre Shakspeare y la manera de juzgarle en España, por D. Lucio Viñas y Deza; el capítulo V titulado *La sociabilidad*, Lubbock, Vogt, Clemence Roger, Spencer, del estudio del Sr. Fabié sobre el materialismo moderno que tanto está llamando la atención de los hombres de ciencia; un artículo de Camilo Flammarion sobre la Paralaje del sol, que puede considerarse como preliminar de las noticias que se han de recibir acerca de las observaciones del paso de Vénus por el disco del sol; observaciones importantísimas por la cuestión que envuelven de la medida de las distancias inaccesibles; la conclusion del trabajo de la revista inglesa *Frazer Magazine*, sobre las serpientes y piedras preciosas que siempre han constituido mitos y representaciones alegóricas en los diversos países del mundo; la última parte del magnífico estudio *La ciencia del hombre*, de D. Luciano Navarro, catedrático de la Universidad de Salamanca; una interesante

descripcion de las últimas sesiones del Congreso científico de Belfast, y los boletines de noticias y bibliografía.

Acábase de publicar un nuevo libro sobre agricultura. Se titula *Conferencias agrícolas con noticias y enseñanzas muy útiles*, y está escrito por el Sr. D. Luis Álvarez Alvistor, catedrático de la escuela de Agricultura de Aranjuez.

El último número que hemos recibido de la interesante *Revista histórica latina* contiene los siguientes trabajos: *La Corte de España en el reinado de Carlos II*, por Monsieur Rosseeuw Saint-Hilaire, de la Academia de ciencias morales y políticas de Paris, y correspondiente de la Historia de Madrid; *El primer libro impreso en España, Réplica*, por D. Antonio de Bofarull, oficial del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios; *Lípidas hebreas de Gerona*, por D. Fidel Fita, correspondiente de las Academias Española y de la Historia; *El Monasterio de san Llorens de Munt*; *Revista de Paris*, por P. W.; *Discurso leído ante la Academia de la Historia por el Sr. D. Alejandro Llorente*; *Crónica general*; *Boletín bibliográfico*.

DIRECTOR-PROPIETARIO

ANTONIO LUIS CARRION.